



CHAVEIRO

TEATRO

1

PQ7297

.C5

A9

R. C.



1080013797

ALFREDO CHAVERO

EL AUTOR DE SU DESDICHA.
EL MUNDO DE AHORA.
LA HERMANA DE LOS ÁVILAS.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MÉXICO

TIPOGRAFÍA DE GONZALO A. ESTEVA

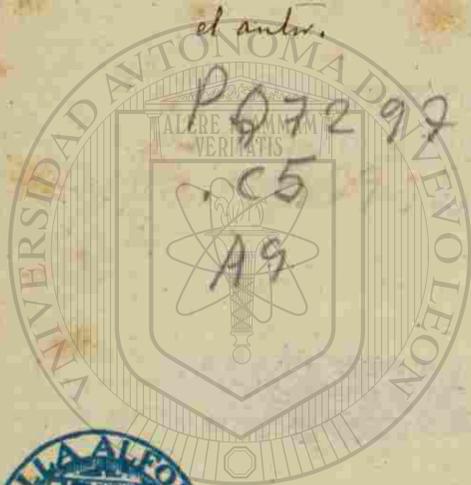
Calle de San Juan de Letran, núm. 6

1880

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

A mi amigo el Sr. D. Joaquín
García Escobedo,

el autor.



FONDO HISTÓRICO
R. GARDO COVARRUBIAS

156346

HAN vulgares, gracias al abuso que se hace de ellos, han venido á ser los prólogos en toda clase de libros, que muchos hemos llegado á olvidar la manera de forjarlos, en fuerza de la casi imposibilidad de hacerlos buenos.

Solla en mejores épocas ser un prólogo un estudio de las cualidades literarias de un autor y un exámen concienzudo de sus obras; quizás la sobrada susceptibilidad de algunos ó la carencia de méritos de los otros, obligaron á los *prologuistas* á dejar á un lado la sana y severa crítica, y en holocausto á la amistad sacrificaron su conciencia y su juicio en sus comprometedores altares.

De ahí que los prólogos sean en la actualidad un conjunto de ampulosas y vulgares alabanzas poco dignas de crédito para la generalidad de los lectores; de ahí en fin

que la misión por mí aceptada, sea tanto más difícil cuanto que debe ejercerse en un terreno espinoso y por quien, si alguna vanidad tiene, no es en verdad la de poseer los amplísimos conocimientos indispensables al que pretende ejercer el difícil y provechoso ministerio de la crítica.

Lázmome no obstante gustoso á mi tarea y abandono á los buitres de la literatura mi humilde y llano escrito, bueno quizá para los amigos del poeta autor de este pequeño tomo, detestable sin duda para sus contrarios é impugnadores. Estas palabras me dicta la necesidad de entrar cuanto ántes en materia, y la dificultad de satisfacer todos los gustos y de acordar la mía con las opiniones de tantos como las han vertido acerca del autor que me ocupa, con asombrosa diversidad. ¿En qué pueda ésta haber estribado tratándose de producciones literarias que, por serlo, todos debiéramos juzgar con arreglo á las leyes fijas del Arte, coincidiendo en consecuencia en los mismos parecer y juicio?

Consiste á lo que creo nada más que en nuestra humana pequeñez: vemos al hombre ántes que á sus obras; anteponemos nuestras pasiones á nuestros juicios, y con la inmensidad de la pequeñez de aquellas cubrimos la conciencia de los últimos.

Ni puedo ni voy á hacer aquí la biografía del Sr. Don Alfredo Chavero, ni tampoco sería necesaria en un libro destinado principalmente á circular entre sus compatriotas; pero sí debo recordarles, que por lo mismo que su personalidad política se ha mantenido siempre á grande elevación en su vida pública, sus enemigos son en extremo numerosos, quizá porque no hay hombre de alguna

importancia que carezca de ellos, quizá también porque no hay venero más caudaloso de rencores que haber prodigado beneficios á quienes ménos merecidamente los pretendieron.

Sus hechos políticos que son, segun el bando desde el cual se les mira, envidiados méritos, manifiestos errores, han pesado sobre los apreciadores de los trabajos literarios de Chavero, con tan imponderable gravedad, que pudiera nuestro amigo estar orgulloso de una importancia que tales combates le ha valido, si su experiencia y práctica de la vida no le hicieran ver con desden lo que sólo puede inspirar soberbia á la ignorancia y á la osadía. Si á esto unimos lo súbito é inesperado de su aparición como poeta dramático, aparición que á semejanza de la de Don José Echegaray en España, se verifica en esa edad en la cual el reposo de los años aleja al hombre de los ensayos peligrosos, naturales en la juventud; si á esta aparición unimos, la sorpresa que causaron su fecundidad literaria, su facilidad para acomodarse á todos los géneros dramáticos desde el trájico al bufo-cómico, y á ella añadimos su actividad como partidario político, su nombre como orador parlamentario, su laboriosidad como historiador, biógrafo y anticuario, habremos de convenir en que nada de extraño tiene que sólo los juicios emitidos acerca de sus obras dramáticas, formen un gruesísimo volumen capaz de desesperar al más paciente lector que pretenda apreciar por él la clase de mérito de sus producciones.

Bastaría esto para dispensarnos de hacer un elogio: grande le debe merecer quien logra causar sensación en una escena como la de México, en la cual los éxitos como

los fracasos duran sólo el breve espacio de una noche de representación. Pero hemos tomado la pluma para algo más, y aunque deberíamos contraernos á las tres producciones que forman el tomo al cual preceden estas palabras, queremos pasar una breve revista á todas las del autor.

Desde el 26 de Setiembre de 1877 en que estrenó la primera, hasta el día en que esto escribimos, ha producido Chavero diez y ocho obras dramáticas, con un total de cuarenta y siete actos, en su mayor parte en verso. Ni los dramáticos del siglo de oro de la literatura castellana, con todo y haber sido tales que tuvieron por discípulos á Corneille y á Molière y por rival á Schakespeare, lograron ser fecundos sin dejar de ser defectuosos: excusado nos parece decir que las obras de nuestro también fecundo amigo no carecen de defectos; pero no siendo el señalarlos la misión de estas páginas, dejémoslos ocultos como lo están entre los pliegues de la amplia vestidura de bellezas con que nos presenta su autor el mayor número de sus variadas creaciones. ¿Cómo no mostrarnos seducidos por la valentía del argumento de XÓCHITL, cuyo final del segundo acto bastaría para acreditar á cualquier autor como un hábil y profundo conocedor de los efectos dramáticos, vedados á escritores no obstante muy distinguidos? ¿Cómo no maravillarnos del felicísimo ensayo de la tragedia mexicana titulada QUETZALCOATL, aunque no sea por otra cosa que por habernos probado que la antigua historia de este país tiene toda la épica grandiosidad que dictó los poemas eternos del mundo pasado? ¿Qué puede tacharse en conjunto á la mayor parte de sus dramas y co-

medias, felices estudios de los más diversos géneros, desde el romántico al realista, desde aquel que obliga á meditar al espectador con su profunda filosofía, hasta el que le hace olvidar sus últimos restos de seriedad para entretenerse con todos los caprichos de la móvil farsa cómica?

Si en cuanto al conjunto la mayor parte de las obras de Chavero sólo nos ofrecen motivo de aplauso, ¿qué podremos decir de ellas en detalle? XÓCHITL es una positiva creación: la idealización de la pureza que vincula, podrá tener, quién lo niega, muchos semejantes en otras literaturas; pero esto mismo da mayor realce aún á su originalidad, porque el carácter de la protagonista del bello drama es lejitimamente azteca, es decir tiene toda la novedad de las costumbres del pueblo á que pertenece; es como los bosques de su patria, que por más que sean un trozo de la naturaleza como los demas bosques del mundo, son no obstante diversos de todos los bosques que no sean bosques americanos. Don Juan en el drama titulado LOS AMORES DE ALARCON, es también una criatura exclusivamente de Chavero, y tal vez la más admirable y lejitima, porque la *construyó*, digámoslo así, como se construyen los mosaicos, tomándola de las obras mismas del gran poeta de México, y extrayendo con criterio sin rival el espíritu del personaje de todas aquellas laboriosas pero incompletas noticias que de él nos han dado infatigables indagadores y prodijiosos críticos. ¿Qué es el QUETZALCOATL, sino una creación de creaciones nacidas de un im-probo y laborioso estudio de muchos años, especie de *fiat lux* en la noche de aquellas remotísimas y oscuras edades? Pasemos por último á la forma. ¿Cuál de sus obras en

verso no abunda en tesoros de poesía y en ejemplos de métrica? ¿Qué elegante prosista no se muestra satisfecho del puro y correcto castellano que Chavero pone en labios de sus personaejs? Modelo de estudio y dedicacion rinde por igual tributo de respetuoso discípulo á Garcilaso y á Cervántes, y ya en verso ó ya en prosa es dulce y tierno con *Xóchitl* y *Jerónima*, apasionado con *Don Juan y Gonzalo*, arrebatado con *Hernan Certés* y sublime y majestuoso con *Quetzalcoatl*.

De propósito no hemos querido multiplicar los ejemplos, deseando dar á nuestros lectores con la brevedad de nuestro artículo mayores facilidades para leerle.

En cuanto á las obras que este tomo comprende, podríamos decir tanto que faltásemos á nuestra determinacion. EL AUTOR DE SU DESDICHA acaba casi de representarse, y en su género es, despues de *XÓCHITL*, una de las mejores obras de Chavero: los lectores encontrarán el último acto poco ménos que escrito de nuevo, porque entre las cualidades de nuestro amigo, sobresale la de una falta absoluta de mal entendido amor propio, no sabe rebelarse contra la crítica por más necia é injusta que sea; sabe en cambio seguir los consejos que con buena intencion se le dan, y jamas lleva su amor á sus hijos literarios al grado de defenderlos y amarlos por sus defectos: la obra aplaudida extraordinariamente en los dos primeros actos, estuvo á punto de fracasar en el tercero: vió su autor la causa del mal y le cortó con estudiado y radical remedio.

EL MUNDO DE AHORA es una sucesion de cuadros tomados de la más palpable realidad y presentados con un encantador naturalismo: no hay un solo tipo en la obra que

no tenga su retrato en un sér de carne y hueso que conocamos: el interes de la obra fundado únicamente en la verdad de la pintura, es tal que seduce, y obliga sin violencia al lector á devorar la comedia.

LA HERMANA DE LOS ÁVILAS es un drama de innegable mérito y nada deja que desear en su lectura; no ha sido aún representado, y como LOS AMORES DE ALARCON, exige para ser puesto en escena compañías tan completas como en la actualidad no existen en los teatros castellanos ni de Europa ni de América. En versificación inspirada, conceptuosa, fácil y correcta supera á nuestro entender, á todas las obras en verso de Chavero.

Podríamos seguir hablando sobre las tres que acabamos de citar; pero inútil nos parece, cuando el lector va á juzgar por sí mismo de la verdad de nuestro elogio: si hubiéramos de señalar sus bellezas, necesariamente anticiparíamos una edicion especial de todas las escenas culminantes en que abundan.

Sólo nos falta probar por medio de un breve extracto de opiniones ajenas, que la nuestra se acerca á lo justo tanto como es posible en nuestra inteligencia limitada.

El Sr. Don Luis Fernández Guerra y Orbe, ante cuya autoridad literaria se inclinan con respeto cuantos tienen noticia de lo que es un privilegiado talento, ha dicho de *Los Amores de Alarcon*: "su drama de vd. por lo mismo que es una obra alta y esencialmente literaria, sencilla de acción, rica en caracteres bien delineados y sostenidos, limpia de relumbrones, y está hablada en correcto, castizo y elegante castellano, exige especiales elementos artísticos para su desempeño en las tablas."

“¿Cómo lograr siquiera un mediano conjunto en la representación de una obra de tantas figuras, importantes todas, las unas por lo que tienen que decir y las otras por lo que representan?”

En otra de sus cartas llama el eminente escritor español al dramático mexicano “ilustre biógrafo de *Sahagún*,” “deudor al cielo de florido y vigoroso ingenio,” titulado “poema dramático” a LOS AMORES DE ALARCON, y calificando su pluma de “adestrada y maravillosa.”

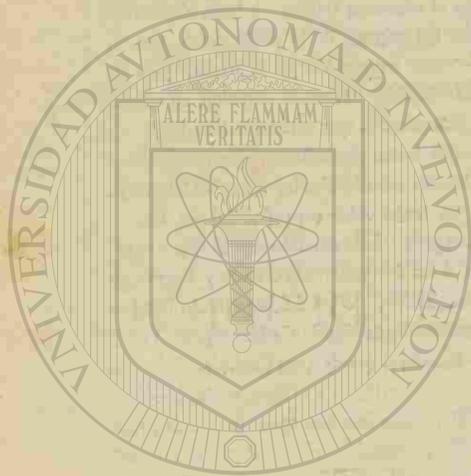
Hemos dado á las opiniones del escritor español el primer lugar, tanto porque no disponemos de mucho, lo repetimos, como porque se juzgue de que no es sólo en México, sino en España y en el seno de la Real Academia, donde Chavero es estimado en todo su valor. Un exceso de modestia de nuestro amigo nos priva del gusto de trasladar aquí el juicio que sus obras han merecido á otros literatos madrileños. No acabaríamos en cambio si pretendiéramos reproducir los de nuestros distinguidos críticos mexicanos, razón por la cual sólo trasladaremos algunos, tomados al acaso. Dice el Sr. Gómez Flores, cuya opinión es por muchas circunstancias importante, refiriéndose á XÓCHITL: “Lo primero que llama la atención en el drama del Sr. Chavero, es el marcadísimo carácter nacional que supo imprimirle. En este sentido creo que ninguna otra obra dramática mexicana puede superarle.... y está llamada á representar un gran papel en la creación del genuino teatro mexicano, sobre todo por el sello hermosísimo de nacionalismo que ha sabido imprimirle con tanta maestría como belleza.” Habla en otros artículos “de la excelente prosa que la pluma de

“ilustre autor sabe manejar siempre con tanta maestría y elegancia,” é iguales elogios hace del poeta lírico “á quien muy poco tiene que tachársele.” Guillermo Prieto, quizá el más popular poeta de su patria, dice en uno de sus artículos, que el romance puesto en boca de Bernal Díaz describiendo los sucesos de la *noche triste*, “no le habría desdeñado como suyo el Duque de Rivas;” y de las décimas de Hernan Cortés, “creemos escuchar un eco de Calderon por la valentía con que están versificadas.”

Damos aquí punto á este pequeño trabajo, callándonos los aplausos que á otras autoridades ha merecido Chavero, por más que tengan tanto valor como los del Sr. García Icazbalceta, que asegura “haber tenido mucho que aprender” en sus obras, ó los del venerable Orozco y Berra que se confiesa “su admirador,” ó los del acreditado literato Triay que le encuentra digno émulo de Echegaray, Vega, Tamayo, Ayala y Blasco; ó los de Don Casimiro Collado, y tantos y tantos otros escritores y críticos de la República y de fuera de ella, como nos han precedido en la grata tarea de rendir justo y merecido tributo al por mil títulos y en los más distintos y áun opuestos géneros, distinguidísimo escritor Alfredo Chavero.

México, Agosto de 1880.

E. de Olavarria.



EL AUTOR

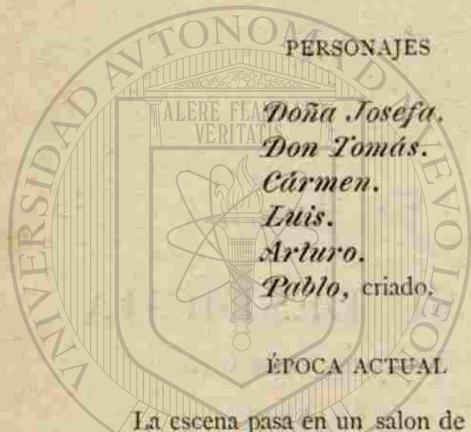
DE SU DESDICHA

COMEDIA EN TRES ACTOS

Y EN VERSO

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



PERSONAJES

Doña Josefa.

Don Tomás.

Cármen.

Luis.

Arturo.

Pablo, criado.

ÉPOCA ACTUAL

La escena pasa en un salon de una casa de campo de Guanabacoa, cerca de la Habana. Foro izquierda; 1ª puerta, habitacion de Luis; 2ª, gabinete de D. Tomás. Foro derecha; 1ª puerta, cuarto de Doña Josefa; 2ª, cuarto de Arturo. Muebles decentes.

ACTO PRIMERO

—Pasej—

ESCENA I

ARTURO.—LUIS.

(Arturo lee un periódico, Luis entra en traje de camino).

LUIS. Arturo.

ARTURO. Luis, bien venido. *(Se abrazan),*
Te esperábamos aquí
Hace un mes.

LUIS. Arturo, dí
Qué es lo que ha sucedido
Con mi familia, que llego
Apénas desembarcado
Á buscarla, y que ha mudado
Residencia sé.

ARTURO. Sí; luégo
Que para Boston saliste,

Buscó Don Tomás ansioso
 Una casa en que el reposo
 Gozara del campo: existe
 Tan dulce tranquilidad
 En nuestra humilde casita.
 LUIS. Explicacion necesita
 Esta rara soledad.
 ¿Cómo mi hermana y mi padre
 Contigo viven aquí?
 ¿Tú vives con ellos?
 ARTURO. Sí;
 Pero tambien con mi madre.
 LUIS. ¿Tu madre?... ¿no murió...?
 ARTURO. Atento
 Oye mi historia: es tan rara,
 Que si no te la contara
 Serio, la creyeras cuento. *(Pausa)*.
 Tú volvías de Paris,
 Yo en Buenos Aires vivía,
 Y tu familia y la mía
 Eran muy amigas, Luis.
 Yo estudiante de derecho,
 Tú ya ingeniero llegabas;
 Y en tu juventud buscabas,
 Como yo, encontrar un pecho
 Hermano que compartiera
 Tus hermosas ilusiones:
 Unió á nuestros corazones
 Amistad tierna y sincera.
 Mas una vez abogado,

Tuve á Madrid que marchar:
 No pensaba pleitear
 Allí, y allí he pleiteado.
 Yo era abogado argentino,
 Y fui despues madrileño;
 Y en cuatro años con empeño
 Me hice rico. Mi destino,
 Que ha sido bueno á fe mia,
 Me llevó una honrada cliente
 Con un litigio pendiente
 En esta isla. Mi alegría
 Más que en otras ocasiones
 Fué grande el pleito al ganar,
 Porque le hice recobrar
 Nada ménos dos millones.
 Era herencia de un sobrino
 Que murió sin herederos
 Más cercanos: de un Agüeros....

LUIS *(Con sorpresa involuntaria)*. ¿Un Agüeros....?

ARTURO. El destino,
 Chico: mi cliente es anciana;
 No tiene hijos ni parientes;
 Me adoptó....

LUIS. Ya no me cuentes
 Más: la herencia hoy ó mañana....

ARTURO. Será mia; mas te juro
 Que no ambiciono el tenerla;
 Amo á esa anciana; quererla
 Más que la quiero, es seguro
 Que no quieres tú á tu padre:

Por eso la gratitud,
Mi cariño y su virtud
Le dan el nombre de madre.
Yo, como sabes, seguí
En Buenos Aires viviendo.

LUIS.

ARTURO. Rico y celebrado, entiendo;
Y te olvidaste de mí.

LUIS. No por cierto; mas un día
Cármén mi hermana enfermó,
Y el médico le mandó
Un viaje de mar. Creía
Que era el clima de la Habana
Bueno para su dolencia;
Y esto explica mi presencia,
La de mi padre y mi hermana.

ARTURO. Y tú, Luis, buscando el modo
De sacar algún provecho
Del viaje, fuiste derecho
A Boston: si lo sé todo.
Sé que á estudiar fuiste allí
Una máquina modelo:
Y quedaron sin consuelo

Tu padre y tu hermana aquí.
Pero quiso la fortuna
Que los viera en el teatro;
Y hallas juntos á los cuatro:
Dos familias hechas una.
Cármén y tu honrado padre
Me quieren mucho.

LUIS.

Me agrada.

ARTURO. ¡Pues, Luis del alma, no es nada
Lo que los quiere mi madre!

LUIS. ¿Pero Cármén . . . dónde fué?

ARTURO. Con mi madre y Don Tomás
Salió; mas ya la verás:

No tardan; fueron á pié.

¿Quién hubiera imaginado

Cuando te dejé, que un día

Á Cármén encontraría

Hecha una mujer? Le ha dado

El cielo con manos llenas

Perfecciones sin medida:

Bella, virtuosa, instruida,

Y con quince años apenas.

LUIS. Sí, Arturo; no hay en el mundo

Mujer que á Cármén iguale.

ARTURO.

Vale mucho; mucho vale.

¿Y tu padre . . . ? ese profundo

Sentimiento del honor

Que todos sus actos guía . . .

Para él una villanía

Es el delito mayor.

Perdonara un crimen, si;

Pero una infamia jamás.

¡Pero qué pálido estás!

¿Te sientes malo?

LUIS. Sentí

Como vahido . . . no es nada . . .

El cansancio . . . mas tal vez . . .

ARTURO.

Mortal es tu palidez.

LUIS. No hagas caso.... es tan pesada
Esta atmósfera de Cuba....
ARTURO. Se acostumbra uno al calor:
Ya lo sentirás mejor
Dentro de un mes, cuando suba.
Pero mira á Cármen: vuela
Por abrazar á su hermano.

ESCENA II

DICHOS.—CÁRMEN.

(Cármen entra por el fondo, y corre á abrazar á Luis, que continúa en el estado de conmocion en que se puso desde que de su padre comenzó á hablar Arturo).

CÁRMEN. ¡Luis!

LUIS. ¡Cármen!

CÁRMEN. Siento tu mano

Como la nieve: me hiela.

ARTURO: Por el cansancio algo enfermo
Se siente....

CÁRMEN. Con descansar

Tal vez....

LUIS. Voy á reposar....
Es cansancio.... á ver si duermo.

(Entra por la primera puerta izquierda).

ESCENA III

CÁRMEN, ARTURO.

CÁRMEN. Despues de tan largo tiempo,
De dos meses sin mirarnos,
Ni un beso, ni una caricia,
Ni una palabra, mi hermano
Para mí tiene. Por padre
Ni siquiera ha preguntado.
¿Se habrá hundido su cariño
En las olas del Océano?
Por Dios que me ha puesto triste
Y siento brotar mi llanto.

ARTURO. Incomoda tanto un viaje
Por mar.... y apenas llegado
Buscó á ustedes por la Habana....
Pudiera ser el cansancio....
Tuvo que andar.... si son cosas
Naturales.... no hacer caso
Es mejor.

CÁRMEN. No, Arturo, no;

Es que Luis se ha vuelto malo.

De un año acá me ha perdido
Su amor: ya nunca mi hermano

Me acompaña de paseo,
Ni va conmigo al teatro.

Antes pasábamos juntos
Las horas tocando el piano;
Y hoy, si le llamo á cantar,
Huye arisco de mi lado.

ARTURO.

Yo le quiero con el alma.
 ¿Y él...? ¡si Luis es un ingrato!
 Y yo que esperaba inquieto
 Su vuelta... era presagio
 De fortuna y alegría
 Para mí... y sin embargo,
 Temblaba de que viniera...
 Sentía un sobresalto
 Al pensar en su llegada,
 Como el pavor y el espanto
 Con que espera su senteneia
 Un reo,

CÁRMEN. ¿Un reo...? no alcanzo....

ARTURO. Sabe usted que á Luis he visto
 Años hace como hermano,
 Y le esperaba anhelante
 Para decirle que amo....

CÁRMEN. ¿Á quién?

ARTURO. ¿Pues á quién? á usted.

CÁRMEN. Arturo....

ARTURO. Si lo he callado,

No puedo callarlo más;
 Que morir fuera callarlo.
 ¿No ha visto usted en la tarde,
 Cuando vamos por el campo,
 Entre las lustrosas hojas
 Del café, boton cerrado
 Que quiere ya reventar,
 Y revienta al fin mostrando
 Flor que es diamante por bella,

Y que es perla por lo blanco?
 Así fué, Cármén, mi amor:
 Boton que estaba guardado
 Entre las hojas de mi alma;
 Pero creció tanto, tanto,
 Que no cabiendo en mi pecho,
 Por los ojos brotó en rayos;
 Y no bastando los ojos,
 En palabras por los labios.
 Pronuncie usted mi sentencia:
 La quiero.... y tiemblo.... y aguardo.
 Al despuntar en mi vida
 El sol de la juventud,
 No tenía más egida
 Que mi padre y la virtud:
 Mi santa madre era ida.
 Mi hermano ya se alejaba
 De mí sin saber por qué;
 Mi padre siempre me hablaba
 Severo: ansiosa busqué
 Otra alma que no encontraba.
 Todos feliz me creían
 Con mi hermano y con mi padre;
 Y si triste me veían,
 Las gentes no comprendían
 Que me faltaba mi madre.
 Había en mi corazón
 Vacío un inmenso espacio,
 Como desierto salon
 Levantado en un rincon

- CÁRMEN.

De magnífico palacio. (*Pausa corta*).

Una tarde de paseo

Fuimos; del campo la calma

Hizo nacer en mi alma

Yo no sé qué devaneo.

Á la sombra de una palma

Quise sentarme un momento:

Conmigo estaba mi amado

Padre; murmuraba el viento;

Usted estaba á mi lado.

Se adornaba el firmamento

Poco á poco: las estrellas

Comenzaron á brotar

Pálidas, radiantes, bellas;

Salió la luna entre ellas,

Y escuché léjos la mar.

Á nuestra casa despacio

Volvimos: iba apoyada

En usted; y en el espacio

Se perdía mi mirada.

El espléndido palacio

De la noche magestuosa

Resplandecía al fulgor

De la luna misteriosa;

Y mi alma brillaba hermosa:

¡Ya la alumbraba el amor!

Cármén....

Arturo....

ARTURO.

CÁRMEN.

ARTURO.

Mi vida

Se llena de resplandores.

¡Dulce noche bendecida

En que en la sombra perdida

Brotó el sol de mis amores!

Hoy hablo á Luis sin tardanza,

Y también á D. Tomás,

Y á mi madre. Mi esperanza

Se realiza: ¿puedo más

Ya pedir? Dulce bonanza

De la tempestad en pos,

Sublime misterio encierra,

Y hoy nos enseña á los dos,

Que hay un amor en la tierra

Y que hay en el cielo un Dios.

¡Amor! inmenso y profundo

Sentimiento de dos almas,

Tú nos arrancas del mundo

Como arrebatas dos palmas

El huracán furibundo.

Pero al llevar en tu vuelo

Vertiginoso á dos séres,

No los dejas en el suelo

Destrozados, que prefieres

Levantarlos hasta el cielo.

¡Amor, tierno, abrasador!

¿Cómo bello no ha de ser,

Si es aroma de la flor,

Si es mirada de mujer,

Si eres tú que eres mi amor?

Deja que en mi amante exceso,

En tu mano de alabastro

Imprima un ardiente beso,
Para que lleves impreso
En ese tu cielo un astro.
*(Le besa la mano. En ese momento entra
Doña Josefa por el fondo, y lo ve).*

ESCENA IV

DICHOS.—DOÑA JOSEFA.

CÁRMEN. *(Turbada)*. Señora....

ARTURO. Madre....

DOÑA JOSEFA. *(Abrazándolos)*. ¡Hijos míos!

¡Bendito sea el Señor!
Arco-iris es este amor
De mis dolores impíos;
Pues este cariño santo
Viene á calmar en mi pecho
El torvo huracán deshecho

Y la tempestad de llanto
Que la muerte de mi hijo
Desató sobre mi alma.
Hoy ya vislumbro la calma....
Perdon: no quiero y me afijo.

CÁRMEN. Debíó usted amarle mucho....

DOÑA JOSEFA. ¡Si nació de mis entrañas!
Partió de nuestras montañas
Una tarde: aún le escucho.

“Madre, me dijo, sin padre
Estoy, y tú sin esposo:
Un porvenir espantoso
Nos espera: marchó, madre,
Á estudiar en Inglaterra;
Seré sabio, seré rico:
Primero me sacrífico
Que seguir labrando tierra.”
Y se fué.... mi pobre casa
Para sus gastos vendí....
Abandonada me vi....
Pero todo al fin se pasa....
Y mientras él aprendía
Á ser un sabio profundo,
Yo en aquel rincón del mundo
Toda la noche cosía.
Era yo jóven.... bonita....
Me volví vieja y enferma....
¿Pero habrá madre que duerma
Cuando su hijo necesita
Que trabaje sin cesar,
Para que pueda aprender
Lo que él tiene que saber,
Y ella no le ha de enseñar?
¿Y murió?

CÁRMEN.

DOÑA JOSEFA.

Llegaba el día
De volver hecho ingeniero:
Era el alumno primero
De su clase. “Madre mía,
Me escribió, por el vapor

De Setiembre volveré."
Al puerto ansiosa volé....
Busqué al hijo de mi amor....

CÁRMEN. ¿Y él?...

DOÑA JOSEFA. Murió en la travesía....

Le arrojaron en la mar....

Y yo me puse á llorar,

Y lloraba noche y día!

Y despues mudó mi suerte;

Y soy rica, millonaria:

Y en mi vejez solitaria,

En esta vida que es muerte,

De mí se ha apiadado Dios;

Y para enjugar mi llanto,

Viendo que he llorado tanto,

Por un hijo me da dos.

ARTURO.

Madre, por el cielo juro

Amar á vd. de tal suerte,

Que vuelva vida su muerte.

CÁRMEN.

Yo tambien.

DOÑA JOSEFA. (*Abrásándolos*). ¡Cármén! ¡Arturo!

CÁRMEN. Padre.

DOÑA JOSEFA. Amigo D. Tomás.

CÁRMEN. ¡Pero qué pálido estás!

D. TOMÁS. Este clima abrasador....

CÁRMEN. Volveremos á La Plata.

DOÑA JOSEFA. Ó á mis montañas.

D. TOMÁS.

Yo creo

Que habré de dar un paseo

Á México. Dulce y grata

La Primavera florida,

Dicen que cubre su suelo

De rosas, de astros su cielo,

Y que vigor da á la vida.

Yo necesito alejarme

Del mundo.

CÁRMEN.

Padre, ¿qué tienes?

D. TOMÁS.

Pero ustedes son mis bienes....

Mis hijos.... Á acompañarme

Disponte cuando tu hermano

Llegue de Boston.

ARTURO.

Ha poco

Que llegó.

D. TOMÁS (*Apart.*)

Me vuelvo loco.

(*Alto*).

Quiero verle.

(*Entra por la primera puerta izquierda*).[®]

ESCENA V

DICHOS.—DON TOMÁS *por el fondo*.

(*Desde el principio se nota gran preocupacion en D. Tomás*).

D. TOMÁS.

Muy buenas tardes.

ARTURO.

Señor,

ESCENA VI

DOÑA JOSEFA.--CÁRMEN.--ARTURO.

DOÑA JOSEFA.

¡Noble anciano;

Y qué feliz es, Dios mío,
Pues tiene un hijo del alma
A quien puede en santa calma
Abrazar! ¡Delirio impío!
Perdóname si te ofendo:
Arturo, mi hijo eres.
A veces sufro . . . ¿qué quieres?
Yo misma no me comprendo:
Porque el mundo se derrumba
Sobre mí en negros despojos,
Cuando horrible ante mis ojos
Se abre la mar como tumba.
Y me finje mi pesar,
Que á mi hijo que amé tanto,
Hizo un sepulcro de llanto
Con mis lágrimas la mar. (*Pausa*).
Pero pensemos ahora
En ustedes. Es preciso
Dar á D. Tomás aviso
De este amor.

ARTURO.

Madre.

CÁRMEN.

Señora.

DOÑA JOSEFA. Si á México quiere ir
D. Tomás, todos iremos;
Pero es bueno que arreglemos
Ántes vuestro porvenir.

Vamos á pensar con calma
Asunto tan importante:
Vuestra dicha en adelante
Yo cuidaré, hijos del alma.
(*Se van por la primera puerta derecha*).

ESCENA VII

DON TOMÁS *solo*.

(*Sale muy preocupado*).

Duerme allí . . . ¡pobre hijo mío!
Y no le osé despertar . . .
¿Cómo le voy á contar
Que nuestro destino impío,
Ayer alegre, hoy sombrío,
De tal manera ha mudado,
Que me contemplo arrastrado
Á una quiebra fraudulenta.
¡Yo el honrado, tanta afrenta!
¡Yo el poderoso, arruinado!
Si no lo puedo creer
Cuando es mi vida el honor.
Es tan grande este dolor
Que me voy á enloquecer.
¿Cómo pudo suceder
Que mi casa honrada y fuerte
Se cambiara de tal suerte
En mi ausencia, que quebrara?

Si mi conducta bien clara
 No miran, me doy la muerte.
 Pero Arturo es abogado....
 Voy á marchar á la Habana
 Con él.... Mi Luis y su hermana
 Que no sepan.... Angustiado
 Es el plazo señalado
 Para que yo me presente
 En Buenos Aires.... Ausente
 De mis hijos, tendré fuerza
 Para que mi alma no tuerza
 Su camino.... ¡Estoy demente!

ESCENA VIII

DON TOMÁS.—CÁRMEN.

CÁRMEN. Padre, inquieta te buscaba:
 Tengo tanto que decirte....

D. TOMÁS. ¿Dónde está Arturo?

CÁRMEN. Á pedirte
 Vendrá mi mano: me amaba.
 Luego con Doña Josefa
 Saldrá.

D. TOMÁS. Si no puede ser.

CÁRMEN. ¿Qué dices, padre?

D. TOMÁS. Creer
 Podrían.... sería yo befa
 De las maldicientes bocas....

CÁRMEN. Padre, te oigo y me confundo.
 D. TOMÁS. Tú no sabes que en el mundo

Los corazones son rocas,
 No puedes imaginar
 Lo que la malicia alcanza.

CÁRMEN. ¡Pero si él es mi esperanza!

D. TOMÁS. Pues debes desesperar.

CÁRMEN. Es honrado

D. TOMÁS. No lo dudo.

CÁRMEN. Es rico.

D. TOMÁS. Fuera mejor

Pobre.

CÁRMEN. ¿Desde cuando amor,
 Y amor rico nada pudo?

D. TOMÁS. Desde que hay en la mujer,
 Aunque su alma inunde en llanto,
 Algo más grande y más santo.

CÁRMEN. ¿Qué cosa, padre?

D. TOMÁS. El deber.

CÁRMEN. Mas no entiendo la razon....

D. TOMÁS. La comprenderás más tarde.

CÁRMEN. Déjame, padre, que aguarde.

D. TOMÁS. ¿Para qué? Tu corazón,
 Aunque en la lucha sucumba
 De la suerte á los rigores,
 No será nido de amores.

CÁRMEN. ¡Padre!

D. TOMÁS. No: será su tumba.

¿No ves cómo el huracan
 Bramador, injusto, loco,

Arranca la flor que ha poco
 Brotó sobre el arrayan?
 ¿No ves la ola turbulenta
 Que el mar con furor desata,
 A la tórtola arrebatada
 Que en la playa se lamenta?
 Es maldición el vivir:
 La vida de la mujer
 Es un gemido al nacer
 Y otro gemido al morir.
 ¡Cuán feliz la que juntó
 Los dos gemidos del alma,
 Y al primero en santa calma
 En el sepulcro se hundió!
 Naciste y murió tu madre;
 Y cuando nace tu amor,
 Tu padre lo mata en flor:
 Es tu verdugo tu padre. *(Pausa).*
 ¿En dónde está Arturo? debo
 Verle.

CÁRMEN. En su cuarto....
 D. TOMÁS. Volvemos.

CÁRMEN. ¿Te vas?
 D. TOMÁS. Poco tardaremos:
 A la Habana me le llevo.
(Se va por la segunda puerta derecha).

ESCENA IX

CÁRMEN.—LUIS *después*.—DOÑA JOSEFA *al fin*.

CÁRMEN. ¡Que mate yo la esperanza
 Que inmensa alienta en mi pecho!
 ¿Por qué no dicen al sol
 Que apague su luz de fuego?
 ¡Que mi corazón acalle
 Este palpitir violento!
 ¿Por qué no dicen al mar
 Que no saeuda su seno?

LUIS. *(Entrando)*. Cármén.

CÁRMEN. Hermano mío,
 Calme tu amor el loco desvarío
 En que se agita mi alma:
 Con tu cariño vuélveme la calma.
 Vino padre.

LUIS. ¿Ya vino?

CÁRMEN. É implacable le vi como el destino.

LUIS. No sé lo que me dices.

CÁRMEN. ¿No tuviste jamás sueños felices
 De gozo y de ventura?
 ¿No sentiste embriagado la locura
 De una pasión intensa
 Que nace en un suspiro, y crece inmensa
 Del pecho en lo profundo,
 Y llena el alma, y luego llena el mundo?
 ¿Que al principio es mirada,
 Relámpago; y después luz, llamarada,

Incendio que en su anhelo
Abrasa el orbe, y abrasara el cielo?
LUIS. Eso es amor.

CÁRMEN.

Se lanza

En las alas de luz de la esperanza,
Atraviesa los mundos,
Del espacio los piélagos profundos,
Y llega hasta Dios mismo
Escalando las sombras del abismo.

LUIS. CÁRMEN, dí: ¿qué te pasa?

CÁRMEN. El fuego del amor mi seno abrasa:

¡Y viéndome sin madre,
Que mate yo mi amor quiere mi padre!

LUIS. ¿Qué me dices? ¡Dios santo!

¿Amas á un hombre?

CÁRMEN.

Luis, le amo tanto,

Que por él, te lo juro,
Diera mi vida.

LUIS. Dí: ¿quién es?

CÁRMEN.

Arturo.

(Pausa).

LUIS. Volcan, revienta airado;

Revienta, corazón, y destrozado,
Como raudal de lava,
Desborda este torrente que ocultaba
En el hirviente pecho:

Salga mi amor en huracán-deshecho
De llanto y de gemidos.

CÁRMEN.

¿Por qué me ven tus ojos encendidos
En fuego delirante?

¿Por qué miro tu pecho palpitante
Y crispada tu mano?

LUIS.

Te amo.... celoso estoy.... ¡no soy tu
(hermano!

CÁRMEN.

¡Virgen del cielo!.... calla....

LUIS.

Oye la ruda y lúgubre batalla
En que mi alma ha luchado
En combate infernal, desesperado....

Mi confesion escucha....

Ya no puedo vivir en esta lucha....

Mis frases delirantes

Oye por compasion, aunque te espantes.

(Pausa).

Tu hermano y yo en el colegio

Compañeros estudiamos:

Yo era pobre cual mendigo,

Rico como rey tu hermano.

Desde muy niño tu padre

Le había á Europa mandado.

Padres que á sus tiernos hijos

Mandan á país lejano,

Y lo que les dan de ciencia

Les arrebatan de amparo.

Yo envidiaba, no el saber,

Sino la riqueza, el fausto;

Y muchas noches pasaba,

Sin dormir pero soñando,

Mirándome en el lugar

Y en la casa de tu hermano.

Mientras más tiempo pasaba

Más era mi envidia. Al cabo,
Ya concluidos los estudios,
Dejar á Lóndres pensamos
Y volver á nuestra patria.
Tomamos pasaje ambos
A bordo del mismo buque;
Y á pocas horas tu hermano,
Presa de una congestion,
Espiraba entre mis brazos.

CÁRMEN. ¡Horrible desgracia, horrible!

LUIS. Del colegio encomendados
Con empeño al capitán,
Sabía que nos llamábamos,
El uno Don Luis Agüeros
Y el otro Don Luis Madrazo;
Pero no nos distinguía,
Y me preguntó espantado:
“¿Es Don Luis Madrazo el muerto?”
No, le contesté temblando;
Es Don Luis Agüeros, vedle....”

CÁRMEN. Pero el muerto era mi hermano.

LUIS. Sí: una idea espantosa
Cruzado había relámpago
En la horrible tempestad
De mi cerebro.

CÁRMEN. ¡Dios santo!

LUIS. Usurpar audaz un puesto
Ageno.... tras el Océano
Olvidarme de mi madre....
Renegar del suelo patrio....

Y ladron hasta del nombre,
Ser al fin un millonario.

CÁRMEN. ¿Y no gritó tu conciencia?
LUIS. La conciencia del malvado

Como él se recata y calla.

CÁRMEN. Pues calla, Luis, que me espanto.

(Pausa).

LUIS. Ya era rico; en Buenos Aires
El más rico, el más honrado;
Con un nombre distinguido;
Era poderoso, sabio....

CÁRMEN. Pero sin madre.

LUIS. Sin madre.

CÁRMEN. ¿Y puedes tú por acaso
Comprender la gran valía
De una madre, desgraciado?
¡Cuando ha perdido á una madre
Qué pobre es un millonario!
LUIS. ¿Qué es esto que se despierta
En mi seno, y con espanto
Se revuelve y me destroza
El corazon?

CÁRMEN. Es que al cabo
La conciencia hace su presa.

LUIS. ¿Por qué no se sale en llanto
Esta angustia por mis ojos?

CÁRMEN. Porque con sangre llorando,
El crímen llueve torrentes
Sobre el corazon malvado.

LUIS. No; bastante castigo

Fué en la vida encontrarme, oh Dios,
(contigo.

Tú crecías hermosa
Más que la fresca y purpurina rosa;
Tú eras, Cármen más bella
Qué sobre negro mar pálida estrella:
Te miré blanca y pura

En medio de mi horrible desventura,
Y te amé.... y te adoro....
Y soy un criminal.... y escucha.... im-
(ploro

Tu amor.... Yo te lo juro....
Seré bueno.... tu amor....

CÁRMEN. Mí amor de Arturo
Es solamente.

LUIS. ¡Oh ira!

CÁRMEN. ¿Pues qué eres tú infeliz? Torpe mentira:
Mentira el nombre honrado,
Mentira tu presente, tu pasado,
Tu virtud, tu cariño,
Los besos que te daba cuando niño
Tu desgraciada madre,

El amor que has robado de mi padre:
Todo es mentira: y necio
Quieres mi amor? Mentira, te desprecio.

LUIS. ¡Oh rabia! ya no amante

Me verás á tus plantas delirante....
Siento muerte de celos....

Estás en mi poder....

(Se acerca, y ella huye).

CÁRMEN *(Gritando)*. Socorro.... Cielos....

LUIS. Silencio.

CÁRMEN. Padre.... Padre....

LUIS. Calla.

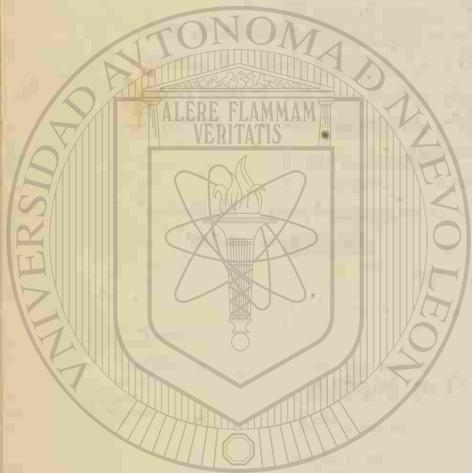
(En los movimientos que han hecho Luis y Cármen, el primero queda á la izquierda y la segunda en el centro: Doña Josefa al salir, permanece cerca de la puerta, á la derecha).

DOÑA JOSEFA *(Saliendo)*. Cármen.

(Viendo con espanto á Luis). ¡Mi hijo!

LUIS *(Aterrado)*. ¡Oh Dios, mi madre!

Telón rápido.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ACTO SEGUNDO

—*—*

ESCENA I

DON TOMÁS.—ARTURO.

*(Se supone que acaban de volver de la Habana,
y que es aún temprano).*

ARTURO. El cambiar de habitación
Ha sido sin duda causa
De que haya usted recibido
Con tal atraso la carta.
Segun presumo la quiebra,
Debe estar ya declarada.

DON TOMÁS. ¡Una quiebra sin oírme!

ARTURO. Es posible, pues estaba
El apoderado allí.

DON TOMÁS. Pero si él es el que infama
Mi nombre, quien me ha robado...

ARTURO. Mas á los jueces les basta
El poder. Hoy llega buque
De Buenos Aires; la marcha
Veremos si es conveniente:
Si la quiebra sentenciada
Está, es inútil partir,
Pues allí, señor, le aguarda
Prision para su honradez,
Sin que pueda ya probarla.

D. TOMÁS. *(Aparte)*. Si tal cosa sucediera,
Vive Dios que me matara.
(Alto). De todos modos yo debo
Partir. Dejé ya encargada
Á la agencia, que tan pronto
Como el buque entre en la Habana,
Tome para mí un pasaje
Y me lo mande.

ARTURO. Á su estancia
Vaya usted á descansar:
No ha dormido.

D. TOMÁS. Es necesaria
La mayor reserva: quiero
Que ni mi Luis ni su hermana
Sepan antes mi partida,
Ni ántes sepan mi desgracia.

ARTURO. Lo prometo: vaya usted
Á descansar.

D. TOMÁS. *(Yéndose para su gabinete)*. ¿Quién descansa,
Si ve perdida su hacienda,
Y tiene su honra empeñada?

ESCENA II

ARTURO.—*Después* DOÑA JOSEFA Y CÁRMEN,
que salen de la habitacion de la primera.

ARTURO. ¡Cerca de un millon perdido!
Pero yo puedo salvarle.
Es preciso consultarle
Á mi madre. Concedido
Á mí por su testamento
Está.

DOÑA JOSEFA. ¿Temprano de pié?
¿Estás enfermo?

ARTURO. No á fe.
Hablar á usted un momento
Necesito.... Cármén....

DOÑA JOSEFA. Si;
Hablemos ántes los tres,
Hijo mio.

ARTURO. El interes
Que usted se toma por mí
Le agradezco con el alma.

DOÑA JOSEFA. Es necesario, hijos míos,
Que en sucesos tan impíos
Obremos con mucha calma.
Ayer concertado había
Tu enlace, querido Arturo,
Con Cármén, y, te lo juro,
Sentí tan grande alegría,
Que eché en el instante un velo
Á mis acerbos dolores....

Mas sólo tiene rigores
Para mi desdicha el cielo.
Hoy tu enlace es imposible.

ARTURO. (*A Cármen*). ¿No me amas ya?

CÁRMEN. Te adoro.

ARTURO. ¿Pues cómo tan gran tesoro
He de dejar? No es creible
Que usted lo quiera.

DOÑA JOSEFA. Lo quiero,

Y también Cármen.

ARTURO. ¡Me asombra

Tal mudanza! Si era sombra,
Y no afecto verdadero,
Aquel amor.

DOÑA JOSEFA. Calla, calla:

No ofendas á la mujer
Que sacrifica al deber
Su cariño.

ARTURO. Si batalla

Mi mente sin alcanzar
Cómo mi amor, mi delirio,
Me da por premio el martirio,
¡Y dice que sabe amar!
Y usted á quien yo respeto
Más que á madre, como á Dios....

CÁRMEN. Un abismo entre los dos

Háy.

ARTURO. ¿Y cuál?

DOÑA JOSEFA. Es un secreto,
Que no intentes sorprender

Aunque en la lucha sucumbas:
Secretos hay que las tumbas
Sólo pueden comprender.

ARTURO. Pero mi dicha y mi vida
Dependen de esto, mi madre....

Tal vez la honra del padre
De Cármen.... su vida.... Ejida
Será, madre, y amuleto
De todos este amor santo.

DOÑA JOSEFA. Explicate, que me espanto.

ARTURO. No puedo, que es un secreto.

Déjeme usted que respire
El aire, pues me sofoco.

(*Saliendo para el jardín*). Adiós Cármen. Estoy loco....

CÁRMEN. Me siento morir.

ESCENA III

DOÑA JOSEFA—CÁRMEN.

DOÑA JOSEFA. Espire

En tí tan fatal pasión.

CÁRMEN. ¿Y usted me ama como madre!

¿Mas qué mucho, si mi padre
También lo quiere?

DOÑA JOSEFA. Razon

Aunque de distinta suerte,
Tenemos, Cármen, los dos.
Casarte fuera, por Dios,
Condenar á Luis á muerte.

Hoy de tu virtud exijo
Que no le des un rival,
Pues si Luis es criminal,
El criminal es mi hijo.
Yo nunca permitiré
A Arturo este enlace.

CÁRMEN.

El cielo

Me dará fuerza y consuelo.
Señora, obedeceré.

(*Entra en la habitación de Doña Josefa.*)

ESCENA IV

DOÑA JOSEFA *sola.*

Siento que ya va á venir,
Y no soy madre esta vez:
Quiero, debo ser su juez;
Pero me siento morir.
¿Y qué le voy á decir
Que con su delito cuadre?
Aunque mi pecho taladre,
Debo ser dura, severa,
Inflexible... No quisiera;
Que una madre siempre es madre.
Mas él me dejó cruel,
Cambiando mi santo amor
Por oro... y en mi dolor
Lloré torrentes por él.
Fué miserable é infiel,

¡Y por él aún me afijo!
Si le tuve siempre fijo
En el alma en mi agonía,
¿Hoy cómo odiarle podría
Si está vivo, y es mi hijo?
Es criminal: no lo niego;
Mas es mi hijo... Usurpó
Nombre y padre, y engañó
Á todos; y loco luégo,
Á Cármén, de amores ciego,
Ofendió: es la verdad;
Mas soy su madre... Maldad
Fué matarme: ¿quién lo duda?
Mas es mi hijo... ¡Que acuda
Á Dios en la eternidad!

ESCENA V

DOÑA JOSEFA.—LUIS.

(*Luis sale silencioso de su habitación.*)

DOÑA JOSEFA. (*Aparte.*) Aquí está: de sus agravios
Voy á hablarle y sus excesos;
Y están temblando mis besos
En los bordes de mis labios.

LUIS. (*Aparte.*) Aquí está, como si Dios
Estuviera en mi presencia.
(*Alto, cayendo de rodillas.*)
Espero ya mi sentencia.

DOÑA JOSEFA. Alza y escucha.

LUIS.

Los dos

Estamos muy bien así.

DOÑA JOSEFA. Alza, pues te lo permito:

Soy tan santa, que el delito

Bien puede acercarse á mí.

(Pausa. Luis se levanta).

Oí ayer tu confesion,

Y te mandé que vinieras

Temprano, porque supieras

Mi postrer resolucion.

Decir no puedes quién eres

Que la infamia encontrarías:

De D. Tomás sufrirías

La venganza. Dos mujeres

Tienen tu secreto: una,

Si hubieras sido mejor,

Te hubiera dado su amor

Como la otra su fortuna.

De tus males, de mi muerte,

Fuiste el hado furibundo;

Pues cada uno en este mundo

Es el autor de su suerte.

El amor debes perder

De tu culpa por castigo:

No se casará contigo

Cármén jamas: tu deber

Es sufrir; mas apiadada

De tí, tampoco de Arturo

Será esposa, te lo juro.

(Aparte). Siento el alma traspasada

Por el dolor que le hiere.

(Alto).

Y si pierdes de la, una

El tierno amor, su fortuna

La otra negarte quiere.

Y como nombre robado

Y riqueza ajena habías,

Saldrás ántes de dos dias

Á México: allí ignorado

Del trabajo vivirás

Con el nombre de tu madre,

Pues el nombre de tu padre

Nunca en tu vida usarás.

Piensa si has de resolverte

Para alcanzar mi perdon,

Que el hombre en toda ocasion

Es el autor de su suerte.

(Yéndose, aparte).

¿Cómo pude mis agravios

Reclamarle y sus excesos,

Si estaban mis tiernos besos

Palpitando entre mis labios?

(Entra en su habitacion).

ESCENA VI

LUIS.—PABLO, *después.*

LUIS *(Toca un Timbre)*. Un mozo. Por vida mia
Que burla me pareció

Tal propuesta. ¿Puedo yo
 Vivir así? Moriría
 Antes. (*Toca el timbre*). Un mozo. Sabré,
 Si le encuentro en mi camino,
 Luchar contra mi destino,
 Y al destino venceré.
 Carmen, no puedo perderte;
 Y pues es verdad notoria,
 Yo dejaré la memoria
 De ser autor de mi suerte.
 (*Vuelve á sonar*).
 Un mozo.

PABLO (*Entrando por el fondo*). Vengo volando.

¡Pero, Dios santo, qué veo!
 ¡Si lo miro y no lo creo!
 ¡Si murió y le estoy hablando!

LUIS (*Aparte*). ¡Pablo!... ¡qué contrariedad!

Hay que ganarle. (*Alto*). Buen Pablo....

PABLO.
 ¿Es usted?

LUIS.
 ¿Pues no te hablo?

PABLO.
 ¿Es usted en realidad?
 Hace seis años volví
 Usted en las vacaciones....
 Si son sus mismas facciones....
 El tiempo en vano pasó
 Para usted.... Mas yo me abismo,
 Pues le tuvimos por muerto,
 Y hoy mirándole no acierto
 Que es retrato de sí mismo.
 LUIS.
 Pablo, sé que eres discreto,

Y pues la vida me va
 En que calles, cuento ya
 Que guardarás mi secreto.
 Ni á mi madre has de decir
 Que me has visto.

PABLO.
 Seré mudo.

LUIS.
 Eres fiel, de ti no dudo.

PABLO.
 Lo callaré hasta morir.

LUIS (*Aparte*). Mañana sale el vapor,
 Á Buenos Aires iré;
 Mis bienes realizaré,
 Y la vida y el honor
 Salvaré con otro nombre
 En los Estados Unidos.

PABLO (*Aparte*). Los ojos tiene encendidos.

(*Alto*).
 Permita usted que me asombre
 De verle así.

LUIS.
 Pablo, al punto
 Y sin decirlo, te irás
 Á la agencia; comprarás
 Un billete: un grave asunto
 Á Buenos Aires me lleva.

PABLO.
 Bien, señor.

LUIS (*Entrando en su cuarto*). Carmen y Arturo
 No se casarán, lo juro:
 Pondré á Arturo á dura prueba.

(*Pablo va á salir, cuando Arturo, que llega
 del jardín, le detiene*).

ESCENA VII

ARTURO.—PABLO,

ARTURO. Oye, Pablo.

PABLO. Señorito.

ARTURO. Vas al instante á la agencia,

Pues con la mayor urgencia

Embarcarme necesito,

Y me compras un pasaje

Para Buenos Aires.

PABLO. Bien,

(Aparte). ¡Éste se marcha también!

ARTURO. Si llegare algun mensaje

Para el señor Don Tomás,

Ó alguna carta....

PABLO. Ya sé:

Al momento la traeré.

ARTURO. Al instante la traerás.

Vete y pide al mayordomo

El dinero necesario.

PABLO *(Yéndose, aparte)*. Pasa algo extraordinario:

Los dos se van. ¿Pero cómo

Dejan á la señorita,

Y también á la señora?

(Sale Pablo por el fondo).

ESCENA VIII

ARTURO.—DOÑA JOSEFA Y CÁRMEN,
*que salen de la habitación de la primera.*CÁRMEN *(Aparte)*. Arturo.ARTURO *(Aparte)*, CÁRMEN. *(Alto)*. ¿La hora
De pasear?DOÑA JOSEFA. Necesita
Respirar el aire puro
Cármén.ARTURO. Madre, yo quisiera
Hablar á usted. *(Ap. á Cármén)*. Vuelve.CÁRMEN *(Aparte á Arturo)*. Espera.DOÑA JOSEFA *(Á Cármén)*. Ve al jardín. *(Se va Cármén)*.
(Á Arturo). Te escucho, Arturo.

ESCENA IX

DOÑA JOSEFA.—ARTURO.

ARTURO. Hace dos años, mi madre,
Que por usted adoptado
Fui.DOÑA JOSEFA. *(Aparte)*. ¿Qué me querrá decir?
¿Sabrá por desgracia algo?ARTURO. Y son tantos los favores
De usted en estos dos años,
Que ni con la vida misma
Alcanzara yo á pagarlos.

DOÑA JOSEFA. Exajeras.

ARTURO. No exajero.
 En mi alma se formaron
 Ilusiones seductoras,
 Con esperanzas halagos
 De no sé qué dicha inmensa
 Que contemplaba soñando,
 Y que se alzaba en mi vida
 Como se elevan del lago
 Al primer rayo del sol
 Nubes de oro y alabastro.
 Pero así como las nubes
 El cielo van escalando,
 Y ya en la altura revientan
 Y vomitan muerte y rayos,
 Mis ilusiones también
 En desdichas se trocaron,
 Y en el alma negras nubes
 Son ¡ay! que me están matando.

Doña JOSEFA. Exajeras tu desgracia
 Como mi bondad. El hado
 Es ser caprichoso á veces,
 Que si ménos lo esperamos,
 Cambia el placer en dolores,
 Y muda la risa en llanto;
 Pero despues pasa el tiempo
 Y viene el contrario cambio,
 Y son los dolores gozo,
 Y son las lágrimas canto.
 (Aparte). Méno para mí que muero,
 ¡Y de no morir me pasmo!

ARTURO. Entre las muchas bondades
 De usted, me hizo millonario,
 Por si bastante no fuera
 Darne su cariño santo.

Doña JOSEFA. Arturo.

ARTURO. Una pretension
 Hoy ante mi madre traigo.

Doña JOSEFA. ¿Qué quieres?

ARTURO. Si deseaba
 Esplendor, riqueza y fausto,
 Era por Cármen no más,
 Y á Cármen me arrebataron.
 Doña JOSEFA. Arturo, me despedazas
 El corazon; mas yo...

ARTURO. Callo,
 Callo dolores y penas
 Ante mi deber sagrado.
 ¿Pero ya tanto dinero
 De qué me servirá? Amparo
 No podrá ser de mi vida,
 Que es ya muerte.

Doña JOSEFA. Calla ingrato.

ARTURO. ¿Ingrato yo, cuando diera
 Cuanto soy y cuanto valgo
 Por mirar á usted feliz,
 Porque se hiciera el milagro
 De que su hijo reviviese,
 Y le mirara en sus brazos?

Doña JOSEFA. Arturo ¿por qué lo dices?
 ¡Mira que me estás matando!

ARTURO. Perdone usted, madre mia.
 Pero lleguemos al cabo
 Al negocio que me trae.
 Completo un millon me ha dado
 Su bondad, y disponer
 Quiero de él.

DOÑA JOSEFA. Mas no alcanzo
 Por qué pides mi licencia,
 Pues es tuyo y en el banco
 Colocado está á tu nombre.
 El otro con fin más santo
 Lo dejo en mi testamento
 Para socorro de náufragos,
 Cuando dejarlo debiera
 Para castigo de ingratos.

ARTURO. ¿Qué tiene usted, madre mia?
 ¿Qué tiene usted que me espanto?

DOÑA JOSEFA. Nada.... mas dime tu intento.
 ¿Qué pretendes?

ARTURO. Regalarlo.

DOÑA JOSEFA. ¿Estás loco?

ARTURO. Pero, madre....

DOÑA JOSEFA. Mientras yo viva, te mando
 Que lo conserves, (*Yéndose*). ¿Sabrá
 Que Luis....? Lo pienso y me espanto.

ARTURO. (*Aparte*). Perdóname, madre mia;
 Pero yo debo, y los salvo.
 (*Doña Josefa entra en su cuarto, y llega
 Cármen del jardín*).

ESCENA X

CÁRMEN.—ARTURO.

CÁRMEN. Al ver que Doña Josefa
 Salía.... (*A apoyándose en un mueble*),
 Mas no respiro....
 Me ahogo....

ARTURO. ¡Gran Dios! ¿qué tienes?

CÁRMEN. Un palpar intranquilo
 En el corazon.... un sueño
 Que me embarga los sentidos....
 Y un dolor fiero en el alma
 Que me asesina....

ARTURO. Amor mio,

¿Ves como nuestra pasion
 Es tu vida, y que es preciso
 Si no te quieren matar,
 Que no maten mi cariño?

CÁRMEN. Es verdad, y sin embargo
 Hay que matarlo. ¿Qué digo?
 ¡Si matarlo es imposible!
 Hay que morir.

(*Desde esta escena hasta el fin del acto, debe mostrar Cármen el estado alarmante de su enfermedad, la cual se debe ir notando más y más.*)

ARTURO. Yo confío
 En vencer la resistencia
 De tu padre.

CÁRMEN.

Mi destino

Es horrible: no es mi padre
El solo obstáculo.

ARTURO.

Dílo,

Para vencer ese obstáculo.

CÁRMEN.

No; que es secreto, y no mio.

ARTURO.

Pienso, y comprender no puedo....

Quisiera, y no lo adivino....

¿Quién se pone entre los dos?

¿Si fuera?... Pero deliro.

Roca que altiva se alza

En mitad de mi camino,

Trozos haré tu altivez,

Verás que soy más altivo.

CÁRMEN.

Es locura.

ARTURO.

Es necesario

Que te salve del abismo,

Y salve á tu hermano Luis,

Y á tu padre.... Necesito

Tu cariño por vosotros,

Y no ya por mi cariño.

CÁRMEN.

No te entiendo; mas si acaso

Es algun remedio, explícalo,

Pues que tal vez al saberlo

Quien lo puede y no lo quiso,

Nos devolverá la dicha

Que nos arrebató. Dílo:

Mira que con ansia aguardo.

ARTURO.

No; que es secreto, y no mio.

¿Qué tienes?

CÁRMEN.

Vuelve este sueño....

Este ahogo.... este delirio....

ARTURO.

Pues bien, ve y dile á tu padre

Que por su vida le pido,

Y por tu honor que es el suyo,

Que consienta. Yo solicito

Voy en busca de mi madre.

CÁRMEN. (*Yéndose para el cuarto de D. Tomás*). No es á
ella.... á Luis....

ARTURO.

¡Dios mio!

¿Á Luis?... ¿Pero por qué tiemblo?

¿Á Luis?... ¿Pero qué adivino?

ESCENA XI

ARTURO.—LUIS.

ARTURO. (*Llamando*). Luis. Luis. Ya pronto sabré

Quien la dicha me arrebató,

Quien vida y amor me mata....

Luis.

LUIS. (*Saliendo de su cuarto*). ¿Qué quieres?

ARTURO.

Siéntate.

LUIS.

Me place: tengo que hablar

Largo contigo.

ARTURO.

Tambien

Yo, Luis. Quiero saber quien....

LUIS.

Permiteme comenzar.

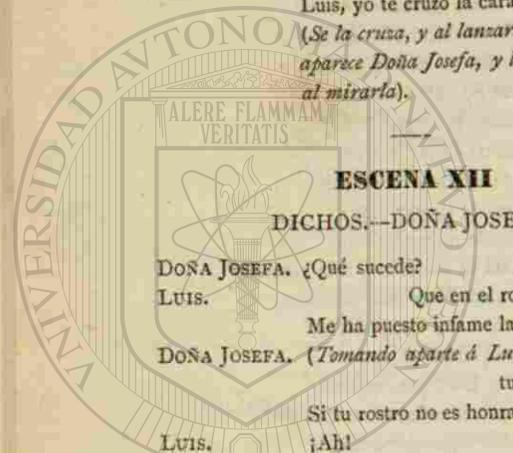
Yo bien sé que eres discreto,

Y de lo que vas á oír

Jura, Arturo, sin mentir
Que guardarás el secreto.
ARTURO. Lo juro, Luis.
LUIS. Bien está.
Antes dime: al adoptarte
Doña Josefa, y dejarte
Herencia que miras ya
Como tuya, ¿si viviera
Su hijo la perdería?
ARTURO. El caudal suyo sería
Y mi adopción nula fuera.
LUIS. Bien está.
ARTURO. Mas no comprendo....
LUIS. Tu madre.... un hijo perdió....
ARTURO. Es cierto.
LUIS. Y éste dejó
Un hijo en Londres.
ARTURO. (*Aparte*). Entiendo
Ya por qué á Carmen me niegan:
Ya no soy rico.... El destino
Me venga. ¡Cielo divino,
Cómo con oro se ciegan!
LUIS. Y dicen que por gozar
Una herencia agena, al nieto
Haces guardar en secreto,
Y le pudieras matar.
ARTURO. Calla, Luis, porque me infamas.
LUIS. Y de un chasco por salvarte,
Dicen que quieres casarte
Con Carmen á quien no amas.

ARTURO. Á quien tal dice, que guarde
Dios de que sepa quién es,
Pues le tendiera á mis piés.
LUIS. Si dicen que eres cobarde.
ARTURO. ¿Tú tambien? ¡Ira del cielo!
¿Cobarde, infame, ladrón
Yo? Se nubla mi razón;
Siento la sangre de hielo.
LUIS. Así no extrañarás ya
Que te arroje de mi casa.
ARTURO. Esto de la raya pasa:
En ella mi madre está.
LUIS. ¿Está tu madre.... ó la herencia?
ARTURO. Si pienso que estás demente.
LUIS. Y tú, por Dios, insolente.
ARTURO. Ya se acaba mi paciencia.
Pero, Luis, oye, repara:
Si no entiendo, si me abraso.
LUIS. ¿Estás esperando acaso
El que te cruce la cara?
(*Hace el ademán, y Arturo le detiene*).
ARTURO. No; que en loco frenesí
Pienso cómo te he escuchado,
Y cómo desesperado
No te he dado muerte aquí.
LUIS. Pues marchemos.
ARTURO. No; más tarde,
Que pudieran observarnos:
Tiempo habrá para matarnos.
LUIS. Si dije que eras cobarde.

ARTURO. En lo que dices repara.
 LUIS. Paciencia si es duro el trago.
 ARTURO. Tú lo dijiste y yo lo hago:
 Luis, yo te cruzo la cara.
(Se la cruza, y al lanzarse Luis sobre él, aparece Doña Josefa, y los dos se detienen al mirarla).



ESCENA XII

DICHOS.—DOÑA JOSEFA.

DOÑA JOSEFA. ¿Qué sucede?
 LUIS. Que en el rostro
 Me ha puesto infame la mano.
 DOÑA JOSEFA. *(Tomando aparte á Luis).* ¿Y hay quien
 tu rostro deshonne,
 Si tu rostro no es honrado?
 LUIS. ¡Ah!
 DOÑA JOSEFA. ¿Y tú también?
 ARTURO. Á decir....
 LUIS. Es mi secreto.
 ARTURO. Me callo.
 DOÑA JOSEFA. Ya pienso que imagináis
 Lavar con sangre inhumanos
 Eso que mancha en la honra
 Llamáis. ¡Vaya por honrados!
 No tenéis la honra en el alma
 Sino en el rostro y las manos.
 Honra que no echa raíces

En el corazon, no es árbol
 Á quien el recio huracan
 Quiere descuajar en vano;
 Es yerba que barre el viento
 Y que arrastra por los campos.
 Y como tenéis la honra
 En el rostro, ya no extraño
 Que el viento de las palabras
 Sin honra os haya dejado.

ARTURO. *(Aparte).* ¿Ella tal vez tambien cree?
 ¿Por qué juré? ¿por qué callo?

LUIS. *(Aparte).* Tengo la infamia en el rostro,
 Y no muerdo ¡y no le mato!

DOÑA JOSEFA. Quien quiere alcanzar honor
 Gana el honor con sus actos;
 Que el honor está en el pecho,
 No es su vivienda en los labios,
 No es honor si de palabras
 Nace, y se alimenta en manos,
 Que tambien palabras miente
 Y manos tiene el malvado.

ARTURO. *(Aparte).* ¡Callar cuando así me juzga!

LUIS. *(Aparte).* Siento vergüenza.

DOÑA JOSEFA. Veamos
 Quién faltó para que pida
 Perdon al otro.

LUIS. No faltó

Jamas, ni pido perdon
 Á nadie nunca.

ARTURO. Si callo

Si por guardar un secreto
No me defiendo y me agravio,
Pido perdon del insulto,
Mas fué justicia insultarlo.

DOÑA JOSEFA. Gracias, Arturo: eres noble;
Ven, que te oprima en mis brazos.

LUIS. ¡Ah!

DOÑA JOSEFA. (*A Arturo*). ¡Que el cielo te bendiga!

LUIS. (*Aparte*). ¡Infierno, ábreme tus antros!

ESCENA XIII

DICHOS.—CÁRMEN Y DON TOMÁS,
que salen del cuarto de éste.

(*Quedan á la izquierda, primero Doña Josefa, despues Luis, y luego Arturo ya cerca de los bastidores. Don Tomás y Cármen se ponen á la derecha.*)

D. TOMÁS. Ayer mi hija me habló
De sus amores; me dijo
Que Arturo por ser mi hijo
Suspiraba. Me cegó
No sé si honra ó mentida
Soberbia. Arturo sabe
Que tuve razon y grave
Para negarme. Aflijida
Y de Arturo en nombre ha vuelto
Mi hija á solicitar;

Ya no me puedo negar,
Y casarlos he resuelto.
Tal vez el hecho le afija
Á mi honra; mas primero
Es su dicha, y yo prefiero
La ventura de mi hija.

CÁRMEN. ¡Si lo escucho y no es creíble!

LUIS. (*Aparte á Doña Josefa*). Me dijiste: "te lo juro;
Cármen no será de Arturo."

DOÑA JOSEFA. Esta boda es imposible.

CÁRMEN. ¡Ay!

D. TOMÁS. Dios eterno ¿qué escucho?
¿Á mis canas tal afrenta?
Señora, deme usted cuenta
De este baldon.

LUIS. (*Aparte*). Sufro mucho.
ARTURO. Es, señor, que ya no puedo
Casarme.

CÁRMEN. ¡Y él me abandona!

D. TOMÁS. ¿Qué su virtud no la abona?
¿De su honor tiene usted miedo?

LUIS. Es que primero quisiera
Ver á Cármen en la tumba
Que de Arturo.

CÁRMEN. Se derrumba
Sobre mí el mundo.

D. TOMÁS. ¿Qué fiera
Situacion que no comprendo
Es ésta? Quiero saber
Qué pasa: quiero entender
Esto, porque no lo entiendo.

DOÑA JOSEFA. Imposibles, D. Tomás,
Hay....

ARTURO. Sucesos imprevistos....
Luis y yo estamos malquistos....

LUIS. Nuestra honra misma....

CÁRMEN. ¿Esto más?
¿Y hablas de mi honra? No.
No, no se hará tal enlace;
Mas sabed que no se hace,
Porque no lo quiero yo.
Que con mi padre y mi honor
Me basta y con mi conciencia.
(*A Luis*). Ni he menester tu licencia;
(*A Arturo*). Ni necesito tu amor.
No tengo amante, ni madre,
Ni hermano; pero en mi duelo
Me quedan, Dios en el cielo,
Y en mi corazón mi padre.
(*Se abraza sobre su pecho*).

ESCENA XIV

DICHOS.—PABLO *que entra por el fondo.*

PABLO. (*A Arturo*). Señor, vengo de la agencia,
Y aquí tiene usted....

ARTURO. (*Aparte*). Si habla....

PABLO. El pasaje que encargó
Para Buenos Aires.

D. TOMÁS. (*Aparte*). ¿Marcha
Él también?

CÁRMEN. (*Aparte*). ¿Y me abandona?

DOÑA JOSEFA. ¿Así.... sin decirme nada?

LUIS. (*Aparte*). ¿A Buenos Aires?

PABLO. (*A Luis*). A usted
Traigo el suyo.

D. TOMÁS. (*Aparte*). Mi desgracia
Sabe sin duda.

DOÑA JOSEFA. (*A Luis*). ¿Y adónde
Se marcha usted?

PABLO. A La Plata:
Se van en el mismo buque.
Coincidencia más extraña:
Los dos me encargan pasajes
Sin saberlo esta mañana,
Y me dan otro en la agencia
Para D. Tomás.

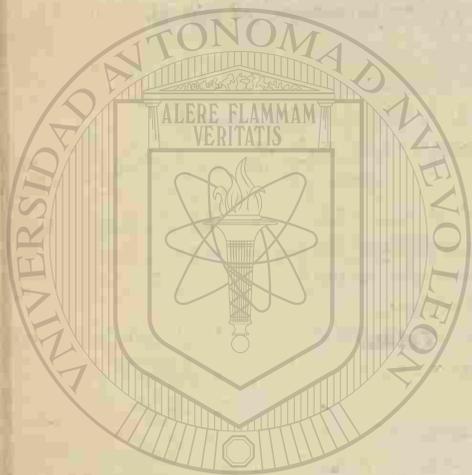
CÁRMEN. ¿Te marchas?
Antes que de ti me arranquen,
Me arrancarán vida y alma.

LUIS. ¿Se marchaba usted?

DOÑA JOSEFA. ¿Y así
A las dos abandonadas
Nos dejaban?

ARTURO. No sabía
Que Luis....

D. TOMÁS. Cármén, yo ignoraba
Que tu hermano....



ACTO TERCERO

ESCENA I

DOÑA JOSEFA.—DON TOMÁS.

D. TOMÁS. ¿El médico espera?...

DOÑA JOSEFA. Espera

Salvar a Carmen: ligero

Es el ataque; yo espero

Igualmente.

D. TOMÁS. Dios lo quiera.

¿Todavía está el doctor?

DOÑA JOSEFA. Y allí está Arturo con él,

Cuidando constante y fiel

El tesoro de su amor.

D. TOMÁS. Es noble; ¿pues con tal madre
Quién pudiera ser malvado?
Si mi Luis es desgraciado,
Es porque yo soy su padre.

DOÑA JOSEFA. Calle usted, que está infamando
Sus canas, y eso no es cuerdo.

D. TOMÁS. ¡Luis tan noble, y yo le pierdo!

DOÑA JOSEFA. (*Aparte*). ¡Luis noble!... me está matando.

D. TOMÁS. Usted ha sido conmigo
Más que una amiga una hermana....
Pudiera hoy.... ó mañana....
Morir.... Quedan sin abrigo
Mis hijos....

DOÑA JOSEFA. No sé por qué
Tan triste idea le aflija;
Mas Carmen será mi hija.

D. TOMÁS. ¿Y Luis? Señora, noté
Tan pronto como llegó,
Que usted no le quiere. Acaso
Como es adusto....

DOÑA JOSEFA. (*Aparte*). Me abraso.

D. TOMÁS. ¿Por qué no le quiere?

DOÑA JOSEFA. ¿Yo?...
Sí le quiero. (*Aparte*). Bien quisiera
No quererle.

D. TOMÁS. Le querría....

DOÑA JOSEFA. (*Aparte*). ¡Si le quiero!

D. TOMÁS. Amiga mía,
Si cual yo le conociera.
¿Mas qué digo? Si se quiere

Á un hijo sólo por serlo,
No por bueno. Si perderlo
Pudiera.... si se muriere....
No: primero que yo muera.
Que Carmen viva, Dios mío:
Que viva Luis. ¡Hijo mío!
¡Pues yo sin ellos, qué hiciera?
¿Usted perdió un hijo?

DOÑA JOSEFA. Sí.

D. TOMÁS. ¿Pues no calmara su mal
Que viviera criminal;
Pero que estuviera aquí?

DOÑA JOSEFA. (*Aparte*). ¡Me muero! (*Alto*). Voy, que
(el doctor
Me está esperando. (*Aparte yéndose*).
(Dios mío,

¿Mi rigor delito impío
Es, ó crimen es mi amor?
(*Entra en su cuarto*).

ESCENA II

DON TOMÁS.—*Después* LUIS.

D. TOMÁS. Sí; que mañana reciba
Mi cuerpo la tumba helada;
Pero que mi hijo viva,
Que viva mi hija amada.

LUIS. (*Saliendo, aparte*). Mi padre.

D. TOMÁS.

Iba á buscarte,
Pues quiero estar junto á tí.
Tengo tanto que contarte....
Siéntate.... cerca de mí.
No estés enojado.

LUIS.

¿Yo?....

D. TOMÁS.

Un solo día.... no más....
Mañana.... No, hijo, no;
No fui criminal jamas:
Fué la desgracia.... un malvado
Que nos robó.... pero Dios
Es grande, y Él ha cuidado
Siempre de tí.... Niño, en pos
Del saber, eras muy niño,
Fuiste á Londres á estudiar.
¿Qué podía mi cariño?
No te pude acompañar.
¡Ay, muchos años pasaron
Sin que yo volviera á verte!
¡Cómo mis ojos lloraron!
¡Cómo temía perderte!
Cuando supe que volvías,
Presa de inmenso pesar
Soñé una vez, que te hundías
En las olas de la mar.

LUIS. (*Aparte*). ¡Ah!

D. TOMÁS.

¡Pero al verte en mi pecho
Cómo gozé! Si creí
Que no eras tú.... Deshecho
Tu recuerdo ya....

LUIS. (*Aparte*).

¡Ah de mí!

D. TOMÁS.

¡Cómo gozé al ver tu frente
En que el rayo del saber
Brillaba claro, esplendente!
¿Has contemplado nacer,
Rompiendo el duro capullo,
Á la bella mariposa?
Salía así con orgullo
De tu frente tu alma hermosa.
Y no eras tú el orgulloso,
No lo eras, hijo, no:
De tu saber prodigioso
El orgulloso era yo.
Al verte cerca de mí,
Mi hijo, mi bien, mi consuelo,
¡Cómo te bendije á tí,
Y cómo bendije al cielo!

LUIS. (*Aparte*). Tengo vergüenza.

D. TOMÁS.

¡Si olvido

Junto á tí nuestros pesares!

LUIS. (*Aparte*).

¡Que no me hubiese yo hundido
En el fondo de los mares!

D. TOMÁS.

Si torpe fui ó descuidado,
Sé que me perdonarás.
Es verdad, hijo adorado,
Que nunca me olvidarás?

LUIS.

Señor....

D. TOMÁS.

Te dejo un momento....
Voy á escribir.... El doctor
Llegó ya.... Cármen aliento

Recobrará, y el vigor
Le volverá.
(*Entra en su cuarto*).

ESCENA III

LUIS.— *Después* PABLO.

LUIS. Ni los ojos
Pude alzar en su presencia,
Fingiendo ver sus enojos.
¿Será verdad que hay conciencia?

(*Entra Pablo del fondo con una caja de pistolas*).

Pablo, ¿qué llevas?

PABLO. Ha poco
Sus pistolas á limpiar
Me dió el señor.

LUIS. (*Aparte*). Estoy loco.

(*Alto á Pablo*). Allí está: puedes entrar.

(*Entra Pablo en el gabinete de D. Tomás*).

¿Qué hacer? Arturo me dijo

Que era nula su adopción

Siempre que viviese el hijo....

Hoy una resolución

Es necesario que tome....

Sí, Cármen se salvará;

Y no habrá fuerza que dome

Mi voluntad.

(*Pablo sale, se vuelve á la puerta del gabinete de D. Tomás, y como contestándole dice*):

ABLO. Bien está.

LUIS. Pablo, dime para qué
Esas pistolas quería
Mi padre.

PABLO. Pues no lo sé.
Sin duda que las vería
Muy sucias; tal vez por eso
Las mandó limpiar; estaban
Casi inútiles.

LUIS. (*Aparte*). El seso

Pierdo.

PABLO. Mas no las limpiaban....

LUIS. ¿Y Cármen?

PABLO. Está mejor.
¡Cuántas desgracias, Dios santo!
¡Quiebra, miseria, dolor,
Enfermedades y llanto!
¿Pero cómo suponer
Que no era usted el hijo....?

LUIS. Ya te dije que has de ser
Mudo en esto: te lo exijo.

PABLO. No lo contaré; lo dije,
Y nunca de cumplir deja
Nada Pablo; mas me aflije,
Señor, que Doña Josefa
No sea madre de usted.

LUIS. No es el caso extraordinario.
PABLO. Hijo de ella, su merced
 Sería hoy millonario.
 Pero afuera la tristeza,
 Hay que tener desparpajo,
 Que al fin la mayor riqueza
 De este mundo es el trabajo.

LUIS. ¡El trabajo!

PABLO. Sí, señor:

Levantarse muy temprano,
 Y trabajar con ardor
 La mañana: esto es muy sano.
 Y despues volver de prisa
 Á tomar cualquier bocado,
 Que incita sobre la mesa
 Por el hambre sazonado.
 Yo sé que á los ricos dan
 Mil manjares deliciosos;
 Mas como sin hambre están
 No los encuentran sabrosos.
 Pero al pobre la fatiga
 Hambre y sed le da, y es justo
 Que encuentre buena la miga
 Y el mal vino de su gusto.
 Y en la noche cuando llega
 Á dormir sobre su manta,
 Ya los ojos no despega
 Hasta que el sol se levanta.
 No da hambre la saciedad
 Ni sueño un lecho lujoso:

LUIS. Sólo da felicidad,
 Señor, un trabajo honroso.
 Y es verdad, ¡cuántas pasé
 Noches que fueron pesares!
 ¡Cuántas veces no probé
 En la mesa los manjares!
 Fuego mi frente devora:
 Voy á respirar la brisa
 Al jardín. *(Se va para el jardín).*

ESCENA IV

DOÑA JOSEFA.—PABLO.

DOÑA JOSEFA. *(Saliendo).* Pablo.
 PABLO. Señora.
 DOÑA JOSEFA. Llama á Arturo.
 PABLO. *(Yéndose para el cuarto de Arturo).* Voy de prisa.

ESCENA V

DOÑA JOSEFA.—Despues ARTURO.

DOÑA JOSEFA. Virgen santa, ya que sufro
 Por mi hijo tantos duelos,
 Te pido que al pobre padre
 Su hija le conserves.
(Entra Arturo.)
 DOÑA JOSEFA. Quiero
 Que hablemos un rato, hijo.

ARTURO. Pues bien, madre mía, hablemos.

DOÑA JOSEFA. Carmen, según el doctor,
Está ya fuera de riesgo.

ARTURO. Fué por fortuna un amago
Pero no un ataque serio.

DOÑA JOSEFA. A la hija das tu amor,
Y tu capital entero

Al padre quisiste dar.

ARTURO. Es verdad, y no lo niego.

Los mandatos de mi madre

Por él desobedeciendo,

A Buenos Aires marchaba

Con el propósito hecho

De pagar sus deudas.

DOÑA JOSEFA. Hijo,

Yo voy á hacerlo.

ARTURO. ¡Qué bueno

Es Dios; y usted, madre mía,

Qué buena es también!

DOÑA JOSEFA. Sabiendo

Penas de un hombre tan noble,

Y pudiendo dar remedio

A sus males, recórdé

Que había en mi testamento

Cláusula en que mi fortuna

Para los naufragos dejó.

¿Qué más naufrago que un padre

Que ya en sus años postreros

Honrado se ve en la ruina,

Y en la infamia noble siendo?

Es el mundo entónces mar

De pesares y tormentos,

Es la vida débil barca

Que azota huracan deshecho,

Son las miradas relámpagos,

Las quejas del alma truenos,

Y las lágrimas son lluvia,

Y son los suspiros vientos.

¿Quién puede salvar al náufrago

Y no le salva pudiendo?

¿Al náufrago.... mas qué digo?

ARTURO. ¿Le vuelve á usted el recuerdo
De su hijo?

DOÑA JOSEFA. Calla, Arturo.

Parece, oh Dios, que le veo,

Que estaba ya el alma muerta

Porque no lo estaba el cuerpo,

Hundido en las negras olas,

No del mar, del vicio horriendo,

Presa ya, no de los peces,

Sino presa del averno.

ARTURO. Madre, está usted delirando.

DOÑA JOSEFA. Si es un delirio, es tremendo....

Que se hunde ya para siempre....

Que se pierde.... que le pierdo....

Dios santo, dame tu fuerza;

Dios santo, dame tu aliento.

¿Quién puede salvar al náufrago

Y no le salva pudiendo?

ARTURO. Madre, por Dios.

DOÑA JOSEFA.

Voy con Cármen

A hablar.... No puedo.....no debo

Si ya miro que es un crimen

Lo que estoy contigo haciendo....

Adios, hijo.

(Le besa y se va).

ESCENA VI

ARTURO.—LUIS.

LUIS.

(Que ha visto desde el fondo la despedida de Doña Josefa, dice aparte):

¡Y él me roba

De mi madre hasta los besos!

¡Si yo me dejé sin madre!

¡Si es mi vida ya un infierno!

(Alto y adelantándose). Arturo.

ARTURO.

Luis.

LUIS.

Necesario

Es que consulte contigo

Mi situación. No presumas

Que por esto echo en olvido

Que hay entre nosotros dos

Una ofensa y un abismo.

ARTURO.

Luis ¿por qué rencor tan grande?

Otra vez perdon te pido,

Pues al ofenderte, Luis,

No fui dueño de mí mismo.

LUIS.

¿No sabes por qué el rencor

Hace en mi pecho su nido?

¿No sabes que siento ya

Odio al mirarte, y concibo

Con el odio la venganza,

Y tu vida necesito?

ARTURO.

Luis....

LUIS.

Porque tú me has quitado

Cuanto en el mundo era mio.

Te hablé de un nieto.

ARTURO.

Me hablaste.

LUIS.

Era mentira: es el hijo

El que vive, que no ha muerto.

ARTURO.

¿Pero por qué no ha venido?

LUIS.

Viene ya; quiere su herencia,

Su nombre, el amor bendito

De Cármen.

ARTURO.

¿De Cármen?

LUIS.

Sí;

Inmenso es el amor mio:

Arturo, no soy su hermano.

ARTURO.

¿Qué dices....? Sueño.... deliro....

LUIS.

Que tu nombre y tus millones,

Arturo, son sólo míos;

Y que vengo á reclamarlos,

Que tenerlos es preciso;

Que es mi madre, que es mi amada,

Que es mi hacienda; que me miro

En la ruina, en la miseria,

Y por mi herencia soy rico;

Que huérfano estoy con madre,
Y no tengo su cariño;
Y que sin Cármen la vida,
Ni siquiera la concibo.

ARTURO. (*Aparte.*) ¡Horrible revelacion!

LUIS. ¿Qué piensas?

ARTURO. En tu delito.

Todo lo comprendo ya:
Suplantaste un nombre, á un hijo;
Y Dios te puso de Cármen
Al lado por tu castigo.
Buscabas oro, y la ruina
Encontraste en tu camino;
Y hoy te acuerdas de tu madre:
¡Eres modelo de hijos!

LUIS. Es que me asiste el derecho:
Aquí, Arturo, me lo has dicho.

ARTURO. Acta existe de tu muerte,
Y la has firmado tú mismo:
Ante la justicia basta.

LUIS. ¿Mas si pruebo...?

ARTURO. Tu delito
Probarás, y que usurpado
Has los derechos de hijo;
Y en vez de tomar la herencia,
Encontrarás el presidio.

LUIS. Es decir que muerto estoy
Para la fortuna, y vivo
Para la infamia.

ARTURO. Esto es

Que al fin encuentra el castigo
El malvado, y que recoje
Desdichas quien siembra vicios.

ESCENA VII

DICHOS.—CÁRMEN *saliendo.*

CÁRMEN. ¡Arturo! (*Deteniéndose al ver á Luis.*)
¡Luis!

LUIS. ¿Qué le quieres?

¿Por qué callas? Dile luego,
Cármen, que á mí le prefieres.

CÁRMEN. Cálmate, yo te lo ruego.
Me habló tu...

LUIS. Dí ya mi madre:

Arturo lo sabe.

ARTURO. Si.

LUIS. Mas no lo sepa tu padre
Nunca. No quiero, ay de mí,

Que un anciano tan honrado
Pueda escupirme á la cara;
Que con ser yo tan malvado
Esa afrenta me matara.

CÁRMEN. Pues bien, tu madre ha creído

Que fuera ofender á Dios....

LUIS. Sigue, por Él te lo pido.

CÁRMEN. Separarnos á los dos....

Arturo y yo....

LUIS. Bien lo sé....

ARTURO. Luis....

LUIS. Lo he querido yo mismo....
Con el vicio tropecé
Y dí al fondo de un abismo....
En mi delirio soñaba
Riquezas, poder y amor....
Y el cielo me reservaba
Miseria, infamia y dolor....

CÁRMEN Y ARTURO. ¡Luis!

LUIS. Dejad que de mis ojos
La rabia brote á raudales....
Dejad, si piso en abrojos
Que grite al fin.

CÁRMEN. Célestiales
Consuelos....

LUIS. No para mí.
Dejadme; idos los dos.

CÁRMEN. ¿Pero te quedas así?

ARTURO. Mas Luis....

LUIS. Dejadme, por Dios.
(Se van por la izquierda Cármen y Arturo).

ESCENA VIII

LUIS.—D. TOMÁS *después.*

LUIS. Solo estoy en la presencia
De mi delito.... y no puedo

Estar solo.... tengo miedo....
¿Será verdad que hay conciencia?
¿Por qué no me ahogó mi madre
Al nacer entre sus brazos?
En el mundo ya sin lazos
Estoy.... (*Viendo á D. Tomás que asoma como espionando si hay alguno.*)
(*Aparte.*) El que fué mi padre.

(*Alto.*) Señor....

D. TOMÁS. Que nadie estaría
Aquí pensé....

LUIS. Cármen vino....
Está ya bien.... é imagino
Que tendrá gran alegría
De ver á usted....

D. TOMÁS. No sé qué
Venía á buscar.... (*Aparte.*) Estoy
Loco.

LUIS. Pero Cármen....

D. TOMÁS. Voy.
(*Se dirige á la puerta de su gabinete y la cierra. Yéndose por la izquierda, y aparte viendo á Luis.*)
Que se vaya y volveré.

ESCENA IX

LUIS.—DOÑA JOSEFA *después*.

LUIS. ¿Qué hacer? Imprudente fui;
He sido torpe, indiscreto:
Era mi fuerza el secreto;
Y necio me descubrí.
¿Qué hacer?... horrible es mi suerte...
¿Qué hacer?... En su habitación
Las pistolas... Corazón,
No tiembles ante la muerte.
La muerte... sí... en mi camino
El destino me la ha puesto.
Corazón... ¿tiembles?... ¿qué es esto?
Cumplamos con mi destino.
*(Se dirige á la puerta del gabinete de Don
Tomás, y la encuentra cerrada).*
¡Cerrada está, y siempre abierta
Es para cualquiera paso!
¿Misterio ó crimen acaso
Se esconden tras esta puerta?
Si á romper las ligaduras
Voy que á la vida me atan,
Tengo manos que desatan
El alma y las cerraduras.
*(Después de algunos esfuerzos, abre la puerta
y entra).*

DOÑA JOSEFA. *(Entrando)*. Más que el amor de una
madre

Es la voluntad de Dios:

Sean felices los dos,
Aunque mi pecho taladre
La pena del hijo mío;
Que hoy ante la verdad siento,
Que si le hice un juramento
Fué mi juramento impío.

LUIS. *(Saliendo demudado y con una carta en la mano)*.
¡Mi madre!...

DOÑA JOSEFA. ¡Luis! Tu semblante

Lívido está; ¿qué te pasa?
Que desde que en esta casa
Entré, marchó delirante,
De un dolor en una pena,
De un crimen en un delito;
Y arrastro mi ser maldito
Como arrastra su cadena
El presidiario. Ya loco,
Iba á quitarme la vida...

DOÑA JOSEFA. ¡Luis!

LUIS. Madre...

DOÑA JOSEFA. ¿También suicida?

Decirte infame, es muy poco.
Después de usurpar un nombre,
Gozar riquezas ajenas,
¿Quieres la vida y las penas
Robar que Dios le da al hombre?
¿Por qué tanta fuerza el vicio
Y poder tan grande tiene,
Que el hombre no se detiene
Hasta el fin del precipicio?

De un crimen en otro en pos
En su existencia maldita,
Hasta la vida se quita
Que no es de él, sino de Dios.
Mas cuéntame

LUIS. Don Tomás
Mandó á Pablo que limpiara
Sus pistolas

DOÑA JOSEFA. ¡Cosa rara!

LUIS. Salió de aquí

DOÑA JOSEFA. ¿Acabarás?

LUIS. Solo su cuarto, el momento
Era propicio y entré;
Pero en la mesa encontré
Esta carta

DOÑA JOSEFA. ¡Hielo siento
En las venas!

LUIS. Dirijida
Á mí. Temblando la abrí

DOÑA JOSEFA. ¿Pero qué contiene? dí.

LUIS. Que no puede ya en la vida
Tener dicha sin honor

DOÑA JOSEFA. Lee

LUIS. (*Leyendo*). "Mi ángel, tú y tu hermana
Huérfanos seréis mañana"

DOÑA JOSEFA. ¡Ángel! ¿y no te da horror
Que te llame ángel el hombre
Cuyo amor has usurpado,
Cuya vejez has mofado,
Y á quien robas hasta el nombre?

Si demonio te llamara,
Acaso lo comprendiera.
Sigue.

LUIS. No; que no pudiera
Aunque quisiese.

DOÑA JOSEFA. La cara
Alza, que la oigas deseo
La carta voy á leerle
Como sentencia de muerte
Que dice el verdugo al reo.

LUIS. ¡Madre!

DOÑA JOSEFA. Calla. (*Leyendo*). "La riqueza
Que de tu madre heredaste,
Buen hijo me confiaste;
Y te dejo en la pobreza."
¡Buen hijo! ¡Sin duda alguna
Te conoce Don Tomás!
¡Por el cielo!

DOÑA JOSEFA. Oye. (*Leyendo*). "Jamás
Dilapidé tu fortuna;
Siempre trabajé afanoso
Por tu nombre y posicion;
Y hoy me parece ladrón
De tu dinero." Espantoso
Es que al ladrón el robado
Le dé cuentas: ¿no es verdad?

LUIS. Piedad.

DOÑA JOSEFA. Eseucha.

LUIS. Piedad.

DOÑA JOSEFA. Escucha: no he terminado.
(Leyendo). "Si perdimos la riqueza
 No perdamos el honor,
 Por eso encargo á tu amor
 De tu hermana la belleza."
 ¿No te da vergüenza y miedo
 Que al seductor y al malvado
 Fie la virgen? ¡Desgraciado!

LUIS. No sigas.

DOÑA JOSEFA. Si ya no puedo.
 No sé si llanto ó enojos
 Mi vista nublando están;
 Pero siento un huracan
 De sangre sobre mis ojos.
 Y debo ser justiciera
 Aunque me cause la muerte....

LUIS. Eso nunca....

DOÑA JOSEFA. ¡Si es la suerte
 Que te debo!

LUIS. ¡Madre!

DOÑA JOSEFA. Espera.

LUIS. ¡Por piedad!

DOÑA JOSEFA. Óyeme atento.
 Ayer injusta y cruel
 Te hice un juramento, aquel
 Fué un infame juramento.
 Si rompes todos los lazos
 Con que el Hacedor te ató,
 ¿Ese juramento, yo
 No debo hacerlo pedazos?

Como era pobre tu madre,
 Por pasajeras riquezas
 La dejaste; y por grandezas
 Hasta el nombre de tu padre
 Abandonaste. Buen hijo
 Con el padre que escogiste
 Debes ser.... si no pudiste
 Serlo conmigo.... y exijo
 De tí que vida y honor
 Le devuelvas....

LUIS. No comprendo...

DOÑA JOSEFA. Cármen está padeciendo
 Por causa tuya.... y su amor
 Debe volverle su hermano,
 Y su dicha.... de seguro....
 Cásala pues con Arturo....
 Para él te pido su mano.
 Y mira: en esta cartera
 En libranzas un millon
 Hay.... Una buena accion
 Haz; y que sea la primera....
 Es tu herencia.... mas yo creo
 Que contento la darás
 Por que pueda Don Tomás
 Cubrir sus deudas.... Deseo
 Verte pobre, abandonado....
 Así á tu madre dejaste....
 Quiero finjir que tornaste
 De Inglaterra ya educado
 A buscar en mi cabaña,

No delirios ni grandeza,
Sino la santa pobreza
De nuestra hermosa montaña.
Y que no es posible cuenta
Otra cosa que callar:
Tu crimen puede encontrar,
Si hablas, castigo y afrenta.

LUIS. Estoy dispuesto ya.

DOÑA JOSEFA. Arturo

Con Carmen se casará;

Y Don Tomás vivirá

Feliz con ellos: lo juro.

LUIS. Mas no sepa Don Tomás....

DOÑA JOSEFA. ¿Para qué hacerle sufrir?

LUIS. Si ya no puedo vivir.

DOÑA JOSEFA. Si á tu pesar vivirás.

Dichosos ellos, los dos

Partiremos para España....

Nos espera mi montaña....

Te quedan tu madre y Dios.

Á Don Tomás daré aviso

De que moriste al tornar

Á España, y que la honda mar

Fué tu sepulcro. Es preciso

Que al fin triunfe la verdad,

Y que al fin llóre á su hijo.

LUIS. Pero madre....

DOÑA JOSEFA. Te lo exijo.

LUIS. Hagase tu voluntad.

Mas que no le vuelva á ver,

Que me espanta su presencia.

DOÑA JOSEFA. ¡Qué buen juez es la conciencia!

¡Cómo vas á padecer!

Diré que partiste ya:

Entra en tu cuarto y espera.

LUIS. (*Entrando*). ¡Si de dolor me muriera!

DOÑA JOSEFA. ¡Si tu madre viva está!

ESCENA X

DOÑA JOSEFA.—DON TOMÁS.—CÁRMEN.—
ARTURO.

D. TOMÁS. Me dice Arturo que usted

Quiere hablarnos.

DOÑA JOSEFA. Sí por cierto;

Pues á petición de Luis

Voy á confesar mis yerros,

Y á los males que he causado

Á poner justo remedio.

CÁRMEN. ¿De Luis?

ARTURO. ¿De él?

DOÑA JOSEFA. Les suplico

Que me oigan un momento.

(*Á Don Tomás*). Usted comprender no

pudo

Ayer el raro misterio

Que hizo que yo me negara

De Carmen al casamiento.

CÁRMEN. (*Aparte*). ¿Qué irá á decir, cielo santo?

ARTURO. (*A Doña Josefa*). No lo diga usted.

DOÑA JOSEFA. (*A Arturo*) Silencio.

(*A Don Tomás*). Hay acciones que aver-
güenzan,

Y son por eso secretos.

D. TOMÁS. ¿Avergonzarse? ¿de qué?

ARTURO. (*Aparte*). ¿Qué va á decir?

CÁRMEN. (*Aparte*). Toda tiemblo.

DOÑA JOSEFA. Ya sabíamos la quiebra....

Luis tuvo carta....

D. TOMÁS. Comprendo.

DOÑA JOSEFA. ¿Y qué queréis?... una madre....

D. TOMÁS. Yo, señora, no me quejo.

DOÑA JOSEFA. Tampoco Luis creyó honroso

El ya pactado proyecto

De unir á Cármen y á Arturo,

Por temor que el casamiento

Se viera como negocio

Y no como amor sincero.

D. TOMÁS. Por eso me opuse yo.

¿Pero su viaje?

DOÑA JOSEFA. Sabiendo

La quiebra, y no la sentencia,

Creía que aun era tiempo

De impedir esa desgracia.

D. TOMÁS. ¡Ah, si mi Luis es muy bueno!

DOÑA JOSEFA. Verá usted que bueno es.

CÁRMEN. (*A Arturo*). ¿Qué pasa, Arturo?

ARTURO. No entiendo.

DOÑA JOSEFA. Sabe usted que relaciones

Tiene con ricos banqueros

De la Habana....

D. TOMÁS. No sabía.

DOÑA JOSEFA. Tiene un prodigioso invento

De máquinas.... no sé qué....

Que dará mucho dinero....

Y á venderlo esta mañana

Fué sin pérdida de tiempo... .

Lo compraron al instante....

D. TOMÁS. ¿Y cómo no? Por supuesto:

Si mi Luis es tódo un sabio,

Es un famoso ingeniero.

DOÑA JOSEFA. Pues lo vendió en un millon,

El cual, Don Tomás, le entrego

En letras sobre La Plata. (*Le da la cartera*).

D. TOMÁS. ¡Mi Luis! Abrazarle quiero.

DOÑA JOSEFA. El caso es que como urgía

Poner en planta el proyecto,

Que partiera para España

Al instante le exijieron,

Y evitar quiso la pena

De la despedida; al puerto

Marchó ya; tal vez su nave

Empuja ya el raudo viento.

Usted parta sin demora;

Para salir está presto

El vapor de Buenos Aires;

Los tres billetes que á un tiempo

Trajo Pablo, servirán,

Pues el antiguo proyecto
De unir á Cármen y á Arturo
Usted cumplirá.

ARTURO. (*A Doña Josefa*). No puedo

Consentir.

DOÑA JOSEFA. (*A Arturo*). Si eres mi hijo,
Obedéceme.

ARTURO. Obedezco.

DOÑA JOSEFA. Yo á morir donde nací
Á mis montañas me vuelvo.
Mandé que los equipajes
Se alistaran, y no hay tiempo
Que perder: ustedes deben
Ponerse en camino luego.

D. TOMÁS. ¡Ay, y sin ver á mi Luis!
Si tengo un presentimiento....

DOÑA JOSEFA. Pronto sabrá usted de él.
Adios.

D. TOMÁS. Adios.

ARTURO. Yo no puedo.....

DOÑA JOSEFA. (*Abrazándole*). Adios, hijo de mi alma.
(*A Cármen*). Adios; bendigame el cielo.

(*Se van por la izquierda*)

(*A Luis*). Sal: ya se fué Don Tomás.

LUIS. (*Saliendo*). Que pronto me crea muerto.

ESCENA ÚLTIMA

DOÑA JOSEFA.—LUIS.

DOÑA JOSEFA. Buscaste oro, y tu oro
Ya se lleva Don Tomás,
Y ya no me queda más
Que mi pobreza y mi lloro.
Buscaste amor con delirio
Y un nombre ilustre y honrado,
Y tu nombre está manchado,
Y tu amor es tu martirio.

LUIS. (*Viendo pasar por el jardín, ya de viaje, á Don Tomás, á Cármen y á Arturo*).
¡Se van!

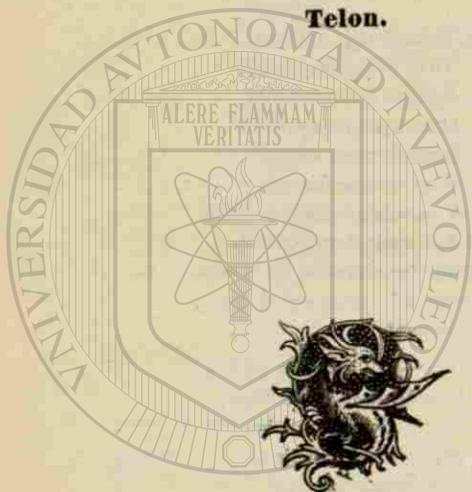
DOÑA JOSEFA. Se van: tu riqueza
Soñada, tu ilustre nombre,
Tu altivo orgullo de hombre,
Y su amor y su belleza.
Eres desgraciado ya,
Y tu desdicha has causado;
Mas cómo eres desgraciado,
De tí no se apartará
Tu madre, los ojos fijos
De tu suerte en el rigor;
Que una madre en el dolor
No se aleja de sus hijos.
Quedamos solos los dos.

LUIS.

DOÑA JOSEFA. Yo no te abandonaré.

LUIS. ¡Ay! y yo te abandoné!
(Cayendo de rodillas). ¡Perdon!
 DOÑA JOSEFA. ¡Pídeselo á Dios!

Telón.



EL MUNDO DE AHORA

COMEDIA EN CINCO ACTOS

Y EN PROSA.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

PERSONAJES.

Eleonora, bailarina italiana.

Ernestina, actriz francesa de la ópera bufa, retirada.

John Bull, su marido, comerciante de Kentucky.

El marqués de Arlington, inglés.

D. José Peñañuri, banquero español.

Antonio Rossi, ministro de Italia.

Valdemiro Krauss, tenor alemán.

El general D. Jaime Souza, brasileño.

Laura..... } sus hijas.

Martina..... }

Buttler..... } jóvenes americanos.

Carlisle..... }

Tenysson..... }

Giussepa, nodriza de Eleonora.

El superintendente de la policía metropolitana, Criados. *Policías*.

La escena pasa en la ciudad imperial de Nueva York.

187.....

ACTO PRIMERO.

Salon de un boarding-house.

ESCENA I

ELEONORA.—GIUSSEPA.

ELEONORA (*Llegando de la calle*). ¿No ha venido aún Valdemiro?

GIUSSEPA. No ha venido.

ELEONORA. Parece imposible. Anoche he tenido un triunfo, un verdadero triunfo, en la Academia de música. He bailado como nunca. Ni la Montaubry, ni la Biancholini, han podido hacer más en París y Roma. El público llegó al colmo del delirio. Sus aplausos semejaban el estruendo del Niágara. El escenario parecía un gran tapiz de flores, pues de todas partes llovían ramos á mis piés. Y cuando he tenido una ovacion tan entusiasta, ¿no te parece que Valde-

ro debería estar ya aquí, felicitándome, siendo el primero en venir á darme la enhorabuena?

GIUSSEPA. Ciertamente; él debía ser el primero.

ELEONORA. Me voy á morir de cólera, si bajan ántes el necio general brasileño, y sus dos ridículas hijas, que me aplaudían anoche y me saludaban, para que viese yo el honor que me hacían. Son inaguantables.

GIUSSEPA. Quien ya bajó, fué el banquero español.

ELEONORA. Ese hombre me repugna. No sé qué veo en su fisonomía de lóbrego: parece la puerta de una prision; se adivinan á traves de ella, crímenes espantosos.

GIUSSEPA. Dicen que es sumamente rico.

ELEONORA. Riquísima es la fachada egipcia de las Tumbas, y me dió pavor cuando por curiosidad de viajera entré en esa cárcel.

GIUSSEPA. Me parece que está muy enamorado.

ELEONORA. No seas necia. ¡Y será muy capaz de no venir!

GIUSSEPA. ¿Quién?

ELEONORA. ¿Quién ha de ser? Valdemiro. Ame usted á un hombre; conságrele usted todos sus pensamientos; dedíqueme toda su existencia. . . . ¿para qué? . . . Para que la abandone; para que la olvide; para que la engañe. Sí; porque estoy segura de que me engaña, ó por lo ménos, de que ya lo piensa. Es increíble que sean ya las once, y que no haya venido

á felicitarle. ¿Entonces para qué bailé luciendo los primores más exquisitos de la gran escuela? ¿Para qué me aplaudió á rabiarse el público? ¿Para qué me hizo repetir el paso? ¿Para qué, si el señor Valdemiro no tiene prisa de cumplimentarme por mi triunfo?

GIUSSEPA. Como italiana, eres muy ardiente; y el señor Krauss, como alemán, es muy frio. Tú hubieras querido verle desde el amanecer á tus plantas. Por eso te levantaste muy temprano, y no pudiendo sufrir la impaciencia, saliste á la calle.

ELEONORA. Salí para ir á la iglesia; sabes que voy todos los dias.

GIUSSEPA. Pero nunca tan temprano. Este carácter volcánico es propio de nosotras las italianas: todas tenemos algo de Vesubio en el alma. El señor Valdemiro, como buen alemán, habrá ido primero á rasurarse para no venir con el rostro sucio, lo cual sería una inconveniencia; y ahora estará almorzando, pues las papas son el combustible de esas locomotoras humanas del Norte: sin el combustible no pueden andar. . . . ni pensar.

ELEONORA. No deja de ser gracioso lo que dices. Según tu teoría, las papas y la cerveza, supongo que la misma opinion tienes de la cerveza. habrían producido la portentosa filosofía alemana. Pues mira, ya voy creyendo

do que tienes razon: hay en todo lo de Alemania algo de papas y cerveza. Méenos en la música: en ésa no. Yo adoro á Meyeerber: tengo mis motivos. Pero tocan el timbre de la calle. Vé á ver si es Valdemiro. *(Sale Giusepa).* Voy á dar una leccion á ese ingrato. No le he de ver.

(Se sienta en un sillón, volviendo la espalda á la puerta).

ESCENA II

ELEONORA.—ARLINGTON.

ARLINGTON. Buenos dias. Parece que no está aquí la ninfa de esta gruta encantada.

ELEONORA. *(Sin volverse).* No, señor, no estoy.

ARLINGTON. Esto sí tiene gracia.

ELEONORA. Es que no quiero verte, ingrato, traidor.... *(Lo dice poniéndose de pí y dirigiéndose á Arlington en la creencia de que es Krauss; pero al verle, se retira contrariada).*

¡Ah! ¿es usted, señor Arlington....? Perdóne usted.... Yo creía....

ARLINGTON. *(Riéndose).* ¡Ja, ja, ja! Parece que he sorprendido un secreto.

ELEONORA. Señor....

ARLINGTON. Pero dejemos eso, puesto que la mortifica. Tenga usted la bondad de aceptar este pequeño ramo de rosas. Son raras en invier-

no. Es mi humilde ofrenda por el triunfo de anoche. Estuvo usted admirable.

ELEONORA. Son muy bellas, y las agradezco en el alma.

ARLINGTON. Habrá usted recibido hoy muchas felicitaciones.

ELEONORA. Las de usted son las primeras.

ARLINGTON. Lo que me llena de gozo. Si; estuvo usted asombrosa. Yo adoro el baile. No me dé usted á la Nilsson cantando, ni á la Patti, ni á la Fricci, ni á la Albani. No me dé usted á los trágicos: ni á Salvini, ni á Rossi, ni á Booth. Déme usted baile, nada más baile, y nada más á Eleonora.

ELEONORA. Es usted muy galante.

ARLINGTON. Dicen que soy excéntrico. Todos los pintores han figurado el cielo lleno de ángeles, cantando los unos, tocando otros arpas, y otros violines ó violones. Yo voy á mandar pintar á Gérôme ó á Gustavo Doré, un cielo con ángeles bailando. Ése es mi cielo. Es decir, usted Eleonora, es mi cielo.

ELEONORA. Es usted muy amable. Pero creo que no debe desdñarse el canto. ¿No le agrada á usted Meyeerber?

ARLINGTON. Si; es un genio musical. Precisamente su autoridad me sirve para demostrar lo excelso del baile. Sus grandes óperas tienen como elemento principal los bailables.

ELEONORA. Es mi autor predilecto.

ARLINGTON. ¡Ah! ya comprendo. Usted prefiere al maes-

tro alemán, porque ama usted á un tenor alemán.

ELEONORA. Arlingotn....

ARLINGTON. Eleonora, desde que conocí á usted, quise informarme de su vida y de sus costumbres. Dirá usted que esto es una indiscrecion; pero me agrada conocer bien á las personas á quienes trato. Supe que es usted hija de un antiguo coronel del ejército piemontes y de la hermana del conde Ciccione; que muy niña quedó usted sin padre, y que por haberse casado la madre de usted contra la voluntad de su hermano el viejo y egoísta conde, sí, viejo y egoísta, le conozco, le negé su proteccion; que obligada á entrar en el Conservatorio de Milan para formarse una carrera, salió usted de allí la primera bailarina de Italia; que en el teatro ha sido usted admirada como un modelo de virtud, á pesar de que ha muerto tambien su buena madre: y supe naturalmente los amores de usted y de Krauss, amores en que no creo mucho, porque yo dudo de todo.

ELEONORA. ¿De todo?

ARLINGTON. De todo. Por eso me llaman extravagante, excéntrico. Pero cuénteme usted cómo penetró el amor en ese corazón de ángel.

ELEONORA. Voy á contárselo, que le veo como á un bueno y leal amigo.

ARLINGTON. Ya escucho.

ELEONORA. Acababa yo de perder á mi madre; me encontraba sola en el mundo: me parecía que caminaba yo sin conciencia por un inmenso vacío. Fueron á sacarme una noche del to de mi pobre bohardilla, para que fuese yo á bailar en el *Roberto el Diabolo*: la primera bailarina de la Scala se había enfermado. Ustedes, las gentes del mundo, que van al teatro solamente á divertirse, no comprenden nuestros sufrimientos, cuando con el dolor en el alma, salimos á la escena, cubriendo nuestro rostro con máscara de sonrisas. Llegué á la Scala: me vestí; comenzaba el acto del cementerio; era preciso atraer con encantamientos á Roberto, para que tomase la rama encantada; sali con sonrisas en los labios.... ¡con lágrimas en los ojos!

ARLINGTON. Y el público, entretanto, se ríe, ¡ó bosteza!

ELEONORA. Estaba yo como fuera de este mundo. Me parecía que andaba yo por nubes. Se me borraba el salón; y solamente veía una gran irradiacion de luz. Roberto era como sombra impalpable que yo atraía al precipicio y que me seguía sin voluntad, por una especie de influencia magnética. La orquesta tocaba esa inspiracion, ese ensueño, ese delirio, que solamente Meyererber pudo crear. Iba ya Roberto á tomar la rama.... me incliné.... le besé la frente.... la tomé....

y un aplauso estruendoso resonó por todo el salón. Pidieron la repetición, no con entusiasmo, sino con frenesí. Yo estaba como fuera de mí misma. No le había visto el rostro á Roberto. Al besarle, mis ojos se habían cerrado. Volví á comenzar el baile; volví á atraerle hacia la rama encantada.... iba á besarle segunda vez.... estaba á mis pies de rodillas.... le miré.... era muy hermoso.... me sentí como suspendida en el éter.... oía la orquesta como lejano murmurar.... debía yo besarle, y no le besaba, suspensa en delirante arrobamiento. "Bésame," me dijo. Me incliné como en un éxtasis.... y no le besé la frente..... le besé en los labios..... ¡ya le amaba!..... El público me aplaudió locamente. Esa noche salí de la Scala, con la frente cubierta de gloria, con el alma inundada de felicidad.

ARLINGTON. Imaginación, pura imaginación.

ELEONORA. No: amor, amor infinito.

ARLINGTON. Yo no creo en ese amor.

ELEONORA. ¿Duda usted?

ARLINGTON. De todo.

ELEONORA. Yo creo en la amistad de usted.

ARLINGTON. Y hace usted bien. Pero yo soy un sér excepcional. Usted cree también en la amistad de Ernestina y de su voluminoso marido; pues yo le digo á usted que dudo mucho de ellos.

ELEONORA. Muy mal hecho. Ernestina, á pesar de haberse casado con un rico comerciante, ha seguido siendo una hermana para mí, y Mister Bull un desinteresado protector.

ARLINGTON. El tiempo dirá. Raro se le va á hacer á usted el objeto de mi visita, siendo, como soy, algo incrédulo.

ELEONORA. ¿Porque ha venido usted á traerme un ramo de flores?

ARLINGTON. No: porque vengo á preguntarle á usted con toda seriedad si quiere casarse conmigo.

ELEONORA. ¡Ja, ja, ja! ¿Usted que no cree en el amor? ¡Ja, ja, ja! Perdóneme usted si me río. No se enfade usted. ¡Ja, ja, ja!

ARLINGTON. No me enfado: al contrario; esa risa me permite admirar sus bellísimos dientes.

ELEONORA. Es usted un extravagante.

ARLINGTON. Eso dicen.

ELEONORA. Tengo curiosidad de saber cómo se ha despertado en usted tan de repente ese amor volcánico. ¡Ja, ja, ja!

ARLINGTON. Si yo no amo á usted.

ELEONORA. ¿Y quiere usted casarse conmigo? Esto sí que es gracioso. ¡Ja, ja, ja!

ARLINGTON. Óigame usted.

ELEONORA. Soy toda oídos.

ARLINGTON. Hace un mes, que habiéndola visto bailar de una manera arrebatadora, hice que me presentaran á usted; la traté, y tomé informes de las personas que la rodeaban. Com-

prendí desde luego, que ningún interés serio la ligaba á usted con ellas. En efecto, une á usted con Krauss el amor: pero repito, que no creo mucho en el amor. Con Ernestina la liga la amistad; pero en la amistad creo algo menos. Con Bull la encadena una protección, en la cual sí que no creo absolutamente. Quitemos estas tres mentiras, amor, amistad y protección, y resulta usted sola en la tierra. Pues bien, yo he pensado que ya debo casarme; y usted me conviene para esposa. ¿Está usted convencida de lo razonable de mi pretensión?

ELEONORA. ¡Ja, ja, ja! Es usted muy original. Lo razonable de su pretensión consiste en negar que haya amor y amistad, pues á tanto equivale dudar del cariño de Krauss y del afecto de Ernestina y de Mister Bull.

ARLINGTON. Yo se lo probaré á usted.

ELEONORA. Pruébemelo usted, y le doy mi mano.

ARLINGTON. Le tomo á usted la palabra. ¿Palabra de honor?

ELEONORA (*Dándole la mano*). Palabra de honor. ¡Ja, ja, ja!

ESCENA III

DICHOS.—PENÚNURI.

PENÚNURI (*Entrando*). Risueña está la bella Eleonora.

ELEONORA. Me hace reír el señor Arlington. Un buen

amigo. Se lo presento á usted. El señor Peñúñuri, banquero español.

PENÚNURI. ¿Usted viaja?

ARLINGTON. Sí señor: es la ocupación de los grandes ociosos.

PENÚNURI. Hay en Edimburgo una familia de la más alta nobleza: los marqueses de Arlington.

ARLINGTON. También frente al hospital de Bellevue, hay una taberna en que se toman ostras y cerveza, y el tabernero se llama Arlington.

PENÚNURI. Anoche estuvo usted admirable. Aquí tiene usted mi regalo de plácemes.

(*Le da un estuche con unos aretes de brillantes*).

ELEONORA. Lindisimos. Mil gracias.

ARLINGTON. ¡Ay señor Peñúñuri! estamos en el segundo acto del Fausto. Eleonora es Margarita. Yo Siebel, pues le he traído un ramo de flores. Usted es Fausto que le regala diamantes. Solamente falta Mefistófeles. Á no ser que le traiga usted dentro del cuerpo.

PENÚNURI. No sería extraño.

ARLINGTON. Margarita, es decir, la mujer, arrojará como siempre las flores, y preferirá las joyas.

ELEONORA. No ahora, señor Arlington.

(*Toma una rosa y se la prende en el pecho*).

PENÚNURI. Me ha dado usted celos.

ARLINGTON. ¿Está usted enamorado de Eleonora?

PENÚNURI. Permítame usted....

ARLINGTON. Yo peco de franco. Le diré á usted que pienso casarme con ella.

PEÑÚNURI. Entónces somos rivales.

ELEONORA. Son ustedes deliciosos. Parece que ignoran que yo no me quiero casar con ninguno de los dos.

ARLINGTON. Lo veremos.

PEÑÚNURI. Yo creo que la ley del mundo es la fatalidad. La fatalidad me hace amar á Eleonora. La fatalidad me la entregará.

ARLINGTON. Yo impediré á la fatalidad el que haga ese disparate.

ELEONORA (*Aparte*). Me da miedo Peñúñuri.

ESCENA IV

DICHOS.—SOUZA.—LAURA.—MARTINA.

LAURA. Eleonora, estuvo usted divina anoche.

MARTINA. Yo me lastimé las manos de aplaudir.

SOUZA. Sí: ya les dije á mis hijas, que debemos salir á comprarle á usted un regalo. Usted se lo merece.

ELEONORA. Gracias.

SOUZA. ¿Verdad que sí, vecino?

PEÑÚNURI. Ya he tenido el gusto de traer mi obsequio.

LAURA. ¿Estas flores? ¡qué preciosas!

ELEONORA. Las flores me las trajo el señor Arlington, que presento á ustedes.

MARTINA. Son unas rosas muy bonitas. Voy á tomar una para mí y otra para mi hermana.
(*Las toman y se las prenden*).

SOUZA. ¿El señor es?

ARLINGTON. ¿Yo?..... Nada.

PEÑÚNURI. Viajero como ustedes.

LAURA. ¿Tal vez diplomático?

ARLINGTON. No señorita: no sé mentir.

MARTINA. ¿Ó militar?

ARLINGTON. Tampoco: no sé correr.

SOUZA. Caballero, yo soy general.

ARLINGTON. Por muchos años. Yo jamás he aprendido nada. ¿Pero qué estoy diciendo? Aprendí á sacar muelas. Es divertido dejar sin dientes á ese leon manso que llaman hombre.

ELEONORA. Es usted de veras extravagante.

LAURA (*Aparte á Martina*). ¡Puff! un dentista, gente ordinaria.

ARLINGTON. Me ofrezco en mi profesion á las señoritas. No puedo hacerlo con usted, señor general, porque no aprendí á hacer dentaduras.

PEÑÚNURI. Envidia á usted su buen humor.

ARLINGTON. ¿Hay quien quiera sacarse una muela?

ELEONORA. ¡Ja, ja, ja! Me va usted á hacer morir de risa.

SOUZA. Niñas, debemos ir á buscar el obsequio.

LAURA. Papá, esperamos á los jóvenes que nos presentaron anoche en el teatro: no tardarán.

MARTINA. Unos jóvenes muy finos: de las primeras familias.

ARLINGTON. Algunos hijos de cervecedores. Aquí todas las familias han salido de toneles de *pale-ale*.

SOUZA. Caballero, son tres jóvenes que no saben sacar muelas.

ARLINGTON. ¿Ni eso saben? ¡Pobres criaturas!

ELEONORA. ¿Van ustedes á disgustarse por tan poco?

SOUZA. Es que uno, Buttler, me parece que se inclina á Laura; el otro, Carlisle, creo que está enamorado de Martina; y Tenyson es muy fuerte en diplomacia.

ARLINGTON. Pues que los desechen ustedes con unos de terciopelo.

PEÑÚNURI. Tal vez ellos son: Haman.

ELEONORA (*Aparte*). ¿Será Valdemiro?

ESCENA V

DICHOS.—BUTTLER.—CARLISLE.
TENYSSON.

BUTTLER. Señor general.

CARLISLE. Señoritas.

TENYSSON. Encantadoras brasileñas. Señores.

BUTTLER. ¿Aquí está la sublime Eleonora?

TENYSSON. ¿Es amiga de ustedes la diosa del baile?

ELEONORA. Caballeros.

CARLISLE. Anoche estuvo usted como nunca.

MARTINA. Carlisle, siéntese usted aquí.

SOUZA. El señor es el banquero español Don José Peñúñuri.

BUTTLER, ¿Y el señor?

LAURA. Es un dentista.

ELEONORA. ¡Ja, ja, ja! Ya me figuro á Arlington sacando muelas.

ARLINGTON. Sublime oficio: y voy á demostrarlo. Dos jóvenes, supongo las señoritas, tienen que asistir á un baile: la una tiene tifo y la otra dolor de muelas. Llegamos el médico y yo: yo le saco la muela y el dolor, y se va al baile: el médico le saca á la otra la vida, y la llevan al cementerio. ¿Cuál es mejor oficio?

PEÑÚNURI. Decididamente, es usted un original.

TENYSSON. ¿Y están ustedes contentos en esta casa?

SOUZA. Le diré á usted..... contentos..... sí.....

Nos fué recomendada por el conde de Ferreira que vivió aquí el año pasado. Pero pienso irme al hotel Brunswick, porque en un *boarding* hay que vivir mezclados con toda clase de personas. Cuando nos mudemos, tendré el gusto de invitar á ustedes á almorzar.

(*Se han formado tres grupos: en el centro, Eleonora, Arlington y Peñúñuri; á un lado Laura, Martina, Butler y Carlisle; y junto á la chimenea, Souza y Tenyson*).

LAURA (*A Butler*). Me ha desagradado la confianza con que saludó usted á Eleonora. Una bailarina...

BUTTLER. Celosa. En donde está usted, ¿quién puede pensar en otra mujer?

- MARTINA. Gracias por lo que me toca.
 CARLISLE. Ésa es cuestion mia.
 PEÑÚNURI. Llevo la desgracia conmigo, señor Arlington; y es malo encontrarse en mi camino.
 ELEONORA. Nos va usted á asustar.
 SOUZA. Sí, amigo Tenysson; las conversaciones sobre diplomacia son propias nada más de los grandes talentos.
 TENYSSON. Yo soy demasiado jóven.
 ARLINGTON. Señores, cuidado; no vayan ustedes con sus combinaciones, á trastornar la América

ESCENA VI

DICHOS.—ERNESTINA.—BULL.

- BULL. Buenos dias. ¿En dónde está la sílfide?
 ELEONORA. Aquí, amigo mio.
 ERNESTINA. Eleonora.
 LAURA (*Aparte á Carlisle*). ¿Quién es este bárbaro?
 CARLISLE. No sé.
 MARTINA. No se puede vivir en *boarding*: ¡qué gente!
 BULL (*A Eleonora*). Pues aquí tiene usted nuestro regalo.
 ARLINGTON. Hermoso collar.
 ELEONORA. Gracias, amigos míos.
 TENYSSON. ¡Un collar de oro!
 SOUZA. Niñas, no se olviden de recordarme que tenemos que comprar el regalo. Eleonora, no nos ha presentado usted.

- ELEONORA. Mi protector el señor Bull. Su esposa Ernestina.
 SOUZA. ¿El Sr. Bull es senador?
 TENYSSON. La señora parece una duquesa.
 ARLINGTON. Pues no lo es. Ernestina fué cantante de la ópera bufa, y su marido es un comerciante de bueyes de Kentucky. No hay ni la antigua nobleza del ducado, ni la moderna de la senaduría; pero tienen la del dinero que es nobleza de todos los tiempos, antiguos, modernos y futuros.
 ERNESTINA. Arlington, tiene vd. tanto *esprit*, que darían ganas de quererle, si no fuera tan maldiciente.
 SOUZA (*A Bull*). En efecto, señor Bull, este jóven se expresa muy bien para ser dentista.
 BULL. Yo no sabía que fuese dentista. Él gasta mucho dinero.
 TENYSSON. Los dentistas ganan mucho.
 LAURA. ¿Sí? Señor Arlington, tiene vd. magníficas ocurrencias.
 (*No hay necesidad de decir que el director debe disponer los grupos según las indicaciones de la conversacion*).
 ARLINGTON. Señorita.
 MARTINA. Nos es vd. muy simpático.
 (*Arlington, que antes estaba en el grupo de las otras señoras, viene al de Souza y sus hijas*).
 ERNESTINA. Eleonora, ¿ha venido Valdemiro?

ELEONORA. No: es increíble.
 ERNESTINA. Hablando del ruín de Roma.....

ESCENA VII

DICHOS.—KRAUSS.

KRAUSS. Ernestina. Eleonora.
 ELEONORA. Valdemiro.
 ERNESTINA. Krauss.
 ELEONORA. Es vd. el último en venir á felicitar-me.
 KRAUSS. ¿Felicitar á usted?
 PEÑÚNURI. Por su triunfo de anoche.
 KRAUSS. ¡Ah! (*Acercándose á Ernestina, y aparte á ella*). Vengo de tu casa.
 ERNESTINA. (*Aparte á Krauss*). Ve á la tarde.
 ARLINGTON. (*Aparte á Eleonora*). Me parece que el amor alemán es un poco frío.
 ELEONORA. (*Aparte*). Siento morir-me.
 ARLINGTON. (*A Eleonora*). Nadie se muere de eso.
 LAURA. (*A Butler*). Mi papá dice que el mejor partido es un tenor que dé el do de pecho.
 BUTTLER. Voy á meterme tenor de la ópera.
 SOUZA. Krauss, en los *Hugonotes* no tiene usted rival.
 KRAUSS. Señor.....
 TENYSSON. Se identifica usted con su papel.
 ERNESTINA. Ese Raul me encanta.
 PEÑÚNURI. Pasión volcánica es la del duo.
 BULL. Yo no entiendo de eso; pero aplaudo.

MARTINA. Eleonora, ¿qué á vd. no le agradan los *Hugonotes*?
 ELEONORA. Me encantan.
 CARLISLE. Yo digo lo que nuestro diplomático Tenyson; Krauss se identifica con su papel.
 ARLINGTON. (*Aparte á Eleonora*). Sí; el papel de Raul es el verdadero retrato de la heregia.

ESCENA VIII

DICHOS.—UN CRIADO.

UN CRIADO. (*Entrando*). El señor ministro de Italia pregunta si puede pasar.

TODOS. (*Ménos Arlington y Eleonora*). Que pase; que pase.

(*Se va el criado*).

SOUZA. Sin duda ha sabido mi llegada, y quiere conocer á un general brasileño.
 LAURA. Eso ha de ser, papá.
 CARLISLE. Nos presentará usted.
 BUTTLER. Sobre todo, á Tenyson que es diplomático.
 PEÑÚNURI. Tal vez viene á verme por algun negocio de banco.
 BULL. Ó querrá comprar ganado del Kentucky.
 ARLINGTON. Ó querrá sacarse los dientes.
 ELEONORA. (*Aparte*). Kraus y Ernestina hablan demasado.
 ERNESTINA. (*Aparte á Krauss*). Si: á las cinco.

ESCENA IX

DICHOS.—ROSSI.

ROSSI. Buenos días.

TODOS. (*Saludan; los más con exajeracion*). Señor Ministro.SOUZA. (*Adelantándose*). ¡Cuánto honor! Hace tan pocos días que llegué, que no había podido pasar mi tarjeta. Mis dos hijas. Los señores Butler y Carlisle, jóvenes de las primeras familias de Nueva York. El señor Tenyson, diplomático de gran porvenir. El rico banquero español D. José Peñúñuri. El poderoso capitalista Mister Bull.

BULL. Tengo la mejor raza de toros.

SOUZA. Como vivimos en un *boarding*, tratamos con toda clase de personas: pero nos vamos á mudar al mejor hotel. El señor Krauss, tenor de muchísima fuerza. La señora Ernestina, antigua cantante de la ópera bufa; pero no importa, hoy está casada con Mister Bull. El señor Arlington, dentista. La primera bailarina señorita Eleonora.

ROSSI. Á la señorita Eleonora es á quien vengo á ver.

ELEONORA. ¿En qué puedo servir á usted?

ROSSI. En Roma, conocí mucho á su tío de usted, el conde Ciccione. Así es que á su muerte...

ELEONORA. ¿Ha muerto?

ROSSI. Hace más de un año. Desde entónces se le había buscado á usted; y ahora que se supo al fin que estaba usted en esta ciudad, he recibido el encargo de entregarle estos papeles, en que consta que es usted heredera del conde, y dueña de sus bienes, cuya renta anual llega á doscientas mil *liras*.

KRAUSS. Eleonora, felicito á usted.

ARLINGTON. (*Aparte á Eleonora*). Ahora sí es el primero.ELEONORA. (*Á Arlington*). ¡Arlington!

SOUZA. Señora condesa, permítame usted que le dé la enhorabuena.

CARLISLE. {
TENYSSON. { Y nosotros.

BUTTLER. {

LAURA Y MARTINA. { Un beso, condesa.

ERNESTINA. (*Abrazándola*). ¡Amiga mia!BULL. ¡Cuarenta mil *dollars* de renta!

ELEONORA. Gracias, mis buenos amigos.

PENÚÑURI. ¡Se merece usted tanto!

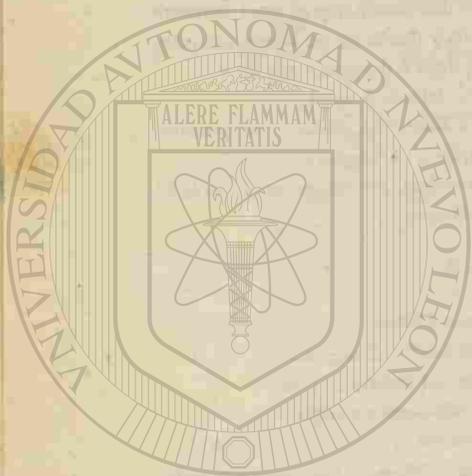
ELEONORA. Arlington, solamente usted no me dice nada.

ARLINGTON. Yo, Eleonora, le doy á usted el pésame.

TODOS. ¿El pésame?

ARLINGTON. Sí: una herencia y un condado son como un panal en que irán á pegarse muchas moscas; y como no hay animal que me moleste tanto como las moscas, le repito á usted mi pésame.

Telon.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

ACTO SEGUNDO.

Salon en casa de Mister Bull, lujosamente amueblado, pero sin gusto. Dos puertas á cada lado y una en el fondo. Entre las puertas: á la derecha, chimenea; á la izquierda, un *secretaire*.

ESCENA I

ERNESTINA.—GIUSSEPA.

GIUSSEPA. Señora, yo no puedo seguir haciendo traición á mi adorada Eleonora. Piense usted en que he sido su nodriza, que la he alimentado á mi seno, que es casi sangre mía.

ERNESTINA. Sin embargo, Giussepa, hace más de dos meses que recibe usted de mí un sueldo por espíar las acciones de su ama, y darme, sobre todo, noticias minuciosas de sus entrevistas con Krauss; y en tanto tiempo, no se le había hecho á usted escrúpulo.

GIUSSEPA. Siempre es tiempo de volver al buen camino, de arrepentirse del mal que una hace.

ERNESTINA. Sí; cuando Eleonora es condesa, y tiene un millon de capital. ¡Ah mundo! Lo mismo es la infeliz campesina Giussepa que todos. Krauss ya no vino ayer; y hoy he tenido que escribirle que si no está aquí á la hora acostumbrada, daré un escándalo; y soy muy capaz.

GIUSSEPA. Ayer, despues de la fausta noticia que delante de ustedes recibió mi Eleonora, mientras el señor Peñuñuri, el banquero, fué á dar los pasos necesarios para recoger el millon, el señor Krauss se quedó acompañándola, y arreglando lo relativo á la boda. ¿Qué quiere usted? se aman hace mucho tiempo.... y no hay más que renunciar al tenor.

ERNESTINA. ¿Renunciar á Valdemiro? ¡imposible! ¿No sabe usted que es inmensa mi pasión? ¿no ha visto usted cuánto tiempo he luchado con las débiles armas que tiene la mujer que guarda las conveniencias, y que esta lucha incesante ha sido para arrebatarle á Eleonora el amor de Krauss? ¿Y cuándo ya lo había conseguido, cuando al fin le había visto humilde y enamorado á mis piés, le voy á perder, y para siempre? No; es imposible.

GIUSSEPA. ¿Pues por qué no se casó usted con él, y no

con Mister Bull? Va desde entónces creo que había ciertas inteligencias entre ustedes.

ERNESTINA. No, Giussepa; no se hubiera casado conmigo. Yo era una pobre cantante de ópera bufa; había tenido debilidades anteriores; mi conquista era fácil; y solamente las dificultades empeñan á los hombres. Mister Bull me pretendía; calculé bien: en este matrimonio estaba la solucion; casada tenía ya un atractivo, rica tenía ya muchos. Conquistar á una mujer bella, casada, y que gastaba espléndidas alhajas y trenes suntuosos, era ya empresa digna de un tenor. Además, yo pobre y unida á Krauss, hubiera sido su esclava; mientras que rica y huyendo con él, seré su reina.

GIUSSEPA. Señora, dispéñeme usted si ya me retiro; pero me estará esperando mi condesita. Solamente vine á decirle, que ya no contara conmigo; aunque le aseguro que guardaré religiosamente el secreto de todo: lo juro por la *Madona*. Adios, señora.

ERNESTINA. Adios, Giussepa. (*Sale ésta por la puerta del fondo*). Pues á pesar de la riqueza de Eleonora, y de su corona de condesa, y contra la voluntad de todo el mundo, Valdemiro será solamente mio. Necesito buscar un medio, y pronto, ántes de que se case: despues sería imposible arrancarle de los

brazos de Eleonora. (*Se queda un momento pensativa*). ¡Ah! (*Toca un timbre*).

ESCENA II

ERNESTINA.—UN CRIADO.—BULL *después*.

ERNESTINA (*Al criado que se presenta á la puerta*). Diga usted á mi doncella, que vaya inmediatamente á casa de la señorita Eleonora, y que le diga que necesito hablarle; que yo no puedo salir porque voy á tener visitas, y que la espero.

(*Se va el criado*).

BULL (*Entrando*). Me alegro de encontrarte sola, pues tenemos que hablar de un asunto muy importante. Antes te diré que ya eres baronesa. Tres mil pesos me cuesta. Registrando papeles, se ha aclarado que con los primeros colonos vino un William, á quien por su extraordinaria fuerza llamaban el toro, de donde le quedó el nombre de William Bull. Con buena voluntad, han encontrado que yo desciendo de él; y ya han dibujado el escudo de armas: una encina de oro en campo de gules, y por remate una cabeza de buey. Ya no serás ménos que la condesa Ciccione. ¿Pero no te alegras?

ERNESTINA. Estaba preocupada....

BULL. Pues ya he mandado que se pongan nuestras armas en el carruaje, en la bajilla, en la chimenea; ya no se darán tono con nosotros los amigos de la quinta avenida; Nelson, fabricante de cerveza, que se hace llamar visconde de Potter; y Maxson, hijo de un velero, á quien tienes, gracias á sus millones, de duque de Light. Pero hablemos ahora de nuestros negocios.

ERNESTINA. ¿De nuestros negocios?

BULL. Sí; ustedes las mujeres, no conocen más negocio que gastar; pero ya es tiempo de que me ayudes.

ERNESTINA. ¿Yo? ¿cómo?

BULL. Escucha. Cuando me casé contigo tenía yo un capital de trescientos mil *dollars*.

ERNESTINA. De los cuales, me dotaste en cien mil.

BULL. Pues bien; quisiste que hiciéramos un viaje á Europa; allí gastaste un dineral en cintas y trajes; me hiciste comprar pinturas y muebles de mucho valor; escogiste las más bellas alhajas de las joyerías de la calle de la Paz; y como entre tanto mis negocios quedaron abandonados, y al volver, para sostener tu lujo, fué preciso pedir dinero sobre lo que nos quedaba, resulta que estamos arruinados.

ERNESTINA. ¡Arruinados!

BULL. De tí depende ser millonaria.

ERNESTINA. ¿Cómo?

BULL. Una gran compañía ha pedido la concesion del ferrocarril de Occidente, un negocio fabuloso: les falta un millon para completar su capital; y como me creen sumamente rico, me lo han pedido, dándome en cambio cuatro millones en acciones que, una vez obtenida la concesion, valdrán á la par. Haz que tu amiga Eleonora me facilite su millon.

ERNESTINA. ¿Pero cómo?

BULL. Nosotros compramos los cuatro millones con el millon de Eleonora, y le damos por él dos millones: ella duplica su capital, y nosotros nos hacemos ricos.

ERNESTINA. Comprendo: le digo que hay un medio de que duplique su capital, y que te entregue el millon.

BULL. Eso es. Ve inmediatamente á verla, porque hay que hacer el negocio hoy mismo.

ERNESTINA. Casualmente la habia mandado llamar.

BULL. Magnífico.

ERNESTINA. Pero ántes tenemos que hacer un arreglo: no quiero que vuelvas á gastar tu capital.

BULL. Pero si yo nada he gastado: tú has sido quien.....

ERNESTINA. No importa. De los dos millones en acciones, millon y medio se pondrá á mi nombre, y el otro medio en el tuyo, para que quedes reembolsado de tu capital.

BULL. Acepto.

ERNESTINA. Pues yo me encargo entónces de lo del millon de Eleonora... y de otras cosas.

BULL. Alguien se acerca: voy á mi gabinete, á escribir al director de la compañía que cuente con ese dinero.

(Se va por la segunda puerta de la derecha.)

ESCENA III

ERNESTINA.—PEÑÚÑURI.

PEÑÚÑURI. *(Entrando).* Señora.

ERNESTINA. Pase usted, amigo Peñúñuri: ¡qué casualidad!

PEÑÚÑURI. Vengo á tratar un grave asunto.

ERNESTINA. ¿En qué puedo servirle?

PEÑÚÑURI. Me bastó conocer á usted, para comprender que tenia un gran talento.

ERNESTINA. Eso es adulacion.

PEÑÚÑURI. No: es un dato para el negocio que me trae.

ERNESTINA. Explíquese usted.

PEÑÚÑURI. Una artista de ópera bufa siempre tiene talento: y cuando se casa con un rico comerciante en reses, es que su talento busca una posicion digna en que lucir; pero eso no es bastante.

ERNESTINA. No comprendo.

PEÑÚÑURI. Cuando la belleza y el talento se unen, es una necesidad imprescindible el amor. Pon

ga usted gotas de lluvia y rayos de sol, y siempre habrá arco-iris.

ERNESTINA. ¿Pero á qué viene todo esto?

PEÑÚNURI. Prosigo. Comprendí que usted no amaba á su marido; y como soy observador, conocí que tenía usted amores con Krauss.

ERNESTINA. (*Levantándose*). Caballero....

PEÑÚNURI. Nada de inútiles indignaciones. Traigo en la bolsa la carta que escribió usted hoy á su amante, amenazándole con un escándalo si no venía.

ERNESTINA. Me han vendido.

PEÑÚNURI. Sí; y yo he comprado.

ERNESTINA. ¿Pero con qué objeto?

PEÑÚNURI. Voy á decírselo á usted. Á mi edad, y cuando no había tenido en mi vida más sentimientos que el deseo de oro y la ambicion de acaparar riquezas, he sentido por primera vez, al ver á Eleonora, una pasion inmensa, que más que pasion es fiebre, y más que fiebre locura. Le propuse casarme: me contestó con lealtad que amaba á Krauss. Renunciar á mi pasion era imposible; que era ya vida de mi propia vida. Destruir sus amores era el único medio. Hice vigilar á Krauss, para sorprender alguna de esas debilidades que siempre tienen los hombres. Advertí el amor de usted, y compré á su doncella. Esta mañana me vendió á peso de oro la carta. Sería bastante para mi ob-

jeto; pero usted se perdería, y no hay necesidad.

ERNESTINA. Tengo ya pensado un medio, que hará que Eleonora rompa su matrimonio con Krauss, y que éste huya conmigo. Para esto, es preciso que venga al instante Valdemiro.

PEÑÚNURI. Vendrá: la doncella le dió verbalmente la cita.

ERNESTINA. ¿Y mi carta?

PEÑÚNURI. Se la daré á usted muy pronto. Me retiro.

ERNESTINA. He oído parar un coche: debe ser Eleonora; y no vendría que le encontrase aquí. Salga usted por este pasillo. (*Abre la primera puerta de la derecha*). Al fin, en la puerta, está siempre puesta la llave por dentro.

PEÑÚNURI. (*Yéndose*). Adios, señora.

ERNESTINA. Adios, amigo mio.

ESCENA IV

ERNESTINA.—ELEONORA.

ELEONORA. (*Entrando por el fondo*). Aquí me tienes: ¿qué me querías?

ERNESTINA. Te mandé suplicar que vinieses, porque voy á tener visitas, y no podía salir. Van á venir las hijas del general brasileño: las encontré esta mañana en la tienda de Stewart, y se convidaron á comer. Pero hablemos de

nuestro negocio. Se trata de un asunto muy importante: le venden á mi marido cuatro millones de pesos de acciones del ferrocarril del Oeste al cincuenta por ciento de su valor: ves que se trata de duplicar el capital de un dia para otro. Nosotros pondremos un millon, y tú el que acabas de heredar; es una combinacion magnífica.

ELEONORA. Me parece que ya soy bastante rica, y que no debo emprender negocios.

ERNESTINA. ¿Desconfiarías de nosotros?

ELEONORA. ¡Desconfiar yo de mi amiga y de mi protector, y de un negocio en que ustedes ponen también un millon!

ERNESTINA. Es que el negocio no se puede hacer por partes, y si tú no entras en él, nos privarás de una gran ganancia.

ELEONORA. Está bien: pero me permitirán ustedes que le avise á antes á Valdemiro: es mi prometido, y no debo hacer nada sin su consentimiento.

ERNESTINA. *(Aparte)*. ¡Qué contrariedad! ¡Ah! *(Alto)*. Siento, amiga mia, tener que darte una noticia desagradable; pero no puedo permitir que te sigan engañando miserablemente.

ELEONORA. ¿Engañando?

ERNESTINA. Sí. Te dije que esta mañana encontré á las hijas del general brasileño.... Como son tan cándidas....

ELEONORA. No lo había yo notado.

ERNESTINA. Pues sí.... Laura me contó que le habían escrito una carta de amores.... y que hoy se vería aquí en casa con su pretendiente.... Me pidió consejo.... yo no quise rehusarme.... ya para observarlos.... ya para que me entregase la carta....

ELEONORA. ¿Y esa carta?

ERNESTINA. Voy á enseñártela.... pero tengo que devolvérsela á Laura.

(Se dirige á abrir el secretaire).

ELEONORA. ¡Dios mio! ¿qué pensar? ¿qué es esta angustia que siento?

ERNESTINA. *(Aparte, revolviendo y abriendo las cartas de un paquete)*. ¿Cuál será á propósito?... Ésta no.... tampoco ésta....

ELEONORA. ¿No la encuentras?

ERNESTINA. Al llegar, la puse aquí violentamente para que no se perdiera..... y al sacarla, la he revuelto con otras.... ¡Ah! aquí está. *(Aparte)*. La de su declaracion.

ELEONORA. *(Toma la carta, y la lee)*. ¡De Valdemiro! Pero no dice el nombre de la persona á quien la dirige.

ERNESTINA. Sabes que en la correspondencia amorosa no se usan, ni nombres, ni fechas. Pero dá-mela, que tengo que devolvérsela á Laura. *(La recoge, y se la guarda en la bolsa)*.

ELEONORA. ¡Me engañaba! ¿Y sabes cuándo se la mandó?

ERNESTINA. Ayer.... creo que ayer....

ELEONORA. Sí: ántes de saber que era yo rica.... ¡Y hoy

ha estado arreglando conmigo nuestro próximo enlace! ¡Como ya soy rica!

ERNESTINA. ¿Te decides á hacer el negocio de las acciones del camino de fierro?

ELEONORA. Lo que ustedes quieran.

ERNESTINA. Pues allí está mi marido en su gabinete: ve á decirselo, porque habrá que firmar algo.

ELEONORA. (*Vendose por la segunda puerta de la derecha*). Vuelvo.

ESCENA V

ERNESTINA.—UN CRIADO *después*.

ERNESTINA. (*Se acerca á escribir al secrétaire*). “Nos han descubierto.... les he hecho creer que enamoras á Laura.... la hija del general brasileño.... y que vendrás á verla.... no dejes de venir, pues Laura come hoy conmigo.... galantéala.... mi marido nos mataría.” Así está bien.

(*Llama con un timbre, y dice al criado que se presenta*).

Lleve usted inmediatamente, de parte de mi marido, del señor Bull, ¿entiende usted? esta carta para el señor Krauss. Vive aquí cerca, en el hotel de la Quinta Avenida.

(*Se va el criado*).

Sí: mi plan no puede fracasar. ¿Pero qué harán esas niñas que no llegan? ¡Ah! aquí están.

ESCENA VI

ERNESTINA.—LAURA.—MARTINA.

LAURA. Encantadora Ernestina, un beso.

MARTINA. Yo, dos besos.

ERNESTINA. ¡Queridas niñas! ¿y el general? ¿bueno?

MARTINA. No tardará: le contamos que usted nos había convidado á comer, y dijo: “pues voy por los amigos Buttler, Carlisle y Tenyson; el señor Bull tendrá mucho gusto de verlos á su mesa.”

ERNESTINA. ¿Van á venir.... todos?

LAURA. Como son nuestros novios....

ERNESTINA. ¿Ya, tan pronto?

MARTINA. Anoche les correspondimos. Papá dice que en esto no hay que perder tiempo.

LAURA. Que *time is money*.

ERNESTINA. Lo siento, amiguitas mías.

LAURA Y MARTINA. {¿Por qué?

ERNESTINA. Porque sé que hay otros dos caballeros prendados de ustedes. ®

MARTINA. ¡Ya tenemos cuatro!

LAURA. Es decir, dos cada una.

MARTINA. ¿Y quiénes son?

ERNESTINA. De usted, Arlington.

MARTINA. ¿El dentista? Dicen que es muy rico. Al fin Carlisle es un simple empleado de correos: prefiero al saca-muelas.

LAURA. ¿Y el mio quién es?

ERNESTINA. Aquí tiene usted una carta que le escribe.

(Laura la toma, y la lee).

MARTINA. Si es una persona como mi Arlington, prefiero a Battler que no es más que vendedor de calendarios.

LAURA. Es el tenor Krauss.

MARTINA. ¿El tenor?

LAURA. ¿Ya tienes envidia?

MARTINA. Prefiero á Arlington: es más guapo, y no desafina.

LAURA. Y que, si es preciso, te hará una dentadura, pues ya tus dientes necesitan reemplazo.

ERNESTINA. Lo que importa es obrar con juicio. Usted Martina, no se dé por entendida con Arlington hasta que le hable, que sé que será mañana.

MARTINA. ¿Mañana?

ERNESTINA. Sí. Usted Laura, traerá también mañana su contestación para entregársela á Krauss. Se me ha ocurrido en este momento improvisar mañana un baile, que servirá... para todo esto; y ustedes son las primeras invitadas.

MARTINA. ¡Un baile!

LAURA. ¡Qué gusto!

ERNESTINA. Hemos hecho un gran negocio con la compañía del ferrocarril del Oeste, y hay que celebrarlo.

ESCENA VII

DICHAS.—SOUZA.—BUTTLER.—CARLISLE.—TENYSSON.

SOUZA. Amiga mia, he traído á estos jóvenes á comer con ustedes. Á propósito, Laura; acuérdate que les he ofrecido una comida en Delmónico: pero como tendré que obsequiar al señor Bull y á su bella esposa, acuérdate, Martina, que sea en Brunswick que es más elegante.

MARTINA. Sí, papá.

TENYSSON. ¿Y no ha venido la hermosa condesa Ciccione?

LAURA. ¿Qué dice usted de hermosa en donde está Ernestina? Ésta es gracia, *chic, esprit*. Eleonora, por más condesa que se haya vuelto, siempre recordará á la bailarina.

ERNESTINA. Es que yo también he pertenecido al teatro.

BUTTLER. ¡Pero qué diferencia!

CARLISLE. Ya se ve: Eleonora apenas era de la grande ópera, ¡mientras que usted pertenecía al género bufo!

TENYSSON. ¡Ah, ya eso es el arte!

SOUZA. No hay como los diplomáticos para encontrar frases espirituales. Amiguito, usted hará carrera. Pero ya que estamos en familia, pues á usted, Ernestina, la veo como de la nuestra; tanto así la queremos....

MARTINA. ¡Ah, mucho!

LAURA. ¡Con el alma!

SOUZA. Pues estamos en familia, digo: sepan ustedes, hijas queridas, que Buttler me ha pedido tu mano, Laura, y Carlisle la tuya, Martina.

BUTTLER. Seré muy feliz.

CARLISLE. Seremos muy felices.

TENYSSON. ¡Oh, sí; serán muy felices!

LAURA. Papá, hay que pensar esto un poco más.

MARTINA. En efecto: así de pronto....

BUTTLER. Ustedes ya nos han correspondido.

LAURA. Pero no es lo mismo tener amores que casarse.

ERNESTINA. Es verdad; y yo propongo que se aplace la contestación para el baile que doy mañana, y al cual invito á ustedes.

SOUZA. Como usted disponga.

BUTTLER. *(Aparte á Carlisle)*. Éstas nos la pegan.

SOUZA. *(Aparte á Laura)*. ¿Pero están ustedes locas?

LAURA. *(Aparte á Souza)*. Tenemos novios mejores.

TENYSSON. Ustedes obran como verdaderas diplomáticas: no pueden negar que son hijas del señor general.

ERNESTINA. *(Ap., viendo aparecer en el fondo á Krauss)*.
Al fin.

ESCENA VIII

DICHOS.—KRAUSS.

(Ernestina se adelanta á darle la mano).

KRAUSS. *(A Ernestina)*. Recibi tu carta.

ERNESTINA. *(A Krauss)*. Prudencia, por Dios.

(Se forman dos grupos: uno de Souza, Tenysson y Buttler, junto á la chimenea; y otro en el sofá y sillones, de Carlisle, Martina, Laura, Ernestina y Krauss).

LAURA. *(A Krauss)*. Esperábamos á usted con impaciencia.

TENYSSON. En estos tiempos, un tenor de fuerza es como un príncipe: su presencia hace sensación.

CARLISLE. *(A Martina)*. Martina, explíqueme usted....

MARTINA. *(A Carlisle)*. Ya dijimos que en el baile.

TENYSSON. Pero se me había olvidado contar el gran suceso del día.

ERNESTINA. ¿Tenemos guerra?

TENYSSON. Peor que eso.

SOUZA. ¿Un naufragio?

TENYSSON. Mucho peor.

LAURA. Nos espanta usted.

TENYSSON. No es para menos.

KRAUSS. ¿Pero qué es?

- BUTTLER. ¿Qué es?
 TENYSSON. Óiganme ustedes. Esta mañana se ha descubierto una gran falsificación de billetes del tesoro.
 KRAUSS. ¿Billetes del tesoro falsificados?

ESCENA IX

DICHOS.—ARLINGTON.

ARLINGTON. (*Entrando por el fondo*). Como si dijéramos: un do de gata en lugar de un do de pecho. Señora.... señoritas.... caballeros....

MARTINA. (*A Arlington*). Siéntese usted aquí, junto á mí, para oírle bien, porque es usted delicioso.

(*Se sienta del lado opuesto al que está Carlisle*).

CARLISLE. (*A Martina*). Soy celoso.

MARTINA. (*A Carlisle*). No sea usted tonto.

ERNESTINA. Arlington siempre punzante.

TENYSSON. Como si dijéramos: un alfiler con levita.

SOUZA. Nuestro diplomático es completo; es lo que se llama un hombre de frases.

ARLINGTON. ¿De frases?

BUTTLER. De frases.

ARLINGTON. ¡Ah! perdonen ustedes.

LAURA. (*A Krauss*). Hace usted mal en estar triste hallándose á mi lado.

KRAUSS. Es usted muy buena, señorita.

LAURA. Mi nombre es Laura; bien lo sabe usted.

TENYSSON. Pues como iba diciendo: se han hecho grandes falsificaciones de billetes contra el tesoro. Se descubrió el crimen por una casualidad. Ayer cobraron en Washington un billete marcado con el número II, III. ¡Qué curioso! dijeron los cajeros: ¡los cinco unos! Pues bien, dos horas despues se presentan á cobrar otro igualmente marcado con el número II, III. Tratan de averiguar cuál es el falso: los dos son perfectos; la falsificación es magnífica. Se hace un exámen en las cajas, y resultan falsificados más de tres millones.

KRAUSS. Esto es terrible.

ARLINGTON. Y sin embargo, nada es mas natural aquí, en que todo se falsifica. El amor patrio es la primera falsedad: la verdad es el negocio. ¡Ay! amigo Buttler, perdone usted: me olvidaba de que es empleado. Falsa es la familia, y falso el cariño del hogar. ¡Pero qué torpe estoy! no recordaba, Ernestina, que usted está casada. Si ve uno un brillante, puede asegurar que es falso. Excúseme usted, Krauss: sin querer le dado á conocer que su prendedor.... Si contempla uno un rostro blanco como la leche.... ¿Pero qué iba yo á decir, señoritas? Estoy avergonzado.... debo retirarme.... Venía en

busca de Eleonora; el ministro de Italia me encargó de que le entregase una carta urgente para ella; fui á verla, y me dijeron que aquí la encontraría.

ERNESTINA. En efecto; véala usted.

(*Eleonora y Bull salen del gabinete de éste.*)

ESCENA X

DICHOS.—ELEONORA.—BULL.

BULL. (*Al entrar, como anunciándose, dice*): El baron de

Bull: mi esposa es baronesa.

ARLINGTON. ¿Desde cuándo, amigo?

BULL. Desde ayer, cuya fecha tiene la certificación respectiva que se me extendió por la oficina que con tal objeto hay en la ciudad.

ARLINGTON. ¿Ayer? ¿el día de las falsificaciones... de los billetes del tesoro? Pero tome usted, Eleonora, una carta urgente que le envía el ministro de Italia.

ELEONORA. (*Abriéndola*). ¿Me permiten ustedes, por la urgencia? (*Después de leer*). Me dice el señor ministro una cosa que yo ya sabía: que Krauss me engaña.

KRAUSS. ¿Yo?

TENYSSON. ¿Será posible?

ELEONORA. El señor Krauss tiene amores con la señorita Laura.

KRAUSS. Es una calumnia.

SOUZA. Dí la verdad, hija.

LAURA. Es verdad.

KRAUSS. ¿Yo, señorita?

LAURA. (*Sacando la carta que le dió Ernestina*).

Aquí está la prueba.

KRAUSS. (*Aparte*). ¡Una de mis cartas á Ernestina!

ERNESTINA. No puede usted negarlo.

ARLINGTON. Ha caído usted en la ratonera.

KRAUSS. Y usted ha desempeñado en todo esto un papel muy poco digno.

ARLINGTON. Caballero, aseguro á usted que ignoraba el contenido de la carta.

KRAUSS. En otro lugar espero darle á usted una lección.

ARLINGTON. Comprendo. Señor Bull, señor general, ¿tienen ustedes la bondad de entenderse con los testigos del señor?

BULL. Con mucho gusto.

SOUZA. Estoy á sus órdenes.

KRAUSS. (*Aparte*). ¡Un duelo, diablo!

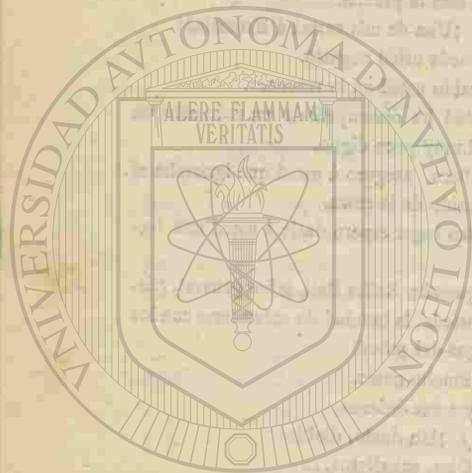
ERNESTINA. Por Dios, caballeros....

LAURA Y MARTINA. { Señores....

ELEONORA. (*Á Arlington*). ¿Qué va usted á hacer?

ARLINGTON. Comienzo á espantar las moscas del panal.

Telón.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

ACTO TERCERO.

Habitacion de Krauss en el Hotel de la Quinta Avenida. En el fondo, puerta de entrada. A la derecha, puerta que da á su cámara. A la izquierda, puerta que da á un gabinete. Bufete, sillas, etc.

ESCENA I

KRAUSS.—SOUZA.—BULL.

SOUZA. Ya sabe usted el objeto de nuestra visita. Tiene usted qué nombrar padrinos, y matarse mañana con el señor Arlington.

BULL. Yo confieso que éstas son barbaridades. Cuando yo tengo algun disgusto con un amigo, le rompo la cabeza, ó él me la rompe á mí, y ya quedamos satisfechos. Pero ir á sangre fria á matarse sin más....

KRAUSS. ¿No es cierto que es una barbaridad?

BULL. Muy grande: por eso está de moda.

SOUZA. Yo, como general, como hombre de armas, debo sostener que el duelo es bueno, y exijo que nombre usted sus testigos.

KRAUSS. Pero el señor Bull dice....

BULL. Poco á poco: ésa es mi opinion como mercader de bueyes; pero ya soy baron, y mi nobleza me obliga á que se mate cualquier prójimo.

KRAUSS. Yo.... no porque tenga miedo.... manejo muy bien las armas....

BULL. Ya lo he visto. ¿Cree usted, amigo Souza, que Krauss sale solo en el *Trovador*, contra todos los que sitian el castillo? ¿Y en *La fuerza del destino*, que mató á un viejo de un pistoletazo? ¿Y en *Hernani*, que se le fué á las barbas al mismo rey?

SOUZA. Sí; un tenor de fuerza es de temerse, y no sé qué le pasará á nuestro ahijado.

BULL. Naturalmente: ¿qué quiere decir tenor de fuerza?

KRAUSS. Les explicaré á ustedes: un tenor de fuerza tiene la voz fuerte, pero nada más; y yo estoy dispuesto á dar algunas explicaciones decorosas....

SOUZA. Arlington nos dijo: nada de explicaciones.

BULL. Ese bárbaro dentista le quiere sacar á usted las muelas á balazos.

KRAUSS. Si ése fuera su empeño, con que me las sacara con las tenazas....

SOUZA. En fin; nos retiramos á esperar á los testigos de usted en la casa del señor Bull.

BULL. Haga usted una buena eleccion.

(*Se van por el fondo.*)

ESCENA II

KRAUSS.—**PEÑÚNURI** *después.*

KRAUSS. ¡Batirme! ¡perder la vida que se ama tanto! Y si no pierdo la vida, recibir una estocada, quedarme tal vez sin voz, sin esta voz que me produce una renta de veinte mil pesos.... Pero si no me bato, tendré que renunciar á Eleonora.... y á su millon.... y al título de conde....

PEÑÚNURI. (*Entrando.*) Amigo Krauss, estoy seguro de que sé en lo que usted pensaba. ¿En el duelo, verdad? Pues yo le traigo á usted una idea para que se verifique y no se verifique, para que haya duelo y no lo haya.

KRAUSS. No comprendo.

PEÑÚNURI. Usted no tiene ganas de batirse.

KRAUSS. Si he de decir verdad, no.

PEÑÚNURI. Méenos tiene usted deseo de que le maten.

KRAUSS. Mucho méenos.

PEÑÚNURI. Pues bien, mañana Arlington matará á usted.

KRAUSS. ¿Me matará?

PEÑÚNURI. Sí. Por casualidad estuve en casa del maestro de armas en boga, y allí encontré á Arlington: le vi tirar; es un gran tirador.

KRAUSS. ¿Pero qué hacer?

PEÑÚNURI. En primer lugar, me nombra usted su padrino: yo escogeré á mi compañero.

KRAUSS. ¿Y ustedes sostendrán que no hay motivo para un duelo?

PEÑÚNURI. Al contrario, lo aceptamos.

KRAUSS. Pero....

PEÑÚNURI. Y á muerte.

KRAUSS. ¿Á muerte?

PEÑÚNURI. Para mañana á las cuatro de la tarde.

KRAUSS. Imposible.

PEÑÚNURI. Yéndose de Nueva York ántes de esa hora,... saliendo en la mañana para Europa con Ernestina....

KRAUSS. ¿Y Eleonora?

PEÑÚNURI. La conozco: jamas volverá á darle á usted su amor.

KRAUSS. Yo esperaba....

PEÑÚNURI. Todo sería inútil. Ella cree que usted ama á Laura: peor sería que supiese que amaba usted á Ernestina; habría entónces tambien el peligro del marido. En cambio, yéndose evita usted el duelo, el odio de Eleonora, la venganza de Bull; y gana usted el amor de Ernestina, que tiene un capital en joyas. Para que nada sospechen, acepta usted el duelo; va usted esta noche al baile de Bull;

y de allí salen á buena hora para embarcarse Ernestina y usted. Yo arreglaré todo, hasta los billetes de pasaje. Pero si no se van ustedes, entregaré á Mister Bull la carta, que ya tengo en mi poder....

KRAUSS. No tiene direccion.

PEÑÚNURI. Y otra de Ernestina, que dice: "Valdemiro adorado;" que está dirigida "al señor Krauss;" y que dice cosas preciosas. Así, si no le mata á usted el inglés, le matará el yankee; y si no, yo.

KRAUSS. ¿Usted? ¿pero qué interes tiene?

PEÑÚNURI. Es mi secreto. ¿Acepta usted?

KRAUSS. Sí.

PEÑÚNURI. ¿Puedo presentarme como testigo, y arreglar el duelo?

KRAUSS. Sí.

PEÑÚNURI. ¿Y partirá usted con Ernestina?

KRAUSS. Sí.

ESCENA III

DICHOS.—ERNESTINA.

ERNESTINA. (*Entrando*). ¡Qué susto he llevado! Creí que era usted otra persona. Pregunté si Krauss estaba solo, y me contestaron que sí; que acababan de salir unos caballeros que tenía de visita.

PEÑÚNURI. No me notaron sin duda, porque yo entra-

ba al mismo tiempo que ellos salían, y se detuvieron á hablar conmigo. Uno era el general Souza; el otro Mister Bull.

ERNESTINA. ¿Mi marido?

PEÑÓNURI. ¿Olvida usted que es testigo de Arlington?

ERNESTINA. ¡La presencia de mi marido aquí! Hoy temo de todo. Ayer, indignada contra mi doncella, que vendió á usted la carta que yo mandaba á Valdemiro, la arrojé de mi casa. Hoy he notado que me seguía en la calle. ¿Por qué me sigue esa mujer? ¿Pero ese duelo?

PEÑÓNURI. Convenza usted á Krauss de que debe partir. Les dejo á ustedes. Ha sido una imprudencia venir, pues pudo usted encontrarse con su marido. No debe usted salir de aquí sola. Para que no sospechen, voy á mandar, á fin de que acompañe á usted, á la señora del *boarding*.

(*Se va*).

ESCENA IV

KRAUSS.—ERNESTINA.

ERNESTINA. Valdemiro, estoy dispuesta á todo: mira si te amo. Sí; abandonaremos á Nueva York; con nombres supuestos recorreremos el mundo. Hay en mi corazón una pasión inmensa que es como hoguera; no como hoguera,

sino como incendio; no como incendio, sino como tempestad de llamas. Me dirás que estoy loca: loca quería volverme, al creer que me abandonabas, y que preferías á Eleonora por ser condesa y millonaria. Pero yo también tengo ya un título, y millón y medio en acciones de la Occidental. Mira el documento: era necesaria mi presencia en la dirección para recogerlo, y de allí vengo.

KRAUSS. (*Examinándolo*). En efecto, el documento está en tu nombre.

ERNESTINA. Tengo además mis alhajas.

KRAUSS. Y mi amor.

ERNESTINA. Partiendo, evitas ese duelo. Quiero partir porque tú vivas, y también por vivir yo. Tú no puedes comprender la existencia de una mujer que se casa sin amor. Caséme seducida por el fausto y la riqueza, y tuve que sufrir sobre mis labios los labios de oro de un estúpido mercader de bueyes. Pero yo te amaba, y cada instante aumentaba mi cariño. ¿Y el tuyo también, verdad? Dímelo: dime que me amas; dímelo.

KRAUSS. Sí, Ernestina: verdad es que te amo, y que no amo á nadie más que á tí. Si he debido preferir á Eleonora, hoy me une á tí la suerte.

ERNESTINA. Nuestro plan es seguro. El vapor parte á las siete, casi al amanecer. Tú vas al baile; procura que no se fijen en tí; no me ha-

blas, no me ves. Cuando estén cenando; cuando envueltos en los vapores del vino, de nada ni de nadie se acuerden; salimos tú y yo. Un coche nos llevará al muelle. Como poco ántes me retiraré á mi habitacion, fingiendo estar algo indispueta, no se notará mi ausencia hasta que estemos en alta mar.

KRAUSS. ¿Y ese documento es bastante? ¿no hay que llevar las acciones?

ERNESTINA. Este documento se negocia á la par en cualquier mercado de Europa. Me han dicho en la direccion, que en Paris darán por él en el acto, siete millones y medio de francos en luises de oro.

KRAUSS. No necesitamos llevar equipaje. Una maleta con un vestido tuyo y otro mio, y la bolsa de las joyas.

ERNESTINA. Eso es. ¿Pero oyes pisadas? Se acercan.

KRAUSS. Tal vez la señora del *boarding*. Entra, mientras veo.

(Entra Ernestina por la puerta de la derecha. Al cerrarla Krauss, ve á Eleonora que aparece por el fondo; y entonces echa la llave y se la guarda).

ESCENA V

KRAUSS.—ELEONORA.

ELEONORA. ¡Interrumpo?

KRAUSS. No.... cerraba.... porque iba á salir.... pero habiendo llegado usted.... es decir, tú....

ELEONORA. Es mejor: usted. Sentémonos que tengo que hablar largo.

KRAUSS. Como usted mande.

ELEONORA. Sola en el mundo, y desbordándose mi alma de juventud y de ternura, amé al primer hombre que encontré en mi camino, y ese hombre fué usted. Yo jamas hubiera sido desleal. Le habia dicho á usted que le amaba, y no podía escuchar propósitos de cariño de ningun otro hombre. Y sin embargo, no me han faltado pretendientes que me hubieran dado su nombre cuando yo era pobre. Uno es el banquero Peñúñuri.

KRAUSS. Yo no quiero estorbar la dicha de usted. Cásese usted con él.

ELEONORA. ¿Y quién le pide á usted su licencia? ¿acaso la he menester? Cuando ya rica y condesa, aún preferia á usted, y descubrí que me engañaba....

KRAUSS. Crea usted que en esto hay.... no sé qué.... Si yo apenas conozco á esa Laura....

ELEONORA. Permítame usted continuar. Descubierto el

engaño, estoy ya libre ante mi conciencia; pero nunca me uniré á Peñúñuri; que me da su rostro miedo, como da miedo el crimen. El otro....

KRAUSS. Al otro le ama usted.

ELEONORA. ¿Por qué me lo dice usted?

KRAUSS. Porque tiembla usted al ir á decir su nombre.

ELEONORA. Tiemblo, porque se va usted á batir con él.

KRAUSS. ¡Arlington!

ELEONORA. Y es necesario que ese duelo no se verifique.

KRAUSS. ¿Por mí, ó por él?

ELEONORA. Por él.

KRAUSS. ¿Es decir, que usted le ama?

ELEONORA. ¿Acaso sé ya lo que pasa por mí?

KRAUSS. ¿Y qué pretende usted?

ELEONORA. Que evite usted el duelo.

KRAUSS. ¿Y por qué no se lo propone usted á él?

ELEONORA. Porque le estimo en mucho, para hacerle esa proposición.

KRAUSS. ¿De modo, que á mí no me estima usted en mucho?

ELEONORA. Negocio es ése de la señorita Laura.

KRAUSS. Pues bien, yo no cedo: me batiré mañana. Además, no hay modo de impedirlo.

ELEONORA. Sí le hay: partir conmigo.

KRAUSS. ¿No dice usted que ya no me ama?

ELEONORA. Es cierto; pero si usted prescinde de ese duelo, me caso con usted.

KRAUSS. ¿Y cómo prescindir?

ELEONORA. Mañana sale el vapor francés; nos embarcamos en él: no volveremos á encontrar á Arlington en la vida, y todo se arregla así.

KRAUSS. ¿Alguien llega.

ELEONORA. Me retiro al gabinete, mientras queda usted solo, pues de aquí no salgo sin su resolución. *(Entra por la puerta de la izquierda, que cierra).*

ESCENA VI

KRAUSS.—LAURA.—MARTINA.

KRAUSS. ¿Ustedes aquí?

LAURA. ¿Y pensaba usted que yo no sabría estar en el puesto que el deber me señala?

KRAUSS. ¿El deber?

LAURA. El que tengo desde que acepto el amor que usted me ofreció en su carta.

KRAUSS. ¡Ah!

MARTINA. Yo también quiero salvar á Arlington, que me ama, según dicen.

LAURA. Siendo nosotras hermanas, ese duelo sería un absurdo.

MARTINA. Un crimen.

LAURA. Los Montequios y los Capuletos entre con cuños.

KRAUSS. ¿Pero qué he de hacer yo, si él me ha desafiado? Vayan ustedes á decirle todo eso al señor Arlington; y si él retira su reto....

- MARTINA. ¿Y para cuándo han fijado el duelo?
- KRAUSS. Para mañana: hay tiempo de que ustedes arreglen....
- LAURA. Lo que ustedes deben hacer mañana, no es batirse, sino casarse.
- KRAUSS. ¿Casarnos?
- MARTINA. Por supuesto.
- LAURA. Respecto de mi hermana no es esto tan sencillo, porque no tiene ninguna prueba contra Arlington; mientras que yo tengo la carta de usted, que he dado á guardar al señor Peñúñuri, para cuando se necesite.
- KRAUSS. Pero esa carta no es más que una declaración.
- LAURA. Lo suficiente aquí: en este país casan á un hombre por ménos: ésta sí que es una república ilustrada.
- MARTINA. Dice bien mi hermana: usted se debe casar, y no matar al señor Arlington, sino hacer que se case conmigo.
- KRAUSS. Permitanme ustedes que les diga, que van siendo muy exageradas sus pretensiones, y que tentado estoy de tomarlas á la broma.
- LAURA. Tómelas usted á la broma, y se entenderá con mi papá que es general.
- MARTINA. Y que en la guerra del Ecuador mató á muchos. Dicen que de un sablazo partió al mismo Ecuador de medio á medio.
- KRAUSS. Pero, señoritas, es necesario meditar....
- LAURA. No crea usted que de mí se burla.

- MARTINA. Bueno es papá para consentirlo.
- LAURA. Aunque dé usted el do de pecho.
- MARTINA. Ni que lo diera de espaldas.
- KRAUSS. Pero tengan ustedes calma.
- LAURA. Estoy furiosa..... me da el ataque de nervios.... agua.... agua....
- MARTINA. (*Dirigiéndose á la puerta de la derecha*). Yo iré por ella.
- KRAUSS. Por ahí no.
- LAURA. ¿No? Ahí tiene usted escondida á alguna mujer.... Usted me engaña.... Ábrame usted.... Quiero sacarle los ojos.

ESCENA VII

DICHOS.—SOUZA.

SOUZA. (*Entrando*). ¿Ustedes aquí?

LAURA. Sí, papá: vinimos mi hermana y yo á rogar á Krauss que no se batiera; á rogárselo por el amor que me tiene. ¿Y sabes con lo que me he encontrado? Con que tiene aquí encerrada á otra mujer.

KRAUSS. No la crea usted.

SOUZA. Si á eso vengo, á salvar á usted, puesto que va á ser mi yerno. Estábamos sentados tomando té y hablando del duelo, Bull y yo....

KRAUSS. ¿El señor Bull?

SOUZA. Sí. ¿Ve usted cómo se turba?

LAURA. ¿Por qué se turba usted?

MARTINA. Responda usted á mi hermana, porqué se turba.

KRAUSS. Si no me turbo.

SOUZA. Déjenme continuar, que la cosa urge. Como decía, estábamos hablando del duelo y de sus probables consecuencias, y ambos calculábamos que tenían que ser fatales para Arlington, pues mientras un tenor tiene que manejar constantemente las armas en el teatro, un dentista no sabe manejar más que las tenazas. En esto, llega la doncella que Ernestina había despedido, y le cuenta á Mister Bull, que usted tiene amores con su esposa, y que ésta se encuentra aquí. Mister Bull, con toda la calma digna de un gran ciudadano, exclamó: "¡qué fortuna tiene el pícaro de Arlington! ya no le matará Krauss." "¿Por qué?" pregunté yo. "Porque yo voy á matar á Krauss en este instante," me contestó. Mister Bull se puso entonces á cargar sus pistolas: no tarda en llegar: yo he venido corriendo á salvar á usted.

ESCENA VIII

DICHOS.—BULL.—ELEONORA *después.*

TODOS. (*Viendo aparecer en el fondo á Bull.*) ¡Mister Bull!

BULL. Señor Krauss, óigame usted con atención.

Sé que mi esposa tiene amores con usted, y que está aquí. Si esto es cierto, no crea usted que le voy á desafiar. Los maridos que desafían á los seductores de sus mujeres, son unos tontos. Después de la infamia pueden encontrar la muerte; y muchas veces el triunfo es de los burladores. Mi sistema es más sencillo: yo soy comerciante en todo. Un hombre me debe dinero, me paga con dinero: otro me debe honra, me paga con la vida. Vengo á cobrar.

SOUZA. Señor Bull, un poco de moderación.....

BULL. La tengo. ¿En dónde está mi mujer?

LAURA. (*Señalando la puerta de la derecha.*) Allí.

KRAUSS. No es cierto.

BULL. ¿No ha estado aquí una mujer?

KRAUSS. Sí.

BULL. ¿No es usted su amante?

KRAUSS. Sí.

BULL. (*Señalando la puerta de la derecha.*) ¿Está ahí?

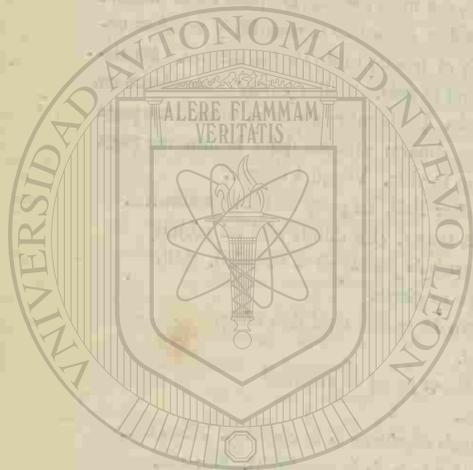
KRAUSS. (*Señalando la de la izquierda.*) No: allí.

BULL. (*Dirigiéndose á la puerta.*) Salga usted, infame.

(*Sale Eleonora.*)

SOUZA,	}	¡Eleonora!
LAURA Y		
MARTINA.		
BULL.		¿Usted?
ELEONORA.		Sí: yo.

Telon.



ACTO CUARTO.

El salon del primer acto, iluminado.

ESCENA I

BULL.—ERNESTINA.

ERNESTINA. Todo el mundo murmura de que hayamos invitado á Eleonora.

BULL. No podíamos excusarnos de hacerlo: á ella, es decir, á su millon, debemos nuestra fortuna.

ERNESTINA. ¿No has tenido noticia?

BULL. Vengo del telégrafo: están los diputados en Washington, en sesion permanente, tratando de nuestro ferrocarril: en el momento que venga alguna noticia importante, me avisarán.

ERNESTINA. ¿Pero lo sabremos esta noche?

BULL. Esta noche misma.

ERNESTINA. Si Eleonora se quiere retirar, no la detengas,
BULL. Voy á ver lo que se ofrece, y á hacer los honores.

ERNESTINA. Ya te sigo.

ESCENA II

ERNESTINA.—PEÑÚNURI.

PEÑÚNURI. *(Entrando por el fondo).* Señora....

ERNESTINA. Peñúnuri, Krauss no ha venido aún: estoy inquieta.

PEÑÚNURI. Convinimos en que vendría tarde: mientras menos le vean, menos observarán, y menos podrán descubrir. Además, para no poner á nadie en el secreto, él mismo iba á llevar los equipajes al vapor: es un magnífico buque, el Saint Laurent.

ERNESTINA. Quisiera que Eleonora hubiese partido antes de que Valdemiro llegase.

PEÑÚNURI. Yo me encargo de eso: también estoy interesado.

ERNESTINA. Peñúnuri, ¿qué fuerza nos empuja, que nada puede separarme de Krauss, y á usted le ata á Eleonora?

PEÑÚNURI. Me atrae, Ernestina, lo mismo que á usted, la fuerza de lo desconocido. El hombre quiere siempre poseer aquello que solamente en sueños ha visto. Usted ha soñado con amores locos, con aventuras de que por cál-

culo se había privado; y quiere realizar su sueño, y tiene usted en el alma sed devoradora de placeres, y en el corazón hambre insaciable de no sé qué fantásticos amores. Yo, por el contrario, ansío lo único que no he conocido en la vida, la virtud tranquila y serena, como se refleja en la frente de Eleonora. Una misma fuerza nos impulsa: nada más, que usted desea y yo amo; y amor y deseo parecenme como crímenes, pero son ya irresistibles.

ERNESTINA. ¡Ah! sí; irresistibles.

PEÑÚNURI. Pero el cálculo triunfará como siempre. Usted se va con Krauss, y satisfechas quedan sus aspiraciones: Eleonora queda abandonada, engañada por su amante, por su mejor amiga; no hallará consuelo más que en mí; y también las almas, cuando naufragan en piélago de dolores, se toman al primer madero de salvación que encuentran. Sólo podría haber un obstáculo ligero: esta misma noche lo allanaré.

ERNESTINA. Voy al salón; que no noten mi ausencia.

PEÑÚNURI. Haga usted que la cena se retarde lo más posible: necesitamos que estén distraídos en la mesa, en el momento de la fuga.

ERNESTINA. He tomado todas mis precauciones.
(Se va por la segunda puerta de la izquierda).

PEÑÚNURI. *(Viendo llegar por el fondo á Arlington).*
Mi hombre.

ESCENA III

PEÑÚNURI.—ARLINGTON.

PEÑÚNURI. Señor Arlington.

ARLINGTON. ¿Conque tambien los banqueros bailan? Yo creía que solamente hacían danzar á los demás. A propósito; esta mañana cuando pasé á ver á usted para avisarle personalmente quiénes eran mis padrinos, le pedí un billete á cambio de oro: no gusto de cargar sino papel: pues bien, el billete ha resultado falso.

PEÑÚNURI. Démelo usted; se lo cambiaré inmediatamente por oro. Hay muchos billetes falsos... el gobierno debería...

ARLINGTON. Dejemos eso, que no vale la pena.

PEÑÚNURI. Es verdad, hablemos de algo más importante. Quiero hacer á usted rico.

ARLINGTON. Permítame usted que me ría.

PEÑÚNURI. No crea usted que es una farsa: hablo seriamente.

ARLINGTON. Pues yo tambien me río seriamente.

PEÑÚNURI. Bien; riase usted cuanto quiera, pero hablemos con juicio: se trata de dinero.

ARLINGTON. Esa es la traduccion libre que hace un banquero de la famosa frase: "pega pero escucha." Yo prefiero la frase al revés: "escucha ó te pego."

PEÑÚNURI. Estamos perdiendo el tiempo, y sabe usted que es dinero.

ARLINGTON. He aquí una de las profundas verdades sociales de los americanos: *el tiempo es dinero*; solamente que no explican, si es dinero que se gana, ó dinero que se pierde.

PEÑÚNURI. Para usted va á ser dinero que se gana.

ARLINGTON. ¿Qué me cuenta usted? Quisiera admirar ese prodigio.

PEÑÚNURI. Pues dígame usted.

ARLINGTON. Me vuelvo todo oídos.

PEÑÚNURI. (*Aparte*). Ya cayó.

(*Pausa corta*).

(*Alto*). Amigo Arlington, perdone usted mi curiosidad: ¿cuánto gana usted poco más ó menos, en su profesion... de dentista?

ARLINGTON. Haga usted cuenta de que nada.

PEÑÚNURI. Comprendo; es usted un dentista retirado.

ARLINGTON. Es el género de moda. Antes se conocían solamente los diplomáticos retirados; pero hoy hay cantantes retirados, maridos retirados, virtudes en retiro: en fin, todo así... retirado... á distancia. ¡Qué más; si hay muchos hombres de bien que conozco, y que pasan por muy respetables, y no son otra cosa que pícaros retirados!

PEÑÚNURI. No divaguemos.

ARLINGTON. Es que no lo decía por usted.

PEÑÚNURI. Vamos al grano.

ARLINGTON. Es decir, al dinero, que es el grano de ese gran animal, rey de la creacion, que no sé por qué error involuntario se llama hombre.

PENÚNURI. Pues bien, se conoce que usted ha ganado bastante según lo que gasta; pero gastando, amigo mío, se vuelve uno pobre. Estoy seguro de que tira usted al año, unos.... tres mil pesos.

ARLINGTON. No lo crea usted.

PENÚNURI. Pues pongámos dos. Aquí, como ya me ha dicho usted, no ejerce su profesión: usted necesita un país en que no haya muchos dentistas; y un buen auxilio para establecerse. Si usted se va dentro de dos días, verbi gracia, al Perú, le doy diez mil pesos.

ARLINGTON. ¿Diez mil pesos?

PENÚNURI. Sí señor, diez mil pesos: á veces soy así; me gusta proteger á los jóvenes que se lo merecen.

ARLINGTON. ¿Un banquero en la piel de un filántropo? ¿no le parece á usted algo como la fábula del lobo con la piel del carnero?

PENÚNURI. Podría en cambio, ofrecer una prision.... pues soy bastante influente, y....

ARLINGTON. Eso sería otra fábula: el asno en la piel del leon; siempre cuestion de pieles.

PENÚNURI. Podría subir á quince mil pesos.

ARLINGTON. ¿Más filantropía aún?

PENÚNURI. Es que tengo cierto interes....

ARLINGTON. ¿Y cuál es el capital?

PENÚNURI. Usted debe batirse mañana con Krauss; podría morir.

ARLINGTON. En efecto, pienso matarle.

PENÚNURI. Pues bien.... ha asegurado su vida en mi casa.... si muere, tengo que pagar una fuerte suma.... le ofrezco á usted veinte mil pesos.... Pero alguno se acerca.... volveré.

ARLINGTON. Cuando usted guste.

PENÚNURI. (*Aparte, yéndose por el fondo*). Con treinta mil será mío.

ESCENA IV

ARLINGTON—ELEONORA.

ELEONORA. (*Saliendo por la segunda puerta izquierda*).

Dios mío, ¿qué parte de desgracias me cupo que ya no puedo más? Arlington, ¿usted aquí? ¿usted me rechazará como todas esas gentes? ¿usted se mofará de mí como ellas? ¿verdad que no? dígame usted que no. Esas gentes se escandalizan de la más ligera mancha, y son ellas como los sepulcros del Evangelio, blanqueados por fuera, y llenos por dentro de podredumbre. Y además, ni la más ligera mancha hay en mí. ¿Verdad que no la hay? ¿Entonces por qué se alejan de mí en el salón de baile? ¿por qué ningún caballero se me acerca? ¿por qué las señoritas me ven y se enrojecen, y las señoras me miran y se sonríen?

ARLINGTON. La encontraron á usted oculta en el gabinete de Krauss.

ELEONORA. ¿Y usted tambien duda de mí? Si así fuera, preferiría que me diese la muerte de una vez.

ARLINGTON. Yo no dudo de usted: comprendo que fué usted á evitar el lance; todo lo expuso usted por el hombre que ama, y todo lo perdió.

ELEONORA. Arlington, ya no amo á Krauss: á veces en los grandes sacudimientos del espíritu, se hace la luz en nuestro sér: vi que no le amaba; y su infame conducta casi me ha hecho aborrecerle.

ARLINGTON. Y sin embargo, tiene usted que casarse con él, si no muere mañana en el duelo.

ELEONORA. ¿Pero insisten ustedes en su criminal intento?

ARLINGTON. La sociedad marca con el sello de la infamia al que tiene valor para no cometer ese crimen. Es necesario, de miedo á la sociedad, ser muy valiente. Pero si Krauss está dispuesto á darle á usted la mano de esposo y salvar su honra, prescindiré del lance.

ELEONORA. Ya me repugna unirme á ese hombre.

ARLINGTON. Ello es preciso: recuerde usted que lleva el nombre de los Ciccione, y que *noblesza obliga*.

ELEONORA. ¿Pero cómo me da usted esos consejos, cuando quería casarse conmigo?

ARLINGTON. Porque cuando pienso en las penas de usted, me olvido hasta de mis esperanzas.

ELEONORA. ¡Noble siempre! ¿Pero no habría otro medio?

ARLINGTON. Sí; que delante de todos los testigos de la afrenta, delante de todos los concurrentes al baile, explique Krauss la presencia de usted en su habitacion, y haga patente su pureza.

ELEONORA. ¿Y cómo conseguirlo?

ARLINGTON. Ensayaré. Vuelva usted al baile.

ELEONORA. Imposible, que soy allí befa y ludibrio de todos. Al contrario, sáqueme usted de este baile, por compasion.

ESCENA V

DICHOS.—ERNESTINA.

ERNESTINA. ¿Qué te pasa, amiga mia?

ELEONORA. Le ruego á Arlington que me saque de aquí. ¡Estoy sufriendo tanto! Bien dicen que la calumnia es como el carbon; cuando no quema, mancha.

ERNESTINA. ¿Quién puede dudar de que es una calumnia infame la que te acusa? No comprendo cómo hay gentes que gocen tanto con hacer tanto mal. Sin embargo, mientras no se desvanece la calumnia, buena me parece tu determinacion: retirete, ocúltate del mundo algunos dias, que la verdad triunfará, y con ella saldrás otra vez radiante y pura.

ARLINGTON. ¿Es decir, que en el mundo es preciso que la virtud retroceda y se oculte ante la calumnia? ¿es decir, que la honradez vale mé-

nos que la mentira puesto que tiembla ante ella? ¿es decir, que se da más importancia á unos labios fementidos que á ojos que son espejo de bondad? ¿á una lengua viperina que á la frente que parece terso lago en que se refleja una alma sin mancha? Si ése es vuestro mundo, prefiero mil veces el mundo de Dios. En el mundo de Dios, si se interpone una nube en la marcha del sol, el sol no se detiene, rasga con dardos de oro la nube osada, y resplandece más brillante. Si hoy nube de calumnia quiere opacar el sol de la virtud de Eleonora, Eleonora no retrocederá: permanecerá en el baile.

ERNESTINA. Yo lo decía, porque ustedes ven lo que pasa.

ARLINGTON. Que Eleonora pruebe á alzar la frente, y veremos si la calumnia se atreve á contemplarla siquiera.

ELEONORA. Tiene razon Arlington; me quedo. Quiero luchar contra la infamia, y mirarla á mis piés; que si los buenos no combaten, ¿qué sería del mundo en manos de los malvados? Pero quisiera descansar un rato.

ERNESTINA. Vamos á mi cuarto. (*Aparte y yéndose*). ¡Maldecido dentista!

ELEONORA. Vuelvo, Arlington.

ARLINGTON. (*Aparte*). Algun plan tenía Ernestina. (*Se van por la primera puerta de la izquierda Eleonora y Ernestina. Krauss entra por el fondo*).

ESCENA VI

ARLINGTON.—KRAUSS.

KRAUSS. (*Viéndole*). ¡Ah!

ARLINGTON. ¿No esperaba usted encontrarme? Había yo sido invitado de antemano....

KRAUSS. Mas en visperas de un duelo....

ARLINGTON. Estamos en el mismo caso.

KRAUSS. Es verdad.

ARLINGTON. (*Aparte*). Este hombre trama algo. (*Alto*). Podríamos, á pesar de todo, evitar el duelo.

KRAUSS. ¿Cómo?

ARLINGTON. El honor de Eleonora está comprometido; usted le debe una reparacion; cátese usted con ella, y prescindo de todo.

KRAUSS. Me ha despreciado públicamente.

ARLINGTON. Públicamente la ha infamado usted.

KRAUSS. Es imposible.

ARLINGTON. En tal caso, mataré á usted.

KRAUSS. Ésa es cuestion de mañana: esta noche bailemos.

ARLINGTON. Tiene usted toda la noche para decidirse.

KRAUSS. Muy bien, caballero. (*Se va por la derecha*).

ARLINGTON. (*Yéndose por la izquierda*). Este hombre es un cobarde.... y está tranquilo.... Algun plan tiene este bribon.

ESCENA VII

SOUZA.—LAURA.—MARTINA.

(Entran por el fondo con trajes de gusto exagerado: las dos del brazo de Souza).

LAURA. *(Dando grandes pasos)*. Esto es insufrible: nadie nos saca á bailar.

SOUZA. VERI. Como son extranjeros todos estos yankees, nadie nos conoce.

MARTINA. ¡Papá, tener que bailar contigo únicamente! Y como somos dos, hay que bailar una pieza sí, y otra no.

SOUZA. Pues les advierto que ya no bailo más, que estoy muy fatigado.

LAURA. ¡Y para esto mandé teñir mi traje de sedal!

MARTINA. Y luego, que mi señor dentista no parece.

LAURA. Pues mi tenor es bueno.

SOUZA. Es natural que debiendo matarse mañana, no estén para bailes.

LAURA. Lo que es á mí, poco me importa: Buttler no me habría dejado sin pareja en el baile.

MARTINA. Ni á mí Carlisle.

LAURA. Decididamente truena con Krauss: ¿qué se puede esperar de un tenor de fuerza que tiene en su garganta un gallinero?

MARTINA. ¿Y qué me dices de mi dentista que ni siquiera usa dientes postizos?

SOUZA. La verdad es que el tenor y el dentista parecen acaudalados, mientras que de nues-

tros dos americanitos, no sé que posición tengan.

LAUBA. ¿Por qué no le preguntas á Tenysson?

SOUZA. Como es diplomático, me diría una mentira.

LAUBA. Pues yo estoy aburrída: vámonos del baile.

MARTINA. Sí, papá: vámonos.

SOUZA. ¿Irme yo del baile ántes de cenar? ¿están ustedes locas? Si no he venido más que por la cena.

ESCENA VIII

DICHOS.—BUTTLER.—CARLISLE.

LAUBA. *(Viéndolos aparecer por la puerta del fondo)*.

Nuestros buenos amigos. Apreciable Buttler. Aquí nos tienen ustedes que no hemos querido bailar, porque no estaban ustedes.

MARTINA. Carlisle, solamente con papá he bailado: se lo juro á usted.

BUTTLER. ¿Y qué tal está la concurrencia? ¿habrá mucho lujo?

LAURA. Yo le diré á usted, que aunque Ernestina se ha hecho baronesa, como nadie puede olvidar que fué... de la ópera bufa... y que su marido es, como si dijéramos... carnívero por mayor... la concurrencia naturalmente no es muy lucida. Crea usted que

nosotras hemos venido, porque no somos orgullosas, y porque sabíamos que íbamos á tener el gusto de encontrarlos.

SOUZA. Y que los viajeros se pueden permitir ciertas libertades. En el Brasil, mis hijas sólo irían al baile que diera el rey D. Pedro.

CARLISLE. Y cuéntenme ustedes: ¿qué pasó con la diva Eleonora?

MARTINA. ¡Poca cosa! que nos la encontramos en el gabinete de Krauss.

BUTTLER. ¿Cómo encontramos? ¿ustedes?

SOUZA. Le diré á usted: yo pasaba con mis hijas; vimos el escándalo; entramos; y etc.

LAURA. ¿Green ustedes que la muy insolente está en el baile con un magnífico traje, y llena de brillantes? ¡Qué poco gusto! ¡una señorita! Por nada de esta vida me pondría yo brillantes; aunque se empeñase papá.

CARLISLE. La hermosura no necesita adornos.

SOUZA. Sin embargo, como no trajimos nuestros magníficos brillantes del Brasil, y veo que todo el mundo los gasta, acuérdenme ustedes que mañana les compre unos aderezos.

BUTTLER. Mañana se canta la *Aida* en la Academia de Música, y podrán estrenar sus joyas.

SOUZA. Es verdad. Martina, tú que tienes buena memoria, acuérdate que compre mañana billetes para nosotros y estos caballeros.

CARLISLE. Le mandaré á usted un agente de teatros que proporciona muy buenas localidades.

BUTTLER. Y yo un corredor de alhajas que tiene brillantes hermosísimos.

SOUZA. Pero no.... no puede ser.... hoy nos vamos á desvelar toda la noche en el baile, y no podemos ir mañana á la ópera....

BUTTLER. Durmiendo en el día....

SOUZA. No, amigo mío: dos desveladas seguidas nos hacen mucho daño á los viejos: y no es bueno que las jóvenes anden en tanto bureo.

BUTTLER. Entónces, nada más mandare al joyero.

SOUZA. Sí.... pero estoy pensando que en estas grandes ciudades engañan á uno muy fácilmente; y además, no podrían vendernos brillantes tan hermosos como los nuestros....

LAURA. Son muy hermosos nuestros brillantes.

SOUZA. Y tenemos tantos.

MARTINA. Tenemos muchos.

SOUZA. Más vale encargarlos al Brasil.

MARTINA. Más vale, papá.

LAURA. Sí; más vale.

ESCENA IX

DICHOS.—KRAUSS.—*Después* ARLINGTON
Y TENYSSON. ®

KRAUSS. ¿Pero ustedes aquí, sin bailar? ¿No le gusta á usted, bella Laura?

LAURA. Sí señor: mucho. (*Aparte á Martina*). ¿Ves qué fino es conmigo?

MARTINA. (*A Laura, aparte*). ¡Qué fastidiosa estás con tu tenor!

BUTTLER. Pues, si usted me hace favor, vamos, hermosa Laura, á volar en alas de ese wals que comienzan á tocar.

LAURA. Gracias. ¿Usted, Krauss, no baila?

KRAUSS. Despues: quiero descansar un poco.

LAURA. Yo tambien quiero descansar.

MARTINA. Con mucho gusto, Carlisle: vamos. (*Viendo entrar á Arlington*). Pero siempre me quedo con Laura: pudiera decir....

LAURA. (*A Martina*). Cómo te detiene el dentista: te ha atrapado como si fueras muela.

MARTINA. (*A Laura*). Siquiera no rompelos oídos como tu tenor.

LAURA. (*A Martina*). No: rompe las quijadas.

ARLINGTON. Señoritas, permitanme ustedes que admire sus trajes: no hay como el Brasil para buen gusto.

LAURA. (*Aparte*). ¿Se estará burlando?

SOUZA. Mis hijas tienen mucho gusto.

ARLINGTON. Ya se ve.

KRAUSS. (*Aparte*). ¿Cómo alejarlos?

TENYSSON. (*Entrando*). ¿No ha pasado la cena? He estado tan ocupado en.... la diplomacia.... nunca puedo separarme antes de la una.... y ya son las dos.... ya es hora de cenar.

SOUZA. Pregúnteselo usted á mi estómago.

ARLINGTON. ¿De manera que ustedes bailan con el estómago?

MARTINA. ¡Qué gracioso es usted, señor Arlington!

LAURA. ¿Qué le parece á usted, Krauss?

TENYSSON. Pero calle: aquí tenemos á los dos jóvenes que se baten mañana, juntos en un baile: esto es muy *chic*.

ARLINGTON. Más *chic* es en usted y el señor Souza, que se van á batir esta misma noche.

SOUZA. ¿Nosotros?

ARLINGTON. Sí: á dentelladas.

TODOS. Ja, ja, ja.

SOUZA. El caso es que no llaman á cenar.

BUTTLER. ¡Si no habrá cena!

CARLISLE. Sería chasco.

TENYSSON. Sí la hay: me he informado. ¿Y saben ustedes la noticia?

SOUZA. ¿Qué noticia?

TENYSSON. La de la Occidental.

KRAUSS. ¿La de la Occidental?

TENYSSON. Sí: mientras en el Congreso se discutía la concesion, que hace una hora se ha votado, el banquero se fugó con cinco millones.

KRAUSS. ¿Por lo tanto la empresa?

TENYSSON. Ha quebrado antes de comenzar.

KRAUSS. ¿Y las acciones?

TENYSSON. No valen ni el papel en que están impresas.®

ARLINGTON. Mucho se preocupa usted.

KRAUSS. Tenía yo.... algunas acciones....

CARLISLE. Yo.... no algunas.... muchas....

ARLINGTON. (*Aparte*). Mentira.

LAURA. ¿Y usted, Buttler?

- BUTTLER. Yo, ninguna.
- LAURA. Es decir, ¿que su capital de usted no ha padecido nada?
- BUTTLER. No ha disminuido ni un centavo.
- LAURA. Butler, vamos á bailar.
- KRAUSS. Una palabra todos. El señor Bull tenía todo su capital en estas acciones: si alguno de nosotros lo cuenta, puede saberlo, y no debe recibir la noticia en medio de un baile.
- TENYSSON. Despediría á la concurrencia, y ya no habría cena.
- SOUZA. Hay que callarnos hasta despues de cenar.

—
ESCENA X

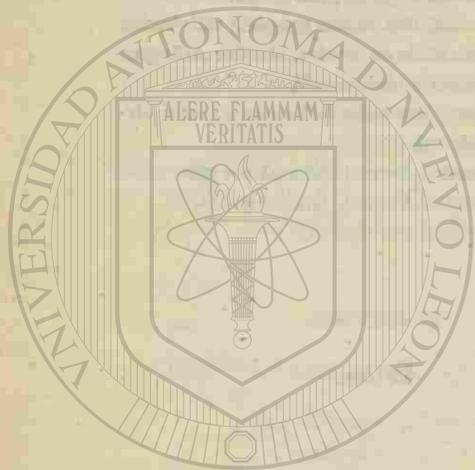
DICHOS.—ELEONORA.—ERNESTINA.

(Sale Eleonora con abrigo, apoyándose en Ernestina).

- ARLINGTON. (*Aparte*). ¡Eleonora!
- KRAUSS. (*Aparte*). ¡Ernestina!
- LAURA. ¿Se va usted, encantadora amiga?
- ERNESTINA. Se siente enferma.
- SOUZA. ¿Pero ántes de cenar?
- KRAUSS. Perdónenme ustedes un momento: voy á cumplir con un sagrado deber, ó más bien dicho con dos. La presencia de Eleonora en mi habitacion ha sido mal comentada: si Eleonora no fuera pura y virtuosa no le

- daría mi mano, y tengo el honor de presentar á ustedes á mi esposa, y de invitarlos para nuestra boda que se celebrará mañana.
- ERNESTINA. (*Aparte*). ¿Qué infamia es ésta?
- KRAUSS. Además, doy la más completa satisfaccion en presencia de ustedes, al señor Arlington á quien sin razon ofendí.
 (*Tiende una mano á Eleonora y otra á Arlington*).
- ARLINGTON. (*Aparte á Krauss*). Gracias por ella.
- ELEONORA. (*Aparte á Krauss*). Gracias por él.

Telón.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ACTO QUINTO.

La misma decoracion del acto anterior?

—*Finj*—

ESCENA I

PEÑÚNURI.—KRAUSS.

(Llegan por el fondo).

PEÑÚNURI. Mas explíqueme usted qué pasó, pues no puedo entenderlo. ¿Acaso no ama usted á Ernestina?

KRAUSS. Con pasion volcánica que parece llama de infierno.

PEÑÚNURI. ¿Prefiere usted á Eleonora?

KRAUSS. Devaneo, y no cariño, fueron con ella mis amores.

PEÑÚNURI. Pues entonces, ¿cómo acertar con el enigma?

KRAUSS. Óigame usted.

PEÑÚNURI. Le escucho atento.

KRAUSS. Ya tenía yo relaciones con Eleonora, cuando en su casa conocí á Ernestina. Eleonora, como segura de poseer mi cariño, descuidaba el alimentar el fuego de mi alma. Ernestina empezó á arrojar en ella el combustible de sus miradas. En esa época se presentaba Mister Bull pretendiéndola. Fué el amor propio, viento que sopló en la hoguera de mi pecho, y avivó su incendio. Ernestina prefirió al comerciante rico; pero la que no quiso hacerme su esposo, lo hubiera sido, me hizo su amante, y al hacerme su amante me hizo su esclavo.

PEÑÚNURI. Pero usted desde hace días iba á casarse con Eleonora.

KRAUSS. Si; para ver si encontraba una solución á mi estado de angustia y desesperacion. Con un título, con un millon, con un ángel como Eleonora por esposa, viajando en Europa, en Egipto, en Asia, podré olvidar, me decía yo: y si no olvido, ya más rico que Ernestina, la arrebataré á su esposo, y seré entonces su rey, y no su esclavo. Me propone usted entonces la fuga, ella me deslumbra con un capital mayor que el de Eleonora, y en medio de tanta lucha, y tanta agitación, y tanto vértigo, me decidí á que fuéramos esta noche.

PEÑÚNURI. Pues cada vez comprendo ménos la conducta de usted.

KRAUSS. El capital de Ernestina estaba en acciones de la Compañía Occidental, y al llegar al baile sé que ha quebrado esa sociedad. Huir con Ernestina, sin tener un capital, cuando ella está ya acostumbrada á tanto lujo, era un absurdo. Volví á mi primer plan: casarme con Eleonora.

PEÑÚNURI. Pues he aquí que iba usted á hacer un solemne disparate.

KRAUSS. ¿Cómo?

PEÑÚNURI. Voy á ponerle á usted al tanto de la situación financiera de nuestros personajes. Mister Bull está arruinado.

KRAUSS. ¿Arruinado?

PEÑÚNURI. Completamente: no le queda más que los muebles de esta casa y las pinturas; podrá sacar de todo, ya sabe usted lo que se pierde al vender, unos treinta mil pesos. Ernestina no tiene más que sus alhajas.

KRAUSS. ¿Nada más?

PEÑÚNURI. Pero son brillantes, y pueden venderse en Europa por lo ménos en doscientos mil francos. Eleonora...

KRAUSS. Tiene un millon de pesos.

PEÑÚNURI. No, amigo mio: no tiene ni un céntimo. ®

KRAUSS. ¿Ni un céntimo?

PEÑÚNURI. Ni un céntimo. Sabe usted que yo me encargué de recibir el millon, que entregó en oro el banquero del ministro. Pues bien, al día siguiente, recibí órden de entregar á mi

vez el millon en oro al señor Bull, y recibir de él en cambio dos millones en acciones de la Compañía Occidental; de modo, que si ésta ha quebrado, ya comprenderá usted que Eleonora no tiene un céntimo.

KRAUSS. ¿Y qué hacer entónces? Aconséjeme usted.

PENÓNURI. Aquí tiene usted dos pasajes para el vapor que zarpa á las siete para Europa. Los convidados están cenando, y no piensan en otra cosa. Mister Bull les está haciendo los honores. Ernestina se ha retirado á su dormitorio algo enferma, y no la extrañarán. Saliendo por ese pasillo, llegan á mi coche sin que nadie los vea. Pronto serán las seis, y en tres cuartos de hora mis magníficas yeguas pondrán á ustedes en el muelle. Cuando ustedes hayan partido, doy la noticia de la quiebra: Bull y Eleonora se trastornarán, y no pensarán de pronto más que en su ruina; á los demas nada les importa el no ver á ustedes. Es preciso que hable usted inmediatamente con Ernestina: los instantes son preciosos. *(Toca un timbre. — A un criado que se presenta)*. Diga usted á la doncella de la señora, que le avise que el señor Krauss necesita hablarle urgentemente. *(Se va el criado)*. Usted le dice á Ernestina, que lo que hizo fué para desvanecer sospechas, y llevar á cabo la fuga más fácilmente: usted la convence.

KRAUSS. Pero...

PENÓNURI. ¡Ah! olvidaba yo la cuestion de fondos. Mientras ustedes arreglan lo conveniente, voy á casa, que está á dos calles, y les traeré cien mil pesos en billetes del tesoro: con esto, que se cambia por oro en cualquier mercado de Europa, y las alhajas, hay para el viaje. Es necesario estar listos dentro de un cuarto de hora. Vuelvo.

(Se va por el fondo).

ESCENA II

ERNESTINA.—KRAUSS.

ERNESTINA. *(Saliendo por la primera puerta de la izquierda)*.

¿Usted me llama, Krauss?

KRAUSS. Yo, Ernestina: yo que necesito explicarte que lo que ha pasado no fué más que una estratagema para desvanecer inquietudes y sospechas; pero que estoy pronto á partir ahora mismo contigo. Aquí tengo los billetes de pasaje, el coche nos espera al pié de ese pasillo, y á las siete parte el vapor que debe conducirnos á Europa.

ERNESTINA. ¿Pero es cierto? Mira que estaba yo muriendo de desesperacion.

KRAUSS. Sí: alístate pronto; la cena se ha prolongado

mucho; pero no tardará en concluir. A las seis debemos salir de aquí: no tenemos más que quince minutos. Un pequeño saco para las joyas es bastante.

ERNESTINA. Voy en el acto. ¿Mas no me engañas aún?

KRAUSS. (*Oprimiéndola en sus brazos*). Te adoro.

ERNESTINA. Vuelvo luego.

(*Ernestina entra en su habitación, y Krauss se va por el fondo*).

ESCENA III

ARLINGTON solo.

(*Sale por la segunda puerta izquierda*).

¿Por qué una fuerza irresistible me ha detenido en el baile? ¿Acaso yo, que no creo en el amor, que no creo en nada, amaré de veras á Eleonora? Si amar es sufrir con toda el alma, debo amarla mucho. Dicen que el amor nunca desespera; y va á casarse mañana, y nadie lo duda, ¡y yo espero! Sin duda que esta extraña inquietud es amor. Estarán todos felices y contentos en la mesa, derramando el *champagne* en copas de oro; ¡y yo siento que se derraman mis lágrimas de las copas de mis ojos! Yo era ayer el insustancial, el excéntrico.... ¿Pero qué mayor excentricidad que amar en estos tiem-

pos, en que el amor si no sirve para burlas, sirve para engaños é infamias? (*Se sienta en el sofá cubriéndose la frente con las manos*). Sí; estoy en mi papel de excéntrico; ¡porque amo mucho!

ESCENA IV

ARLINGTON.—PEÑÚNURI

(*Al acercarse Peñúnuri por detras de Arlington, le confunde con Krauss*).

PEÑÚNURI. Aquí está la cartera con los cien mil duros: puede usted partir con Ernestina.

ARLINGTON. Señor Peñúnuri.

PEÑÚNURI. Señor Arlington: le había confundido á usted con Krauss; fué fortuna que no encontrara á otra persona que descubriese mi secreto.

ARLINGTON. ¿El secreto de usted.... de Krauss.... y de Ernestina?

PEÑÚNURI. Sí, amigo mio. No temo decirselo á usted todo, pues un mismo interés nos une, porque aquí me estorba usted, y porque necesito que me ayude.

ARLINGTON. ¿Yo?

PEÑÚNURI. Hace algunas horas le llegué á ofrecer á usted veinte mil pesos, si ántes de tres días

se iba de los Estados Unidos para cualquier parte.

ARLINGTON. Es cierto; pero no he comprendido el objeto de usted.

PEÑÚÑURI. Es muy sencillo: quiero deshacerme de un rival, pues sabe usted que amo á Eleonora.

ARLINGTON. ¡Ah! es verdad.

PEÑÚÑURI. De pronto, nos conviene á los dos deshacernos del enemigo comun, de Krauss; despues, estoy seguro de que nos arreglaremos.

ARLINGTON. Todo es posible en la vida.

PEÑÚÑURI. Pues amigo Arlington, dentro de unos cuantos minutos, huirán para Europa Krauss y Ernestina.

ARLINGTON. Esto es muy grave.

PEÑÚÑURI. Usted no se separará de esta pieza, para que si alguno por casualidad los ve, no sospeche, supuesto que hay otra persona. Saldrán por esa puerta que conduce á un pasillo reservado, que tiene otra puerta de salida cuya llave está pegada.

ARLINGTON. ¿Pero está usted seguro de que está la llave?

PEÑÚÑURI. Como está siempre la de esta puerta, que es el otro extremo del pasillo.

ARLINGTON. (*Véndase por esa puerta*). Quiero cerciorarme.

PEÑÚÑURI. (*Solo*). Ya es mio; procura mostrar celo; mañana me arreglaré fácilmente con él. (*A Arlington que vuelve*). ¿Estaba la llave?

ARLINGTON. Sí: estaba.

PEÑÚÑURI. Dejo á usted: voy á buscar á Krauss, para venir en el momento oportuno, en que nos mande avisar Ernestina que está lista; es cuestion de minutos.

(*Se va Peñúñuri por la puerta del fondo*).

ESCENA V

ARLINGTON.—ELEONORA.

ELEONORA. (*Saliendo por la seguida puerta de la izquierda*).

¿Arlington, usted aquí?

ARLINGTON. Ya lo ve usted. Pero observo en su rostro una melancolia, que no cuadra bien con quien mañana debe casarse.

ELEONORA. No podía estar en la mesa; esa cena es interminable; y beben y se rien como si estuvieran locos; ereo que no acabarán en una hora.

ARLINGTON. Pero esto no me explica...

ELEONORA. ¿El que me case con Krauss? Pues sépalo usted, Arlington, aunque no deba decirlo más en mi vida: me caso porque amo á usted con todo mi corazon.

ARLINGTON. ¿Me ama usted?

ELEONORA. Sí: fué esto en un principio, simpatía inspirada por su bello carácter y por su talento; fué despues como admiracion, nacida al

comparar sus cualidades con los defectos de Krauss; y fué por fin la revelacion de un inmenso cariño, al ver que usted se iba á baticir, que le podían matar... ¡y que yo me moría!

ARLINGTON. ¡Eleonora!

ELEONORA. Por salvarle á usted, nada más por usted, fui á ver á Krauss, y le ofrecí mi mano si resistía de ese duelo. Por haber ido, todos me creyeron deshonrada, y para lavar mi honra me caso: tengo ya un nombre que no debe mancharse.

ARLINGTON. Pero Krauss ha declarado ante todos la honradez de usted.

ELEONORA. Pero tiene mi palabra.

ARLINGTON. Yo también tengo una promesa de usted, y es anterior: me empeñó usted su palabra de honor, de darme su mano el día que le probará que debía dudarse del amor y de la amistad. Muy pronto le reclamaré á usted esa palabra. Ya soy feliz con saber que usted cree amarme. Mas es preciso que vuelva usted al salón, hasta que yo la llame.

ELEONORA. No entiendo qué idea tiene usted; pero me voy.

ARLINGTON. Hasta muy pronto. Es usted un ángel.

(*Se va Eleonora por el fondo.*)

ESCENA VI

ARLINGTON.—KRAUSS.—PEÑÚNURI.—
ERNESTINA.

KRAUSS. ¿En cualquier mercado reciben estos billetes?

PEÑÚNURI. Como oro.

(*Al verlos entrar, se retira Arlington por la segunda puerta de la izquierda.*)

ERNESTINA. (*Saliendo.*) Estoy lista.

KRAUSS. ¿Traes las alhajas?

ERNESTINA. En esta bolsa: no llevo más.

KRAUSS. Partamos.

(*En este momento vuelve á salir Arlington.*)

PEÑÚNURI. Buen viaje.

(*Se van Ernestina y Krauss por la primera puerta de la derecha. Peñúnuri se dirige á la puerta del fondo para observar. Arlington se acerca á la puerta por donde salieron Ernestina y Krauss, cierra á dos vueltas, quita la llave, y se la guarda en la bolsa. Al ruido se vuelve Peñúnuri, y ve el movimiento.*)

ESCENA VII

ARLINGTON.—PEÑÚNURI.

PEÑÚNURI. ¿Qué hace usted?

ARLINGTON. Cerrarles, para impedir que se vuelvan.

PEÑÚNURI. Bien pensado. Hablemos ahora nosotros.

ARLINGTON. Eso digo yo.

PEÑÚNURI. La fatalidad me arrastra, y es necesario que Eleonora sea mi esposa.

ARLINGTON. Ya tuve el honor de decir á usted, que me encargaba de impedir que la fatalidad hiciera ese disparate.

PEÑÚNURI. También le he dicho á usted, que es una locura ponerse en mi camino. Ya estamos bastante ligados, para que yo no me descubra.

ARLINGTON. No hay necesidad: yo le diré á usted quien es.

PEÑÚNURI. ¿Usted?

ARLINGTON. Sí: yo. La policía tuvo noticia de mi duelo con Krauss, y el superintendente pasó á notificarme que no permitía que el lance tuviera lugar en la ciudad. Se habló naturalmente de los padrinos, y entonces me dió de usted los siguientes detalles. Usted es un galeote escapado de Ceuta. El amo de la casa de comercio en que usted estaba cuando tenía veinte años, le puso un día la mano en el rostro: ciego de furor, le hundió usted en el corazón unas tijeras que sobre el mostrador estaban. Después en el presidio, una mañana, luchaba usted por diversion con varios compañeros, en presencia de la esposa del alcaide de la fortaleza. Vendido tres veces, la esposa del alcaide se burló de usted; y usted sin saber lo que hacía, se arrojó sobre ella, y ántes de que pudie-

ran separarle, la ahogó entre sus manos. Á poco se fugó usted... y hoy es banquero.

PEÑÚNURI. ¿Nada más le contó á usted el superintendente?

ARLINGTON. Nada más; pero me parece que es bastante.

PEÑÚNURI. Pues me alegro de que sepa usted quien soy, y lo que de mí puede temer. Pero volvamos á nuestro negocio. ¿Acepta usted mis proposiciones? Espero su resolución.

ARLINGTON. Pues óigala usted.

PEÑÚNURI. ¿Pero no nota usted que sacuden esa puerta?

ARLINGTON. Sin duda nuestros tórtolos dejaron, en su fuga precipitada, abierta la de la otra extremidad del pasillo, y el aire, al entrar...

PEÑÚNURI. No; si mueven la puerta.

ARLINGTON. No haga usted caso, y escúcheme con mucha atención. Desde que conocí á usted comprendí que era un bribon.

PEÑÚNURI. Caballero....

ARLINGTON. Déjeme usted continuar. Hay sin embargo en usted circunstancias atenuantes: no ha sido el vil interés el que le ha guiado en sus pretensiones respecto de Eleonora.

PEÑÚNURI. Es una verdadera pasión, una pasión inmensa.

ARLINGTON. Á veces quiere el cielo que esas pasiones sirvan de castigo á los malvados. Pero vamos á nuestro negocio. Usted me ha ofrecido veinte mil pesos porque huya yo de Eleonora.

PEÑÚNURI. Sí: veinte mil pesos; en oro, no en billetes.

ARLINGTON. ¿Por qué no en billetes?

PEÑÚNURI. El oro... es más bello... ¿Usted desconfía de mí?

ARLINGTON. El rostro de usted parece negra nube, y todas las nubes negras encierran en su seno tempestades.

PEÑÚNURI. Estoy dispuesto á aumentar hasta treinta mil pesos en oro.

ARLINGTON. Si usted es quien se va, le doy cincuenta mil.

PEÑÚNURI. ¿Quién es usted entonces?

ARLINGTON. Y si no acepta, y no se va, le entregaré á la justicia.

PEÑÚNURI. Vea usted como sacuden la puerta.

ARLINGTON. No haga usted caso.

PEÑÚNURI. Permítame usted que me retire.

ARLINGTON. Antes contésteme usted.

PEÑÚNURI. Mis faltas han sido cometidas en España y en Ceuta: aquí no tengo que hacer nada con la justicia.

ARLINGTON. Es verdad: la justicia es la que tiene que hacer con usted.

PEÑÚNURI. Me está usted injuriando.

ARLINGTON. ¡Qué susceptible es usted, señor falsificador!

PEÑÚNURI. ¡Ah, mi secreto!

ARLINGTON. Ayer le cambié á usted un poco de oro por papel, y el billete que me dió usted era falso.

PEÑÚNURI. ¿Se lo ha dicho usted á alguno?

ARLINGTON. No valía la cantidad la pena de perder á un hombre.

PEÑÚNURI. Entónces estoy salvado, porque el único que me ha descubierto, usted, va á morir á mis manos.

(Saca un puñal, y se lanza sobre Arlington; pero éste violentamente se pone detras de un sillón, y con un revolver apunta á Peñúnuri).

ARLINGTON. Si da usted un paso, le vuelvo la tapa de los sesos.

PEÑÚNURI. ¡Oh furor!

ARLINGTON. Deje usted ese puñal sobre la chimenea.

PEÑÚNURI. *(Dejándolo)*. Ya está.

ARLINGTON. Siéntese usted en aquella butaca: si se mueve usted, le mato.

PEÑÚNURI. *(Sentándose)*. Obedezco.

ESCENA VIII

DICHOS.—ELEONORA.

ELEONORA. ¡Ah!

ARLINGTON. Viene usted á tiempo.

ELEONORA. Impaciente de esperar...

ARLINGTON. Comprendo. Ha llegado la ocasion de que me cumpla usted su juramento.

PEÑÚNURI. Si ustedes tienen que hablar...

ARLINGTON. Cuidado con moverse.

PEÑÚNURI. (*Aparte*). ¡Maldición!

ARLINGTON. Usted creía en el amor de Krauss y en la amistad de Ernestina; y me ofreció que si le probaba que eran una mentira, me daría su mano. Pucs bien, hace algunos minutos que los dos salieron por esa puerta.

ELEONORA. La puerta se mueve.

ARLINGTON. Sí, porque allí están encerrados. Debían salir por la puerta del otro extremo del pasillo; pero había yo quitado desde antes la llave. Huían para Europa. ¿Es ya tiempo de que me conceda usted su mano?

ELEONORA. Sí, Arlington; y el alma entera.

PEÑÚNURI. (*Aparte y queriendo levantarse*). Me siento morir.

ARLINGTON. (*A Peñúnuri*). Sin moverse.

ELEONORA. ¿Qué es esto?

ARLINGTON. Que el señor, después de haber sido cómplice de los fugitivos, quiso buenamente clavarle en el pecho ese puñal que está sobre la chimenea.

ELEONORA. ¡Ah, qué horror!

PEÑÚNURI. Sí; porque yo la amo á usted; y mi amor es más grande, mucho más grande que el de Arlington; porque éste la cree dueña de un millón de pesos, que usted entregó á Mister Bull para que se emplease en acciones de la Occidental; y yo la amo á usted, sabiendo que ha quebrado la Compañía, y que está usted arruinada.

ELEONORA. ¡Arruinada!

ARLINGTON. No; supuesto que hoy mismo tendrá usted en mí un marido, que le sirva de apoyo en la vida.

ELEONORA. ¡Arlington!

ARLINGTON. Peñúnuri, ya ve usted qué feliz soy. No quiero que ustedes se pierdan. Tome usted las llaves, y huyan los tres.

(*En el momento en que Peñúnuri está abriendo la puerta, se presentan en el fondo Bull, el superintendente y varios policías.*)

ESCENA IX

DICHOS.—BULL.—EL SUPERINTENDENTE.—
UNOS POLICÍAS.

SUPERINTENDENTE. Peñúnuri, dese usted á prision.

PEÑÚNURI. ¿Yo? ¿por qué?

SUPERINTENDENTE. Acaba de descubrirse, en el banco de usted, la fábrica de billetes falsos, (*A la policía*). Llévenlo ustedes.
(*Sale Peñúnuri con los policías.*)

SUPERINTENDENTE. Quiero ver á qué iba por esta puerta.

ARLINGTON. Voy á decirlo. Iba á unirse con Krauss y Ernestina...

BULL. ¿Mi mujer?

ARLINGTON. Se van á embarcar para Europa.

- BULL. Voy á matar á ese infame.
- ARLINGTON. Sería una torpeza cometer ese crimen. ¿Viviría usted feliz con una mujer que le ha engañado?
- BULL. Es verdad.
- ARLINGTON. (*Levantando las llaves que dejó caer Peñínuri*). Voy á darles la llave de salida, y á recoger el saco de alhajas.
- BULL. Todas las facturas están en mi nombre: son mías.
- ARLINGTON. Su precio puede servir de base á una fortuna que levante el trabajo.
- BULL. Tal vez se lleva las acciones de la Occidental.
- ARLINGTON. (*Yéndose*). Ésas nada valen.
- BULL. ¿Cómo nada valen?
- ELEONORA. Porque la Compañía ha quebrado.
- BULL. Entonces he arruinado á usted.
- ELEONORA. ¡Qué menos podía esperar de mí.... protector!

ESCENA X

DICHOS.—LAURA.—MARTINA.—CARLISLE.—
BUTTLER.—SOUZA Y TENYSSON *después*.

LAURA. Nos retiramos, señor Bull. Pero ántes que-
remos participar á usted, que decididamen-
te nos casamos, yo con Buttler, y Martina
con Carlisle. Que el señor Krauss se case

- con la señorita: será un matrimonio igual,
gentes de teatro.
- ELEONORA. Yo me caso con Arlington.
- MARTINA. No crea usted que tuvimos nada; no se vaya
usted á encelar. Si me duelen las muelas,
le preferiré.
- SOUZA. (*Entrando con Tenysson*). ¿Nos vamos, niñas?
- SUPERINTENDENTE. (*Al verle*). Jaime, ya sabía yo que
estabas aquí. ¿Has hecho carrera?
- SOUZA. Señor, entré en la revolucion del Ecuador...
y soy general.
- TENYSSON. ¿Usted conocía á mi gran amigo?
- SUPERINTENDENTE. Cuando estuve de secretario de la
Legacion en el Brasil, Jaime era lacayo del
ministro.
- TENYSSON. ¡Puf!
- BUTTLER. (*A Laura*). Señorita, nuestro matrimonio es
imposible: hay que respetar la igualdad de
clases; el padre de usted ha sido lacayo; y
el mio fué mucho más, fué cochero.
- CARLISLE. Y el mio conductor de ferrocarril.
- ARLINGTON. (*Volviendo*). Ya se habían ido: encontré la
puerta del pasillo forzada; indagué, y supe
que partieron en un carruaje para embar-
carse.
- BULL. ¿Y las joyas?
- ELEONORA. Pronto consumirá el vicio su valor, y des-
pués quedará la miseria por compañera de
la falta. ¿Cree usted que no merece perder-
las por lo que ha hecho conmigo?

SUPERINTENDENTE. Tengo la satisfacción de haber cumplido con mi deber sin escándalo. Adios, señor Bull.... señoritas.... señores.... señor marqués....

(Se va).

TODOS. ¡Marqués!

ARLINGTON. Si: marqués de Arlington, y el primer capital de Escocia.

ELEONORA. Siento no poder invitar á ustedes á mi boda; pero.... hay que respetar la igualdad de clases.

LAURA. (A *Martina*). ¡Mira qué fastidiosa está!

MARTINA. (A *Laura*). ¡Vaya con la marquesa.... bailarina!

ELEONORA. Decididamente, Arlington tenía razon en no creer en nada, pues ustedes ven que en el mundo de ahora todo es mentira. Mentira eran el cariño de Krauss, la amistad de Ernestina, la proteccion de Mister Bull; Peñuñuri el banquero no era más que un falsificador; el general un antiguo lacayo; estos jóvenes....

TENYSSON. Dispense usted: yo no seré precisamente diplomático, aunque pienso dedicarme á la carrera; pero tengo un empleo muy público.... vendo boletos de teatro.

ELEONORA. ¡El teatro! Allí conocí á Arlington, que es marqués y no dentista, como yo de bailarina me he convertido en condesa. Evidente-

mente todo es mentira en el mundo de ahora. Pero me ocurre una observacion, Arlington. ¿Cómo, no creyendo en el amor ni en la amistad, te vas á casar conmigo?

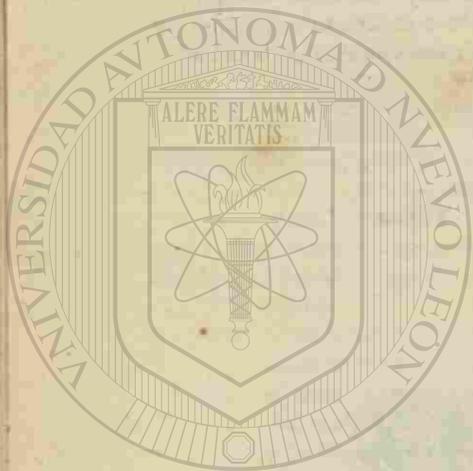
ARLINGTON. Porque creo en algo que es más firme que el amor y más verdadero que la amistad.

TODOS. ¿En qué?

ARLINGTON. ¡En la virtud!

Telon.





LA HERMANA
DE LOS ÁVILAS

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN VERSO.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

PERSONAJES.

Aldonza de Avila.

La madre Catalina.

La abadesa de la Concepcion.

Jaime Arrutia.

El oidor Ceynos.

Alonso de Avila.

Gil González de Avila.

El segundo marqués del Valle.

Don Martin Cortés, caballero de Santiago.

Don Luis Cortés, de la orden de Calatrava.

*Pedro de Aguilar, sacristan de la Vera-Cruz,
llamado Aguilarejo.*

Agustín de Villanueva y Cerrantes.

El licenciado Espinosa, clérigo.

El alcalde Villégas.

Conjurados, alguaciles, enmascarados.

La escena pasa, durante el primer acto, el año de 1555, en México, en la casa de los Ávilas, hoy esquina de las calles de Santa Teresa y primera del Relox; en el segundo, á mediados de Julio de 1566, en el locutorio del convento de la Concepcion; y en el tercero, la noche del 4 de Agosto, en el mismo lugar.

NOTAS.—Aguilarejo tenía una cicatriz de cuchillada en el rostro. Por si el actor no quiere ponérsela, no se hace referencia en el drama.

En el segundo acto, el traje del marqués debe ser: ropa de damasco larga, y encima un herreruelo.

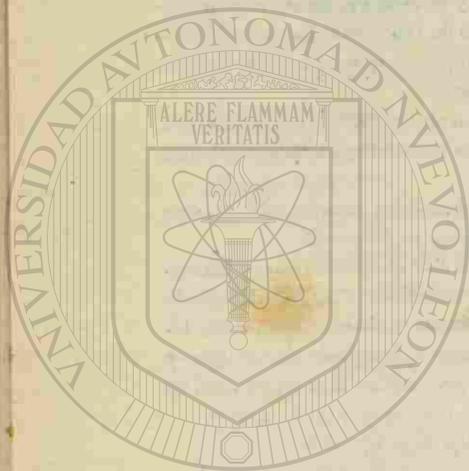
Alonso de Avila debe usar el cabello rizado y formando copete, y los bigotes retorcidos; y llevar en el segundo acto, gorra con piezas de oro y plumas, calzas ricas, jubon de raso, ropa de damasco forrada de piel de tigre, y al cuello una cadena de oro, una toquilla leonada con un relicario, y un rosario de cuentas de palo de naranjo.

El traje de Gil González debe ser verde.

Don Martin debe usar la cruz de Santiago, y Don Luis la de Calatrava.

En el tercer acto, Jaime Arrutia debe sacar traje y armas de lujo, la cruz de Santiago y venera.

Espinosa en el primer acto tiene traje de caballero; en el segundo, de clérigo.



ACTO PRIMERO.

Salon. Gran puerta en el fondo, que conduce á la sala de baile. A la izquierda, puerta de salida. A la derecha, puerta que conduce á las habitaciones interiores. Alumbrado espléndido.

ESCENA I

(Pasan algunas parejas para la sala de baile, y algunos individuos solos, yendo unos enmascarados, y otros no. Al final de la escena, se oye dentro la música del baile, y desaparecen los comparsas).

EL MARQUÉS.—DON LUIS.—ALONSO.—
ARRUTIA.—AGUILAR.

ALONSO. *(Acercándose á Don Luis que está enmascarado).*

México.

DON LUIS.

Y Cortés.

ALONSO.

Aquí

Dentro de poco.

EL MARQUÉS. (*Enmascarado, á Aguilar id.*). Cortés.

AGUILAR. Y México. (*Aparte*). Es el marqués.

EL MARQUÉS. Esperadme todos.

AGUILAR. Sí.

(*Comienza la música; desaparecen los compañeros; y se van para la sala de baile, Alonso y Don Luis juntos, y el marqués dando el brazo á alguna dama. Arrutia desde el principio ha estado, meditando y sin máscara, sentado en un sillón.*)

ESCENA II

AGUILAR.—ARRUTIA.

AGUILAR. (*Aparte*). Tarda por Dios Villanueva;

No parece el licenciado

Espínosa; el endiablado

Oidor acaso se atreva

Á venir; y solo yo

No puedo decidir nada.

(*Se vuelva, y ve á Arrutia*).

¿Pero es mi vista turbada

Que finje sombras? Mas no....

Jaime. (*Se quita la máscara*).

ARRUTIA. Pedro.

AGUILAR. ¡Qué contento!

¡Cuando muerto te creía!

¡Por San Júdas, qué alegría

Al mirarte, Jaime, siento!

Yo también, Pedro.

ARRUTIA.

AGUILAR.

Crejera

Que es más de penas tu cara

Que de gozo. ¿Ha sido avara

La suerte contigo? Espera,

Que yo te daré la mano;

Y marchando con talento

Segun donde vaya el viento,

Ya subiremos, hermano.

Peró dime: ¿cómo así

Te encuentro en el baile? ¿eres

De los nuestros? Mas si quieres,

Nos sentaremos aquí

Para charlar.

ARRUTIA. (*Sentándose*). Á tu gusto.

AGUILAR. Qué te haces, Jaime, primero

Di.

ARRUTIA. Desde ayer escudero

Soy de Don Gil.

AGUILAR.

No me asusto

Va: siendo del mismo bando,

Voy á darte el noticion.

¿Sabes?... la conjuración....

(*Viendo á todos lados*). ¿Nos estarán escuchando?

ARRUTIA. Nada sé; sirvo á Don Gil;

Él me manda, y yo obedezco:

Ni saber más apetezco,

Ni es preciso.

AGUILAR.

Varonil

Entereza tienes: tan
 Valeroso y denodado
 Siempre; mas tú eres soldado,
 Mientras yo soy sacristan.
 Ayer fiestas y alcanciazos,
 Mogiganga, encamisada,
 Torneos y mascarada,
 Y mañana arcabuzazos.
 Que sea aclamado rey
 El marqués, será muy justo:
 Cada uno entiende á su gusto
 La lealtad y la ley.
 Si triunfa, fiel le será
 Aguilarejo; mas si
 No se logra el rey de aqui,
 Seré fiel al rey de allá.
 Tal anda, Jaime, este mundo,
 Y yo á ninguno prefiero:
 Lo mismo es Martin primero
 Que Don Felipe segundo.
 Pero estás, por vida mia,
 Triste; dime qué te pasa.
 ¿Escudero de la casa,
 No compartes su alegría?
 ARRUTIA. Ni la insurreccion me importa,
 Ni tu rey, ni el rey de España;
 Que si triunfáis será hazaña,
 Y crimen será si aborta.
 La causa de mi afliccion

Es más grave y sólo mia,
 Pues es mi melancolía
 Dolencia del corazon.
 AGUILAR. Cuenta, Jaime, que consejo
 Tal vez te pudiera dar:
 Y pues tengo que esperar . . .
 ARRUTIA. Escúchame, Aguilarejo.
 Sabes bien que fué mi vida
 En tabernas y garitos,
 Si no vida de delitos . . .
 AGUILAR. Lo que se llama perdida.
 ARRUTIA. Una noche, ya avanzada,
 Tornaba solo á mi hogar,
 Cuando escuché suplicar
 Con voz triste y angustiada
 Á una mujer, de una reja
 Detras: un hombre altanero,
 Calado el negro sombrero,
 Y con la capa bermeja
 Cubierto el rostro, oprimía
 El brazo de la doncella.
 Era la mujer muy bella;
 Al hombre no le veía.
 Ella insistió en suplicar,
 Y él insistió en exigir;
 Y esto me hizo decidir
 Al fin en la casa á entrar.
 Romplí la chapa furioso,
 Y la puerta traspasé;
 El fuerté acero empuñé,

Y me puse valeroso
Entre la hermosa doncella
Y el osado seductor.
Combatimos con valor;
Pero fué fatal mi estrella,
Pues resbalé por mi mal,
Y su puñal en la frente
Me puso. Tengo presente
Todavía su puñal:

No se me borma, ni el pomo
Ni la hoja. Desarmado
Salí de allí; y enclayado
En la calle, miré como
La doncella en su dolor
Suplicó.... Después la vi
Salir.... ¡Ay! salió de allí
Con vida, mas sin honor.
¿Quién es?... Nunca lo he sabido:
Solamente que la amo,
Y de mi amor al reclamo
Que á consolarme ha salido
Una tarde del convento
De la Concepcion. Después
No la ví; no sé quien es.
¡Noble acaso! Si presiento
Que está en el baile.

AGUILAR. Pues ve
Á ver si está.

ARRUTIA. Lo quisiera.

AGUILAR. Toma mi máscara.

ARRUTIA. (*Enmascarándose*). Espera;
Á buscarte volveré.
(*Se va por el fondo*).

ESCENA III

AGUILAR.—CÉYNOS *enmascarado*.

AGUILAR. Rara historia y raro lance.
¡Pobre Jaime! Me figuro
Que pudiera algun percañe
Tener.

CÉYNOS. (*Entrando*). Aguilar.

(*Se descubre, y vuelve á ponerse la máscara*).

AGUILAR. Seguro
Estaba de que vendría
El señor oidor; mas creo
Que es el venir osadía,
Pues si os descubren....

CÉYNOS. Deseo

Ver por mí mismo y oír
Cuanto tramen. Me ofreciste
Lugar en que percibir
Pueda lo que hablen.

AGUILAR. Existe

Al fin de ese corredor
Una puerta que conduce

Á la cámara, señor,
Del de Ávila: se reduce
Á escuchar vuestra tarea,
Pues en la puerta tengo hecho
Taladro, porque se vea
Cuanto pasa. Satisfecho
Quedaréis; mas no me obligo
Á más.

CÉYNOS.

¿Y pronto estarán
Reunidos?

AGUILAR.

Venid conmigo,
Pues muy pronto llegarán
Á esta sala, para entrar
En la cámara, y no es cuerdo
Que nos miren: sospechar
Podrían.

CÉYNOS.

Vamos.

(Se van por la izquierda. Al mismo tiempo entran por el fondo, Aldonza en traje de hechicera, y Jaime siguiéndola.)

ESCENA IV

ALDONZA.—ARRUTIA.

ARRUTIA.

No pierdo

De que me oigáis la esperanza.

ALDONZA.

Estáis por Dios importuno.

ARRUTIA.

Si fuerais vos, se me alcanza

Que me escucharais. Ninguno
Nos oye. ¿No os acordáis
De una noche y una casa
Por San Francisco? ¿tembláis?

ALDONZA. *(Cayendo en un sillón)*. ¿Quién sois?

ARRUTIA.

Señora ¿qué os pasa?

ALDONZA.

¡Virgen santa!

ARRUTIA.

Si al momento

De veros os conocí;

Que traspasó el pensamiento

Vuestra máscara.

(Se descubre).

ALDONZA. *(Descubriéndose también)*. ¡Ay de mí,

Jaime, que vivo entre espantos,

Entre zozobras y miedos,

Entre gemidos y llantos,

Entre mentiras y enredos,

Temiendo que se descubra

Mi mancha, mi deshonor!

ARRUTIA.

Dejadme, Aldonza, que cubra

Esa mancha con mi amor.

Yo sé que el honor no disteis,

Yo miré que os lo robaron;

Para mí no lo perdisteis,

Que por fuerza os lo arrancaron:

Y sólo pienso que os amo

Con todo mi corazón.

Decidme quien sois,

ALDONZA,

Me llamo

Aldonza no más. Razon
Tengo para no deciros
El nombre que os oculté,
Pues ya faltó con otros.
¿Por qué en mi senda encontré
Una vez á quien no puedo
Amar?

ARRUTIA. Callad vuestro nombre
Entonces, pues tengo miedo
De oírle tal, que me asombre
Lo noble de su blason,
Pues yo por armas no más
Daros puedo un corazon.

ALDONZA. ¿No me olvidaréis?

ARRUTIA. Jamas.

ALDONZA. Pues bien; si nunca en el mundo
Nos volvemos á encontrar,
Si hay un abismo profundo
Que no nos deja acercar,
Sabed, Jaime, que al miraros
Noble luchando por mí,
Que mi corazon á amaros
Iba, con placer senti,
Y sin querer os buscaba,
Y á la iglesia sin querer
Iba por vos, y os hallaba:
Y tanto llegó á crecer
Esta pasion en mi alma,
Volcan que en mi pecho arde,
Fiebre en que vivo sin calma,

Que os dí una cita una tarde;
Y si os cité en mi pasion,
Y si aquí, Jaime, os escucho,
¿No veis que mi corazon
Os ama, y os ama mucho?
Mas ¡ay! que no puede ser
Este amor, aunque os asombre:
Ni me volveréis á ver,
Ni sabréis nunca mi nombre.
Adios.

(Se pone la máscara).

ARRUTIA. Para siempre adios:

Eterno será mi duelo.

ALDONZA. Ya nos veremos los dos.

ARRUTIA. ¿En dónde, Aldonza?

ALDONZA. (Yéndose por el fondo). En el cielo.

(Cesa en este momento la música del baile).

ESCENA V

ARRUTIA.—AGUILAR.—VILLANUEVA.—
ALONSO.—GIL.—EL MARQUÉS.—DON
MARTIN.—DON LUIS.—ESPINOSA.

(Arrutia se deja caer con tristeza en un sillón del fondo. Aguilar sin máscara, y Espinosa enmascarado y en traje de caballero, entran por la izquierda: los demás personajes llegan, según se vaya indicando, todos enmascarados. Los comparsas llegan sucesivamente, fingiendo darse la contraseña, y van entrando por la puerta de la derecha).

ESPINOSA. ¿Y está el oidor, Aguilar?
AGUILAR. Espera en el corredor.
ESPINOSA. ¿Pero qué quiere el oidor
En esta noche?
AGUILAR. Espiar.
Tan pronto como reunidos
Estemos, vendrá á escucharnos.
ESPINOSA. Los dos debemos callarnos:
Estamos comprometidos.
Aun no puedo decidir
Á quién, Aguilar, me inclino.
AGUILAR. Él cumple con su destino;
Es oidor, y viene á oír.
(Se pasean, y á poco se van por la derecha).
DON LUIS. *(Acercándose á Villanueva).* México.

VILLANUEVA.
DON LUIS.

Y Cortés.
¿Sois vos

Don Agustín? Os buscaba.

VILLANUEVA: Vuestra cruz de Calatrava
Os descubre, vive Dios.

(Pasean, fingiendo hablar, y á poco se van por la derecha).

ARRUTIA. *(Aparte).* ¡Si más valiera morir,
Que vivir en este infierno!

EL MARQUÉS. *(Que ha salido enmascarado del brazo de Alonso, dirigiéndose á él).*

En vano resistió ¡cuerno
De Satanás!

ALONSO. ¿Es decir

Que vos no la conocéis?

EL MARQUÉS. No: yo esperaba á Marina;

Y miro que entra divina

Una mujer: ¿qué queréis?

Aproveché la ocasión.

Al contemplarme, turbada

Dijo: "estoy equivocada,

No es ésta la habitación

De mi nodriza; venía

Á visitarla de enferma."

"Dejadla, por Dios, que duerma,"

Le contesté. Ella quería

Irse, y yo hube de impedir....

ALONSO. Mas expusisteis, marqués,

Vuestra vida.

EL MARQUÉS. Y bien, despues

No he podido conseguir
El verla; tampoco al hombre.

ALONSO. Tal vez será una buscona.

EL MARQUÉS. La conociera.

ALONSO. Persona
Sin calidad y sin nombre.

EL MARQUÉS. Es bella y lujosa; es
Noble sin duda.

ALONSO. Han entrado
Todos ya.

EL MARQUÉS. Vamos, amado

Alonso.

ALONSO. Vamos, marqués.

(Al tiempo que se van, llegan por el fondo
Don Martín y Gil).

DON MARTÍN. A impacientarme ya empieza
Tanto esperar.

GIL. Vuestro hermano
Vacila.

DON MARTÍN. Yo soy la mano:

¡Si yo fuera la cabeza!

Pero vamos.

GIL. (Se vuelve á buscar á Arrutia, le ve y le llama).

Jaime, aquí

Nadie ha de estar, y esa puerta
Que nadie pase. Está alerta.

DON MARTÍN. (Yéndose con Gil por la derecha). Entre-
mos, Gil,

ESCENA VI

ARRUTIA.—CÉYNOS *enmascarado*.

ARRUTIA. (*Aparte*). ¡Ay de mí!

Tambien cuidé con teson
Las fuertes puertas del alma,
Y de mi pecho sin calma
Se me salió el corazon.

CÉYNOS. (*Aparte y dirigiéndose á la puerta de la derecha*).

Entremos á sorprender
La conjuracion.

ARRUTIA. (*Interponiéndose*). Atras.

CÉYNOS. Por vida de Satanas,
Dejadme.

ARRUTIA. No puede ser.

CÉYNOS. Ved que me esperan.

ARRUTIA. No importa.

CÉYNOS. (*Aparte*). No conté con tal percalce;
Mas puedo salir del lance
Si mi bolsa no se acorta.

(*Alto*). Sois altivo y varonil:

Que sois de la casa infiero.

ARRUTIA. Sí, señor; soy escudero....

CÉYNOS. ¿De Alonso?

ARRUTIA. No; de Don Gil.

CÉYNOS. ¿Y os llamáis? Mas importuno
Estoy á fe por demas.

ARRUTIA. Soy Jaime Arrutia: jamas
Callé mi nombre á ninguno.

CÉYNOS. ¡Jaime Arrutia! ¿Y vuestra madre?

ARRUTIA. En Orizaba murió.

CÉYNOS. Decid: ¿vuestro padre?....

ARRUTIA. Yo

Jamas conocí á mi padre.

CÉYNOS. Mas tuvisteis una hermana....

ARRUTIA. Y mi madre me decía

Que con mi padre vivía.

CÉYNOS. ¿Y jamas os dijo Ana?....

ARRUTIA. ¿La conocisteis?

CÉYNOS. Sí á fe.

¿No os reveló nunca el nombre?....

ARRUTIA. ¿De mi padre? No os asombre:

Jamas se lo pregunté.

Fué infamia darme la vida,

Infamia el abandonarme....

CÉYNOS. Mas despues....

ARRUTIA. Quiso educarme,

Es verdad; pero la herida

Para curarse era vieja,

Y ya ni quise saber

Su nombre.

CÉYNOS. Pudiera ser

Que os busque aún.

ARRUTIA. No me aqueja

El empeño de encontrarle.

CÉYNOS. No le podríais odiar.

ARRUTIA. No le osara castigar;

Mas pudiera despreciarle.

CÉYNOS. (*Aparte*). ¡Ay!

ARRUTIA. Y decidme, señor:
¿Quién sois, que sabéis mi historia?

CÉYNOS. La conservo en la memoria:
Me la contó el seductor....
Ha ya tiempo.

ARRUTIA. ¿Y de mi hermana
Nada sabéis?

CÉYNOS. Sí: que sigo
Con empeño á un enemigo
Que castigaré mañana;
Que aqui está traidor al rey,
Y vos defendéis su puerta,
El malvado que halló abierta
La de vuestra hermana. Grey
Maldecida, si tu estrella
Te coloca entre mis manos,
Morirán los dos hermanos,
Y mataré á la doncella.

ARRUTIA. En nombre de vuestra madre
Ayudadme á la venganza.
Vengarme fué mi esperanza.

CÉYNOS. ¿Pero cómo? jera mi padre!
Con infame liviandad
El seductor penetró
En su cámara.

ARRUTIA. Así entró
Mi padre tambien.

CÉYNOS. Callad.

ARRUTIA. ¿Y mi hermana?

CÉYNOS. Fué por él
Burlada.

ARRUTIA. Como mi madre.

CÉYNOS. Pensad que fué vuestro padre.

ARRUTIA. Pienso que fué muy cruel.
Mi madre, en dolor profundo
Con su deshonra viviendo,
¡Ay! esperaba muriendo.
Una niña vino al mundo
Más hermosa que los cielos,
Y un niño del fiero hado
Ya sin piedad señalado.
¿Cómo no? ¡fuimos gemelos!
¿Mas vengar á vuestra hermana
No queréis?

ARRUTIA. Si por mi fe.

CÉYNOS. Pues bien, yo os entregaré
Al seductor, y mañana....

ARRUTIA. Decidme quien es.

CÉYNOS. El vil
Es Alonso de Ávila.

ARRUTIA. ¡Él!

CÉYNOS. Vamos adentro.

ARRUTIA. No; infiel
No soy, que sirvo á Don Gil.

CÉYNOS. ¿Mas vuestra honra?

ARRUTIA. La honra
Se cuida con el honor
Me vengaré del traidor;
Pero no con mi deshonra.

CÉYNOS. Siento que llegan: espero
Que os habréis de decidir.
Volveré antes de partir.

ARRUTIA. Dios os guarde, caballero.

*(Se va Céynos por el fondo. Vuelve á oírse
la música).*

ESCENA VII

ARRUTIA.—GIL.—DON LUIS.—AGUILAR.

*(Estos tres entran á la escena por la puer-
ta de la derecha, y ya sin máscaras).*

GIL. Jaime, te puedes marchar.
(Se va Jaime por el fondo).
Mi hermana está de hechicera
En el baile: que la espera
Su hermano, dile, Aguilar.

*(Se va también Aguilar por el fondo; pero
de manera que no salga con Arrutia).*

ESCENA VIII

DON LUIS.—GIL.

GIL. Fué pensamiento de Alonso
Bueno á fe, pues si á mi hermana

Dais la mano, estrecho lazo
Unirá á nuestras dos casas
Á Aldonza no conocéis,
Pues estuvo retirada
Mucho tiempo en la encomienda;
Mas os juro que al mirarla
Los plácemes pediréis,
Que es bella y discreta.

Basta

Con que sea sangre vuestra
Para ser de limpia fama,
Que sangre de Benavides
Ninguna sangre aventaja;
Y cuando llegue mi hermano
Á ser rey....

GIL.

Será mañana.

DON LUIS.

Que mañana una familia
Contemplan formada de ambas.
Así mi triste viudez
Consolaré: será gala
Doña Aldonza de la corte,
Y gala de nuestras casas.
Bien merecen estas glorias
Los hijos de quienes fama
Inmortal se conquistaron
En inmortales hazañas.

GIL.

Ya me impaciento; que Aldonza
Más de lo que debe tarda.

DON LUIS.

Nunca es tarde el bien si llega.
Sin duda, Don Gil, que danza.

Ya vendrá, pues su concierto
La suave música apaga,
Á imperar fúlgida estrella
En el cielo de mi alma.
(Cesa dentro la música).

GIL.

Es la hechicera: ahí viene.

DON LUIS.

Bien hizo en vestir de maga,
Que dama tan bella y noble
Hechizos vierte si pasa.

GIL.

Decidme si no es hermosa.

DON LUIS.

Tanta belleza me pasma.

(Entra Aldonza sin máscara).

ESCENA IX

DON LUIS.—GIL.—ALDONZA.

ALDONZA.

Hermano....

GIL.

Tienes aquí

Á Don Luis Cortés, que ansía
De su familia y la nuestra
Hacer hoy una familia.
Alonso y yo con placer
Tanto honor y tanta dicha
Aceptamos.

ALDONZA.

No comprendo:

Habla,

DON LUIS.

Tan feliz sería

Siendo esposo vuestro, Aldonza;
Os encuentro tan divina;
Que no envidiara en el mundo
Ni á los reyes.

ALDONZA.

Si me inspira

Gratitud vuestro cariño,

Y si siento simpatía

Sólo al miraros, señor,

Algo más se necesita

Para unir eternamente

En una sola dos vidas.

Ni vos me tenéis amor

Pues no nace de una vista;

Ni yo pudiera quererlos.

¿Qué dices, hermana mía?

¿Resistieras al mandato

De tus hermanos, altiva?

ALDONZA.

Si mi vida me pidieran,

Yo mi vida les daría;

Pero Don Luis quiere amor

Y con el amor la dicha,

Y no hay amor en mi pecho

Que sólo sabe de cuitas.

GIL.

Piénsalo: mañana mismo

Preciso es que te decidas.

DON LUIS.

Ved que os dejo mi esperanza

Empeñada.

GIL.

A la salida,

Don Luis, voy á acompañaros.

(Yéndose con él). Perdonadla, que es muy niña,

Y á los quince años no sabe
Cuanto el ser quien es la obliga.
(Salen por la puerta de la izquierda).

ESCENA X

ALDONZA *sola.*

¿Cómo casarme pudiera,
Si no llevaba mi honor?
¿Y cómo, aunque lo quisiera,
Á darle mi mano fuera,
Si no llevaba mi amor?
Noche horrible en que perdi
Por la fuerza mi honra pura;
Noche hermosa en que le vi
Brotar de la sombra oscura
Fiero luchando por mí.
En esa noche tremenda,
Mi honra robó el vencedor
En la terrible contienda;
Y el vencido, como prenda
De mi fe, llevó mi amor.
Entre el infierno y el cielo
Me contemplo suspendida:
Sin honra no hallo consuelo;
Su amor mitiga mi duelo;
Y amor sin honra es mi vida.
¿Cómo pudiera imprudente

Al altar en santa calma
 Ir, si no llego inocente,
 Ni con amor en el alma,
 Ni con honor en la frente?

(Arrutia sale del salon del baile, dirigiéndose á la puerta de la izquierda, cuando ve á Aldonza, y se acerca).

ESCENA XI

ALDONZA.—ARRUTIA.

ARRUTIA. Adios. Al cielo le plugo
 Que otra vez os encontrara.
 Si no os quisiera, os odiara:
 Sois mi vida y mi verdugo.
 ¿Al oírme, sin enojos
 Me miráis y con espanto;
 Y en vez de miradas, llanto
 Brotando está en vuestros ojos?
 ¿Por qué turban ese cielo
 Nubes de lágrimas bellas,
 Que al salir de él estrellas
 Son que ruedan hasta el suelo?
 Por no veros afligida,
 Mi vida, señora, os diera:
 Si esto calma esa ansia fiera,
 Decidlo; aquí está mi vida.

ALDONZA. Jaime ¡si no puedo más....

Porque os quiero mucho.... mucho!
 Quieren casarme.

ARRUTIA.

¿Qué escucho?

¡Infeliz de mí!

ALDONZA.

Jamas

Consentiré: yo os lo juro.
 ¡Pues no os digo ya que os amo!
 Si con amaros me infamo,
 Si me mancha el amor puro
 Que en mi pecho para vos
 Hizo la virtud brotar,
 Pues bien, me quiero infamar,
 ¡Y que nos bendiga Dios!
 Decidme: ¿quién es el hombre
 Que á casaros os obliga?
 Permitidme que no diga
 Su calidad ni su nombre.
 Tiene poderosa grey
 Que le sigue, es valeroso,
 En la corte poderoso,
 Y tan noble como el rey.

ARRUTIA.

De salvarnos sólo un medio

ALDONZA.

Hay Aldonza.

ARRUTIA.

¿Cuál?

ALDONZA.

Huir.

ARRUTIA.

Huir.

ALDONZA.

Quedarnos aquí es morir,
 Y es mi deshonra el remedio.
 ¡Mi deshonra! ¿mas qué digo,
 Si honrada soy ante vos
 Solamente, y ante Dios

Que es de mi virtud testigo?
 Si; lo ha querido la suerte;
 Sólo vuestra puedo ser;
 Sólo vos podéis hacer
 Otra vida de mi muerte.

Vamos: despunta la aurora,
 Y en la santa Concepcion
 Nos dará su bendicion
 Un sacerdote. Y ahora
 Ambos el rostro cubramos.

*(Se ponen sus máscaras. Varias parejas
 y máscaras sueltas pasan á ratos, y sa-
 len por la izquierda, como yéndose del
 baile).*

ARRUTIA. *(Deteniéndose).* Aldonza, ved que escudero
 Soy no más.

ALDONZA.

Miro que os quiero
 Con el alma toda. Vamos.

*(Al ir á salir se encuentran con Gil Gon-
 zález que vuelve de haber dejado á Don
 Luis, y que se ha parado oyendo las úl-
 timas palabras de Aldonza).*

ESCENA XII

ALDONZA.—ARRUTIA.—GIL.

GIL. ¡Rayos del cielo, qué veo!

ALDONZA. *(A Gil).* Calla, que me pierdes.

GIL. *(A Aldonza).* Si;

Que gente hay aún aquí.
 Retírate.

ALDONZA. *(A Gil).* ¡Gil!

*(Gil le manda salir con un ademán, y ella
 se va por el fondo).*

GIL. *(Acercándose á Arrutia).* Deseo
 Que me sigáis, caballero;
 Pues os tengo de matar.

ARRUTIA. *(Descubriéndose).* Señor, podéis traspasar
 Mi corazón.

GIL. ¡Mi escudero!

¿Y osas á tan noble dama,
 Ó tercero eres tal vez?
 Tu atrevida avilantez
 Una paliza reclama,
 Que te daré si te miro
 Hablarle en otra ocasión.

(Se va por el fondo).

ESCENA XIII

ARRUTIA.—*Después* CÉYNOS.—*Después* EL
 MARQUÉS *y acompañamiento.*

ARRUTIA. Se me salta el corazón....
 Si parece que deliro....
 ¡Ávilas, raza maldita!
 Alonso roba el honor

Á mi hermana, y el amor
Me roba Gil; él me quita
Hasta la misma esperanza:
Él es sin duda el esposo.
¿Qué puedo? ¡él tan poderoso!
Sí: lo podrá mi venganza.

CÉYNOS. *(Entra enmascarado, y se acerca á Arrutia diciéndole):*

Jaime, seguidme á la calle.

(En ese momento atraviesa el marqués con su comitiva, dirigiéndose á la salida: va enmascarado. Arrutia se fija en él, y en el rico puñal que lleva).

ARRUTIA. *(A p.)* ¡El puñal! *(A Céynos).* ¿El de delante
Quién es? decid.

CÉYNOS. Lo arrogante
Denuncia al marqués del Valle.

(En este momento han quedado solos en la escena Arrutia y Céynos).

ARRUTIA. ¿Él también? ¡hado siniestro!
¡Los Ávilas y el marqués!
Me vengaré de los tres.

CÉYNOS. Marchemos.

ARRUTIA. Soy todo vuestro.

Telón.

ACTO SEGUNDO.

Locutorio del convento de la Concepcion. A la derecha, gran puerta de entrada. A la izquierda, en primer término, ventana con reja; en segundo, puerta practicable. En el fondo, galería de columnas, y detras gran puerta que da al coro alto de la iglesia. Una lámpara suspendida del techo. Mesa y sillón de la época.

— — —

ESCENA I

EL MARQUÉS.—ALONSO.—DON MARTIN,
—DON LUIS.—LA ABADESA.—VILLANUEVA.
ESPINOSA.—AGUILAR.—*Conjurados.* ®

EL MARQUÉS. ¿Todo está listo?
ALONSO. Señor,

Listos ya los caballeros,
Sólo esperan la señal.

Á mi hermana, y el amor
Me roba Gil; él me quita
Hasta la misma esperanza:
Él es sin duda el esposo.
¿Qué puedo? ¡él tan poderoso!
Sí: lo podrá mi venganza.

CÉYNOS. *(Entra enmascarado, y se acerca á Arrutia diciéndole):*

Jaime, seguidme á la calle.

(En ese momento atraviesa el marqués con su comitiva, dirigiéndose á la salida: va enmascarado. Arrutia se fija en él, y en el rico puñal que lleva).

ARRUTIA. *(A p.)* ¡El puñal! *(A Céynos).* ¿El de delante
Quién es? decid.

CÉYNOS. Lo arrogante
Denuncia al marqués del Valle.

(En este momento han quedado solos en la escena Arrutia y Céynos).

ARRUTIA. ¿Él también? ¡hado siniestro!
¡Los Ávilas y el marqués!
Me vengaré de los tres.

CÉYNOS. Marchemos.

ARRUTIA. Soy todo vuestro.

Telón.

ACTO SEGUNDO.

Locutorio del convento de la Concepcion. A la derecha, gran puerta de entrada. A la izquierda, en primer término, ventana con reja; en segundo, puerta practicable. En el fondo, galería de columnas, y detras gran puerta que da al coro alto de la iglesia. Una lámpara suspendida del techo. Mesa y sillón de la época.

— — —

ESCENA I

EL MARQUÉS.—ALONSO.—DON MARTIN,
—DON LUIS.—LA ABADESA.—VILLANUEVA.
ESPINOSA.—AGUILAR.—*Conjurados.* ®

EL MARQUÉS. ¿Todo está listo?
ALONSO. Señor,

Listos ya los caballeros,
Sólo esperan la señal.

Ó que era el hombre viejo.
 Su capa de gorgan
 Manifestaba al momento
 Un señor rico de hacienda;
 Y de su espada el reflejo
 No dejaba duda alguna
 De que era un caballero.
 Á poco andar, con la ronda
 Dió: detúvose perplejo;
 Mas al verle los corchetes
 Se quitaron el sombrero.
 Mi curiosidad creció:
 Apreté el paso; mas tiempo
 Perdí diciendo á la ronda
 Mi nombre. El bulto negro
 Volví á mirar en la plaza;
 Iba á palacio. Suspenso
 Me quedé; marché de prisa,
 Y en los andamios del templo
 Me oculté: pasó muy cerca;
 Miré su rostro severo;
 Siguió, y entró en el palacio.

EL MARQUÉS. ¿Y quién era?

ALONSO. El oidor Céynos,
 Nuestro mortal enemigo.

EL MARQUÉS. ¿En San Francisco? No entiendo,
 Que los franciscanos son
 Leales.

ALONSO. En el convento

Puede haber muchos leales,
 Y un traidor.

EL MARQUÉS. Te comprendo:

El guardian.

DON MARTIN. Con él tratamos

Este negocio.

DON LUIS. El sujeto

Debe venir.

ALONSO. Si llegare,

Que espere aquí, Aguilarejo;

Y si su traicion es cierta,

Habrá de matarle tiempo.

¿Está ya la sala lista?

LA ABADESA. Podéis entrar.

EL MARQUÉS. Á Consejo;

Que pensar es menester

Tan alta empresa con tiento.

ALONSO (*A Aguilar*). Cuida tú la portería.

A la abadesa. Señora, oíd un momento.

(*Se van por la galería; ménos Aguilar que
 toma por la puerta de la derecha*).

ESCENA II

LA ABADESA.—ALONSO. ®

ALONSO. Madre, decidme: ¿cumplidos
 Están mis encargos?

LA ABADESA. Sí,
 Señor.

ALONSO. ¿Puede ántes aquí
Venir Aldonza?

LA ABADESA. Queridos
Hermanos tiene, y derecho,
Ántes de dejar el mundo,
De derramar su profundo
Amor en su tierno pecho.

ALONSO. ¿La ceremonia arreglada
Estará?

LA ABADESA. La nave hermosa
Deslumbra ya esplendorosa.

ALONSO. Bien está.

LA ABADESA. No falta nada.
Ya pronto tomará el velo
La bella Aldonza; que es
Velo que el mundo á sus piés
Cubre, para abrir el cielo.

ALONSO. La ceremonia quisiera
Ver.

LA ABADESA. Si la queréis mirar,
Al coro podéis entrar
Por esta puerta.

(Señala la puerta del fondo).

Me espera
La comunidad.

ALONSO. Id, madre,

LA ABADESA. *(Yéndose).* Viene Aldonza en el momento.

ALONSO. Don Luis Cortés ó el convento;
Que le cuadre ó no le cuadre.

ESCENA III

ALONSO.—DON MARTIN.

(La abadesa se ha ido por la derecha del fondo, y Don Martin llega por la izquierda).

DON MARTIN. Os esperan, y precisa
Adentro vuestra presencia.

ALONSO. Cumplo un deber de conciencia
Aquí: ya voy.

DON MARTIN. Corre prisa

Que vayáis, pues el marqués

Tiembla, calla y palidece.

¡Ira de Dios, no parece

Hijo de Hernando Cortés!

¡En San Quintin tan valiente,

Y aquí trémulo y cobarde!

¿Será que en mis venas arde

Otra sangre más ardiente?

No basta la de mi padre

Para darle valor sola:

Nada le dió la española;

Y mucho me dió mi madre.

Hijos del conquistador

Los dos somos: de Marina

Sólo yo. Fué peregrina

Fuente de gloria y valor.

Por eso sé con aliento

Batallar; luchar herido;

Vencer con honra; y vencido,

No hacerme hablar ni el tormento,
 La traicion del franciscano
 Le asusta, y todo se pierde.
 La vibora que no muerde
 No mata jamas. Mi hermano
 Guarda respeto á la ley
 De España, y teme su encono.
 Tan sólo arrebatá un trono,
 No un cobarde, sino un rey.
 Otra raza y otro cielo
 Quiere un reino para sí:
 El águila presa aquí
 Quiere ya tender el vuelo.
 Pues á pesar de mi hermano
 Y de la Audiencia y su zaña,
 Hijo de la noble España
 Habrá reino mexicano.
 Id; no tardo. Sin perder
 Los momentos hay que obrar;
 Que si hoy hemos de luchar,
 Hoy tenemos que vencer.
 ¿Qué podrían los golillas
 Contra nobles caballeros?
 ¿Oponer á los aceros
 Pergaminos y polillas?
 Gentuza es ésa, muy poca
 Para oponerse á mi brio:
 Barreré su poderío
 Con el soplo de mi boca.
 Id, Don Martin, que no tardo.

ALONSO.

A vuestro hermano decid
 Que aseguro el triunfo: id,
 Que pronto voy.

DON MARTIN. (*Véndose por la izquierda del fondo.*)
 Os aguardo.

ESCENA IV

ALONSO.—ALDONZA.

(*Aldonza sale por la derecha del fondo, y se arroja en los brazos de Alonso.*)

ALDONZA. Alonso, deja que vierta
 Sobre tu pecho mi llanto.
 ¡He llorado tanto, tanto!
 Mi dulce ilusion ya muerta....
 Las paredes del convento
 Por cárcel de mi tristeza....
 ¡Y mi cóncava cabeza
 Cárcel de mi pensamiento!
 Adónde quiera que alcance
 Mi mirada, luto y muerte....
 ¡Sólo me deja mi suerte
 Dolor y desesperanza!
 ALONSO. Aldonza, calma tu duelo:
 Con visiones devaneas
 Y con mundanas ideas.
 Te abre sus puertas el cielo:
 ¿Qué mas, hermana, apeteces?
 ¡Ay! se llega al firmamento,
 Á veces por el convento,
 Y por el cadalso á veces.

ALDONZA. Me da susto el escucharte:
 Hablas de muerte y dolores,
 En pago de tus rencores,
 Le pido al cielo tu parte.

ALONSO. ¿Rencores yo? Si tú quieres,
 Puedes al mundo volver,
 Y bella resplandecer
 Entre todas las mujeres.
 Ser de la corte el orgullo,
 De tu familia el encanto;
 Y cambiar el triste llanto
 Por halagador arrullo
 Conque tu pompa y belleza
 Salude el mundo discreto,
 Los villanos por respeto,
 Y los grandes por nobleza.
 Vuelva la vieja hidalguía
 Á tu corazón, hermana:
 Con Don Luis Cortés mañana
 Casada....

ALDONZA. Vana porfía:

Pues que sólo me dió Dios
 Un corazón para amar,
 Yo no lo puedo quebrar
 En mitades para dos.
 Por eso yace aquí yerto,
 Pues murió Jaime: su losa
 Cubre el cuerpo que reposa;
 Mi seno cubre otro muerto.

ALONSO. Ira me da el escucharte,

Pues aún después de su muerte,
 El que quieras de tal suerte
 Á tal villano, es mancharte.

ALDONZA. Sobre mi pecho la carta
 Que gozoso me traje,
 De su muerte nueva triste,
 Está: de mí no se aparta.
 Así de mi pensamiento,
 Así de mi corazón,
 Su imagen y mi pasión
 No se apartan un momento.
 Si pienso que en los altares
 Voy á ver su rostro hermoso
 Surgir, como esplendoroso
 Sol que brota de los mares.
 Pienso que al tomar el velo
 Y jurar á Dios mi fe,
 Á Jaime la juraré,
 Que son uno Jaime y cielo.
 Es inútil insistir.

ALONSO.

ALDONZA. ¿Y Gil?

ALONSO. Ya no te verá.

ALDONZA. Le escribiré.

ALONSO. Bien está.

ALDONZA. Adios, Alonso: á morir
 Me llama ya mi sudario,
 Pues ese cándido velo
 Que dicen que nos da el cielo,
 Es mi velo funerario.

ALONSO. (*Yéndose por la izquierda del fondo*). Adios,
hermana: los dos

Por última vez nos vemos.

ALDONZA. (*Yéndose por la derecha del fondo*). No; que
pronto nos veremos

En la presencia de Dios.

ESCENA V

ARRUTIA.—AGUILAR.

(*Entran por la puerta de la derecha: Arrutia en traje de franciscano, y recatándose el rostro con la capucha*).

AGUILAR. Pase vuesareverencia.

ARRUTIA. ¿Los Ávilas y el marqués?....

AGUILAR. Orden del de Ávila es

Que espere aquí con paciencia.

Así se gana la gloria;

La paciencia es gran virtud,

Al cuerpo le da salud

Y al alma santa victoria.

Tomad asiento.

(*Al recatarse Arrutia para no mostrar el rostro, debe hacer los movimientos de modo que se observe que él tampoco ha podido ver la cara de Aguilar. A la invitación de éste, y siempre recatándose, se sienta, diciendo:*

* El hábito de los franciscanos en México, era azul color de anil.

ARRUTIA.

Le tomo.

Aquí cité la reunion

El marqués,

AGUILAR.

La Concepcion

Es lugar seguro. Como

Pudieran tener sospechas,

Se desvanecen entrando

En una iglesia, y rezando

Un *pater noster*. Deshechas

Así las murmuraciones,

Fingiendo rezos y preces,

Los conventos muchas veces

Encubren conjuraciones.

Aquí las monjas están

Como palomas del cielo;

Pero á veces con recelo

Suele entrar el gavilan.

ARRUTIA. (*Aparte*). ¿Sospechará? (*Alto*). Bien: aquí
Esperaré.

AGUILAR.

Os acompaño.

ARRUTIA.

Quiero rezar.

AGUILAR.

No es extraño

En un guardian. Mas de mí

No os cuidéis, buen hermano;

Pues que reza, sin lisonjas,

Tanto un sacristan de monjas

Como un fraile franciscano.

ARRUTIA.

Pues estar solo desco.

AGUILAR.

No lo puedo conceder:

Ved que os pudierais perder

Por los claustros, si un paseo
Por allí quisierais dar.

ARRUTIA. (*Aparte*). No hay duda: estoy descubierto,

AGUILAR. Y pudiera quedar muerto

El que se atreviese á entrar.

ARRUTIA. Si no da ninguno aviso....

AGUILAR. Si de dar aviso trata....

ARRUTIA. (*Mete la mano entre el hábito, requiriendo el puñal*).

Si ántes que hable se le mata,
Cogiéndole de improviso.

(*Se levanta violentamente, y se lanza puñal en mano sobre Aguilar. En el movimiento, descubre el rostro*).

AGUILAR. ¡Jaime! ¿qué miro?

ARRUTIA. ¡Aguilar!

¿Tú aquí?

AGUILAR. Pues ya lo ves.

ARRUTIA. Iba á tenderte á mis piés.

AGUILAR. Y yo iba, Jaime, á gritar.

ARRUTIA. Lo hubiera perdido todo.

AGUILAR. Claro está; mas no sabía

Tú venida, y me temía

Que el guardian buscara modo

De quedar con todos bien.

Es tan bueno el beneficio....

Mas ya conozco el oficio,

Y pienso que tú tambien.

Soy de la conjuración

Ha tiempo, tú ya lo sabes,

Y tengo todas las llaves

Del negocio; mas razon

No hay de caer con ellos

Si cayeren por acaso;

Y para salir del paso

Y evitarme de atropellos,

Soy amigo del oidor

Y le cuento lo que pasa:

Yo miro aquí, y en su casa

Él oye despues.

ARRUTIA.

Traidor

Pueden decirte, si labras

Así su ruina, y aborta

Su plan.

AGUILAR.

Ó leal; no importa:

Ésa es cuestion de palabras.

¿Y cómo tiempo tan largo

He dejado de mirarte?

Marché á Flándes.

ARRUTIA.

AGUILAR.

Á olvidarte

De aquel amor: me hago cargo,

ARRUTIA.

Quise buscar en la guerra

Ó nombre ilustre ó la muerte,

AGUILAR.

Y cuéntame: ¿de qué suerte

Viniste, y cuándo, á esta tierra?

ARRUTIA.

Ha tres dias que llegué:

Supe que los conjurados

Estaban aquí citados;

Para entrar me disfracé....

- AGUILAR. ¿Mas el oidor te mandó?
- ARRUTIA. Jamas á verle volví.
- AGUILAR. ¿Entónces el guardian?...
ARRUTIA. Si.
- AGUILAR. ¿Vienes por su cuenta?
- ARRUTIA. No;
Que vengo ya por la mia.
- AGUILAR. ¿Por la tuya?
- ARRUTIA. Si: ¿olvidaste?...
AGUILAR. ¿La historia que me contaste?
- ARRUTIA. Cerca de rayar el dia,
En aquel baile maldito
Miré al ángel de mi amor,
Y al infame seductor
Que cometió aquel delito.
- AGUILAR. ¿Le viste, Jaime? ¿quién es?
- ARRUTIA. ¿No lo dice mi venganza?
¿No lo clama la esperanza
Que aquí me trae?... El marqués.
- AGUILAR. ¡El marqués! ¿Y aquella dama?
- ARRUTIA. No sé siquiera su nombre;
Pero sé que existe un hombre,
El cual como yo la ama;
Que si noble, como vil
Arrebatármela quiere.
¡Ella tal vez le prefiere!
- AGUILAR. ¿Quién es ese hombre?
- ARRUTIA. Don Gil.
- AGUILAR. ¿Don Gil ama á la manceba
Del marqués?

- ARRUTIA. Calla, ó te arranco
La lengua.
- AGUILAR. Pues sé más franco,
Que el demonio ya me lleva
Con tus enredos y cuentos.
- ARRUTIA. Ni tengo tiempo de hablar,
Ni debo desperdiciar
En historias los momentos.
¿Amas la vida?
- AGUILAR. ¿Yo?... mucho.
- ARRUTIA. Pues si no quieres morir,
Marcha á palacio á decir....
- AGUILAR. ¿Al señor oidor? Soy ducho,
Y comprendo tu recado:
Quieres en la ratonera
Cogerlos; buena manera;
Me parece bien pensado.
- ARRUTIA. Vuela, Aguilar.
- AGUILAR. Es de ley
Que los prendan, pues quisieron
Alzarse.
- ARRUTIA. Ve.
- AGUILAR. Ya cayeron:
Me paso al bando del rey.
(Se va.)

ESCENA VI

ARRUTIA *solo.*

Al fin, tras tanto luchar
Y tras tanto padecer,
Voy á los tres á tener
En mis manos, á vengar
Mi deshonra y mi pesar.
Sus orgullosas cabezas,
Como barre las malezas
El viento desenfrenado,
Haré rodar despiadado.
¡Venganza mia, ya empieza!
Honra, que Alonso manchó
Al profanar á mi hermana,
Honra mia, ¡qué temprana
Fué la muerte que te dió!
Por eso á buscarte, yo
Fuí de Flandes á la guerra.
Honra que mi pecho encierra,
Alza del inmundo suelo;
Que ya quiero verte cielo
Cuando no más eras tierra.
Amor, que Gil con locura
Robarme necio quería;
Amor, mi sueño de un día,
De una noche mi ventura;
En la negra sepultura
Mirarás los miembros yertos

De Gil González, abiertos
Pero callados sus labios,
Sin que pueda hablar agravios,
Que hablar no saben los muertos.
Pureza, que hizo pedazos
Del marqués la liviandad,
Oprimiendo su beldad
Entre los impuros brazos;
Ya le preparo otros lazos,
Y le dispongo otro yugo:
Y pues al cielo le plugo
Entregarme hoy á los tres,
Los Ávilas y el marqués
Hablarán con el verdugo.

*(Arrutia se sienta pensativo, volviendo á
echarse el capuchon sobre el rostro).*

ESCENA VII

ARRUTIA.—CATALINA.

*(Catalina sale con su traje de monja por
la derecha del fondo: trae el velo levantado).*

CATALINA. Dios del cielo, compasion;
Por piedad, que no le vea:
Ó me arrancas esta idea,
Ó arráncame el corazon.

ARRUTIA. ¡Una monja!

- CATALINA. Por piedad,
Á rezar acompañadme.
- ARRUTIA. ¿Lloráis?
- CATALINA. Por piedad, quitadme
Esta idea. La bondad
Del Señor en mi camino
Os puso: oíd.
- ARRUTIA. Mas no puedo....
- CATALINA. De verte más, tengo miedo.
- ARRUTIA. Señora....
- CATALINA. Fué mi destino.
Oíd; y dadme, señor,
Vuestros consejos y amparo.
- ARRUTIA. Otra ocasion sin reparo....
- CATALINA. ¡Que me muero de dolor!
- ARRUTIA. Hablad; pero sin tardanza,
Pues negocio interesante
Me reclama. (*Aparte*). Su semblante....
Un recuerdo en lontananza....
- CATALINA. Murió mi adorada madre
De vergüenza y de dolor.
- ARRUTIA. (*Aparte*). Tambien la mia.
- CATALINA. Señor
De alto rango era mi padre;
Y al nacer no tuve nombre,
Ni mi madre fué su esposa.
- ARRUTIA. (*Aparte*). Tampoco tuvo en su fosa
Mi madre el nombre del hombre
Que me engendró.

- CATALINA. Á los albores
De la juventud, senti
Que algo despertaba en mí:
Era una aurora de amores.
Vi á un apuesto caballero;
El blanco yelmo caído,
El coselete partido,
Y ya roto el duro acero;
Que al mirarme, con los ojos
Que le salvara pedía.
Senti no sé qué agonía:
Senti no sé qué sonrojos,
En mi estancia le curé:
Y á su rogar insinuante,
En sus brazos delirante,
Loca de amor, me entregué.
- ARRUTIA. (*Aparte*). ¡Pobre niña!
- CATALINA. Yo villana
Era, noble el caballero.
- ARRUTIA. (*Aparte*). Yo tambien pobre escudero,
Y ella noble.
- CATALINA. Una mañana
Se fué para no volver,
Y nunca despues le vi.
- ARRUTIA. (*Aparte*). Una mañana parti
Tambien sin volverla á ver.
- CATALINA. Sin ver á mi padre, ansiosa
Busqué la paz del convento.
- ARRUTIA. (*Aparte*). Sin ver á nadie, al momento
Busqué la guerra espantosa.

CATALINA. Aquí la muerte se encierra,
Y me la niega mi suerte.

ARRUTIA. *(Aparte)*. Yo tampoco hallé la muerte,
Y la buscaba en la guerra.

CATALINA. No sé qué presentimiento
Que iba á verle me decía.

ARRUTIA. *(Aparte)*. También á tí, Aldonza mia,
Que voy á mirarte siento.

CATALINA. Y despues funebre velo
Á mi vista se extendió.

ARRUTIA. *(Aparte)*. También he sentido yo
Correr por mi cuerpo hielo.

CATALINA. He sabido que está aquí,
En el convento.

ARRUTIA. ¿Quién?

CATALINA. Él.
Salvadme en nombre de Aquel

Que murió en la cruz por mí.

Ved que si vuelvo á mirarle

Ya no podré resistir,

Y si no me hace morir,

Otra vez tendré que amarle.

Ved que aquí vine buscando

De encontrarle la ocasión;

Y ved que mi corazon

Á gritos le está llamando.

(Señalando, con espanto y gozo al mismo tiempo, á la izquierda de la galería).

¡Dios del cielo! Vedle.... llega....

ARRUTIA. *(Con asombro)*. ¿Cómo os llamáis?

CATALINA. Catalina.

ARRUTIA. *(Aparte)*. ¡Mi hermana! ¿Y él se encamina
Hacia aquí, y ella no ciega?

(A Catalina). Sal al punto.

(Catalina se acerca á Arrutia: éste la toma por el brazo izquierdo, y la va llevando hacia la derecha del fondo, mientras, sin verlos y preocupado, se acerca por la izquierda Alonso, y va despacio á abrir la puerta del fondo).

CATALINA. Es el infiel....

Alonso de Ávila.... sí....

Es él....

ARRUTIA. Sal pronto de aquí:

Déjame solo con él.

(Desaparece Catalina en el mismo momento que Alonso abre la puerta del fondo: ésta queda abierta, viéndose la reja del coro, y más allá las luces de la iglesia).

ESCENA VIII

ARRUTIA.—ALONSO.

ARRUTIA. Perdonad.

ALONSO. *(Bajando á la escena)*. El franciscano.
Mucho me huelgo de hallaros:

Oídme, y hablemos claros;
Pensad que os tengo en mi mano.

ARRUTIA. Dijerais que yo en la mía....

ALONSO. Bien descubris lo traidor;

Mas llegáis tarde, señor,
Pues la noble compañía
Que hace poco estaba aquí,
Por la iglesia con cautela
Salió: no falta quien vela

ARRUTIA. Por el marqués y por mí.
Ni falta, por Dios, Alonso,
Quien os parta el corazón.

ALONSO. ¿Vais á decir un sermón?

ARRUTIA. Á rezar vuestro responso.

ALONSO. ¿Tanto así acatáis la ley
De Don Felipe el de España?

ARRUTIA. Que es hidalgo, y nunca engaña
Como vos y vuestro rey.

ALONSO. Villano.

ARRUTIA. *(Abriéndose el hábito, debajo del cual muestra
su traje de caballero, cruz y venera).*

No por mi vida:
De Santiago la encomienda
El rey me puso por venda
Para cubrirme una herida.
Y si tuve tal honor,
Aquí yo soy el primero;
Pues si vos sois caballero,
Yo soy ya comendador.

ALONSO. ¿Quién sois entónces, y qué
Queréis de mí? Vamos claros.

ARRUTIA. Cosa sencilla: mataros.

ALONSO. ¿Os queréis burlar?

ARRUTIA. No á fe.

¿Recordáis á Catalina?

ALONSO. ¿Catalina? ¿una villana?

ARRUTIA. Pues era, señor, mi hermana.

ALONSO. Ocurrencia peregrina.

¿Y pretende el fraile acaso

Que le devuelva el decoro

Con algun puñado de oro?

Pues voy á salir del paso:

Tomad. *(Le da una bolsa).*

ARRUTIA. Lo voy á emplear

En misas por el difunto.

(Arroja la bolsa al suelo).

ALONSO. ¿Qué hacéis?

ARRUTIA. Desnudad al punto

La espada: os voy á matar.

(Saca la espada que lleva debajo del hábito).

ALONSO. Si dije que sois traidor.

ARRUTIA. ¿Tiene miedo vuestro acero?

ALONSO. *(Desenvainando).* Nunca tiembla un caballero:

En guardia, comendador.

*(Riñen: en este momento aparece Clynos
por la derecha).*

ESCENA IX

DICHOS.—CÉYNOS.

CÉYNOS. (*Interponiéndose*). Deteneos.

ALONSO. ¡Céynos! ¿vos?

ARRUTIA. (*Aparte*). ¡Él!

ALONSO. Llegáis tarde, por Dios.

CÉYNOS. No por cierto: ya en la Audiencia

Se le toma residencia

Al marqués. Andan en pos,

Y prenderán á Don Gil

Al llegar de Cuauhtitlan.

ALONSO. ¿Quién nos ha vendido vil

Y cobarde?

CÉYNOS. Ya le están

Esperando, un alguacil

En su casa, y el alcalde

En la cárcel de la corte.

(Alonso hace movimiento de huir).

No huyáis: por lo que importe,

Sabed que huir fuera en balde;

La alguacilezca cohorte

Cerca el convento.

ALONSO. ¡Oh ira!

ARRUTIA. Dejad que le mate yo.

CÉYNOS. Pues que contra el rey conspira,

Sus jueces....

ARRUTIA. Odio me inspira:

Dejadme matarle.

CÉYNOS. No:

Aléjate.

ARRUTIA. Mi dolor

Ansias tiene de matar.

ALONSO. Pues ya te espero, traidor.

CÉYNOS. Aléjate.

ARRUTIA. ¡Por favor!

CÉYNOS. Vete por él á rezar.

Si deshonrarme altanero

Al de Ávila le plugo,

No merece por tu acero

Morir; le reservo fiero

La cuchilla del verdugo.

*(Hace ademán á Arrutia de que salga.
Éste deja caer su espada, y entra por la
puerta del fondo que se cierra tras él.
Alonso envaina).*

ESCENA X

ALONSO.—CÉYNOS.

CÉYNOS. Si vuestra nefanda suerte

Hoy os puso en mi poder,

Yo pudiera detener

La guadaña de la muerte:

Así medítad con calma

Lo que habéis de contestar.

ALONSO. Podéis, oidor, comenzar:
Os escucho con el alma.

CÉYNOS. Fruto de tiernos amores,
Tuve una hija peregrina
Que se llama Catalina:
Con propósitos traidores

La sedujo un caballero,
Que por su gran calidad
Es tenido en la ciudad,
De los nobles por primero.

ALONSO. ¿Y qué pretendéis, oidor?

CÉYNOS. Realizar una esperanza.

ALONSO. ¿Cuál es que no se me alcanza?

CÉYNOS. Que le devolváis su honor.

ALONSO. ¿Cómo me lo demandáis
Si sabéis que soy casado?

CÉYNOS. Oíd: huyó de mi lado;
Pienso que vos la guardáis.
¿Dónde está?

ALONSO. No sé de ella;

¿Mas qué queréis?

CÉYNOS. Pues es viudo

Vuestro hermano, yo no dudo
Que le dé su nombre: es bella.
Así su honra se repara.

ALONSO. Unirse á sangre tan vil,
No penséis que quiera Gil,
Ni que yo se lo mandara.

CÉYNOS. ¡Alonso!

ALONSO. Mujer que á un hombre

Que no es su esposo se da,
Sabedlo, no llevará
Jamás de Ávila el nombre;
Que es nombre de tal honor,
De tal gloria y tal grandeza,
Que fuera mucha nobleza
Hasta para vos, oidor.

CÉYNOS. Hay quien le lleva manchado;
Y por cierto tan vil es,
Que si lo manchó el marqués,
Piensa aún que vive honrado.

ALONSO. De otros muero de ira,
Y no entiendo qué decís.

CÉYNOS. Fué Doña Aldonza,...

ALONSO. Mentís.

CÉYNOS. Dama del marqués.

ALONSO. Mentira.

CÉYNOS. Ved que noche á noche sé
Lo que pasa en la ciudad,
Y una noche su beldad
Del marqués delicia fué.

ALONSO. No puede ser.

CÉYNOS. Lo aseguro.

ALONSO. Me estáis engañando.

CÉYNOS. No.

ALONSO. ¿Pero quién lo afirma?

CÉYNOS. Yo.

ALONSO. ¿Y si vos mentís?

CÉYNOS. Lo juro.

ALONSO. ¡Ira del cielo!

CÉYNOS. Es inútil tal porfía;
Imposible el escapar,
Pues he mandado cercar
La iglesia y la portería:
Entregaos.

CATALINA (*Llevando á Alonso á la puerta de la izquierda*).

Por aquí,
Alonso, al jardín bajamos,
Y por la acequia ganamos
El puente.

(*Salen Catalina y Alonso, que va con la
espada empuñada*).

CÉYNOS. Se van.

(*Yendo á la puerta de la derecha*).

Á mí.

ESCENA XII

CÉYNOS.—AGUILAR.—LOS

ALGUACILES y el ALCALDE VILLÉGAS *después*.

AGUILAR. (*Entrando*). ¿Pero qué pasa, señor?

CÉYNOS. Que vengan los alguaciles.

AGUILAR. (*Saliendo*). Voy.

CÉYNOS. Se me escapan los viles:

Ardiendo estoy de furor.

(*Entran, el alcalde con su vara y los al-
guaciles con arcabuces*).

CÉYNOS. (*Señalando á los unos la puerta por donde se fué
Alonso*).

Seguidlos por ahí. (*Salen el alcalde y al-
gunos alguaciles*).

(*A los otros*). Dadme

Un arcabuz. (*Lo toma*). Disparad.

(*Apuntan los alguaciles y Céynos por la
ventana*).

Pero no tiréis.... Dejad

Los arcabuces.... Dejadme.

(*La acción seguirá minuciosamente las fra-
ses*).

Si; tirad aunque me aflija

Su muerte.... Mas por favor,

No tiréis sobre el traidor....

Podéis matar á mi hija....

Vamos en pos.... cien ducados

Al que vivo prenda al vil....

Doscientos.... quinientos.... mil....

Si valerosos y osados

Salváis á mi hija.

(*Todos salen precipitadamente por la puer-
ta por donde se fueron Alonso y Cata-
lina*).

ESCENA XIII

ARRUTIA *solo.*

(Sale Arrutia por la puerta del fondo, mostrando espanto. La puerta queda abierta de modo que se vean las luces de la iglesia. Comienza á oírse el órgano que suena hasta el fin del acto).

¡Ella!

¿Pero es verdad lo que miro?

¿Es que sueño, ó que deliro?

Para como blanca estrella

Que se eleva de los mares,

Allí está resplandeciente,

Bajando la triste frente

En el pie de los altares.

Allí con voz dolorosa

Jurando pureza al cielo:

Y ya con el blanco velo,

Mi esposa de Dios esposa.

Rodando por sus mejillas

Dos lágrimas despiadadas;

Las manos enclavijadas,

Y postrada de rodillas.

Cuando vengo de tí en pos

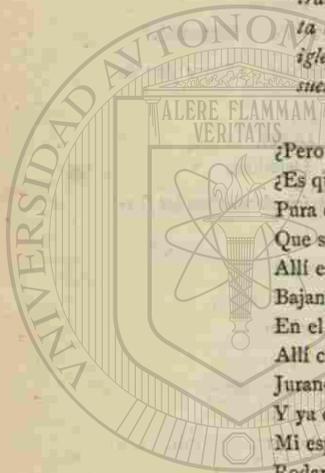
Soñando con un eden,

¿Se ha de interponer también

Entre nuestras almas Dios?

Pecho, tu furia desata

Y de un crimen no te asombres,



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Que no bastando los hombres

Hasta Dios me la arrebatara.

El huracán de tus celos

Desborda sobre ese altar:

Sí; que la voy á arrancar

Con mis manos, de los cielos.

(Se dirige resueltamente hacia el fondo, y encuentra á la abadesa).

ESCENA XIV

ARRUTIA.—LA ABADESA.

LA ABADESA. ¿Don Alonso?

ARRUTIA. No lo sé.

LA ABADESA. Sor Aldonza...

ARRUTIA. ¿Qué? decid.

LA ABADESA. Me dió un pliego, con encargo

De que se diera á Don Gil.

ARRUTIA. ¿El de Ávila?

LA ABADESA. Sin duda.

Si vos sois su amigo....

ARRUTIA. Sí.

LA ABADESA. Como presumo, pudierais

Tan santo encargo cumplir.

ARRUTIA. Dádmelo.

LA ABADESA. *(Dándole un pliego).* Tomad, hermano,

Dios os guarde.

ARRUTIA. Sed feliz.

(Se vuelve la abadesa por el fondo).

ESCENA XV

ARRUTIA.—*Después* AGUILAR.ARRUTIA. (*Yendo á la mesa*). ¡Un retrato! Sí; el de ella.

¡Hermosa como ninguna!

¿Por qué mi negra fortuna

La hizo nacer tan bella?

Una carta.... ¡ira de Dios!

Comienza: "adorado Gil."

¡Si fué fementida y vil!

¿Mas qué se escriben los dos?

(Leyendo). "Pues la union que tú querías

Era imposible aceptar,

Voy en el claustro á enterrar

Mis ya muertas alegrías.

Tal vez de pena sucumba

De mi fortuna al rigor:

Una lágrima de amor

Ven á regar á mi tumba.

Aldonza." ¿Conque traidora

Por Don Gil me abandonaba,

Y con Don Gil me burlaba?

Mas ya va á sonar la hora

De mi venganza. Los tres....

¡Y olvidado los había!

Sentirán la rabia mía

Los Avilas y el marqués.

Y de mi destino en pos,

Después, Aldonza, á buscarte

Vendré, que he de arrebatarte

Del poder del mismo Dios.

AGUILAR. (*Entrando*). Jaime, ¿tú aquí?

ARRUTIA. Dí: ¿qué pasa?

Dí: ¿mi impaciencia no ves?

AGUILAR. Que prendieron al marqués

En la Audiencia, y en su casa

Á Gil cuando del caballo

Se apeaba, y en el puente

Á Alonso. Mas no te cuente....

ARRUTIA. Calla: me basta.

AGUILAR. Ya callo.

ARRUTIA. Una espada.... aquí la mía.

(Alza su espada que había dejado caer al fin de la escena IX).

AGUILAR. Oye sonar la campana.

(Se oye á lo lejos un toque pausado).

ARRUTIA. ¿Era mi esperanza vana?

AGUILAR. Por ellos toca á agonía.

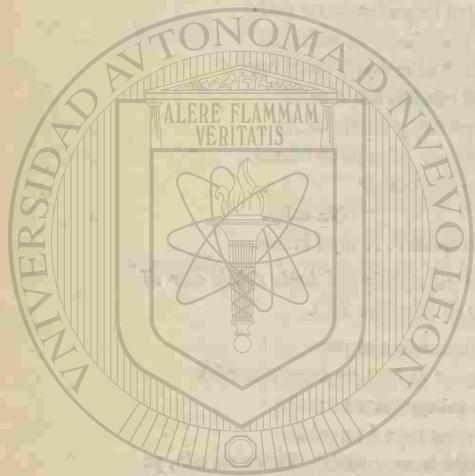
ARRUTIA. *(Con la espada empuñada)*. Venganza mía, ya empiezas;

Sangre, ya vas á correr:

Al cadalso, para ver

Como ruedan sus cabezas.

*(Se dirige, levantando la espada, á la puerta de salida. Aguilar le sigue).***Telón.**



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ACTO TERCERO.

La misma decoración del acto segundo. La lámpara está encendida. Es de noche.

ESCENA I

LA ABADESA.—AGUILAR.

LA ABADESA. ¿Qué pasa, Aguilar? El son
Fúnebre de las campanas,
Ronco ruido de atambores,
Gritería destemplada,
Luces tristes y rojizas
Que la negra noche aclaran:
Todo vago cual rumor
De la tormenta lejana,
Como truenos que se pierden

Y relámpagos que pasan;
 Y á la puerta del convento
 Á esta hora una albadada.
 Dime qué pasa, Aguilar;
 Mira que todo me espanta.
 Si algo ocurre en la ciudad,
 Si hay algo nuevo, me pasma;
 Que vine á las oraciones
 Sin saber de nuevo nada,
 Sino la sentencia á muerte
 De los dos hermanos Ávilas,
 La que debe ejecutarse
 Cuando más pronto mañana.

LA ABADESA. Mas llamaron al porton.
 AGUILAR. Sí, madre: ¡desventurada
 Monja!

LA ABADESA. ¿Pero quién?

AGUILAR. La madre
 Catalina: gruesas lágrimas
 Empañan sus bellos ojos;
 Y con sollozos del alma
 El oír la causa espanto,
 Y pone en el pecho lástima,
 Quiere hablaros.

LA ABADESA. ¿Cómo huyó
 Del convento?

AGUILAR. No sé nada;
 Mas pide piedad.

LA ABADESA. No debo
 Oír la: grande es su falta.

AGUILAR. Insiste mucho en hablaros.
 Tal vez ella sepa....

LA ABADESA. Anda,
 Y dile que éntre.

AGUILAR. (*Abriendo la puerta de la derecha*). Aquí
 Para veros esperaba.
 Entrad, madre Catalina.

(*Entra Catalina. Aguilar sale, diciendo:*)

Buenas noches.

LA ABADESA. Buenas hayas.

(*Al salir Aguilar, cierra la puerta*).

ESCENA II

LA ABADESA.—CATALINA.

CATALINA. (*Arrojándose á los pies de la abadesa*). Perdon.

LA ABADESA. Levántate, y cuenta

Cómo dejaste el convento,
 Y qué infame pensamiento
 Te sugirió tal afrenta:

Que si grande es tu pecado,
 Grande es de Dios la bondad.

CATALINA. Madre, tenedme piedad;

Mirad en llanto anegado

Mi rostro; vedme sin calma

Muriéndome de dolor,

Sobre la frente pavor

Y con espanto en el alma.

- LA ABADESA. Habla.
 CATALINA. Fieros perseguían
 Los corchetes de la Audiencia
 Al de Ávila: conciencia
 Esos hombres no tenían.
 Yo quise salvarle: vi,
 Buscando un paso, esa puerta,
 Y hallando que estaba abierta,
 Con él al jardín huí.
 Los corchetes nos siguieron,
 Por la acequia nos salimos;
 Pero desgraciados fuimos,
 Y en el puente nos prendieron.
- LA ABADESA. ¡Una fuga con un hombre!
 No puede permanecer
 La hija de Lucifer
 En el claustro.
- CATALINA. No os asombre
 Mi audacia ni mi delito,
 Que allá en época distante
 Fué el de Ávila mi amante.
- LA ABADESA. ¿Qué dices? ¡Cielo bendito!
 Sacrilegio, corrupcion,
 Lascivia, torpes amores,
 Labios perjuros, traidores,
 Infamia, profanacion.
 Sal al punto.
- CATALINA. Magdalena
 Lloró á los piés de Dios mismo,

- Y Él la sacó del abismo.
 Oíd, madre: ¡sois tan buena!
- LA ABADESA. Habla.
 CATALINA. Presa me tomaron
 Los alguaciles.
- LA ABADESA. Bien hecho.
 CATALINA. Y con la muerte en el pecho,
 Al palacio me llevaron.
- LA ABADESA. ¿Al palacio?
 CATALINA. De mi padre
 Nunca supe ántes el nombre:
 Decírmelo, no os asombre,
 No quiso jamas mi madre.
 Iba oculto á visitarme,
 Y quién era no sabía:
 Si á preguntar me atrevía,
 Nunca quiso contestarme.
 Aquí, lleno de furor,
 En la mano el duro acero,
 Le vi delirante, fiero.
- LA ABADESA. ¿Y quién es?
 CATALINA. Tan gran señor,
 Que puede todo.
- LA ABADESA. Hija mía,
 Siéntate: dime tu duelo;
 Hallarás en mí consuelo;
 Cuéntame.
- CATALINA. Muy largo el dia
 Transcurrió; la noche vino:
 Sola en una estancia oscura,

Un siglo se me figura
 Que pasó, pues no adivino
 Cuánto tiempo fué. El baluarte
 Era mi prision: la luz,
 Por una reja de cruz
 De la pared en la parte
 Alta abierta, se escurría,
 Para hacerme más patente
 Que sobre mi oscura frente
 Por fuera alumbraba el día.
 Por la noche un carcelero
 Me llevaba de comer,
 Y no le volvía á ver
 Hasta otro día. Severo
 Mi padre esta noche entró,
 Y de parte de la Audiencia
 Me hizo saber la sentencia
 Que contra mí pronunció,
 Por la cual se me destierra
 Á un convento de Sevilla;
 Que parta con la flotilla,
 Y que abandone esta tierra.
 Salió, y despues of
 Por de fuera ruido extraño.
 Pude alcanzar por mi daño
 La cruz de la reja. Vi
 Con terror, cómo á gran priesa
 La plataforma espantosa
 Levantaban.... pavorosa
 La multitud.... fila gruesa

De ginetes.... el tablado
 Negro, lúgubre, terrible....
 Y sobre él impacible
 El verdugo enmascarado.
 Un hombre subió ¡oh fiera!
 Humilde se arrodilló,
 Y el verdugo le cortó
 De dos tajos la cabeza.
 Miré despues, caballero
 En una mula, llegar
 Á otro reo; le oí rezar
 Con dos dominicos: fiero
 Alzó el verdugo la espada,
 No pudo el cuello romper,
 Tres veces la hizo caer,
 Estaba en sangre empapada.
 Al cabo rodando vi
 Por las tablas la cabeza:
 Rugió el pueblo con fiera,
 Y sin sentido cal.
 Al recobrar la razon,
 Sacudí tanto la puerta
 Que logré mirarla abierta.
 Grande era la confusion
 En palacio: en un momento
 Bajé y encontré salida;
 Me hallé en la calle perdida,
 Y di al fin con el convento.

ESCENA III

DICHAS.—ALDONZA.

(Aldonza entra por el fondo, y se para escuchando).

CATALINA. *(Continuando).* Y tengo en el alma espanto,

En el corazón dolor,
En la conciencia pavor,
Y en los ojos ira y llanto:
Que al mirar su cuerpo inerte,
Y rodar su rostro altivo,
Me parece que ya vivo
Con la vida de la muerte.
Y me finje mi aflicción
Que hasta el cielo se derrumba,
Que es este claustro una tumba
Y es el mundo un panteón.
Y no tengo ya ni enojos
En el corazón, ni vida
En el alma adormecida,
Ni ardiente llanto en los ojos.
Soy un cadáver que ve....
Y que habla.... y no se muere....
Un ser que ser ya no quiere....
Y que solamente fué.

ALDONZA. *(Aparte).* ¡Pobre mujer!

LA ABADESA. Piensa en Dios.

CATALINA. Ya no tengo pensamiento.

LA ABADESA. ¿No sientes su fe?

CATALINA. No siento

Nada ya.

LA ABADESA. ¿Mas esos dos
Infelices que á las manos
Del verdugo sucumbieron,
Dime, hija, quiénes fueron?

CATALINA. Los Ávilas.

ALDONZA. *(Lanzando un grito).* ¡Mis hermanos!

(Se oye una aldabada).

LA ABADESA. Otra vez suena la aldaba.

ALDONZA. ¡Ay Dios, me siento morir!

(Vuelve á sonar la aldaba).

LA ABADESA. Voy; que tardan en abrir.

CATALINA. Muerte, si empezaste, acaba.

(Se va la abadesa por la puerta de salida).

ESCENA IV

CATALINA.—ALDONZA.

ALDONZA. Dejádme con vos llorar,
Porque si fueron tiranos,
Fueron también mis hermanos,
Y no los puedo olvidar.
Sola estoy sobre la tierra;
Que cuanto quise en la vida,
Como pantera homicida
En sus entrañas encierra.
¿Pero vos sufrís también?

CATALINA. Es mio vuestro dolor:
 Hay una historia de amor
 Que nos une. Fué mi bien
 En la hermosa primavera
 De mi vida, la ilusion
 De mi ardiente corazon,
 De mi alma la quimera,
 De mi voluntad el dueño,
 De mis sonrisas la luz,
 De mis pesares la cruz,
 De mis dichas el ensueño,
 Alonso.

ALDONZA. ¿Mi hermano?

CATALINA. Sí.

ALDONZA. ¡Y hoy ha muerto!

ALDONZA. También yo

Amé á un hombre, y se murió.

Le separaron de mí:

Acaso en remotas playas

En mí pensando gemía....

Unirme á él no podía....

¡Ay, mi nobleza, mal hayas!

CATALINA. Sí; mal haya la nobleza:

Por ella Alonso me huyó.

ALDONZA. ¡Y al morir no recliné

En mi seno su cabeza!

CATALINA. ¡Yo la de Alonso miré

Rodando sobre el tablado!

ALDONZA. Mi tierno dueño adorado

Del mundo infame se fué.

Pero yo sé que en la gloria
 Me espera: á veces me llama;
 Dice que siempre me ama,
 Que no olvida mi memoria;
 Que galardonan su amor
 Fe celestial y constancia,
 Como la pura fragancia
 Es galardón de la flor.
 Y si del amor vencida
 Rompo los mundanos lazos,
 Me recibirá en sus brazos
 Para darme nueva vida:
 Y abandonando en el suelo
 Del cuerpo la podredumbre,
 El espíritu hecho lumbre
 Irá á seguirle en el cielo.

CATALINA. Ved que me ponéis espanto

Con vuestro raro delirio.

ALDONZA. No hay placer como el martirio,

Ni consuelo como el llanto.

Venid, que quiero mostraros

Allá en el cielo su estrella:

Es la más grande y más bella,

La de destellos más claros.

CATALINA. Me olvido de mi dolor

Al oír su desvarío.

¡Alonso!

ALDONZA. Hermano mio

Es; mas no me tiene amor.

Bien vestido, galan, pulcro,

En el festin estará:
No sabe Alonso que ya
Aldonza bajó al sepulcro;
Que en ese lecho de paz,
En ósculo cariñoso,
El cadáver de mi esposo
Uné su faz á mi faz.

(Se va llevando poco á poco á Catalina hacia la derecha del fondo).

Ven y mirarás lucir
En la bóveda del cielo
Sus dos ojos....

CATALINA. *(Saliedo de la escena).* Siento hielo
Por mi cuerpo discurrir.

ESCENA V

ARRUTIA.—LA ABADESA.

(En el momento en que Aldonza y Catalina desaparecen por el fondo, entran por la puerta de la derecha la abadesa y Arrutia).

LA ABADESA. Decidme, caballero,
En qué puedo serviros.

ARRUTIA. Mas primero
Contestadme, señora,
Si hay una monja aquí que triste llora
Y que Aldonza se llama.

LA ABADESA. Quiso mucho á un villano, aún le ama
Con inmensa ternura,
Que más que amor es ya torpe locura.
Tomar no quiso el velo,
Y vivía llorando y sin consuelo,
Hasta que supo un dia
La muerte de su amante. ¡Qué agonía
Entónces para ella!
¡Qué delirar y maldecir su estrella!
¡Y despues qué piadosa
De Dios el velo recibió de esposa!

ARRUTIA. ¿Le dijeron que muerto
Era su amante?

LA ABADESA. Téngalo por cierto,
Que yo vi los papeles
Que le trajeron y muestran fieles
Los dos tiernos hermanos
Don Gil y Don Alonso. ¡En tus manos
Sus dos almas recibe,
Señor de cuanto nace y cuanto vive!

ARRUTIA. Pues bien; oídme ahora.
Yo amé tambien, pasión abrasadora.
Quemé mi alma ardiente,
Y era mi corazón volcan hirviente.
Yo era pobre, villano;
Pero mi fe de aliento soberano.
Abandoné esta tierra,
Y fui á buscar en la espantosa guerra
Alivio á mis pesares
En la gloria ó la muerte. Los azares

De la ciega fortuna,
 Á mí que nombre me negó la cuna,
 Tan alto me elevaron
 Que los nobles más altos me envidiaron,
 Pues fué mi cuerpo valla
 Del rey: salvé su vida en la batalla
 Recibiendo en mi pecho
 Horrible herida. Se acercó á mi lecho,
 Y dijo cariñoso:
 "Si vives, te haré noble, poderoso
 De la orden de Santiago
 Eres comendador; conde te hago;
 Y muy cuantiosa hacienda
 Tendrás: cubra tu herida la encomienda,
 Que la sangre que sale
 De tu valiente pecho tanto vale,
 Qué quiero, por mi vida,
 Verla en cruz de Santiago convertida.
 Conde de los Albueres,
 Si quieres tener más, dí lo que quieres."

LA ABADESA. ¡El monarca es tan bueno!

ARRUTIA. Salvé la vida: sobre el mar sereno,
 En busca de mi amada,
 Mi nave, de los vientos empujada
 Con cariñoso aliento,
 Á Veracruz me trajo: en el momento
 Salí del puerto, ansioso,
 Sin tomar ni una hora de reposo;
 Y al llegar, sé que osados
 Se atreven á su rey los conjurados.

El rey es lo primero:
 El corazón calló, y habló el acero.
 Estaba el rey vengado,
 Yo loco de furor, desesperado,
 Pues que mi amor, mi cielo,
 Al pié de los altares tomó el velo.

LA ABADESA. ¿Aldonza?

ARRUTIA. En mi agonía,
 Recordé por ventura que traía
 Cartas para el prelado
 De México. Del rey recomendado,
 Decían: "cuanto hicieres
 Por el comendador conde de Albueres,
 Lo tendré por mi hecho."
 Lloré ante él, le descubrí mi pecho,
 Y mirad si ha cumplido,
 Pues me devuelve el bien por mi perdido.

LA ABADESA. No comprendo.

ARRUTIA [*Sacando unos papeles*]. Esta acta
 Es una relacion clara y exacta
 Del clérigo Espinosa,
 En que dice que Aldonza no es esposa
 De Dios; que al conjurarla
 Á que aceptase el velo, y al mandarla
 Que los votos hiciera,
 Calló y no respondió. De esta manera,
 Si no juró su lábio
 Monja no es, y puede sin agravio
 Del mundo ni del cielo,
 Rasgar sobre su frente el blanco velo.

LA ABADESA. ¡Pero si no es creíble!

ARRUTIA. Esta otra acta es...

LA ABADESA. ¡Es imposible!

ARRUTIA. En el acta aseguran
Cuatro monjas...

LA ABADESA. Abismome.

ARRUTIA. Lo juran,
Que Aldonza en los altares
No pronunció los votos. Mis pesares
Van á tener consuelo.

LA ABADESA. Nunca, comendador: no rompe el velo
La engañosa mentira
De un clérigo. ¿Y las monjas? Siento ira,
Y Dios desde su trono
Ira siente también.

ARRUTIA. Hay en abono,
Del sacristán la clara
Declaración: mirábele la cara
Curioso ó atrevido,
Y dice que los labios no ha movido
Aldonza.

LA ABADESA. Mas la mente
Pudo jurar.

ARRUTIA. Declara ella, obediente
Á la orden del prelado,
Que ni con el espíritu ha jurado.
Y manda en consecuencia
El prelado, la enviéis á su presencia,
Para unirnos piadoso
En lazo eterno ante el Señor.

LA ABADESA. Esposo,
Deja de gran valía,
Por esposo cual vos.

ARRUTIA. Necia porfía:
Una silla de manos
Á la puerta la espera.

LA ABADESA. Goces vanos
Del mundo, os aborrezco.

ARRUTIA. Llamadla: quiero hablarle.

LA ABADESA (*Yéndose*). Os obedezco.

ESCENA VI

ARRUTIA *solo*.

Grande mi amor como el cielo,
Profundo como el abismo,
Fué de mi vida el anhelo,
Y por eso osé en mi duelo
Disputársela á Dios mismo.
Que si Dios por desventura
Se interpuso entre los dos,
Hoy le pido en mi locura
Que me vuelva la ternura
De mi Aldonza. No es de Dios
Amor para mí formado,
Ni ser para mí nacido;
Si para mí la ha creado
Y por él me ha abandonado;

Que me la devuelva pido.
 Él hizo nacer mi afán;
 Porque él quiso, mi pecho
 Es el cráter de un volcan,
 Y es mi amor un huracan,
 Que encontrando el mundo estrecho
 Barre todo cuanto encuentra
 Y cuanto halla hace pedazos,
 Y rompiendo santos lazos,
 Hoy en el claustro se entra
 Para traerla á mis brazos.
 Si mi amor es impiedad,
 Y si vengo de ella en pos,
 Y nos arrastra á los dos
 Espantosa tempestad,
 Es que la desata Dios.
 Él la trajo á este convento,
 Él me trajo ciego á mí,
 Él hizo nacer sediento
 Este ardiente frenesí
 Que por poseerla siento.
 Pero si es profanacion
 Atentar á esa mujer,
 Arráncame el corazón,
 Señor, ó por compasion
 Haz que no la vuelva á ver.

ESCENA VII

ARRUTIA.—ALDONZA.

(Aldonza sale por la derecha del fondo).

ARRUTIA. ¡Ella!

ALDONZA *(Al ver á Arrutia retrocede espantada).*

¡Jaime, Dios eterno!
 ¿Sueño de mi fantasía
 Es, ó acaso me le envía
 De sus sombras el averno?

ARRUTIA.

Aldonza.

ALDONZA.

Su voz me nombra
 Con acento sepulcral,
 Y toma forma cabal
 Ante mis ojos su sombra.

ARRUTIA.

¡Ay! mi dicha se derrumba.

ALDONZA.

Jaime, si estabas ya muerto,
 ¿Por qué tu cadáver yerto
 Se levanta de la tumba?
 ¿Cómo con ansia esperé
 Verte en mis brazos un día!
 ¡Ay, y cómo en mi agonía
 Con el alma te llamé!
 Al despertar á la aurora,
 Decía llena de gozo:
 "Siento un extraño alborozo,
 Es que Jaime viene ahora."
 Pero la noche llegaba,

Y entre nubes de arrebol
El rojo disco del sol
Sus fulgores apagaba.
Y yo contenta decía:

“La luz del sol importuna;

Á los rayos de la luna,
Astro de melancolía,

Quiere llegar, eso es,
Y á su blanco resplandor
Quiere contarme su amor
Arrodillado á mis piés.”

Mas las noches una á una
Pasaron sin que llegara:
Era sin duda muy clara
La luz de la blanca luna.

“Á mi triste cautiverio,
Pensaba, quiere venir,
Sin que le puedan sentir,
En las sombras del misterio.”

La noche sin luna estaba,
Lleno de estrellas el cielo,
Lleno de rosas el suelo,

¡Y mi Jaime no llegaba!
“De las estrellas el fuego

Será mucho resplandor....
Manda tinieblas, Señor....

Que el mundo esté sin luz, ciego....”
Espantosa oscuridad

En los aires se cernía,
Y pavorosa rugía

Iracunda tempestad.

“Á venir va,” dije ansiosa;

Y me pareció escuchar
De su corcel el trotar.

Era la voz cavernosa

Del trueno que retumbaba

Atronando el horizonte,

Y tras del lejano monte

Con fragor se despeñaba.

Y ya no pudo venir,

Que un relámpago rasgó

Las tinieblas, y empezó

La tempestad á lucir.

Pues no puede su capuz

Guardar la sombra un momento;

Que siempre en el firmamento

Está Dios, y Dios es luz.

ARRUTIA.

Aldonza, mirame: soy

Tu Jaime, tu tierno esposo.

ALDONZA.

Mi bien, estás más hermoso:

Te miro más bello hoy.

Es que perdió el cuerpo humano

Su materia y podredumbre,

Y brillas ya con la lumbre

De la eternidad. Tu mano

Está temblorosa, fría....

¡Ay, es tanta la humedad

De las tumbas!

ARRUTIA.

Por piedad

Vuelve en tí, Aldonza mía,

ALDONZA. Deja reclinar mi frente,
 Mi Jaime, sobre tu pecho.
 ¿No has visto nunca el helecho
 Sobre el cristal de la fuente
 Columpiar sus verdes ramas?
 Al latir tu corazón,
 Columpia en su pulsación
 Mi cabeza. Di: ¿me amas?
 Si no está tu cuerpo yerto,
 Y tiene tu pecho vida,
 Es que á tu Aldonza querida
 Amas, aún estando muerto.
 Y si los muertos sin horas
 Viven en la eternidad,
 ¿Eterno será, verdad,
 El amor con que me adoras?

ARRUTIA (*Contemplando con ternura á Aldonza*).

¿Qué eres, amor sublime,
 Que al mirar á esta mujer
 Siento que todo mi sér
 Se engrandece y se redime;
 Y sacudiendo el vestido
 De carne inmunda y podrida,
 Vive mi sér nueva vida
 En otro sér convertido;
 Y el alma con fuerte aliento
 Siguiendo de Dios las huellas,
 Adornada con estrellas
 Luce como firmamento!

ALDONZA (*Como si volviera de un sueño y alejándose espantada*).

¿Quién me quiere arrebatar
 Su cariño? (*Viendo á Arrutia*) Atras, mal-
 vado.

Si es mi esposo idolatrado,
 ¿Á Jaime queréis matar?
 ¿Que está muerto? ¡Dios piadoso!
 Llevadme á su sepultura:
 Quiero dormir....

ARRUTIA. ¡Desventura!

ALDONZA. En el lecho de mi esposo.
 En el sepulcro los dos,
 El esposo con la esposa:
 Sobre los cuerpos la losa....
 ¡Y sobre las almas Dios!
 (*Pausa. Se oye una aldabada*).

ALDONZA. Quiero ver si en el Oriente
 Está brillando su estrella.

ARRUTIA. Dios mio, ¿por qué con ella
 Has sido tan inclemente?

ESCENA VIII DICHOS—LA ABADESA.

(*Se oye otra aldabada fuera. Entra la abadesa. Aldonza se dirige á la ventana*).

ARRUTIA. Madre, preciso es sacar
 Á Aldonza.

LA ABADESA (*Aparte*). ¿Quién ha llamado?
 ARRUTIA. A la casa del prelado
 La voy, señora, á esperar.
 En la silla puede ir
 Con Aguilar.

LA ABADESA. Bien está.

ARRUTIA. La razon recobrará
 Tal vez. (*Yéndose*). Me siento morir.

ESCENA IX

ALDONZA.—LA ABADESA.—CÉYNOS.—
 CATALINA *después*.

(*Aldonza permanece á la ventana, viendo hacia afuera. Céynos entra embozado, y al entrar ve para atrás*).

CÉYNOS (*Aparte*). ¿Quién será?

LA ABADESA (*Viendo á Céynos que se descubre*). Señor
 oidor.

CÉYNOS. Me tropezó un embozado.

LA ABADESA. Vino de órden del prelado
 Por la madre Aldonza.

CÉYNOS. ¿Sor
 Aldonza? ¿acaso la hermana
 De los Ávilas?

LA ABADESA. La misma.

CÉYNOS. ¡Venir por ella! Me abisma.
 Decid que vuelva mañana.
 ¿Y quién es él?

LA ABADESA. Es el conde
 De Albuéres.

CÉYNOS. ¿De Albuéres?

LA ABADESA. Sí:
 Hace poco llegó aquí
 De Castilla.

CÉYNOS (*Aparte*). Aquí se esconde
 Algun misterio.

LA ABADESA. Privado
 Es del rey, comendador,
 Y hombre de tanto valor
 Que le obedece el prelado.
 Así, señor, permitid
 Que mande con Aguilar
 Á sor Aldonza: tornar
 Pudiera.

CÉYNOS. Abadesa, id;
 Y en el lugar de la hermana
 De los Ávilas poned
 Otra monja.

LA ABADESA. Pero....

CÉYNOS. Ved

Que la justicia mañana
 Pudiera cuentas tomaros.
 De aqui la conjuración
 Salió, y hubiera razon,
 Abadesa, para ahorcaros.
 Os obedezco: allí viene
 Otra monja.

LA ABADESA.

CÉYNOS. Despachad.

(Aldonza sigue á la ventana. Céynos se sienta en el sillón junto á la mesa. La abadesa se dirige al fondo).

ALDONZA (*Aparte*). ¡Qué espantosa oscuridad
La del firmamento!

(Sale la abadesa con Catalina, y habla con ella á espaldas de Céynos, que manifiesta gran preocupación).

LA ABADESA (*A Catalina*). Tiene
Nuestro prelado que hablarte;
Irá contigo Aguilar;
Mas con él debes callar.
Podrá tal vez perdonarte
El prelado.

CATALINA. Necesito
Recibir su bendición:
Imploraré su perdón.

LA ABADESA. Perdonará tu delito.
(*Se van las dos por la puerta de salida*).

CÉYNOS (*Aparte*). Siento pavor.
ALDONZA (*Aparte*). Siento miedo.

CÉYNOS (*Aparte*). ¡Qué silencio!
ALDONZA (*Aparte*). ¡Qué tristeza!

CÉYNOS (*Aparte*). Se me quiebra la cabeza.
ALDONZA (*Aparte*). Quiero llorar y no puedo.

LA ABADESA (*Volviendo*). Ya partió.
CÉYNOS. Id á traer...

LA ABADESA. ¿Á quién, señor?
CÉYNOS. Á la hermana

De Alonso.

LA ABADESA. Está á la ventana.

CÉYNOS. Con ella tengo que hacer.

LA ABADESA. Está falta de razon.

CÉYNOS. Mejor: así se dirá
Que loca se mató.

LA ABADESA (*Señalándola*). Está
Ahí.

ALDONZA (*Aparte*). Calla, corazón.

CÉYNOS. Los alguaciles esperan
Tras esa puerta: llamados.

(Sale la abadesa, y á muy poco vuelve con el alcalde Villegas que trae una cuerda, y unos alguaciles con hachones).

LA ABADESA. Aquí están.

CÉYNOS. Idos: dejadlos;
Que con vos que hacer tuvieran.
(*Se va con espanto la abadesa*).

ESCENA X

CÉYNOS.—ALDONZA.—VILLEGAS.—LOS
ALGUACILES.

(Aldonza sigue á la ventana, y Céynos sentado).

CÉYNOS. Cumplid, alcalde Villegas,
Con el acuerdo secreto
De la Audiencia. Sabrá el rey
Vuestra lealtad y celo,
Puesto que siendo compadre

Del de Ávila, á prenderlo
 Fuisteis ántes que ninguno:
 Así seréis el primero
 También en las recompensas,
 En los honores y premios.
(Siguen Céynos y Villegas fingiendo que hablan).

ALDONZA *(En la ventana)*. Ya brotan de las tinieblas
 Mis dos queridos luceros:

Son dos amantes miradas
 Que lanzan sus ojos negros,
 Pues por mirarme en la noche
 Sus ojos puso en el cielo.

CÉYNOS *(A Villegas)*. ¿Estáis listo ya, Villegas?
 Pues marchad, que perder tiempo
 En ningunas ocasiones,
 Y menos ahora, es bueno.

(Llamándola). Aldonza.

ALDONZA. Mirad, señor:
 Allá arriba me está viendo,
 Y con sus ojos me llama,
 Y estar á su lado quiero.

CÉYNOS. Vais á bajar al jardín.

ALDONZA. ¿No?

CÉYNOS. Con estos caballeros.

(A Villegas). Venid, Villegas, al punto
 Que esté muerta.

VILLEGAS *(A Céynos)*. Pronto vuelvo.

ALDONZA. Vamos, recogeré rosas
 Para adornar mis cabellos:

Hoy vino y puede volver,
 Y estar muy bella desco.
 Para ver si estoy hermosa,
 Me miraré en el espejo
 De la fuente: esos hachones
 Me darán luz. Vamos presto;
 Que quiero ornada de lirios
 Subir á besarle al cielo.
(Sale con el alcalde y con los alguaciles por la izquierda).

ESCENA XI

CÉYNOS.—ARRUTIA *después*.

CÉYNOS.

Ávilas, ya mi venganza
 Está cumplida, por Dios:
 Tanto mi poder alcanza,
 Que en el cadalso los dos
 Moristeis decapitados;
 Vuestros rostros macilentos,
 En la picota enclavados,
 Serán burla de los vientos;
 Y porque no tengáis calma
 Ni en el cielo, vais á ver
 Á vuestra hermana del alma
 Morir. ¡Infeliz mujer!
 Mas no es justo que me aflija,
 Ni lllore con su dolor:

¿Pues no le robó á mi hija
El vil Alonso el honor?
Si más que la vida vale
El honor, y yo á su hermana
La mato, ganando sale
En el cambio.

(Céynos se ha acercado á observar por la ventana).

ARRUTIA *(Entrando, aparte)*. ¡A la ventana

Un hombre, y desesperado
De esperar á Aldonza yo!
Ó del claustro no salió,
Ó es que me engaña el prelado.

(Dirigiéndose á Céynos). Caballero.

(Céynos se quiere sin separarse de la ventana, y le reconoce).

CÉYNOS. ¿Cómo aquí
A tal hora? Di: ¿qué quieres?
¡Esa venera! ¿El de Albuéres
Eres acaso tú?

ARRUTIA. Sí.
Nombre no me dió mi padre;
Mas tengo tal, no os asombre,
Que puedo poner mi nombre
En la tumba de mi madre.

(Céynos mira con inquietud por la ventana).

CÉYNOS. ¿Mas qué buscas?

ARRUTIA. ¿Qué miráis
Por la ventana?

CÉYNOS *(Muy turbado)*. Yo.... nada....

ARRUTIA. La faz tenéis espantada.

CÉYNOS. No....

ARRUTIA. ¡Qué pálido que estáis!

CÉYNOS. Vete.

ARRUTIA *(Acercándose)*. No, que quiero ver.

CÉYNOS. Vete.

ARRUTIA *(Cerca de la ventana)*. ¿Mas qué estoy mirando?
Infames: ¿pues desde cuándo
No es sagrada una mujer?

(Céynos se ha retirado de la ventana, y está cerca de la puerta de la izquierda por donde se llevaron á Aldonza).

Señor, dejadme volar
Á socorrerla.

CÉYNOS *(Interponiéndose)*. Imposible.

ARRUTIA *(Yendo á la puerta)*. Dejadme, que esto es horrible,

Voy....

CÉYNOS *(Cubriendo la puerta con su cuerpo)*. No se puede pasar.

Lo manda en nombre del rey
La Excelentísima Audiencia.

ARRUTIA. Vete el rey tiene clemencia.

CÉYNOS. Mas no la tiene la ley.

(Vuelvo Arrutia á la ventana, ve con fijera, y dice con espanto):

ARRUTIA. ¡Es ella! ¡si no lo creo!
¿No sabéis que ella es mi amor?
CÉYNOS. Sólo sé, comendador,
Que esa mujer es un reo
De lesa magestad.

ARRUTIA. Vana
Porfia; salvadla.

CÉYNOS. No:
La Audiencia la condenó;
Es de Alonso Ayila hermana.

ARRUTIA. ¿Y de Gil? Abridme paso
Por el alma de mi madre.
(*Se dirige á la puerta.*)

CÉYNOS. Mata primero á tu padre.

ARRUTIA. ¿Y tuve yo padre acaso?
Dejadme, por Dios, la puerta;
Ved que la rabia me abrasa.

CÉYNOS. Antes mi pecho traspasa.

VILLEGAS (*Entrando*). Doña Aldonza está ya muerta.

(*Atraviesa con los alguaciles la escena, y salen por la puerta de la derecha.*)

ESCENA XII

CÉYNOS.—ARRUTIA.—CATALINA *después.*

ARRUTIA. ¡Muerta! ¿Y aún vivos están
Sus matadores y vos?

CÉYNOS. Era justicia de Dios.

ARRUTIA. No: venganza de Satan.

Pára, pára, pensamiento....

Palabras voy á rugir

Que no quiero proferir....

Huracan, calma tu aliento....

Corazon, tu rabia calma....

Calmad la furia, mis manos....

¡Y yo ciego: eran hermanos!

Calma tus delirios, alma.

Manos, alma, corazon,

Palabras y pensamiento,

Suspended por un momento

De mi fiebre la erupcion,

Que al reventar el volcan

Pudjiera ser parricida,

Pues ruge mi infame vida

Con furoros de huracan.

CÉYNOS (*Viendo entrar á Catalina*). ¿Cómo? ¿tú aqui?

CATALINA. Me llevaron

Á ver al prelado, y luégo

Que supo quién era, ciego

De furor me arrojó.

ARRUTIA (*Aparte*). ¡Osaron

Burlarme!

CATALINA (*Yendo hacia Céynos*). Ampárame, padre.

ARRUTIA (*Interponiéndose*). Detente.

CÉYNOS. ¡Cielo divino!

ARRUTIA. Este hombre es el asesino

De tu desdichada madre:

Él la mató de dolor.

CÉYNOS. Calla.

ARRUTIA. No te dió su nombre;

Y te hallaste con un hombre

Que te dejó sin honor.

Tampoco quiso inhumano

Darme su nombre ¡ay de mí!

Por eso á Aldonza perdí.

CATALINA. Decid quién sois.

ARRUTIA. Soy tu hermano.

Gemelos, quiso la suerte

Que á dos Ávilas amáramos,

Y que juntos los lloráramos

En los brazos de la muerte.

¿Y sabes quien los mató?

¿Quién fué el verdugo inhumano?

CATALINA. ¿Quién fué el matador, hermano,

Para aborrecerle?

CÉYNOS. Yo.

Si fué lealtad al rey,

Si fué venganza ó castigo,

El fiero instante maldigo

En que cumplí con la ley.

Perdon, hijos.

ARRUTIA.

Nunca padre

Tuve.

CATALINA (*Suplicante y abrazándose á Arrutia*). ¡Her-
mano!

CÉYNOS (*Cayendo de rodillas al lado opuesto de Catali-
na*). ¡Por favor,

Perdon!

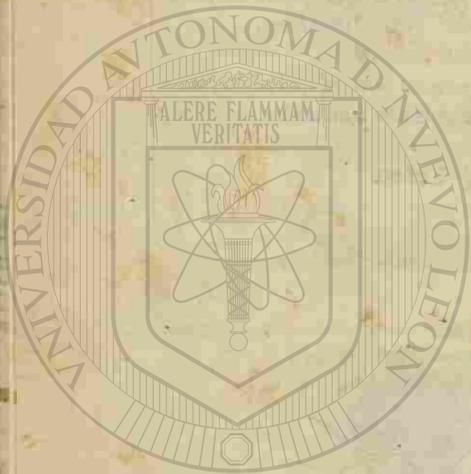
ARRUTIA (*Erguido, pero sin insolencia*). Pedidlo, señor,
Sobre su tumba á mi madre.

Telon.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



BIENAVENTURADOS LOS QUE ESPERAN

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN PROSA

ORIGINAL DE

ALFREDO CHAVERO

ESTRENADA CON GRAN EXITO
EN EL TEATRO ARBEU LA NOCHE DEL 30 DE DICIEMBRE
DE 1877

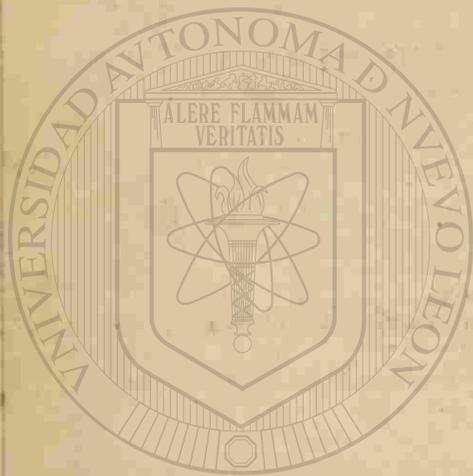
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MÉXICO

JOSE MARIA SANDOVAL, IMPRESOR
Calle de Jesus María número 4

1878



PERSONAJES

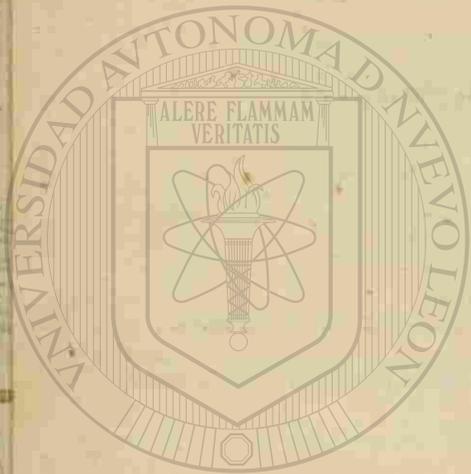
LA CONDESA DE MONJUICH.
MARÍA.
ALBERTO CERDÁ, abogado.
DON JOSÉ PARDABÉ, banquero.
EL DOCTOR PONS.
UN AYUDA DE CÁMARA DE LA CONDESA.

La escena pasa en Madrid durante el invierno. Epoca actual.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





ACTO PRIMERO.

La decoración de los tres actos es un elegante salón con pinturas, bronce, estatuas, etc. La pieza, cerrada, de forma octogonal. Al fondo, la puerta de la antesala; foro derecha, balcón en el segundo bastidor, y chimenea en el primero; foro izquierda, dos puertas practicables: la primera conduce á la habitación de María, la segunda al gabinete de la condesa. Ajuar de lujo. Sofá junto á la chimenea. Trajes elegantes.

ESCENA I.

LA CONDESA *en el sofá, y el DOCTOR, á su lado, en un sillón.* ®

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS CONDESA.

Juzgo, doctor, que es una infamia la que vd. me propone. Amo mucho á María, para que pudiera consentir.

DOCTOR.

La amara vd. como tierna madre, no la quería cual yo. Su felicidad es lo que busco. Vd. también, lo confieso. Si para ello emprendemos caminos diferentes, créame vd., el mio es el bueno. Juzgan vdes. con el corazón.

CONDESA.

Y vdes. los hombres sienten con la cabeza.

DOCTOR.

Verdad es; y ahí está nuestra superioridad. Pienso que un marido rico es preferible á un pobre.

CONDESA.

Y á las pulsaciones del ardiente corazón de María, contestará con el sonido de sus onzas.

DOCTOR.

Pulsaciones son esas, que vibran siempre agradablemente. Confieso que preferir un hombre rico á un hombre amado, locura es que no merece perdón. Pero amar á un hombre rico, y con él casarse, es felicidad segura. Vd., condesa, fué muy feliz con su noble esposo millonario; y, muerto él,

sus riquezas sirvenle para pasar la vida tranquila de su viudez.

CONDESA.

Mucho amé al conde . . . y sin embargo, la única página negra del libro de mi vida, comienza por la ambición de oro (*Dice estas palabras con la tristeza de un recuerdo doloroso.*) En esa página, doctor, está escrito el nombre de vd. . . .

DOCTOR.

Deje vd., señora, tristes pensamientos . . . y créame. D. José de Pardabé es un rico banquero de Barcelona. Paisano nuestro es; noble su familia; respetada su casa; su edad no mucha; su inclinación á María manifiesta. Quien, como él, jamás amó, ¿qué mucho que tenga una pasión profunda? Es rica mina que nunca se ha explotado: mina su corazón y su caja mina.

CONDESA.

Pero yo temo que se esconda oculto amor en el pecho de María. Háloja pensativa á veces, melancólica siempre. Niña que á los diez y ocho años no rié; ó es que sueña en amores, ó que llora por esperanzas que no puede realizar Temó que Alberto . . .

DOCTOR.

Alberto es abogado novel.

CONDESA.

Ha sido electo diputado á Cortes.

DOCTOR.

Diputado que no habla.

CONDESA.

Confío en que tendrá un gran porvenir.

DOCTOR.

Busco yo lo presente.

CONDESA.

Tiene notable talento.

DOCTOR.

Es pobre.

CONDESA.

Hace un año que se dedica á amar silencioso á María.

DOCTOR.

Pudiera haber dedicado el año á hacer fortuna.

CONDESA.

Creo que María no lo desdeñía.

DOCTOR.

Desdénolo yo, y es bastante.

CONDESA.

Yo protejo esa aspiracion de dos almas puras y nobles.

DOCTOR.

Señora, yo he comprometido mi palabra.

(Pausa. La condesa ha manifestado un cariño y un interés crecientes: los del alma honrada que quiere salvar á una víctima querida. El doctor, que se ha expresado con cierta indiferencia desdeñosa al principio, concluye con una fría decision, como quien deja caer el cuchillo sobre la víctima.)

CONDESA.

¿Violentar la voluntad de María? Podría ser de funestas consecuencias. Su alma es indómita, su cuerpo delicado. Si es suave y flexible como la hoja de una espada de Toledo, tiene, como ella, temple de acero.

DOCTOR.

Gloria es de hombres de corazon, dominar una espada de Toledo, y hacer de ella, en sus manos,

instrumento invencible. Con ella Pardabé vencido está.

CONDESA.

Vencido también está Alberto.

DOCTOR.

¿Y no podría vd., señora, impedir por hoy las visitas del diputado?

CONDESA.

¿Cerrar mi casa al hijo del mejor amigo de mi esposo? Imposible. Sabe vd., doctor, que él fué el único consuelo que tuvimos en aquella horrible desgracia. . . . Luego, Alberto está encargado de todos mis negocios: nada sé hacer sin consultarle. . . . Le amo como si fuera hijo mío. . . .

DOCTOR.

Bien, bien: no divaguemos. Pardabé vendrá muy pronto; y es necesario preparar á María. . . . Su boda. . . . Es preciso que perciba el aroma de los azahares. . . . esto entusiasma á las niñas.

CONDESA.

Doctor, es vd. como los griegos: quiere cubrir de flores á su víctima, para llevarla al sacrificio.

DOCTOR.

Condesa, permítame vd. que le recuerde. . . .

CONDESA.

Basta; voy á llamar á María. Ella resistirá. . . ella tiene derecho. . . .

DOCTOR.

Señora. . . .

CONDESA. (*Llamando: al ayuda de cámara que entra.*)

Que avisen á la señorita.

AYUDA DE CÁMARA.

Voy, señora condesa.

CONDESA.

Dios es bueno, y la salvará.

ESCENA II. ®

DICHOS. MARIA. (*Muy elegante, en traje de casa. Entra cantando.*)

MARIA.

Mamá. . . . Buenos días, doctor.

DOCTOR.

Venga vd. acá, niña. Siéntese vd. al lado de mamá, que tenemos cosas graves de que tratar.

MARIA. (*Sentándose. Pierde su alegría, y se queda meditabunda, como si un sentimiento oculo dominara las expansiones de su juventud.*)

¿Cosas graves, conmigo?

CONDESA.

Sí, hija mia. (*La condesa expresa un gran cariño, en el que se revela conmiseración ó lástima.*)

DOCTOR.

Sabe vd., María, que la he querido como un padre. (*La expresión del doctor, aun en sus frases más afectuosas, es fría, y manifiesta la contradicción que hay entre sus palabras y sus sentimientos.*)

MARIA.

¡Doctor!

DOCTOR.

Sí, niña: hace diez años que no pasa un solo día, sin que venga yo á charlar algunas horas en

compañía de vdes. ¿Recuerda vd. cuando, niña de ocho años, jugaba sobre mis rodillas?

MARIA.

Hay días que la memoria está más clara, como la atmósfera, que á veces está más transparente. Vense entonces tan cerca las montañas, que creyérase poder tocarlas con la mano; y los hechos pasados se aproximan tambien; los miramos como si estuvieran sucediendo en ese momento. Los días de clara atmósfera, son llamados hermosos días: mis días de clara memoria, son las horas negras de mi vida. (*La melancolía de María va aumentando en su semblante y en la expresión de lo que dice.*)

CONDESA.

¡Hija!

DOCTOR.

Domine vd. esa preocupación.

MARIA.

Sí, recuerdo que era yo entonces una niña de ocho años. Vd. me traía dulces y muñecas muy bonitas. Mi madre me daba algo más hermoso y que yo agradecía más: me daba... ¡muchos besos!

CONDESA. (*Acariciando á María.*)

¡Hija mía!

MARIA.

Así pasaron los años de la niñez. . . . Después crecí. . . . dejé la pension por el Real y la Castellana. . . . las muñecas por los moños y las joyas. . . . Vd. cambió sus obsequios. . . . me traía preciosas alhajas. . . . Mi madre no cambió. . . . ¡me seguía dando besos! . . . (*Una profundísima, pero vaga tristeza, domina á María.*)

CONDESA.

¡Hija del alma!

MARIA.

Hoy. . . . soy feliz. . . . casa suntuosa. . . . carruajes. . . . palco en los mejores teatros. . . . bailes. . . . una sociedad escogida. . . . agasajada por do quiera. . . . Amo las artes. . . . y ya ve vd. . . . el manantial de Carpaud. . . . Murillo. . . . el divino Morales. . . . el Españolito. . . . Deliro por la bella literatura, por las grandes concepciones dramáticas. . . . y ya ve vd. también. . . . Shakespeare. . . . Calderon. . . . Moreto. . . . Alarcon. . . . "Locura ó santidad". . . . "Como empieza y como acaba". . . . Me agrada la música. . . . y paso las horas al piano, hundiendo mi

alma en las profundidades resplandecientes de luz de la *Hebra*, la *Africana*, ó la *Aida*, ó volando al cielo en las nubes de amorosos suspiros de la *Julieta* de Gounod, ó de la *Mignon* de Ambroise Thomas. . . . Y sobre todo, doctor, ¡mi madre me sigue besando! (*Dice esta última frase con santo entusiasmo y con voz de lágrimas, precipitándose en brazos de la condesa que la llena de besos.*)

CONDESA.

¡Mi hija! . . .

DOCTOR.

Confiesa vd., María, que la hemos rodeado de todo lo que pudiera hacerla feliz. Ahora tratamos de completar esa felicidad.

MARIA.

Espere vd., doctor. . . . á los ocho años volvía mi vista á lo pasado. . . . y recordaba apenas tres ó cuatro años, ya entre las hermosas paredes de esta casa. . . . Antes. . . . algo oscuro como negra habitacion. . . . no los besos de mi madre, sino lágrimas. ¡Por qué lloraba yo al pensar en eso? . . . ¿Por qué lloro todavía?

(*Mucha expresion en la actriz.*)

CONDESA.

Maria, abandona esas tristes ideas.

DOCTOR.

Es vd. tan nerviosa, tan delicada. . . . Acaso los primeros amores. . . .

MARIA. (*Con exaltacion creciente.*)

¡Los primeros amores! Al abrirse los botones de sus rosas en nuestra alma, ¡cómo deben embriagarla con su aroma! ¡Sin duda que la razon se perturba, y los sentidos quedan inertes en ese éxtasis de supremo placer, en ese cloroformo de los dolores del corazon! (*Con abatimiento.*) Pero bien saben vdes., que yo no he tenido amores.

DOCTOR.

Mejor, mucho mejor. Es bueno llevar limpio el corazon, como el cuerpo, al altar del matrimonio. Pensamos casar á vd.

MARIA. (*Turbada.*)

¿Casarme? . . . (*Aparte.*) ¿Alberto tal vez? . . .

DOCTOR.

Sí, con D. José de Pardabé, el rico banquero nuestro paisano.

MARIA. (*Irguiéndose con altivez, y demostrando desde este momento la energia de su carácter.*)

Nunca, doctor. No le amo. Y juzgo que el amor solamente debe llevar dos almas al altar.

DOCTOR.

Pardabé es un gran partido. . . . un millonario. . . .

MARIA.

¿Se trata de casarme ó de venderme?

DOCTOR.

Señorita.

CONDESA.

Calla por Dios, hija.

MARIA.

Mándame tú, madre, que me case. . . . sacrifica á tu hija. . . . iré sonriendo al holocausto. . . . aunque se me despedace el corazon. . . . pero de mi suerte no dejo que disponga nadie más. . . . mi padre ha muerto

DOCTOR.

Pudiera decir á vd. . . .

CONDESA.

Alguien llega, doctor. Vamos á mi gabinete á seguir hablando. (*Esto en tono de súplica. Vánse.*)

ESCENA III.

MARIA. ALBERTO. (*Que entra.*)

ALBERTO.

Buenos días, María. ¿Y la señora condesa? Pero ¿qué miro! ¡Lágrimas en los ojos de vd?

MARIA.

Sí, Alberto: lágrimas. Vd. es mi amigo.... puedo decir el único.... En ese mundo lleno de gentes que no se interesan nunca por nuestras penas, que vive de ceremonias y frivolidades, y al cual jamás ocupa un pensamiento serio, es donde existe la verdadera soledad, el desierto del alma. Pero vd. sí es mi amigo....

ALBERTO.

¿Quién podría negarlo? Cuénteme vd. si tiene alguna pena, y si yo puedo remediarla.

MARIA.

Remediarla no; pero consolarme.... aconsejarme.... (*Pausa.*) Mamá quiere casarme.

ALBERTO. (*Con inquietud.*)

¿Casar á vd? ¿Con quién?

MARIA.

Con el banquero Pardabé, con un millonario.

ALBERTO.

¿Y vd?

MARIA.

Yo me opondré. Ese matrimonio sería una venta. Mujer que se casa con un millonario, y vende su mano, es mujer despreciable, y yo no quiero despreciarme á mí misma. Búscase hoy en el matrimonio el dinero, sólo el dinero. Pues qué, ¿los corazones han dejado de palpitar, y son relojes parados á los que se ha olvidado de dar cuerda? (*Queda triste y pensativa.*)

ALBERTO. (*Aparte.*)

¡Dios mío! es rica.... muy rica.... creería que mi amor buscaba su dote.... jamás.... callaré....

MARIA.

¿No me da vd. un consejo?

ALBERTO.

¿Vd. no ama á Pardabé?

MARIA.

¿Y cómo amarle? Le conozco poco: le he visto en sociedad, y me ha parecido insoportable. De edad, no mozo; de talento, no brillante; de corazón secado en los negocios; reduce su ingenio á decir chistes, y á reírse de ellos, con una sonrisita que me hace el efecto del estereotipo. Pues si no deslumbra su talento, si su corazón no se desborda en nobles sentimientos, si su frente no refleja esa luz indefinible que llamamos simpatía, ¿cómo amarle? ¿cómo? Soy muy digna, para casarme con un hombre á quien no amo. Soy muy altiva, para amar á un hombre que no sea superior á mí. (*Vuelve á quedar pensativa.*)

ALBERTO. (*Aparte.*)

Bien hago en callar.... yo soy pobre.... inferior á ella.... me despreciaría su altivez.....

MARIA.

¿Estaba vd. pensando?....

AYUDA DE CÁMARA. (*Anunciando.*)

El Sr. D. José de Pardabé.

MARIA. (*Yéndose.*)

Voy á avisar á mamá.

(*Quedan solos Alberto y Pardabé. Este elegante y ceremonioso; pero con su continua risita en los labios.*)

ESCENA IV.

ALBERTO Y PARDABÉ.

PARDABÉ.

Mucho gusto en ver á vd., Sr. de Cerdá.

ALBERTO.

Sr. de Pardabé....

PARDABÉ.

Sentí un verdadero placer al mirar, no ha muchos días, entrar en las Cortes á mi jóven paisano, aunque jamas antes lo había tratado. Verdad es, que como somos de distintas fracciones, no nos he-

mos hablado. Cataluña se divide. Como es mujer, tiene muchos sentimientos á la vez, ¿eh? ¡Je, je, je, je!

ALBERTO.

¿Vd. viene... á ver á la señora condesa?

PARDABE.

Vengo por algo mejor, paisano. Voy á contarle á vd. una novela, ó cosa que se le parece. ¡Je, je, je, je!

ALBERTO. (*Aparte.*)

Me es insoporable este hombre.

(Toman asiento como dos personas acostumbradas á la buena sociedad, aunque hasta en esto se distingue que Alberto tiene una finura natural, y que Pardabé la ha adquirido.)

PARDABE.

De simple jornalero subí á dueño de fábricas, y con el sudor de mi frente amasé algunos millones de duros en Barcelona. ¿Qué le parece á vd? ¡Je, je, je, je, je!

ALBERTO.

Peréceme, Sr. de Pardabé, que el trabajo debería ser lo único que diera derecho á la fortuna. Cuando veo á tanto jóven ignorante, insulso, perezoso,

y que es por añadidura, saco ricamente adornado por fuera, y por dentro abundante acopio de vicios; y á todos estos jovencitos, empleados solamente en hacer gastos siempre supérfluos que arruinan á sus familias, ó en dilapidar ingratos la herencia de sus padres; llevo á perder toda esperanza para nuestra nacion. Pero cuando en mi camino hallo á un hombre que como vd. se ha levantado por sí mismo y gracias á nobles y poderosos esfuerzos, me digo: esperemos aún para la patria; ¡todavía hay hombres que trabajan!

Tal vez tenga razones para no simpatizar con vd.; pero hay, sin embargo, un lazo que nos une á todos los proletarios. Proletarios, sí. ¿Cree vd. que con sus millones no lo es? Llamamos proletario al que necesitando diez, trabaja todo el día para adquirirlos. Y nosotros que necesitamos mil, que aspiramos á millones, y que pasamos igualmente la vida en conseguirlos, ¿qué otra cosa somos sino grandes proletarios? He aquí el único título de nobleza que nuestro siglo legará al venidero: el proletariado. ¡Gloria y honra al trabajo! (*Pausa.*) Pero decía vd. que había venido.....

PARDABE.

¡Ah! sí. Yo soy muy afecto á los teatros. Una noche fui al Español ó del Príncipe, como lo lla-

maban nuestros padres. Hoy todas las cosas cambian de nombre. ¡Je, je, je, je, je! Desde el anfiteatro, vi en un palco principal á María... toda la función la vi...

ALBERTO.

Recuerdo esa noche... Se estrenó el *Iris de Paz* de Echegaray... ese arrullo de dos tórtolas enamoradas...

PARDABE.

Al día siguiente, después de maduras reflexiones, me dije: "me conviene María." Jamás se me había ocurrido la idea de casarme. Una vez, cuando joven, me impresionó la belleza de cierta confitera llamada Pascuala... fui á mi almacén á escribirle una declaración... y aunque la comencé por las acostumbradas palabras de "ángel mio"... no sé que cuenta me vino al magín, que al concluir el pliego, me encontré sin saber cómo, con estas otras: "Total—2,328 pacas de algodón." ¡Je, je, je, je!

ALBERTO.

¿Pero vd. dijo algo á María?

PARDABE.

No, nada: convidé á almorzar á mi amigo el

doctor, y le conté mis impresiones. En la tarde, cuando fuimos á la Castellana, le dije mostrándole el obelisco: "yo soy como él: mi dinero es mi base de granito; yo, la solitaria aguja de pórvido; pero me falta la estrella de bronce que lo corona: esa estrella será María." ¿Qué tal comparación? Es genio tan superior el amor, que hace poetas á los más tranquilos. ¡Je, je, je, je, je!

ALBERTO.

¿Y el doctor es quien ha arreglado?...

PARDABE.

Ese sublime doctor. Díjome solamente, que para unirme á una condesita, necesitaba yo algún título. Parece que á él no le basta el de gran proletario que á vd. tanto le entusiasma. ¡Je, je, je, je!

ALBERTO.

¿Y ese título?...

PARDABE.

Buena suma me cuesta. Aprobado hoy el Concordato en las Cortes, seré nombrado embajador en Roma.

ALBERTO.

¿Y si no se aprueba?

PARDABE.

Se aprobará . . . el Gobierno lo quiere . . . y
Castelar está enfermo.

ALBERTO.

Las señoras.

(En el aspecto de la condesa se nota gran contrariedad, dominada por el hábito del bien parecer. En María se unen el pesar, y la altivez que anuncia la resistencia: su primera mirada es para Alberto. Este toma el aire frío de la contrariedad, y del sufrimiento sostenido por el orgullo. Pardabé sólo manifiesta que es un tonto.)

ESCENA V.

DICHOS. LA CONDESA Y MARÍA.

CONDESA.

Sr. de Pardabé . . . Alberto . . .

MARÍA.

Caballero . . .

PARDABE.

Señoras . . .

ALBERTO. (*Oprimiendo la mano de la condesa.*)

Señora . . .

(Se sientan. María y la condesa en el sofá; aquella cerca de la chimenea. Pardabé en la butaca, junto al sofá. Alberto del otro lado del velador; pero de modo que pueda estar viendo á cada momento á María.)

CONDESA. (*A Pardabé.*)

¿Estuvo vd. anoche en el Real?

PARDABE.

¡Ah! sí. Ese teatro tan elegante, que hasta la figura de su planta tiene la forma de la espalda de un frac. ¡Je, je, je, je, je!

CONDESA.

¿La Boldun se casa?

ALBERTO.

Y Vico se enferma.

PARDABE.

Tamberlik envejece.

CONDESA.

El teatro se muere. Si no tuviéramos á Echegaray.

PARDABE.

¿A vd. le gusta Echegaray? Lo he oído criticar tanto... pero me entusiasma.

CONDESA.

Gusto siempre del genio. La roedora y chillante crítica de la envidia es como el violencello de notas ásperas; sirve para completar la armonía de la orquesta.

MARIA.

Critícanle á Echegaray los sueños de su talento. Que impidan que los corazones sueñen, y entonces habrán triunfado.

PARDABE.

Valor se necesita para atacarlo.

ALBERTO.

El mismo que tiene el mosquito para picar al león. Le incomodará; pero el mosquito quedará mosquito; y el león, león.

PARDABE.

Hay muchos de ideas contrarias entre nuestros literatos.

ALBERTO.

Siempre hay en la tierra más mosquitos zumbadores, que leones altivos.

ESCENA VI.

LOS MISMOS Y EL DOCTOR. *(Este entra y saluda muy afectuoso á Pardabé, frío á Alberto, y se sienta en una silla que pone entre los dos.)*

DOCTOR.

Amigo Pardabé.... Sr. Cerdá.... Vamos á tratar del importante asunto que nos reúne: es un asunto de familia.

(Dice la última frase con intencion, y viendo de soslayo á Alberto, como dándole á entender que está de más. Lo nota Maria, y dice con precipitacion y gracia:)

MARIA.

Para lo cual nos acompaña nuestro abogado, que estoy segura, sabrá defender mis derechos.

ALBERTO.

Siempre, María, emplearé en favor de vd. lo poco que valgo.

DOCTOR. (*Que se ha enfadado con el incidente.*)

Bien, bien: vamos al negocio. Señora condesa, tengo la honra de pedir á vd. la mano de su hija María para mi amigo el Sr. D. José de Pardabé, rico banquero de Barcelona y diputado á Cortes.

PARDABE. (*Interrumpiendo.*)

Puede vd. agregar: "y embajador de España cerca de Su Santidad Pío Nono." El ministro me ha ofrecido el nombramiento, luégo que se apruebe el Concordato; y como hoy se aprobará, puedo llamarme ya embajador. ¡Je, je, je, je, je!

(María está pálida; pero manifiesta en su semblante la decision de oponerse. Alberto reprime su sufrimiento, y finge distraerse contemplando un bronce.)

CONDESA.

¡Cosa es ésta tan grave! Encierra en si todo el porvenir de María... y aunque no puedo menos de agradecer la honra que el Sr. de Pardabé nos hace... pero creo que me permitirá consultar con mi hija... y dentro de algunos días....

PARDABE. (*Interrumpiendo.*)

Imposible, señora condesa, imposible. El ministro quiere que, aprobado hoy el Concordato, salga yo en el *express* de la noche para Roma... y ya quiero llevarme á la embajadora. ¡Je, je, je!

MARIA.

Permítame vd., señor...

PARDABE. (*Interrumpiendo.*)

Señorita, esto es tan urgente, que ya he encargado las dispensas civiles y eclesiásticas para esta tarde: así podrá verificarse á las ocho nuestro enlace, y á la media noche partiremos á la luz de la luna, por más nieve que caiga; que si no hay luna en el cielo, iremos con nuestra luna de miel. ¡Je, je, je, je!

ALBERTO.

De manera que vd. contaba como seguro su matrimonio desde ántes de venir aquí. ®

DOCTOR. (*Con enfado.*)

¿Quién lo duda? La señora condesa ya me había dado á conocer su consentimiento. Arreglado el nombramiento de embajador... listas las dis-

pensas. . . he cuidado aún del traje de boda, que dentro de muy poco traerán. ¿Qué falta, señor abogado?

MARIA. (*Poniéndose de pié, dice con altivez:*)

Falta, señor doctor, mi voluntad. No quiero casarme todavía.

CONDESA.

María, piensa. . . .

MARIA.

¿Tambien tú, madre?

PARDABÉ.

Yo me atrevo á asegurar á vd. que será la reina de mi casa. Yo le entregaré un amor muy grande. No soy un jóven; pero el vino viejo es el mejor. ¡Je, je, je, je!

DOCTOR.

¡Cuánto mejor es, María, casarse con un hombre honrado á carta cabal, y que no busca en vd. sino la hermosura y la virtud! Otros habrá tal vez que aspiren á su mano. ¿Pero sabe vd. si el primer incentivo de su amor no es su rica dote? ¡Es

tan cómodo casarse con una jóven bella. . . . y por complemento rica! Yo preferiría cien veces á una persona respetable como el Sr. de Pardabé. Nadie dirá que se quiere vender al casarse.

MARIA.

Pero como es mucho más rico que yo, decir podrían, que si no se vende, quiere comprar. Yo tampoco me vendo, doctor. No hay oro en el mundo que pudiera comprar una de mis sonrisas.

ALBERTO.

Muy bien dicho, María.

DOCTOR. (*Con sarcasmo.*)

De manera que vd. preferiría para esta niña á un jóven pobre, que tuviera la poca delicadeza de vivir en la casa de su esposa, de pasear en la carroza de su esposa, de ir al teatro de la Comedia ó de la Zarzuela al palco de su esposa. . . .

ALBERTO. (*Abatido y aparte.*)

Podrían pensar de mí. . . .

MARIA.

Creo que Alberto estará de mi parte.

ALBERTO. *(Que lucha entre su amor y el ridículo de aparecer amando á María por su dote, se decide á satisfacer su orgullo ántes que su corazón.)*

María, la señora condesa lo dispone....

MARIA. *(Que siente el golpe; pero lo recibe con altivez, dice aparte.)*

Y creí que me amaba.

CONDESA.

Acepta, María.

MARIA.

Yo no puedo ir al altar sin amor. Mañana acaso una pasión avasalladora me empujaría á otro hombre que no fuese mi marido; y entonces, ó me sacrificaría, haciendo al mismo tiempo de víctima y de verdugo; ó si tanto no podía mi virtud, mancharía el nombre honrado de mi esposo.

DOCTOR.

La virtud jamás....

CONDESA.

¿Amas á algun hombre?

MARIA. *(Que cree que no la ama Alberto, ó que la desdigna, dice con suprema altivez:)*

A nadie, á nadie.

ALBERTO. *(Aparte.)*

Yo soñaba.

CONDESA. *(Aparte.)*

¿Sería ilusión?

DOCTOR.

Pues cuando el corazón está virgen, y una niña virtuosa se une á un hombre honrado, nace al principio noble amistad, que más tarde en santo cariño se convierte.

PARDABE.

Yo, señorita, ofrezco á vd. dedicarle toda mi existencia; ser esclavo de sus caprichos. Será vd. en mi casa, no la esposa, la reina; no la reina, la diosa.

MARIA.

Gracias, señor. Me conmueve su lealtad y me enternece su cariño.... pero he resuelto no casarme.

DOCTOR. *(Con impaciencia.)*

Ello es preciso.

MARIA.

Insistencia como ésta.

DOCTOR.

Nuestra palabra está comprometida.

MARIA.

Mi corazon es mío.

DOCTOR.

Un gran partido....

MARIA.

La amistad de vd. no le autoriza....

DOCTOR.

Un embajador....

MARIA.

A quien, sin ningun derecho, no sé por qué motivo, quisiera vd. sacrificarme.

CONDESA. (*Conteniéndola.*)

Calla.

DOCTOR.

Un millonario....

MARIA. (*Sin poder contenerse, y con supremo desden.*)

Doctor, ¿cuánto le han ofrecido á vd?

PARDABE.

Señorita....

ALBERTO.

María.

CONDESA.

¡Por Dios!

(*Todo esto simultáneo.*)DOCTOR. (*Con mucha dureza.*)

Es preciso que se celebre este matrimonio hoy mismo.

MARIA. ®

Madre.... ¡pero este hombre es un infame!

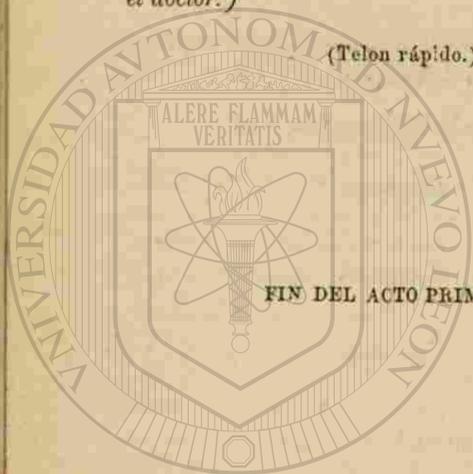
CONDESA. (*Bajo á Maria, y con angustia.*)

Calla, desventurada; ¡el doctor es tu padre!

MARIA.

¡Ah! (*Cae desmayada. Todos se acercan, ménos el doctor.*)

(Telon rápido.)



FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

(Ha entrado la noche. El salon está iluminado únicamente por la luz de la chimenea. En el sofá hay un vestido blanco de novia que refleja los tintes rojos del fuego. Aparece solo el salon. Un momento despues de alzado el telon, sale de su cuarto María, como si acabara de despertar, con el peinado algo descompuesto: se para en la puerta.)

ESCENA I.

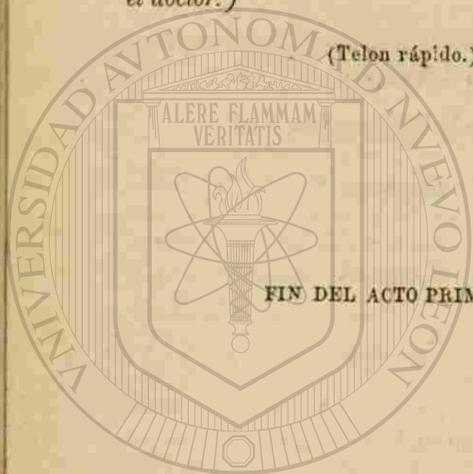
MARIA.

¿Qué me ha pasado? . . . Me parece que de larguísimo sueño despierto. . . ¡Ah! ya recuerdo. . . Pero sin duda lo he soñado. . . ¿Qué el doctor es mi padre! . . . ¿Entónces no lo fué el noble y honrado conde de Monjuich? . . . ¿Entónces soy la hija del crimen? . . . ¡Oh! nunca ¡madre mía! Siento en mi corazon que eres honrada. . . Y no fué un sueño. . . no. . . no lo fué. . . Yo debí

MARIA.

¡Ah! (Cae desmayada. Todos se acercan, ménos el doctor.)

(Telon rápido.)



FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

(Ha entrado la noche. El salon está iluminado únicamente por la luz de la chimenea. En el sofá hay un vestido blanco de novia que refleja los tintes rojos del fuego. Aparece solo el salon. Un momento despues de alzado el telon, sale de su cuarto María, como si acabara de despertar, con el peinado algo descompuesto: se para en la puerta.)

ESCENA I.

MARIA.

¿Qué me ha pasado? . . . Me parece que de larguísimo sueño despierto. . . ¡Ah! ya recuerdo. . . Pero sin duda lo he soñado. . . ¡Qué el doctor es mi padre! . . . ¿Entónces no lo fué el noble y honrado conde de Monjuich? . . . ¿Entónces soy la hija del crimen? . . . ¡Oh! nunca ¡madre mía! Siento en mi corazon que eres honrada. . . Y no fué un sueño. . . no. . . no lo fué. . . Yo debí

caer desmayada. . . . Al lado de mi cama, he visto, al despertar, á mi pobre doncella que dormía. . . . Sin duda la dejaron allí para que me cuidase. . . . ¿Pero mi madre en dónde está? Siento ruido en su gabinete. . . . Se oyen voces. . . . Ella. . . . sí. . . . La voz del doctor. . . . de mi padre. . . . No. . . . no es posible. . . . su voz hiere mi alma. . . . No puede ser mi padre. . . . no lo es. . . . ¡Y sin embargo mi madre lo dice! ¿Ella adúltera. . . . y yo con vida? ¿Puede haber más grande desdicha?

(Todo esto lo dice la actriz, siguiendo en sus movimientos lo que va expresando, y detallándolo segun la inspire su talento.)

¿Y ese matrimonio? Imposible. . . . Yo amo á Alberto. . . . Mi orgullo me lo negaba. . . . Hoy que he visto su frialdad, quería mi vanidad que lo aborreciese. . . . Pero voy á perderlo. . . . y aquí nadie me ve. . . . nadie me oye. . . . ¡lo adoro con toda mi alma! Pero la vida de mi madre, su honra tal vez, dependen de mi sacrificio. . . . Sí, madre mía, ¡por tí soy capaz de todo!

(En este momento ve la parte del vestido que cae por detras del sofá, y la cual no está alumbrada directamente por la luz de la chimenea.)

¡Mi vestido de boda! . . . ¡mi sudario! . . . Sí. . .

quiero verlo. . . . quiero tenerlo en mis manos, como el puñal que con sus dedos crispados oprime el suicida.

(Da la vuelta al sofá para ir por su frente á tomar el vestido. En ese momento la chimenea despidе una llamarada que se proyecta en el traje blanco, como si fuera una gran mancha de sangre.)

¡Dios mío! mi traje de desposada está teñido de sangre. (*Retrocediendo y con voz hueca.*) Tengo miedo. . . . Madre. . . . madre. . . . ¡madre mía!

(Cae de rodillas en medio de la sala. La condesa y el doctor salen del gabinete—éste con un quinqué—María corre á guarecerse en los brazos de la condesa.)

¡Madre!

ESCENA II.

LA CONDESA. MARIA. EL DOCTOR.

CONDESA. (*Llevándola al sofá.*)

¿Qué tienes, María? Siéntate. (*Se sienta á su lado en el sillón.*)

MARIA.

Nada. . . . fué una alucinacion. . . . me encontré á oscuras. . . .

DOCTOR.

María, estábamos arreglando lo relativo al enlace.... La señora condesa ha firmado una escritura por la cual cede á vd. la mitad de su fortuna, y su testamento en que le deja el resto. ¿Qué más puede descarse?

MARIA.

¡Si yo nada deseo! ¡Si nada quiero! ¡Si nada pido!.... Ella me ha dado sus besos siempre... ¡Si yo no quiero más que sus besos!

CONDESA. (*Abrazándola y besándola.*)

María.

DOCTOR.

Todo está listo para la boda.

MARIA

Y yo dispuesta.

CAMARISTA. (*Anunciando.*)

El Sr. de Pardabé.

ESCENA III.

DICHOS Y PARDABE. (*Que entra.*)

PARDABE.

Señora condesa.... Doctor.... María, ¿se siente vd. mejor?

MARIA.

Sí, señor.

DOCTOR.

María está conforme con el matrimonio, y nada podrá ya estorbarlo.

PARDABE.

Yo, como hombre precavido, al salir de aquí pasé por las dispensas. Véanlas vdes. (*Las toma el doctor.*)

DOCTOR.

Están concedidas al embajador de España en Roma.

PARDABE.

¡Je, je, je! Si ya lo soy. Y eso que ha habido un incidente en el Congreso....

¿Qué pasó?

CONDESA.

PARDABE.

Cuando ya tuve en mi poder las dispensas, me dirigí al santuario de las leyes. El ministro me esperaba, y me entregó el nombramiento de embajador, y la orden terminante de partir esta misma noche.

DOCTOR.

¡Ah! ya lo tiene vd?

PARDABE.

Si, señor. Me aseguró el ministro que nada había que temer, pues no se haría seguramente la interpelación anunciada, porque Castelar está enfermo; y que además contaba con inmensa mayoría, sin que hubiese en la minoría orador bastante elocuente para cambiar la votación.

DOCTOR.

¿Y qué pasó?

PARDABE.

Fuíme á sentar al salon de sesiones, á mi lugar que es el número 100. Como buen comerciante me gustan los números redondos. ¡Je, je, je!

¿Y entonces?

CONDESA.

PARDABE.

Comenzó la sesión. No hacía caso de lo que pasaba en el salón. Me puse á mirar hacia arriba las hermosísimas pinturas de D. Luis de la Ribera . . . y me distraje contemplando las figuras del Cid, Colón, Saavedra, Campomanes, Jovellanos, Cervantes, Herrera, Velazquez, Berruguete y Vives; y tanto me deleitaron, que decía para mí: ya tengo gusto artístico. ¡Je, je, je!

DOCTOR.

¿Pero pasaba algo extraordinario?

PARDABE.

Verá vd. Me fijé en los riquísimos muebles de palo santo de la presidencia; y aunque noté cierta agitación, me distraje otra vez calculando cuánto valdrían la mesa, la tribuna y los sillones. Yo soy comerciante ántes que todo. ¡Je, je, je!

CONDESA.

¿Y qué sucedió?

PARDABE.

Que me volví á distraer contemplando los cua-

dros de los testers: el del juramento de las Cortes de Cádiz, obra de Casado; y el de Doña María de Molina, pintura de Gisbert. Este es el que más me gusta. Ya ven vdes. que soy artista. ¡Je, je, je!

DOCTOR.

Pero la interpelación....

PARDABE.

Verán vdes.... Me ocurrió en esto una idea soberbia. Me dije: puesto que los reyes de España han acostumbrado, al entrar triunfantes en Madrid, ir primeramente á la basílica de Atocha, voy yo también; que mi casamiento y mi embajada, me hacen tan feliz como si fuera un rey victorioso. ¡Je, je, je!

CONDESA.

¿Y fué vd?

PARDABE.

Sí, señora. Pero al salir del salón ví á nuestro amigo Alberto que se ponía de pie....

MARIA.

¿Alberto?

PARDABE.

Sí, María; y dijo: "Pido la palabra para interpelar al ministerio."

MARIA.

¿Alberto habló hoy?

PARDABE.

Yo no lo oí; apenas me fijé, y casi no vi cuando pidió la palabra, porque salía preocupado.

MARIA. (*Aparte.*)

Alberto me ama.... ha querido echar por tierra el nombramiento de embajador de Pardabé.

CONDESA.

¿Y cuál fué el resultado?

PARDABE.

Que me entretuve en la basílica viendo el sepulcro de Castaños. ¡Cuántos nobles sentimientos se despertaron en mí! Luego me puse á observar el mausoleo del general Prim: no lo conocía. ¡Su lecho mortuario de hierro, bronce dorados y plateados! ¡su estatua acostada que parece que duer-

me! me seducían, y me tuvieron largo rato en meditación.

DOCTOR.

¿Y volvió vd. al Congreso?

MARIA.

¿Había hablado Alberto?

PARDABE.

Volví al Congreso. De lejos vi grupos agitados en la escalinata; y me pareció que los leones del pórtico alzaban sus manos de los mundos que oprimen, y que me llamaban. Tuve entonces gran angustia. “¿Qué habrá pasado con mi embajada?” me decía. Penetré precipitadamente en el salón; un estrépito estruendoso saludaba las últimas palabras de Alberto. Había hablado tres horas. Había arrebatado al público, y á los mismos diputados que de sus bancos se levantaban á felicitarlo y abrazarlo. Yo me quedé como clavado en mi número 100.

DOCTOR.

¿Y el ministro qué contestó?

PARDABE.

Nada. Pasó como media hora de murmullos y

agitación: yo estaba fuera de este mundo. Llegó al fin el subsecretario de Estado, y dijo en nombre del Rey, que vista la oposición del Congreso, se retiraba el Concordato, y que esta misma noche saldría un embajador á arreglar con Su Santidad uno nuevo, bajo bases de libertad y respeto á las regalías españolas.

MARIA.

¿Y Alberto?

PARDABE.

No sé. Me apresuré á salir para violentar el matrimonio, pues debo partir esta misma noche, según dijo el subsecretario.

DOCTOR. (*Aparte:*)

Malo, malo.

MARIA. (*Aparte.*)

¡Para qué soñar, si es imposible!

CONDESA.

Pero no teniendo vd. las ideas que hoy han triunfado en el Congreso....

PARDABE.

Eso no importa. Yo soy el embajador. Pero quisiera me permitiesen vdes. el que hable algunos instantes á solas con mi prometida. Me vino cierta idea en Atocha, y tengo que decirle algunas palabras. Soy de fiar, señora condesa. ¡Je, je, je!

CONDESA.

Nos retiramos. *(Se va con el doctor al gabinete.)*

ESCENA IV.

MARIA. PARDABE.

(María queda en el sofá, y manifiesta desde el principio frío desden.—Pardabé se sienta junto en el sillón, y se muestra mortificado, como quien no sabe qué decir.—Después de un momento de silencio se decide á hablar.)

PARDABE.

Señorita: esta tarde, cuando estaba en Atocha, recordé que niño me trajeron mis padres á Madrid por la primera vez, y me llevaron á ese templo. Eramos pobres, muy pobres; pero muy feli-

ces. La vida de mi padre era el trabajo: la de mi madre el amor. Y amor y trabajo unidos, ¿qué otra cosa pueden producir sino la felicidad? Yo también era feliz: ¡felices los hijos que nacieron de padres honrados!

MARIA. *(Ahoga un gemido.)*

¡Ah!

PARDABE. *(Con cariñoso entusiasmo.)*

Mi madre, que era blanca como la leche y buena como la miel, me decía: "yo tengo esperanza en tu porvenir, hijo mío. ¡Bienaventurados los que esperan!"

MARIA.

Es verdad, es verdad. Cuando todo parece perderse, aún vive la esperanza. ¡Bienaventurados los que esperan!

PARDABE.

Espera en Dios, hijo mío, continuaba mi madre, y no olvides que los dos elementos que constituyen la sólida felicidad de nuestra familia, son el trabajo y el amor. Procura unirlos en la vida; pero ten presente que el trabajo es cosa que depende exclusivamente de tí; que si tú quieres trabajar; y que en tu trabajo, engaño no puede ca-

ber; mientras que el amor depende del corazón de una mujer que pudiera engañarte. Hablaba bien mi madre ¿eh? ¡Je, je, je!

MARIA.

Las madres siempre hablan bien, porque no conocen más idioma que el del corazón.

PARDABE.

Pues hoy en Atocha recordaba á mi madre, y me parecía que bajaba del cielo para hablar conmigo. Yo le decía: "Madre mía, se acerca ya el instante deseado de la felicidad de tu hijo. He empleado mi vida en el trabajo, y el trabajo me ha dado una posición respetable. Y hoy úno al trabajo el amor. Voy á casarme con la jóven más bella, más elegante, más buena de la coronada villa. Yo soy un palurdo, porque nací en toscos pañales. Yo soy un ignorante, porque, trabajando siempre, no he tenido tiempo para la ociosidad de aprender. Yo no soy ni elegante ni buen mozo, porque la naturaleza no ha cuidado de la pasta del libro; pero el libro es bueno, pues tengo corazón y en él cariño sincero. Y luego, María es un ángel: ella será mi guía en el mundo: es bella por los dos; tiene instrucción y talento por los dos;

es elegante, fina y noble por los dos. Ella mandará y yo seré su esclavo. Y seremos felices, muy felices. Bien me decías, madre: ¡bienaventurados los que esperan!"

(Pardabé queda un momento como ensimismado, y su figura vulgar irradia iluminada por un sublime amor filial. María, cuya conoción ha ido aumentando con las palabras de Pardabé, cae en triste abatimiento.)

MARIA. (*Aparte.*)

No es mi desgracia tan grande, pues su corazón es noble.... pero sí lo es.... que amo á Alberto con todo mi corazón.... Voy á perderlo.... y sin embargo, espero.... (*Alto, sin darse razón de que la oyen.*) Sí, es cierto; "bienaventurados los que esperan."

PARDABE.

¿Verdad que sí, María?

MARIA.

Sí.... señor

PARDABE. (*Se levanta, y con cierta inquietud se pasea.*)

María, solamente me falta saber si vd. puede

amarme, y para ello quiero que me abra vd. su corazon todo entero.

MARIA. (*Aparte.*)

Es mi padre. . . . y lo manda. . . . La honra de mi madre tal vez lo exige. . . . ¡Y sé yo acaso si Alberto me ama! . . . ¡Ah! Pardabé dice: "bienaventurados los que esperan" y mi corazon me grita: "desgraciados mil veces los que tienen que vivir del sacrificio."

(Pardabé se ha parado meditabundo. María ha caído en profundo abatimiento.—Pausa.)

PARDABE.

¿Y bien, qué me contesta vd?

MARIA.

Señor de Pardabé, seré una esposa digna de su honrado carácter.

PARDABE.

¿Conque triunfo? ¡Qué feliz soy! ¡Je, je, je, je!

ESCENA V.

DICHOS Y EL DOCTOR. (*Este entra alterado.*)

DOCTOR.

Sr. de Pardabé. . . .

PARDABE.

Seremos muy felices. ¡Je, je, je!

DOCTOR.

Hay malas noticias. . . .

PARDABE.

María ya no se opone.

MARIA.

¿Qué pasa?

DOCTOR.

Ese maldito discurso. . . . Se dice que habrá crisis.

PARDABE.

Dentro de una hora nos casaremos.

DOCTOR.

La embajada de vd. No doy por ella dos cuartos.

PARDABE.

¿Mi embajada? Pero si María tiene que ser embajadora ¿Y si la pierdo, María?

MARIA. (*Con resignación sublime.*)

¿Qué importa la embajada? Embajador ó no, me caso con vd.

PARDABE.

¿Vé vd. cuánta dicha, doctor? Al fin, la embajada no sirve para nada. ¡Je, je, je!

DOCTOR.

Pero si hay crisis Vd. me ha ofrecido la dirección de un hospital y no siendo embajador

PARDABE.

No importa: compraremos el empleo.

DOCTOR.

Pero es preciso que no haya obstáculos para el casamiento de vd. y María.

PARDABE.

Ya la ha oído vd.: se casará conmigo, aun cuando pierda la embajada.

MARIA. (*Con voz seca.*)

Sí.

PARDABE.

Es un ángel.

DOCTOR.

Bien: María está conforme; pero la señora condesa Conozco su altivez: no consentirá en el matrimonio, si no es vd. embajador: no querrá dar la mano de su hija á un simple comerciante en azúcares.

PARDABE.

Pero honrado.

DOCTOR.

Pero comerciante en azúcares.

MARIA. (*Aparte.*)

¡Cuánto sufro!

DOCTOR.

Ademas, sabe vd. que mi honra depende de este enlace.

MARIA. (*Aparte.*)

¡Qué es esto, Dios mío!

DOCTOR.

Sabe vd. que tenía yo algunas deudas, y que, para pagarlas, tomé doscientos mil reales en calidad de depósito bajo la firma de vd.

MARIA. (*Aparte.*)

¡Cielo santo!

PARDABE.

Poco á poco, mi querido doctor. En cuestion de negocios, yo soy comerciante ántes que todo, y me gusta poner los puntos sobre las is. ¡Je, je, je! Dice mi fianza que pagaré los doscientos mil reales tan pronto como se verifique mi enlace con la señorita: si no se verifica, nada tengo que pagar. Es como en una compra de azúcares, si no se lleva á cabo la compra, no hay corretaje.

MARIA. (*Ahoga un gemido.*)

¡Ah!

PARDABE.

Perdone vd., María: no quiero hacer comparaciones respecto de vd. Vd. vale para mí más que todos los tesoros del mundo, y mi caudal no sería suficiente para comprar, ya no una mirada de vd., pero ni un gesto de su desden supremo. Me refie-

ro al doctor: él ha arreglado el matrimonio, y le pago su corretaje. No hay matrimonio, pues entonces no hay nada de lo dicho.

MARIA. (*Aparte.*)

¡Mi padre me vendía! ¡Ay! ¡Y este hombre es mi padre!

DOCTOR.

Por eso quiero que vayamos á ver cómo se arregla lo de la embajada y lo del matrimonio. Si vd. no se casa, no paga la fianza; me exigirán el depósito, no podré entregarlo, y una prision....

PARDABE.

Amigo, en materia de negocios soy intransigente.

DOCTOR.

Pero vamos.... es preciso ver....

PARDABE.

Vamos. Vuelvo, María. (*El doctor se ha apresurado á salir, y Pardabé se detiene á decir á María:*) Ha sorprendido vd. una infamia; pero la infamia es del doctor. Despréciole vd. á él; pero no á mí. Yo no tengo para vd. sino la más respetuosa adoracion.

DOCTOR.

Sr. de Pardabé.

PARDABE.

Voy. ¿Qué no hubiera yo hecho por alcanzar el tesoro del amor de vd? ¿Ha podido vd. abrigar alguna mala idea de mí?

MARIA.

No, señor. . . . Vd. es noble y bueno. . . . otros son los infames. . . .

PARDABE.

Vuelvo.

MARIA.

Adios.

(Se va Pardabé. María se deja caer en un sillón, manifestando un dolor inmenso.)

ESCENA VI.

MARIA. (*Sola.*)

¡Qué horrorosa revelacion! ¡El mi padre! . . . Tengo vergüenza. . . . Y en medio de pena tan

grande, yo no puedo tener ningun consuelo. . . . ¡Todo es imposible para mí! . . . Porque yo amo á Alberto con toda el alma. . . . Y él me ama. . . . sí. . . . no puede ménos de amarme. . . . Si lo he leído en sus ojos. . . . y los ojos son ventanas por donde se sale el alma. . . . ¿Por qué ha hablado en el Congreso, sino para echar por tierra la embajada del Sr. de Pardabé, y hacer imposible el matrimonio? . . . Sí, me ama. . . . ¡El!

ESCENA VII.

MARIA. ALBERTO. (*Este entra pálido y triste. Ambos se turban.*)

MARIA.

Alberto. . . .

ALBERTO.

María, vengo á despedirme de vdes. para siempre. Esta noche parto.

MARIA.

¿Esta noche? ¿Para dónde?

ALBERTO.

No lo sé aún. Hoy en el Congreso. . .

MARIA.

Ya sé que habló vd., y que fué muy aplaudido.

ALBERTO.

Sí, María. Temor muy natural en quien comienza la carrera política, me había contenido hasta hoy; pero ví que la presión del gobierno había hecho enmudecer á los diputados, y que se iban á atar las libertades españolas en las columnas del pórtico de San Pedro de Roma. Ardiente amor patrio encendió mi corazón. Febril entusiasmo me puso de pie. Sin darme cuenta exacta de lo que decía, inspirado por el bien y por los sentimientos nobles que aún no han muerto en España, hablé con la voz del alma; y cuando estruendosa salva de aplausos coronó mis palabras, sentí como una catarata que se despeñaba del cielo sobre mi frente. Estaba yo satisfecho. No fué el orgullo de la victoria; fué el santo consuelo del hombre que cumple con su deber. Sí: yo debo pertenecer todo entero á mi patria. ¡Para ella todos mis pensamientos, para ella todas mis palabras, para ella todos los instantes de mi existencia!

MARIA.

Alberto, ¿qué pasa en el alma de vd?: su voz es lúgubre.

ALBERTO.

Era mi alma horizonte lleno de luz y de armonía: había amanecido con la tibia luz de la aurora, y me parecía ya sentir el incendio del ardiente sol del medio día. . . . Y de repente, el sol se eclipsó, se apagó la luz, y me he encontrado rodeado de frías y espantosas tinieblas. ¿Para qué quiero ya la vida?

MARIA.

Me asusta vd. Dios concede siempre sus consuelos á los que sufren.

ALBERTO.

Sí: yo el huérfano, yo el paria, yo el abandonado, he encontrado mi consuelo en los brazos de una madre, la patria. Hermosa madre, que se nos presenta adornada de inmortales coronas. Matrona desgraciada que tiene en los ojos lágrimas imborrables. Madre tierna que nos rodea incessantemente mientras vivimos; y que, por no separarse nunca de nosotros, cuando morimos, abre su seno para guardarnos en sus mismas entrañas.

Sí, María: áun puedo ser feliz con el amor de mi patria . . . Y sin embargo, voy á huírla . . . La posicion inesperada que por mi discurso he alcanzado hoy en la política, me autorizó á pedir al nuevo ministro que me hiciese salir esta noche para el extranjero, y me lo ha ofrecido . . . ¿Adónde voy? No lo sé. ¿Sé yo acaso adónde voy ya en el camino de la vida? (*Viendo el vestido blanco.*) ¿Pero qué es esto, María? ¡Ah! ¡El blanco traje de desposada!

MARIA.

¡Blanco como la losa de mármol de un sepulcro!

ALBERTO.

Pero tambien las palabras de vd. son lúgubres y espantan.

MARIA.

Soy muy desgraciada.

ALBERTO.

¿Vd. desgraciada: y le sonrío la fortuna: bella, rica, noble y buena; y sobre todo, teniendo una madre como la madre de vd? Pero qué digo: basta decir teniendo una madre. ¿Qué lágrimas pueden quemar el rostro, si una madre las seca con sus besos?

MARIA. (*Con exaltacion.*)

¡Madre mía!

ESCENA VIII.

DICHOS, Y LA CONDESA. (*Que sale de su gabinete.*)

ALBERTO.

Señora.

CONDESA.

Hijos míos, me alegro de encontrar á los dos: es preciso que hablemos.

(*Se sienta la condesa en el sofá; María á su lado en el sillón; Alberto en el sillón del otro lado de la escena.*)

Hoy debe casarse María: vd. lo sabía ántes de ir al Congreso. Digame vd., Alberto: ¿no pensó vd., al atacar al ministerio, en la embajada de Pardabé?

ALBERTO.

Pensaba en la patria, señora. Y sin embargo, veo que vd. conoce que ámo á María.

MARIA. (*Aparte, y ahogando un gemido.*)

¡Ah!

CONDESA.

Yo, no pudiendo oponerme á su matrimonio, he consentido.... pero si ha de ser la desgracia de los dos seres que más amo en la tierra..... me opondré.... sí, me opondré.... Porque á vd., Alberto, lo he querido como si fuese mi hijo. Me había acostumbrado á la idea de verlo unido á María. Soñaba en no sé qué inmensa ventura, á cuya luz iba á guarecer mis últimos años. ¡Yo pensaba irles á pedir entonces un pedazo de su cielo!

ALBERTO.

Pero si vd. no quiere....

CONDESA.

Voy á revelarles á vd. nuestro secreto.

MARIA.

Calla, madre.

CONDESA.

Debo hacerlo. El doctor es el padre de María.

ALBERTO.

¿El doctor?....

CONDESA.

¡Ah! pero él necesita mi consentimiento. Me lo arrancó en el primer momento; mas ahora que conozco el amor de vd., Alberto, encontraré medio de retirarlo. Acaso la embajada.... Mi palabra está empeñada con el embajador, y si Pardabé no lo es....

ALBERTO.

Es muy probable que le hayan retirado el nombramiento. Ha caído el Ministerio, y el nuevo ministro nos ha ofrecido seguir una política liberal. Vengo de hablar con él. Creyendo perdida para mí á María, fuí á pedirle que me diese cualquier nombramiento para el extranjero.

MARIA. (*Resuelta y triste.*)

Parta vd. Pardabé, embajador ó no, será mi marido. Se lo he ofrecido.

ALBERTO.

¡Ah! vd. no me ama.

MARIA.

¡Con toda mi alma! ¡Si era el único pensamiento que llenaba mi cerebro! ¡Si era el único deseo

que llenaba mi pecho! ¡Si era la única esperanza
que llenaba mi vida!

CONDESA.

¿Entonces, María?....

MARIA.

Es preciso que me case con Pardabé.

ALBERTO.

¿Pero va vd. á sacrificar su vida toda? Y si quiere vd. hacerlo, ¿tiene acaso derecho para sacrificar la mía? Hoy que veo abierto un porvenir tan hermoso, ¿por qué quiere vd. cubrirlo con negra nube? ¿Para qué dijo vd. que me amaba? Morir luchando con la tempestad, en medio de los mares, es una muerte que comprendo; pero morir cuando en el horizonte se dibuja el puerto, ¿eso debe ser horrible!

CONDESA.

Hija mía, reflexiona.

MARIA.

Perdóneme vd., Alberto: he dado mi palabra.

CONDESA.

Pero tú no ámas á Pardabé.

ALBERTO.

Y vd. me áma.

CONDESA.

Y casada, ¿qué harás de este amor?

MARIA.

Me arrancaré el corazón; pero seré honrada.

(La actriz, comprendiendo la situación de María, interpretará con su talento la expresión de las frases.)

ALBERTO.

Señora.... María.... adiós para siempre.

CONDESA.

Ha ofrecido vd. ser testigo....

ALBERTO. (*Yéndose.*)

Vendré. (*Aparte.*) ¿Por qué espero todavía?

MARIA. (*Aparte.*)

¡Y no se muere mi esperanza! [*A la condesa, y arrojándose en sus brazos al desaparecer Alberto.*]

¡Madre del alma!

ESCENA IX.

LA CONDESA. MARIA.

CONDESA. (*Acariciando y besando á Maria.*)

Pensemos con calma en la situacion en que te encuentras.)

MARIA.

Bésceme vd., ¡madre mía! bésceme vd. Todavía me queda mi madre en el mundo.

CONDESA.

¡Desventurada!

MARIA.

Ya sé lo que me va vd. á decir. Ya sé que para vd. mi felicidad es ántes que todo. Mas yo he ofrecido solemnemente mi mano; y muerta, la sacaré de la tumba, y la extenderé hacia el altar.

CONDESA.

Pero Pardabé no es el hombre que el cielo ha podido destinar para tí.

MARIA.

El Sr. de Pardabé es un hombre noble y hon-

rado. No es tan espantosa mi desgracia, puesto que no estaré obligada á despreciar á mi marido.

CONDESA.

Alberto será muy desdichado.

MARIA.

Lo seremos los dos.

CONDESA.

¡La vida de vdes. será un calvario!

MARIA.

¿Y no se llama á la tierra valle de lágrimas!

CONDESA.

Pero esto es imposible.

MARIA.

Imposible es ser feliz en el mundo.

CONDESA.

Es verdad.

(Dice esto con abatimiento, dejando caer la cabeza. María se queda con los ojos fijos, como si estuviera su alma fuera de la tierra.)

CONDESA. (*Reponiéndose.*)

Es necesario que causa más poderosa te obligue.
Si Pardabé es noble, te devolverá tu palabra.

MARIA.

Mi padre....

CONDESA.

Cederá. No es padre quien sacrifica á sus hijos.

MARIA.

Los hijos no pueden juzgar á sus padres.

CONDESA.

Yo le haré ceder.

MARIA.

¿Y vd., madre mía? Un escándalo promovido
por mi padre, al ver destruidos sus planes, po-
dría aclarar....

CONDESA.

¿Qué?

MARIA.

No me atrevo á decirlo....

CONDESA.

Dilo.

MARIA.

Perdon, madre mía.... que vd. había faltado
á su esposo....

CONDESA.

¿Adúltera yo?

MARIA.

Entónces estoy loca....

CONDESA.

Antes la santa memoria de mi marido.... Ma-
ría.... yo no soy tu madre....

(La Condesa dice esto alzando la frente; pero dejando
caer los brazos. María se queda como estatua, y lanza un
gemido.)

MARIA.

¡¡ Ah!!!

(Telon rápido.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO. ®

ACTO TERCERO.

La misma decoracion alambrada por candelabros.

ESCENA I.

MARIA, *en traje de boda*. CONDESA, *de etiqueta*.

MARIA.

Ya me ve vd. dispuesta á unirme con Pardabé. Vd. me asegura que soy hija de una mujer honrada. Conozco que es necesario este matrimonio; pero ántes quiero saber el nombre de mi madre.

CONDESA.

Despues te lo diré. Lo que ahora me preocupa es tu amor á Alberto. Te he cedido la mitad de mi fortuna....

MARIA.

Y yo la acepto, como he aceptado el cariño de

madre que vd. me tiene, y que vale más que todas las fortunas de la tierra.

CONDESA.

Así tendrán tú y Alberto, lo bastante para vivir dignamente; y ademas, Alberto sube como la espuma.

MARIA.

¿Pero podré desobedecer á mi padre, á mi madre á quien loca juzgué mal un momento? ¿No está su palabra empeñada? ¿No lo está la mía?

CONDESA.

He mandado avisar á Alberto que venga ántes de las ocho. Habla con él.

MARIA.

Bien, hablaré.... pero quiero ántes de las ocho saber el nombre de mi madre.... ó no creeré en nada.... volveré á dudar.

CONDESA.

Te lo diré, despues de que hables con Alberto. Ahí viene. Te dejo con él.

(La Condesa se retira á su gabinete. Entra Alberto, de ceremonia.)

ESCENA II.

ALBERTO. MARIA.

ALBERTO.

Recibí un recado de la señora condesa, y veo que se retira. . . .

MARIA.

Sí, Alberto: ha deseado que hablemos, y que hablemos solos. No quiere que sacrifiquemos nuestro amor.

ALBERTO.

Tiene una alma noble. Ella había adivinado mis sentimientos: ella había sorprendido los de vd. cuando yo mismo no me atrevía. ¡Y cómo me forjé ilusiones con este amor! En medio de las espantosas luchas del mundo; en este duelo á muerte en que, desde que nací, reñimos la fortuna y yo; me parecía que un ángel llegaba á sostenerme en sus brazos, y me daba aliento, y me infundía nuevas fuerzas: y recobrando el ánimo, alcanzaba yo al fin la victoria. En mi horizonte se desplomaban las montañas que lo cubrían; hacíase la luz sobre todo mi cielo; y trasportado á otro

mundo, el universo entero se llenaba con una sola de las miradas de vd.

MARIA.

¿Alberto, por qué no habló vd. ántes?

ALBERTO.

María, vd. era rica: yo la creía hija del conde de Monjuich; y esperaba subir hasta vd. Me habría muerto de vergüenza, si mi esposa hubiese tenido que bajar al darme la mano. Además ¿quién podía prever un matrimonio tan inesperado? ¿Quién hubiera podido figurarse que el doctor fuese el padre de vd.? Y ya no hay esperanza. . . .

MARIA.

Mi padre lo exige. . . . yo he comprometido mi palabra.

ALBERTO.

¿Y la condesa qué piensa?

MARIA.

Estoy al borde del abismo. . . . y ella espera todavía, cuando yo ya nada espero. . . . Me decía hace poco, que con la mitad de su fortuna viviríamos dignamente vd. y yo. Pero mi padre. . . .

ALBERTO.

El es la barrera que nos separa. El doctor, hace una hora, ha tratado de deshonrarme públicamente, y las leyes del honor exigen....

MARIA.

¿Un duelo, Alberto? Piense vd. que es mi padre....

ALBERTO.

No comprendo cómo sea vd. su hija, ni cómo la condesa....

MARIA.

Alberto, únicamente vd. sabe el secreto: sépalo vd. completo. La condesa no es mi madre.

ALBERTO.

¿Qué misterio es éste?

MARIA.

Oiga vd. lo que acabo de saber. Los condes de Monjuich y mis padres estaban ligados con estrecha amistad. Una noche, en un baile dado por una de las primeras familias de Barcelona, el conde jugó, y perdió toda su fortuna. Para reponer su capital aceptó la dirección de un banco en la

isla de Cuba. Tenía una niña de cinco meses, y por no exponerla á los peligros de la navegacion y del clima, la dejó encargada á la esposa del doctor... á mi madre. La niña murió; y, cuando más tarde, volvió la condesa, viuda y rica, mi madre le entregó á su propia hija, á mí, para que á su lado viviese. ¿Por qué me entregó mi madre? ¿Por qué no me quieren decir su nombre?

ALBERTO.

Es raro. ¿Y vive?

MARIA.

¿Mi madre? No. Me dicen que ha muerto.

ALBERTO.

Entonces podemos esperar. ¡Pero yo deliro! Entre el doctor y yo no puede haber más que la muerte.

MARIA.

¿Pero ha sido tan grave la ofensa? ®

ALBERTO.

Oigala vd., y decida. El doctor y yo nos encontramos, y seguimos juntos en dirección á la puer-

ta del Sol. Ibamos por la Carrera de San Jerónimo, cuando una mujer, casi harapienta y demacrada en extremo, nos alcanzó. Se dirigió al doctor: éste se manifestó muy contrariado. Hablaban quedo, pero como disputando. Yo estaba apartado, y solamente pude oír estas frases: "quiero verla antes—mira que siento que se me escapa la vida—después de diez años—cumplí los doce, horribles doce años, y he venido á pie desde Barcelona á buscarte." Al fin el doctor quiso irse, y ella lo detuvo de un brazo; pero él, haciéndola con fuerza á un lado, y arrojándola contra la acera, se fué diciendo: "imposible, Catalina."

MARIA

¡Qué horror!

ALBERTO.

La pobre mujer cayó sin sentido. Un guardia civil me ayudó, y la trasportamos á una casa inmediata. Allí abrió los ojos, y pidió un sacerdote. Luego que llegó éste, me salió. En el Suizo volví á encontrarme al doctor: le increpé su mala accion; se puso fuera de sí, y aunque hablando bajo, y como temiendo que lo oyesen, me insultó llamándome miserable. Los amigos que allí se encontraban, se acercaron á preguntar qué pasaba: yo

les conté lo que había presenciado; y entónces el doctor les dijo con voz exaltada: "ni conozco á esa mujer, ni es cierto que me haya hablado: el Sr. diputado D. Alberto de Cerdá miente."

Necesité recordar los lazos que lo unen á vd., para no cruzarle el rostro con la mano abierta. Pero mi honra lo exigía, y le he mandado mis testigos, quienes han ido previamente á buscar á esa desgraciada mujer para hacer constar el hecho. Mañana el doctor ó yo....

MARIA.

Alberto, nuestro amor es imposible.

ALBERTO.

Es verdad.... me voy.

ESCENA III.

LOS MISMOS Y EL DOCTOR.

DOCTOR. (*Dirigiéndose á Alberto.*)

Mañana hablaremos. Esta noche, silencio, ¡por Dios!

ALBERTO.

Me retiraba.

DOCTOR.

Imposible. Pardabé no tarda, y vd. y yo somos los testigos. Tiene que partir esta misma noche. Sabe vd. que es embajador....

MARIA.

Alberto, acompáñeme vd.

ALBERTO.

Me quedo. (*Aparte.*) No sé por qué no desespere.

MARIA. (*Aparte.*)

¿Y todavía esperar? ¡Si es locura!

ESCENA IV.

DICHOS Y LA CONDESA. (*Que sale de su gabinete.*)

DOCTOR.

Señora, todo está listo; y tan pronto como llegue el embajador....

CONDESA.

María, voy á cumplirte mi promesa.

(Se forman dos grupos: la Condesa y María; Alberto y el doctor.)

DOCTOR.

Vd. ha tenido la culpa.

ALBERTO.

Mi indignacion era justa.

MARIA.

¿Pero por qué me abandonó mi madre?

CONDESA.

No podía tenerte á su lado.

ALBERTO.

De manera que vdes. no saben más que arrojar á las mujeres al fango.

DOCTOR. ®

Esa mujer acaba de salir de una prision.

MARIA.

¿Y murió hace tiempo?

CONDESA.

Hace mucho tiempo.

MARIA.

¿Y cómo se llamaba, para rezar por ella?

CONDESA.

Ya lo sabrás. ¿Qué dijo Alberto?

DOCTOR.

¡Un duelo! Fué un arranque involuntario. Yo le doy á vd. la más completa satisfaccion.

CONDESA.

¿Pero cómo ha pasado?

MARIA.

La desgracia que nos persigue.

ALBERTO.

Sé que es vd. el padre de María.

DOCTOR. *(Turbado.)*

Ha sido una imprudencia contarle, y más hoy.

ALBERTO.

María lo sabe.

MARIA.

He perdido toda esperanza.

CONDESA.

Ya falta tan poco.

ALBERTO.

Siendo vd. su padre, no debería sacrificarla.

DOCTOR.

Lo he prometido solemnemente.

AYUDA DE CÁMARA. *(Anunciando.)*

El señor de Pardabé.

MARIA. *(Con exigencia.)*

El nombre de mi madre.

CONDESA. ®

Catalina Borrel.

MARIA. *(Con extrañeza.)*

¡Catalina!

ESCENA V.

DICHOS Y PARDABE. (*De rigurosa etiqueta y condecorado.*)

PARDABE.
Muy buenas noches.

TODOS.
Buenas noches.

DOCTOR.
Esperábamos á vd. con impaciencia.

PARDABE.
Me detuve en ir al ministerio, para recibir las últimas instrucciones. Cómo el subsecretario dijo que debía salir esta noche el embajador, y tal era también la orden del ministro, creí conveniente tener una conferencia; pero he estado esperando una hora, sin ser recibido. Ya iban á dar las ocho....

DOCTOR.
Después de la ceremonia volverá vd. Hay tiempo para todo. Y dígame vd.: ¿podré disponer de

un lugar en su berlina? Me agradaría hacer con vdes. el viaje á Roma.

PARDABE.
Por supuesto que sí.

CONDESA. (*Aparte.*)
¿Por qué querrá irse el doctor?

MARIA. (*Aparte.*)
¿Mi padre con nosotros?

PARDABE.
María, permítame vd. que le manifieste mi gratitud delante de nuestros amigos. Vd. va á hacer la felicidad de mi vida. Bien me decía mi madre, ¿no es cierto? “¡bienaventurados los que esperan!”

DOCTOR.
Se lleva vd. una perla.

PARDABE. ®
Lo que quiere decir, que soy un buzo de primer orden. ¡Je je, je!

ALBERTO. (*Aparte.*)
¿Se me despedaza el corazón!

DOCTOR.

Y no crea vd. que le han faltado buenos partidos á María. Hay algun otro....

ALBERTO.

Doctor.

DOCTOR.

Pero el preferido es vd. (*Aparte.*) Sí, él: necesito salir para Roma.

CONDESA. (*Aparte.*)

Veo que Alberto se muere de pena, y que María desfallece. ¿Cómo romper esto? (*Alto.*) Sr. de Pardabé, ¿la embajada de vd. es cosa segura? Mi compromiso es con el embajador.

PARDABE.

Sí, señora: el ministerio ha cambiado; pero no me han retirado el nombramiento.

MARIA.

Ya he dicho al señor, que embajador ó no, me caso con él.

DOCTOR.

A propósito, aquí tiene vd., amigo, la escritura de la dote de María.

PARDABE.

Cómo yo no soy de la Corte, había olvidado hablar de eso. Guarde vd. su escritura. Soy bastante rico, y todo es de María.

ALBERTO.

Es vd. un hombre digno.

PARDABE.

Soy un proletario. ¡Je, je, je!

MARIA.

Sr. de Pardabé, es vd. demasiado honrado, para que yo permita que se le engañe. No soy hija de la señora condesa.

DOCTOR.

Pero la condesa le cede la mitad de su fortuna, y le deja la otra mitad en su testamento.

PARDABE.

¿Pues quiénes son los padres de María? [®]

MARIA.

El doctor Pons y su esposa legítima. Catalina Borrel, muerta.

DOCTOR. (*Aparte.*)

¡Ah! respiro.

ALBERTO. (*Aparte.*)

¿Catalina? Casualidad es.

PARDABE.

No importa. No seremos condes; pero seremos felices.

DOCTOR.

Bien dicho.

PARDABE.

¡Y cómo se lo callaba el pícaro! ¡Je, je, je!

MARIA. (*A la Condesa.*)

Me siento mal.

CONDESA.

¿Me dispensan vdes? Voy un momento adentro con María.

ESCENA VI.

EL DOCTOR. PARDABE. ALBERTO.

PARDABE.

Cuénteme vd., suegro, porque ya puedo llamarlo así. ¡Je, je, je! ¿Cómo es que me habíayd. ocultado que era el padre de María?

DOCTOR. (*Muy turbado.*)

Yo le diré á vd.... Quédé viudo.... La señora condesa había perdido una hija.... y yo le mandé la mía para que se consolase.... Llegó á quererla tanto.... que creyó que era la suya propia.... El mundo así lo juzgaba.... y no quisimos aclararlo. ¿Qué le importaba al mundo?

ALBERTO.

Pero María no lo supo hasta hoy, y no fué vd. quien se lo dijo.

DOCTOR. ®

Sí.... No hubiera sido conveniente ántes.... Le encargué á la señora condesa que se lo contara.... Pero el cura tarda.... Si vdes. me lo permiten, voy á buscarlo.

PARDABE.

Vaya vd., suegro, y vuelva pronto, pues no hay tiempo que perder.

(Se va el doctor con precipitación.)

ESCENA VII.

ALBERTO Y PARDABE.

ALBERTO.

Es raro lo que pasa. Vuélvense en mi cerebro maraña los pesamientos. Esa Catalina.... La salida brusca del doctor para no seguir la conversacion....

PARDABE.

Raro es todo esto. Pero vd. sabe algo de lo que pasa. Cuénteme vd....

ALBERTO.

No sé más, sino que María no es hija de la señora condesa.

PARDABE.

Vd. sabe más. Vd. es un hombre honrado, y no puede permitir que se abuse de mi buena fe.

ALBERTO.

María es incapaz; y la señora condesa....

AYUDA DE CÁMARA.

Sr. de Cerdá, traen de la casa de vd. este pliego y esta carta. Dicen que son urgentes.

(Los entrega, y se retira.)

ALBERTO. (*Después de leer el pliego.*)

Amigo Pardabé, me dan la embajada de vd., y orden de salir para Roma esta misma noche.

PARDABE.

¡Diablo! Cómo no me vaya vd. á quitar también la novia. ¡Je, je, je!

ALBERTO.

Sería posible.

PARDABE.

¿Cómo es eso? Explíquese vd.

ALBERTO.

¿Me permite vd. que lea yo esta carta? (*Después de leerla.*) Si lo sospeché.

PARDABE.

¿Qué sospechó vd.? ¿Por qué me ha dicho?...

ALBERTO.

¿Que pudiera quedarme tambien con la novia? Pues es muy sencillo; porque María y yo nos amamos.

PARDABE.

¿Pero qué traicion es ésta?

ALBERTO.

Ninguna, señor. Hasta hoy hemos comprendido nuestro amor, cuando ya María le había comprometido á vd. su palabra. La conozco mucho; no faltaria á su promesa, aunque se muriera. Pero vd. noblemente le devolverá su libertad. Al fin no es hija de la señora condesa, sino de padres humildes y pobres.

PARDABE.

Se diría entónces de mí, que buscaba yo en ella el título y la riqueza. Yo sólo ambiciono la felicidad. Sé demasiado que el oro y las coronas ocultan generalmente lágrimas y dolores. María es hija de padres humildes, pero honrados.

ALBERTO.

¿Y si no fueran honrados?

PARDABE.

Explíquese vd.

ALBERTO.

Por razones que me callo, envié á dos amigos á que hiciesen constar el hecho de que el doctor Pons habia arrojado al suelo á una mujer en la Carrera de San Jerónimo; y encargué tambien á esos amigos que se informasen, lo mejor que pudieran, de quién era esa desdichada. Pues bien, uno de ellos me escribe lo siguiente:

"Hemos estado en la Carrera de San Jerónimo. La mujer acababa de morir. Una semana hacía que, despues de cumplir una condena de doce años por envenenadora, habia salido de la prision de Barcelona. Se llamaba Catalina Borrel."

PARDABE.

¿Pero esa Catalina Borrel, esa mujer que ha estado doce años en una cárcel?...

ALBERTO.

Es la madre de María. Que no lo sepa.

PARDABE.

Entonces nuestro matrimonio es imposible

ALBERTO.

¿Y creía vd. amarla?

PARDABE.

Pero si es hija de una mujer infamada; y toda su familia . . .

ALBERTO. (*Aparte.*)

Renace, esperanza mía.

ESCENA VIII.

DICHOS, LA CONDESA Y MARIA. DESPUES EL DOCTOR. (*La Condesa y Maria entran.*)

PARDABE. (*Adelantándose resueltamente.*)

Señora condesa, devuelvo á vd. su palabra. No puedo casarme con la señorita. Alberto sabe la razon.

MARIA.

Señor. . . .

CONDESA.

Diga vd. esa razon, Alberto.

ALBERTO.

Porque yo soy quien me caso.

PARDABE.

¿Se casa vd?

ALBERTO.

Sí; me caso: ¡era el más dulce sueño de mi vida!

MARIA.

¡Alberto!

ALBERTO.

¡María!

CONDESA.

¡Hijos!

DOCTOR. (*Entrando*)

Espera el señor cura: vamos.

PARDABE.

Ruego á vdes. que me dejen un momento con el doctor.

CONDESA.

Con mucho gusto.

MARIA.

¡Qué felicidad!

ALBERTO.

¡María!

(Se van al gabinete.)

ESCENA IX.

EL DOCTOR. PARDABE.

DOCTOR.

Ya dieron las ocho....

PARDABE.

No tengo prisa.

DOCTOR.

Tiene vd. que partir para Roma en el *express*
de la media noche.

PARDABE.

Ya no se hace el viaje.

DOCTOR.

La embajada.....

PARDABE.

Ya no soy embajador.

DOCTOR.

¡Imposible!

PARDABE.

Alberto ha sido nombrado en mi lugar.

DOCTOR.

Pero María.....

PARDABE.

Ya no me caso con ella.

DOCTOR.

¿Cómo? ¿Faltaría vd. á la palabra solemne que
ha empeñado? ®

PARDABE.

Ahora, señor doctor, Alberto es quien se casa.
Ha resultado que María y él se amaban como dos
tortolitos. ¡Je je, je!

DOCTOR.

¿Pero los doscientos mil reales que he recibido en calidad de depósito? ¿La fianza de vd?

PARDABE.

Pues qué, ¿quiere vd. que pierda la embajada, que pierda la novia, y que además pague la fianza? Sería mucho perder. Mi obligación era condicional, para el solo caso de que me casara con María.

DOCTOR.

Pero si no pago, seré arrastrado á una prision.

PARDABE.

A propósito, doctor, ¿qué razon me da vd. de su esposa Catalina Borrel?

DOCTOR. (*Muy turbado.*)

Vd. oyó á María.... ha muerto....

PARDABE.

¿Conque los muertos resucitan? ¡Je je, je!

DOCTOR.

Le diré á vd..... cómo Catalina estaba infamada....

PARDABE.

Lo sé.

DOCTOR.

Era mejor ocultarlo....

PARDABE.

Y engañar á un hombre honrado de un modo miserable.

DOCTOR.

Por María.... era conveniente decir que había muerto....

PARDABE.

Acaba de morir.

DOCTOR. (*Aparte.*)

Respiro (*Alto.*) Había sido condenada....

PARDABE.

Pues por lo mismo, no quiero casarme con su hija. Hay manchas que no se borran.

DOCTOR. (*Despues de un momento de lucha interior.*)

Pues bien, se casará vd. (*Va á llamar á la condesa, María y Alberto á la puerta del gabinete.*) Señoras. Sr. de Cerdá.

ESCENA X.

DICHOS. LA CONDESA. MARIA. ALBERTO.

DOCTOR.

El Sr. de Pardabé me ha manifestado que rehusa la mano de María, que hoy le fué solemnemente concedida, porque la cree hija de una mujer infamada por la prision, y que, hace apénas unos momentos, ha muerto en la desgracia.

MARIA.

¿Ha muerto hoy mi madre? ¿Por qué me engañaban? ¿Por qué?

ALBERTO.

María, acaba de morir.

MARIA.

Junto á ella está mi puesto. Vamos, Alberto.

DOCTOR.

Deténgase vd, María. Voy á hacer una revelacion, porque es preciso que se case vd. con el Sr. de Pardabé.

ALBERTO.

Pero....

PARDABE.

No lo interrumpa vd.

DOCTOR.

Hace 17 años que mi esposa y yo salimos de Barcelona para Monmajor á ver á un tío de Catalina, que estaba muy enfermo, y nos llamaba con urgencia.

CONDESA.

¿Hace 17 años?

DOCTOR.

Sí, señora. El conde y vd. estaban en la Habana. El tío nos comunicó que tenía hecho su testamento en favor de nuestra hija.... Pero ¿me jura vd., señora condesa, y vd., Alberto, no revelar jamas lo que voy á decir?

CONDESA.

Sí, señor.

ALBERTO.

Se lo prometo á vd.

DOCTOR.

Pues bien, la enfermedad del tío podía durar

dos ó tres años.... y murió al mes de nuestra llegada....

CONDESA.

¿Murió?

DOCTOR.

Se sospechó.... y mi mujer fué condenada por envenenadora....

MARIA.

¿Y vd?

DOCTOR.

Yo declaré contra ella.... no era posible salvarla.... ¿para qué me habla yo de perder también?... Así tenía ella un apoyo....

MARIA.

¡Esto es espantoso! No quiero oír más.

DOCTOR.

Oiga vd.; porque este matrimonio es indispensable.

MARIA.

¿Pero cómo puedo vivir, siendo vd. mi padre?

DOCTOR.

No lo soy.

ALBERTO.

Explíquese vd.

DOCTOR.

El veneno estaba en una pocion, que Catalina debía dar al tío. Ella no lo sabía.... y le dió una cucharada á nuestra hija que lloraba.... Nuestra hija murió una hora ántes que el tío.... La herencia se perdía....

CONDESA.

¿Y bien?

DOCTOR.

Nos tomamos á la hija de vd.

MARIA.

¿Mi madre?....

DOCTOR.

Es la señora condesa.

CONDESA. (*Arrojándose en sus brazos.*)

¡Hija!

MARIA.

¡Madre mía! ¡Alberto!

DOCTOR.

Aquella herencia se fué consumiendo: arregla-

do el matrimonio del Sr. de Pardabé, he pedido dinero con su firma, en depósito.... Ya ve vd. que puede casarse. (*A Pardabé.*)

CONDESA.

Yo le dí al Sr. de Pardabé la mano de la hija de vd. La mano de mi hija es de Alberto. El cura espera, y los casará. Afortunadamente las dispensas están en nombre del embajador, y Alberto lo es ahora. Vamos.

DOCTOR.

¿Me llevan vdes. á Roma? Es mi salvacion. Me han ofrecido no revelar mi secreto.

PARDABE.

Yo nada he ofrecido; y nos conviene á los hombres honrados, que sufran el merecido castigo los bribones. ¡Je je, je!

CONDESA.

Vamos; y sed felices, hijos míos.

MARIA.

¡Con razon siempre esperaba yo!

ALBERTO.

¡Bienaventurados los que esperan!

